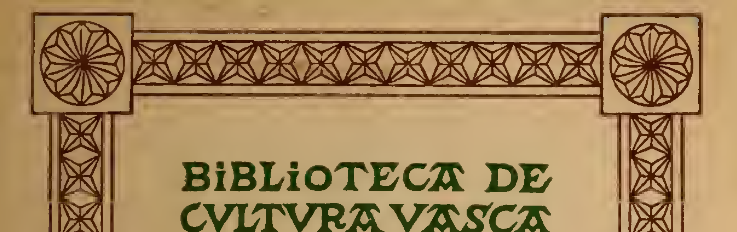


BIBLIOTECA DE CULTURA VASCA

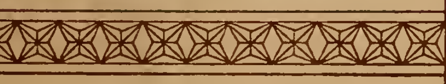
IGNACIO DE LOYOLA Y FRANCISCO DE XABIER

POR

P. DE BASALDUA



EDITORIAL VASCA
> EKIN <
BUENOS AIRES

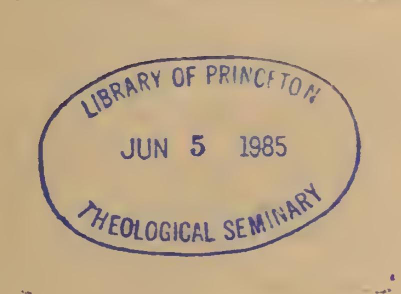

IGNACIO DE LOYOLA
Y
FRANCISCO DE XABIER



PEDRO DE BASALDUA

PEDRO DE BASALDUA

IGNACIO DE LOYOLA
Y
FRANCISCO DE XABIER



EDITORIAL VASCA EKIN, S. R. L.
PERU 175
BUENOS AIRES
1946

OBRAS DEL AUTOR

Sangre en la mina. (Bilbao, 1937.)

El dolor de Euzkadi. (Barcelona, 1938.)

Con los alemanes en París. (Buenos Aires, 1943.)

En España sale el sol. (Buenos Aires, 1946.)

Ignacio de Loyola y Francisco de Xabier. (Buenos Aires, 1946.)

EN PREPARACIÓN:

El corazón no perdona (novela).

El Libertador vasco. Sabino de Arana (biografía).

ÍNDICE



PRÓLOGO

FRANCISCO, EL HIJO DE LA TRISTE MARÍA DE AZPILIKUETA



Comienzo a escribir estas palabras para el interesante libro sobre San Ignacio de Loyola y San Francisco de Xabier en el día que la liturgia de la Iglesia le presenta a éste al culto de todos los fieles. Si Francisco de Jatsu y Azpilikueta, a quien el mundo entero denomina San Francisco Javier, es una de las glorias más completas de la Iglesia Católica, para los hijos del antiguo Reino de Nabarra en primer lugar, y para sus hermanos los vascos después, es uno de los connacionales más atrayentes y cuyo recuerdo es más imperecedero.

Porque Francisco de Jatsu y Azpilikueta es nabarro y vasco por todos los costados. Dentro del orden humano y natural es eso, y nada más que eso. Todos aquellos que incluyen al gran misionero de las Indias Orientales entre las glorias de la *hispanidad,* con la que hoy se martillea el alma de las gentes, gritan su error desde el abismo más profundo de la ignorancia histórica. Suponen que "ayer es hoy". (A. Campión: *La Familia de San Francisco de Xabier.)* Francisco nació el 9 de abril de 1506. En aquellos años la aldea de Jatsu, de la que procedía su padre, Juan de Jatsu, no pertenecía a Francia, aunque estaba situada al otro lado de los Pirineos, sino que formaba parte de la Sexta Merindad del Reino de Nabarra, su Sexto Partido; el castillo de Xabier (mejor Etxaberri) pertenecía a la Merindad de Sangüesa. Y

ambas localidades se hallaban en el Reino de Nabarra, que estaba aún en posesión de su legítima y natural independencia política, y en goce de todos los derechos que van anejos a la libertad nacional de un pueblo. Nabarra era tan independiente en el orden internacional como lo son ahora la República Argentina y el Uruguay.

El mismo Francisco, al dar en París los datos suyos personales para la ficha universitaria, dijo expresamente que era *cantaber*, es decir, *vasco*. Cualquier entendido en el modo de hablar antiguo sabe que en el siglo XVI *cantaber* significa siempre *vasco*. Cuando se trató de redactar la biografía del Santo para el breviario, se suscitó grave cuestión sobre la nacionalidad de Francisco de Jatsu. Los franceses aspiraban a que se dijera haber sido *francés* porque el linaje paterno procedía de tierra francesa (ya hemos visto que estaban en un error); los españoles luchaban por que se le declarase *español*, porque Nabarra estaba en España (otro error histórico manifiesto). ¿Qué hacer? Podemos verlo en el breviario: decir sencillamente: "Francisco, hijo de padres nobles, nacido en Jabier, en la diócesis de Pamplona." Esta habilidad tapa la boca a todos los protestadores: la aldea de Jatsu pertenecía a la diócesis de Pamplona. No hay que confundir la Península Ibérica con España.

Por parte de su padre procedía Francisco de una ilustre familia nabarra de la Sexta Merindad, de la Baja Nabarra, que se encontraba en la parte continental del Reino, al otro lado de los Pirineos. Por méritos bien adquiridos fué elevándose el linaje paterno hasta los puestos más distinguidos en el gobierno del Reino de Nabarra. Hasta última hora, cuando el país fué invadido y priva-

do de sus Reyes legítimos, no aparecen en la familia de Francisco hombres de guerra; todos habían seguido la carrera civil del Derecho. Su fidelidad a los Reyes y a Nabarra se mantuvo incólume y vigorosa a pesar de los desastres privados y públicos. Con una constancia admirable todos los miembros masculinos de la familia formaron parte de la resistencia al invasor.

Su madre pertenecía a una de las familias más antiguas y mejor consideradas del Baztán. Fué la mujer fuerte de la Sagrada Escritura, una gran señora, adictísima a sus Reyes legítimos y a Nabarra, de alma varonil para no dejarse aplastar por las desgracias que sobre su hacienda, su castillo de Xabier y sus hijos cayeron por no ceder ante la injusticia de la invasión y los atropellos de los enemigos, internos y externos.

La presente biografía del más ilustre hijo de María de Azpilikueta, Francisco de Jatsu, relata con sujeción a los datos históricos más fidedignos cómo se preparó y cómo se efectuó el derrocamiento de los Reyes legítimos de Nabarra, y cómo y en qué manera quedó el Reino incorporado al Rey de Castilla. No perdió la independencia política; ésta desapareció para todo el País Vasco peninsular en 1839.

Fué indecible lo que tuvo que sufrir Nabarra en aquellos días de la invasión y en las tentativas para restaurar en el trono a sus legítimos Monarcas. Don Fernando de Castilla y Carlos V trataron a Nabarra y a todo nabarro opositor con la mayor dureza. Aquellas devastaciones de castillos, casas, campos y haciendas las contempló Francisco en las propiedades mismas de sus padres. Su infancia careció de alegría. Es un antecesor de los

millones de niños, que han visto la invasión de su patria con el espantoso acompañamiento de toda suerte de males. En la última tentativa que la Resistencia efectuó en Nabarra contra el poder invasor, Francisco se encontraba solo con su madre en el castillo de Xabier; era un niño, que entraba ya en la mocedad. Sus hermanos Miguel y Juan se hallaban con las tropas leales a Nabarra en esfuerzo desesperado para rechazar los ejércitos extranjeros. Todo fracasó lamentablemente. Los hermanos de Francisco, junto con varios parientes, miembros activos de la Resistencia cayeron bajo la ira de Carlos V, quien en su perdón dijo lo siguiente: "aceptando las personas siguientes: Miguel de Xaverri, cuya dic que es Xavier, e Johan de Azpilicueta, hermano de Miguel de Xavier, cuya dic que era Xavier, e Martín de Jasso e Juan de Jasso e Esteban de Jasso u hermano, Juan despilcueta e Juan, cuya dic que fué de Ulloqui e Valentín de Jasso..." ¡Ocho condenados a muerte y a confiscación de bienes en la familia de San Francisco, por el delito de fidelidad a Nabarra! (Campión: *La familia de San Francisco de Xabier.*)

En este ambiente de dolor y de angustia se formó Francisco. ¡Cuántas veces habría visto llorar a su madre, la *triste* María de Azpilikueta, como ella firmó en cierta ocasión! ¡Cuántos días de amargura habría pasado pensando en los hermanos y primos ausentes, empeñados en llevar adelante el movimiento de resistencia a los invasores de Nabarra y destructores de las propiedades de sus padres!

Dios había dispuesto que, cuando saliera del castillo paterno y comenzara sus estudios en la Sorbona, se en-

contrara con uno de los soldados que había contribuído al sojuzgamiento de Nabarra, a la derrota definitiva de los Reyes legítimos y a la persecución de sus hermanos y parientes. Era también vasco, y muy vasco de temperamento y de alma. Pero sufría del mal que aquejaba a otros compatriotas: carencia de conciencia nacional. Ignacio de Loyola, herido en el asalto a la ciudadela de Pamplona, se hallaba en París preocupado ya por otras empresas y animado de otros ideales. Sería colocarse fuera de la realidad y de la naturaleza del hombre el pensar que Francisco de Jatsu y Azpilikueta no sintió emoción alguna cuando Ignacio le manifestó su personalidad. Francisco entonces no era santo; tampoco, aunque lo hubiera sido, dejaría de ser hombre. Es seguro que todo su ser se revolvió en un movimiento de antipatía y de cólera hacia aquel hombre que renqueaba a causa de las graves heridas producidas por la bola de piedra lanzada desde las murallas de Pamplona, quizá por sus hermanos Miguel y Juan. En Ignacio veía al invasor del Reino de Nabarra, a un cooperador de los males que afligían a su familia y a sus parientes, a uno de los causantes de aquellas horas de tanta amargura y tantas lágrimas de su madre, allá en la soledad del medio derruído castillo paterno de Xabier. El amor patrio, el amor filial, el amor a la familia se agitaron en su espíritu, el espíritu de un muchacho con heridas frescas y todavía sangrantes.

¿Qué se dijeron Ignacio y Francisco? ¿Cómo comentaron los sucesos de la guerra de Nabarra? ¿Qué palabras salieron de los labios de Ignacio? No las conocemos, y es lástima grande. Pero algo muy maravilloso

vió Francisco en el ex soldado de Pamplona, en el invasor de la amada tierra nabarra, en el causante de las lágrimas de su querida madre, cuando de tal manera se adhirió a él y se colocó bajo su dirección espiritual. Para mí constituye éste uno de los mayores sacrificios y vencimientos realizado por Francisco de Jatsu y Azpilikueta. Sólo Dios, sólo la fe puede operar estas transformaciones espirituales. No han escaseado ejemplos edificantes en la guerra mundial. Recuerdo haber visto una fotografía, en la que soldados alemanes y norteamericanos católicos aparecen recibiendo la Sagrada Comunión de manos de un sacerdote norteamericano. Siempre me impresionó lo que cuenta la escritora japonesa Michi Kawai en su obra *My Lantern* (p. 130) cuando relata su encuentro en Friburgo de Brisgovia con una estudiante rusa. Estaba muy reciente la guerra ruso-japonesa, en la que los nipones humillaron a Rusia. Las dos jóvenes salieron a pasear por la Selva Negra hablando de los sucesos políticos, de la paz internacional y de la pasada guerra entre sus respectivas patrias. Entonces, dice Michi Kawai "nos arrodillamos, ella rezó por el Japón, yo rogué por Rusia; y con un caluroso apretón de manos nos comprometimos a trabajar por la paz internacional por intermedio de nuestro común Salvador".

Me figuro que algo parecido ocurrió en París cuando se encontraron el ex soldado de Pamplona, Ignacio de Loyola, y Francisco de Jatsu y Azpilikueta, el hijo de la *triste* María de Azpilikueta. Mirando por encima de la tierra y de los conflictos temporales, se comprometieron a trabajar por su común Salvador, olvidando los dolores

terrenales para no sentir otro dolor que el de ver cómo se perdían los hombres para la vida eterna.

Desde entonces los dos vascos se entregaron a la empresa enorme de extender y afianzar el Reino de Dios. En ello pusieron, no sólo toda su fe cristiana ardiente, sino también y de un modo instintivo todas sus cualidades de hijos de la raza vasca: su constancia inquebrantable, su entereza de alma, su sentido práctico, su talento organizador, su dinamismo emprendedor, su renuncia a los procedimientos violentos. Ignacio y Francisco fueron ya inseparables amigos. El espacio ciertamente los mantuvo en alejamiento mutuo; pero sus almas y sus corazones se mantuvieron unidos del modo más admirable.

En esta obra del señor Pedro de Basaldua, que la Editorial EKIN ofrece al público argentino, podrá encontrar el lector abundantes pruebas del vasquismo de Ignacio y de Xabier, manifestado en su carácter, en su manera de ver los problemas humanos, en la reciedumbre de su alma, hasta en la exteriorización "gramatical" de su pensar "euskériko". Aunque la literatura ha utilizado tan enormemente las dos fuertes personalidades para ensalzar lo que se ha dado en llamar "hispanismo", creo yo que Francisco de Azpilikueta e Iñigo de Loyola no contienen absolutamente nada del alma española del siglo XVI. No sienten ni piensan como los caballeros españoles de la época; los anima y vivifica otra raza, de mentalidad muy diferente. Como hombres son de la raza vasca; como Santos son hijos de la Santa Madre Iglesia Católica. Quien conozca a San Francisco de Xabier desde su nacimiento hasta su muerte, estará en dis-

posición de apreciar la absurdidad espantosa de los versos, que Pemán pone en boca de Xabier moribundo.

El libro de Pedro de Basaldua tiene un gran mérito, y es el hacer hincapié en las similitudes entre los dos Santos, al mismo tiempo que proporciona datos abundantes, que nos señalan su alejamiento del carácter y pensamiento españoles de la época. Esta vida de Francisco e Iñigo no es una de tantas. La mejor prueba de este aserto es el interés que el lector va notando a medida que pasa sus páginas. El autor conoce perfectamente bien a los dos personajes, va colocando los hechos principales en su verdadero ambiente histórico y saca conclusiones de la más rigurosa lógica.

Entre las varias vidas de los dos Santos vascos que he leído, confieso que ésta, escrita por Pedro de Basaldua, es la que me ha interesado más íntimamente, y la que más ha acrecentado en mi alma mi admiración piadosa hacia aquellos dos hombres, que, debiendo estar separados y reñidos según la ley de la carne, formaron una sola alma según la divina de la caridad y del perdón de las injurias.

No quiero, ni quiere el autor de este libro llamar *cruzada* a la obra evangelizadora de Francisco de Xabier. Huele esa palabra a sangre humana, rezuma violencia y exterminio. ¿Quién se atrevería a calificar de *cruzada* el apostolado de San Pablo?

El espíritu misionero de Francisco de Xabier nada, absolutamente nada tuvo de *cruzado:* fué sencillamente el enviado de Dios, el apóstol de Jesucristo que, sin representar a ningún poder humano, sin armas homicidas y abrasado de amor pacífico, se lanzó a llevar la luz de la

fe cristiana a los pueblos, que yacían en la oscuridad fría de la infidelidad. Nuestro Santo, como los primeros apóstoles de Cristo, predicó la Fe con mansedumbre y paz, sin otro dolor que el suyo propio al darse en cuerpo y alma al bien de los prójimos.

Debemos insistir en este aspecto de los trabajos misioneros de nuestro Santo nabarro. Compararlo con las violencias exterminadoras de una *cruzada* es profanar el significado sobrenatural de su vida. San Francisco de Xabier será siempre el modelo de los auténticos misioneros de la Santa Iglesia, que ostentan únicamente la Cruz de Cristo, cuyo triunfo no hace llorar, no causa tragedias familiares, no se gloria del exterminio ni de la humareda de los incendios.

Los católicos, más especialmente los católicos nabarros, debemos respetar el carácter eminentemente sobrenatural de la obra misionera de nuestro Santo. Si no le seguimos de cerca, si no le imitamos al pie de la letra en la interpretación verdadera del apostolado evangélico, nada conseguiremos, pues Dios no bendice las injusticias y los odios, aun cuando vayan enmascarados con las apariencias de fervor cristiano.

P. BERNARDINO DE ESTELLA, O. F. M.

O'Higgins, 3-XII-1945.



I

INTRIGAS, CALUMNIAS Y FALSIFICACIONES



El feudalismo, arraigado y vigoroso durante siglos en Francia y España, no penetró, en cuanto institución y órgano, en tierra vasca. Sin embargo, cuando aquél daba los últimos coletazos, su espíritu de elemento turbulento y disolvente dentro de la sociedad civil, su alma cruel y guerrera, llegó al País Vasco como un reflejo e hizo mella profunda en su carne.

¿Qué otra cosa sino indómitos y bárbaros señores feudales eran, o merecían serlo, quienes sin conciencia nacional, cegados por la ambición, la soberbia y la venganza se enfrentaban, divididos los pueblos en dos bandos, agrupadas las familias y los individuos en clanes de oñazinos y ganboínos, agramonteses y beaumonteses, sabeltxuris y sabelgorris como se denominaban aquellos banderizos salvajes en una patria desmembrada, en Bizkaya, Alaba y Guipúzkoa, Nabarra, Laburdi y Zuberoa respectivamente? La sangre, la lengua, las costumbres, la tradición, todo aquello, en fin, que ata y funde a los pueblos en una voluntad y una fe late en ellos y proclama la nacionalidad común. Siglos hace, sin embargo, que no halla ésta el cauce conveniente, preciso y lógico de su destino natural, de su vocación étnica. La voluntad humana, sin visión del futuro, ausente de toda intuición política, animada de temores y espoleada por la ambición en amalgama que a la historia corresponde examinar, se enfrentó a la angustia silenciosa de la raza, a la savia misma de una nación desgarrada por sus propios hijos.

Porque fueron ellas, Bizkaya y Alaba, seguidoras rezagadas de Guipúzkoa, quienes voluntariamente se dirigieron hacia las llanuras de Castilla. Lo hicieron, ciertamente, sin claudicaciones ni menoscabo de sus derechos; manteniendo íntegra la independencia, la soberanía de sus atributos irrenunciables e imprescriptibles por otra parte. No existió incorporación ni unión siquiera a Castilla. Hubo, sí, coincidencia de cargos en una misma persona. Pero sin fusión de ningún género al Estado español y sin que los nuevos Señores de Bizkaya, Alaba y Guipúzkoa ejercieran jurisdicción alguna ni como Reyes de Castilla, ni de España, sino tan sólo como tales Señores, removibles a voluntad de las soberanas Juntas vascas. La independencia material quedaba salvaguardada, intacta.

Hay algo en los pueblos, sin embargo, más fundamental y básico que la propia libertad: el alma, esos valores espirituales que dan al ser un carácter exclusivo, original y único. Y fueron precisamente estas fuerzas morales las que al contacto íntimo y permanente con otras extrañas, contradictorias y disolventes a veces, sufrieron grave e irreparable daño. De ahí nace toda una desviación nacional que adquirirá proporciones gigantescas al correr de los siglos.

La descomposición alcanzaba a la totalidad de los Estados vascos, incluso al reino de Nabarra. Exponente claro de la misma era aquella lucha sangrienta de los banderizos a que nos referíamos anteriormente. Su paso, sus hazañas vengativas por la región propia o por las regiones vecinas, dejaban una estela de saqueo, de incendio y pillaje, de lágrimas y sangre...

Los banderizos minaban los resortes vitales del Estado. Por eso no faltaban poderes extraños que mantenían y animaban con entusiasmo el fuego de la discordia, con

dádivas y promesas de tierras, títulos y honores diversos.

Ninguna víctima tan cruelmente castigada como Nabarra a principios del siglo XVI. El eximio historiador Arturo Campión en *El genio de Nabarra* describe así el momento que estudiamos: "empobrecida, exangüe, cubierta de ruinas calcinadas, pulverizada por la guerra extranjera y la guerra civil, mordida mortalmente por la víbora beaumontesa, oye sonar la última hora de su independencia nacional".

El hecho geográfico es quizá su mayor enemigo; unidos por el matrimonio de Isabel y Fernando los reinos de Castilla y Aragón, siendo éstos a la vez Señores de Guipúzkoa y Alaba y teniendo al reino de Luis XII poco más allá de los Pirineos, Nabarra, encerrada en sus montañas, aparece atenazada, a merced de los afanes de conquista, de las ambiciones de ambos poderosos y rivales Estados.

En una de esas luchas ambiciosas dispútanse una vez más la posesión del reino de Nápoles. En realidad, lo que ambos se disputan es el predominio del mar. Con mayor habilidad, y carente de escrúpulos, ha logrado Fernando atraerse a Roma y otras potencias de Italia y buscando apoyo incluso en Alemania constituye con ellas la Liga Santísima. A quienes la integran les une el afán momentáneo de anular el poderío francés. "Unos y otros procuraban engañarse a la media vuelta", escribe Santa Marina.

Fué hecha pública aquélla por el Papa Julio II el 5 de octubre de 1511. Desde hacía un año estaba en lucha con el Rey de Francia cuyas torpezas atrajeron la animadversión de todos. La política pontificia, escribe Campión, tiraba a desgastar por mutuo frotamiento, la prepotencia española y francesa. Pero siendo de mayor apremio el imperialismo francés, se puso al fin resueltamente del lado español, y cuando los franceses fueron arrojados de Italia y la preponderancia española creció desmesurada-

mente, como era natural, Julio II calentó el propósito de aniquilarla. Refiriéndose a los españoles que pérfidamente se habían enseñoreado de Nápoles, le dijo al Cardenal Crimani, pegando el suelo con el bastón: "Si Dios me presta vida, yo libertaré también a los napolitanos del yugo que los sujeta."

El carácter y la actuación de este aliado de Fernando queda reflejado en la exposición de Gil de Viterbo, General de los Agustinos, en el quinto Concilio de Letrán: "Julio es, sin disputa, el primer Pontífice que haya empleado con éxito favorable las armas temporales por la defensa de la Iglesia. Con todo, estas armas no son las propias de la Iglesia. La Iglesia solamente vencerá cuando emplee en el Concilio las armas de que habla el Apóstol... La Iglesia no ha llegado a ser poderosa sino por las armas espirituales. Poco le importa la extensión de sus dominios; sus riquezas todas consisten en las cosas divinas."

Nabarra, entre ambos enemigos en guerra, se esfuerza en mantener su neutralidad. Y en uso de los derechos que se desprenden de su soberanía y de la cordialidad circunstancial de sus relaciones con Francia, de modo especial desde la muerte de Gaston de Foix, pretendiente al trono de Nabarra, se opone al libre paso por sus tierras de las tropas del Rey Fernando y a la entrega de las tres fortalezas de Estella, Amayur y San Juan de Pie de Puerto, como requiere primero y exige más tarde con amenazas de inaudita violencia.

Fernando, el llamado Rey Católico, cínico y despreocupado, poco escrupuloso en sus medios, afirma el Padre Estella, no era hombre capaz de detenerse ante los argumentos legales, de honor y de lealtad por otra parte, en que basaban su negativa los reyes nabarros, don Juan de Albrit y doña Catalina de Foix.

Exasperado por la actitud de éstos, que impedía así el paso de las tropas dispuestas, de acuerdo con el Rey de Inglaterra Enrique VIII, y con el pretexto de acudir a la jornada de Guiena contra el Rey de Francia, decidió la invasión por la fuerza. Era éste, por otra parte, un proyecto que venía madurando desde años atrás. Para nadie pasará inadvertido que más llano y cómodo era el paso por Alaba y Guipúzkoa, de las que él era Señor. Pero lo que importaba era apoderarse de Nabarra.

Fué entonces cuando Fernando, ambicioso impenitente, según Campión en los *Anales del reino de Nabarra,* puso la fuerza y la astucia, "furto, trato y maña", dicen los documentos de la época, al servicio del egoísmo y del poder. El 21 de julio de 1512 el duque de Alba, don Fadrique de Toledo, con un ejército castellano de hasta 18.000 hombres, invadió a Nabarra por el valle de la Borunda. El Marqués de Orset, con las fuerzas inglesas de más de 5.000 infantes, arqueros la mayor parte, que habían desembarcado el 8 de junio, se negó a seguir a los castellanos, alegando "que no tenía comisión de su rey para hacer la guerra en Nabarra", según el relato del Padre Moret. El 24 del mismo mes capituló Pamplona; pocos días después San Juan de Pie de Puerto; el 10 de agosto, Lunbier; el 15, Viana y Estella y el 3 de septiembre, Tudela . . . En mes y medio de campaña habían ocupado todo el país.

Antes lo habían minado con astucia, llevando el desconcierto y la desorientación y aniquilando con perfidia sus fuerzas morales. Valiéronse para ello no sólo de la complicidad de los banderizos beaumonteses, castellanizados por el tristemente célebre don Julián, Conde de Lerín, cuñado del Rey de Castilla, sino recurriendo a un procedimiento digno del discípulo bien aventajado del florentino Maquiavelo.

Conocedor de la piedad y del espíritu religioso nabarro hizo creer al pueblo en la excomunión de sus Reyes legítimos alegando para ello haberse confederado y aliado con el Rey de Francia mediante el tratado de Blois, firmado el 16 de julio de 1512.

Dice el autorizado historiador Padre Aleson "que lo que más atemorizó el ánimo de los vecinos de Pamplona al acampar los castellanos en el bosque de la Taconera, situado extramuros, fué lo que con gran estudio se publicaba: que si no dejaban a su rey, estaban excomulgados y eran cismáticos y herejes como él, por una Bula del Papa, que los comprendía a todos en virtud de ser el Rey don Juan aliado de los franceses cismáticos. Y sobre esto divulgaban los castellanos muchas cosas falsas, de que venían instruídos y aun crédulos los soldados".

Todo ello era falso, sin embargo. Lo único cierto es que la religión en manos de Fernando, inmoral en su vida privada y pública, era utilizada para fines políticos. Así, al día siguiente de la rendición de Pamplona, el Duque de Alba, escribía al Rey diciéndole que la expedición habíase "llevado a cabo para bien de la Iglesia y extirpación de la herejía".

De don Fernando, nos ha dejado el historiador florentino Guicciardini, la siguiente imagen: "Ventura de las mayores significa la ocasión de mostrar que la consecución del bien público produce los actos emprendidos por mero interés particular. Esto es lo que daba tanto lustre a las empresas del Rey: luchar siempre con la mira puesta en su propia grandeza o en su seguridad, parecía que tenía por objeto la defensa de la Iglesia o de la propaganda de la fe cristiana."

Para repeler la posible acción reivindicatoria de los destronados monarcas y justificar al mismo tiempo la rapiña, no vaciló Fernando —a quien en la correspondencia diplo-

mática de la época apodaban "Juan Grippon", del francés *gripper:* echar la zarpa— en falsificar, de modo torpe por cierto, una Bula del Pontífice Julio II, rival y aliado, "fiero y terrible", en frase de Pastor en su *Historia de los Papas* y "ambicioso y guerrero", según Alzog en su *Historia Universal de la Iglesia.* En ella se atribuye "la posesión de los Estados de los Reyes de Nabarra a los primeros ocupantes".

De raza le venía a Fernando el falsificar Bulas pontificias. Su padre, Juan II, Rey de Aragón, falsificó también, como lo dice el Padre Mariana en su *Historia de España,* una Bula de Pío II en complicidad con el Arzobispo de Toledo y Primado de España, don Alonso Carrillo, quien con audacia y sin rubor la leyó ante príncipes y magnates en el primer encuentro de Isabel y Fernando, celebrado la víspera de su matrimonio. Este no hubiera podido llevarse a cabo a falta de ese documento, ya que de una dispensa pontificia se trataba. La falsedad no fué descubierta hasta la llegada de la embajada francesa que venía a pedir la mano de doña Juana, más conocida por "la Beltraneja" (de ocho años de edad), hija de la reina de Castilla y, al parecer, así lo confesó públicamente su esposo, el Rey Enrique IV, el Impotente —divorciado de doña Blanca de Nabarra, por haber sido incapaz de consumar el matrimonio en los trece años que duró éste— del favorito don Beltrán de la Cueva, para el duque de Berry, hermano del Rey francés.

Fué el Cardenal de Albi, Obispo de Arrás, quien en presencia del Rey y de la Corte, en Medina del Campo, manifestó que "el matrimonio de la Princesa Isabel con don Fernando era ilícito y criminal, puesto que la Bula de dispensa que se suponía dada por el Papa Pío II, ya difunto, era fingida y falsa no habiendo dado nunca semejante Bula, por lo que el matrimonio de los Príncipes

era nulo no siendo ni pudiendo ser tal matrimonio sino un criminal amancebamiento".

El Padre B. de Estella dice que tan sólo "años después fué obtenida una dispensa legítima del Papa Sixto IV". La Reina vivió engañada desde 1464 hasta 1471. El mismo historiador advierte que el catolicismo de Fernando "tampoco era muy edificante". Aduce para ello la carta que escribió don Fernando a su Virrey de Nápoles, recogida en la *Biblioteca de Autores Españoles,* tomo 23: "Y estamos muy determinados —dice— si Su Santidad (Julio II) no revoca luego el Breve y los autos por él fechos, de le quitar la obediencia de todos los reinos de la corona de Castilla y Aragón, y de facer otras provisiones convenientes a caso tan grave y de tanta importancia." El historiador español Vicente Lafuente comenta así esta carta: "Llegó un día en que otro Rey de Europa, por una pasión liviana, quitó la obediencia de todos sus reinos al sucesor legítimo de Julio II, echó a un rincón la hija de un monarca anciano y ahorcó a cursores y algo más que cursores de la Santa Sede. El Rey que quitaba la obediencia al Papa era Enrique VIII, rey de Inglaterra, cismático y hereje, como amenazaba serlo don Fernando, llamado el Católico. La mujer repudiada cual trapo que se tira a un rincón oscuro, era doña Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos. El monarca afrentado de ese modo era don Fernando de Aragón, el que amenazaba al Papa algunos años antes de quitarle la obediencia de todos los reinos de Castilla y Aragón." *(Retención de Bulas en España ante la Historia y el Derecho.)*

Guillermo Prescott, historiador norteamericano, en su obra *Historia de Fernando e Isabel,* dice, "que los historiadores extranjeros consideran la conquista de Nabarra como una usurpación audaz y criminal, tanto más cuanto

que se cubrió con la máscara de la religión". El dominico Natal Alejandro, en su *Historia Eclesiástica,* escribió: "En vano se jactan los españoles del decreto o sentencia de Julio II, en virtud de la cual Fernando, ocupó el trono de Nabarra."

Cuando Pamplona, socavada en su espíritu, "flaca de ánimo y tibia de lealtad", abría sus puertas al Duque de Alba, con la llave del engaño y la traición, y las fuerzas leales se retiraban precipitadamente, en desastroso desorden, intentando al menos poner a salvo la artillería francesa, los soldados guipuzkoanos, los *mendimutillak* a las órdenes de Pérez de Leizaur hacen su aparición, cargan con furia sobre ellos y les obligan a "abandonar los cañones entre los lodazales y ventisqueros de Belate". Distínguese en este encuentro al frente de una de las partidas, Martín García de Oñaz, heredero de la Casa-Torre de Loyola, de sus privilegios y patrimonio.

Hermano de éste Martín García de Oñaz era quien en aquellos momentos, en tierras castellanas, en Arévalo o en Madrigal, a la sombra de la Casa Real servía al Contador Mayor, don Juan Velázquez de Cuellar: se llamaba Iñigo o Eneko, más conocido hoy día por Ignacio, o Iñaki en el idioma de su raza...

Nadie hubiera sospechado que en aquel joven de veintiún años, menudito y vivaracho, soberbio y engreído se ocultaba la figura más sorprendente y decisiva del siglo: Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús.

Quebrantada definitivamente la resistencia nabarra, los monarcas huyeron a Lunbier y luego a Francia. Acompañando a los últimos Reyes legítimos de ese desgraciado Estado vasco y juntamente con el célebre Pedro de Nabarra, el Condestable don Alonso de Peralta y de muchos leales caballeros, iba el doctor en Cánones, graduado en la Universidad de Bolonia, don Juan de Jatsu y Atondo,

Presidente del Real Consejo de Nabarra, a quien calificó el Rey de "egregio, fiel y bien amado servidor, Alcalde de la Corte Mayor y Maestro de Finanzas".

En enero de 1494, "al ser coronados y jurados los últimos Reyes legítimos de Nabarra, el doctor don Juan de Jatsu, ejerciendo funciones del Canciller ausente, tomó el juramento de fidelidad a los tres Estados. El año 1511 concurrió a las Cortes de Tudela; dicen que presentó beneficiosas reformas proporcionadas a la administración pública y puso mano en el mejoramiento del Fuero". Escribió cierta *Relación de la descendencia de los Reyes de Nabarra.*

Este don Juan de Jatsu —Jaso o Jaxu—, que había de morir en el destierro el 16 de octubre de 1515, era natural del pequeño pueblo que llevaba su nombre, junto a San Juan de Pie de Puerto, pertenecía a la familia infanzona Echavarria y era señor de la villa de Idocin, se había casado con doña María de Azpilikueta y Aznarez, heredera de una de las familias más antiguas y nobles del reino. De ese matrimonio nacieron tres hijas: Magdalena, Violante y Ana, y tres hijos: Miguel (Señor de Xabier), Juan (Señor de Azpilikueta, capitán) y Francisco.

Francisco nació el martes de la Semana Santa, 7 de abril de 1506, en el castillo de Xabier, situado en un alto, apenas a ocho kilómetros de la villa de Sangüesa, baluarte fronterizo con el reino de Aragón. Dicen que este castillo dió por premio de grandes hazañas el Rey Teobaldo, en 1236 a la familia de Sada; pasó luego a la de Azpilikueta y más tarde a la Jatsu, quien la mantuvo heroicamente para Nabarra.

En el mundo, y para la historia, había de ser Francisco de Xabier, el Apóstol de las Indias, el Santo.

II

NABARRA, EN PIE POR SU INDEPENDENCIA



Juan de Albrit, a cuya "hermosura y gentileza de cuerpo juntaba ser de buena índole y suavidad de costumbres y ser muy erudito en las letras humanas", y su esposa Catalina, "inteligente, discreta y virtuosa", como los califica el Padre Moret en los *Anales del reino de Nabarra,* volvieron pronto a reclamar sus derechos al reino de Nabarra. Lo hicieron no sólo porque conocían la adhesión y el entusiasmo de los nabarros, sus súbditos, sino porque contaban con la promesa formal de apoyo y auxilio incondicional por parte del Rey de Francia.

Los destronados Reyes fueron, sin embargo, abandonados, engañados miserablemente. Bastaba conocer la catadura moral de Luis XII para preverlo. Campión dice de él que "era pérfido, sin escrúpulos ni honor", "irresoluto, tergiversador".

Así, olvidando de pronto compromisos y promesas, el Rey "cismático, herético y excomulgado", como lo habían calificado a efectos de justificar la invasión de Nabarra, y el Rey Católico, en cordial camaradería, firmaban una tregua en sus luchas. Precio y víctima de la misma fué Nabarra, a cuya conquista ambos aspiraban.

Consecuencia de ese desenlace convenido es la reunión de Cortes en Pamplona, poco después de la muerte de Luis XII, donde el primer Virrey de Nabarra, don Diego Fernández de Córdoba, juró en nombre de los Reyes de Castilla guardar a los nabarros sus fueros y éstos —los beaumonteses castellanizados— a su vez juraron ser fie-

les "según que buenos y leales súbditos y naturales son tenidos a facer, como los fueros y ordenanzas disponen".

Nabarra, pues, de ahí se desprende, conserva sus leyes, su independencia. Todo ha quedado reducido a un cambio de dinastía. Admitamos, sin embargo, que en ella la fuerza, la violencia y la sangre han suplantado a la soberanía nacional, a los órganos legítimos de expresión del país.

El Cardenal Cisneros no ocultó su desaprobación a la invasión nabarra. Con tenacidad se opuso a la rapiña proyectada por su Rey. El biógrafo de Cisneros, Alvar Gómez, dice que Fernando, para atraerse a Cisneros le mostró un Tratado de Blois, fingido, en el cual los Reyes de Francia y Nabarra aparecían entendidos para invadir Aragón y Castilla. Fué así, engañado, cómo Cisneros aconsejó a Fernando que hiciera la guerra "con todo el ímpetu" al mismo tiempo que ponía a disposición sus tropas. Tarde debió descubrir el engaño y que tuvo remordimientos del hecho nos lo dice el Padre Risco en la obra biográfica *Cisneros,* al escribir que, "con motivo de la muerte del Rey Fernando, se descubren indicios de que aquella conciencia —la del regente Cisneros— no estaba del todo quieta y andaba detrás de algún arreglo con los Reyes de Nabarra, que ellos mismos estorbaron con su ligero proceder".

Fué en los comienzos de la regencia de Cisneros. Tuvo noticia "de que se andaba en vías de una concordia entre Nabarra, Francia, el Pontífice y el futuro Carlos V, sobre los últimos sucesos ocurridos con motivo de la anexión de aquel reino". "Temiendo que aquellos tratos —escribe el Padre Risco— que sin duda agradaban a su conciencia timorata, se malograsen, envió secretamente a un tal Juan de Mauleon para rogar a don Juan de Albrit que, aun en el caso de que Dios dispusiera de la vida del achacoso

Rey —Fernando— tuviese por bien no suspenderlos, porque él quería poner en ello toda su buena voluntad para sacarlos con bien y contento de ambas partes."

El mismo autor refiere que "don Juan de Albrit recibió al mensajero cuando ya había llegado a sus oídos la noticia de la muerte del Rey Católico y la designación de Cisneros como regente de Castilla. Sospechó que aquellas proposiciones las hacía el fraile gobernador taimadamente con el designio de ganar tiempo y apercibirse para un evento de guerra y contestó con una carta bastante dura que comienza: "Lo que vos, Juan de Mauleon, habéis de decir a vuestro señor es que los Reyes de Nabarra se maravillan cómo estando fechada su carta el 24 y habiendo muerto el rey Fernando el 22 (había muerto el 23), se lo quiera ocultar. Le diréis también que lo que es claro, no hay por qué ponerlo en arbitraje, y pues el reverendísimo Cardenal sabe mejor que nadie la poca causa que dieron los Reyes de Nabarra al Rey Católico para ocuparles su reino, es justo que muerto ya el Rey de Aragón, hagan ellos lo posible para recuperarlo."

Francisco I, que a los veintiún años de edad, había sucedido en el trono francés a Luis XII, muerto el 3 de agosto de 1483, "escribió rápidamente al de Albrit, empujándolo hacia Nabarra para que aprovechase las revueltas de Burgos y de Andalucía, ofreciéndole por su parte, cuatrocientas lanzas gruesas y cuatrocientos caballos ligeros". Albrit reunió quince mil hombres, los organizó en tres cuerpos de ejército y en cuanto comenzó el deshielo en las cumbres de los Pirineos se lanzó al ataque.

Escribe el historiador inglés Bigelow Merriman que "las fuerzas invasoras fueron sorprendidas en el estrecho valle de Roncal y completamente derrotadas en marzo de 1515 por el repentino ataque de los españoles, mandados

por el coronel Cristóbal Villalba, uno de los más hábiles discípulos del Gran Capitán".

Fué el 23 de marzo, Pascua de Resurrección, cuando tuvo lugar el encuentro. El ejército nabarro, que era mandado por el célebre mariscal Pedro de Nabarra, "leal y buen patriota", luchaba aún en aquellos momentos con el deshielo en Isaba. El propio mariscal cayó prisionero. Era cabeza del bando agramontés y el segundo personaje entre la nobleza del reino. Conducido al castillo de Simancas y tras de largo cautiverio, una mañana, el 24 de noviembre de 1522, apareció bañado en sangre y con las venas cortadas; los verdugos trataron de ocultar su crimen haciéndolo pasar como un suicidio. El ejecutor de la sentencia, Mendo de Noguerol, alcaide de la fortaleza, fué muerto a puñaladas cinco años después por el Obispo Acuña, por cuyo motivo fué éste ahorcado en las almenas del mismo castillo por el cruel alcaide Ronquillo. Albrit levantó el sitio de San Juan de Pie de Puerto y se retiró a Francia en donde murió meses más tarde.

Comienza aquí un período trágico para Nabarra. El mismo Bigelow Merriman dice que "la victoria en el campo de batalla fué seguida de la adopción de severas medidas para prevenir una repetición del intento. Muchas de las grandes fortalezas del reino, fueron totalmente demolidas; sólo permanecieron Estella, Viana y Pamplona. Un importante ejército de ocupación fué instalado en la tierra reconquistada y un nuevo Virrey, el Duque de Nájera, cuya gran fortuna le hacía inaccesible a la corrupción, cuidó de la ejecución de las órdenes de su amo. También se llevaron a cabo ciertas reformas administrativas y constitucionales; su tendencia, ni qué decir tiene, era la de atajar las libertades y privilegios de los nabarros, que odiaban al Cardenal en España y a sus representantes en la región. La severidad

de estas medidas fué posteriormente suavizada por diversos edictos de Carlos, que supo aprovecharse de la oportunidad para conquistarse una fácil popularidad, al mostrar deseos de conciliación, pero es dudoso si el gobierno español en Nabarra, podría haber resistido a la prueba mucho más dura a la que se vió sometido en 1521, de haber sido más clemente el Cardenal en 1516".

Cisneros era inflexible y duro de corazón. No ocultó sus deseos de trasladar a los nabarros a Andalucía poblando Nabarra con los moriscos de las Alpujarras. Él y el capitán Cristóbal Villalba, "endurecido en las guerras de Italia fueron los verdugos de Nabarra" al decir del historiador Padre Estella.

Una ola de sangre y fuego, de persecución y de terror envolvió a Nabarra. Completando la obra de allanar fortalezas y castillos, derribando incluso, entre otras, la iglesia de Olite, los banderizos castellanizados beaumonteses se dedicaron a la delación, pueblo por pueblo, de cuantos nabarros habían sido leales a su país, a su tradición.

Rasgos heroicos conmovieron a la patria herida. Corresponde una de esas gestas gloriosas a doña Ana de Belasko, Marquesa de Falces, que defendiendo su castillo de Marcilla —aun hoy en pie—, hizo frente al despótico Villalba manteniendo en alto el puente levadizo y dispuesta a morir en defensa de sus derechos.

En cumplimiento de las órdenes brutales del Cardenal Cisneros —refiere Campión— la fortaleza de Xabier es derruída y sus tierras asoladas, y si la demolición no comprende la casa-vivienda, es porque el Virrey Duque de Nájera, más humano, interpreta benignamente la orden; al mismo tiempo las tropas españolas destruyen el palacio, casa y torre de Azpilikueta, y queman la borda contigua y asuelan las haciendas del lugar, arrancan las vigas y maderas de la casa de Pamplona y las emplean en

la nueva fortificación. Ya años antes, en la invasión de 1512, las tropas del Arzobispo de Zaragoza, hijo ilegítimo de Fernando el Católico, habían ocupado el castillo de Xabier causando dentro graves daños, como la destrucción de documentos del Archivo. Don Juan de Jatsu había muerto en 1515; sus dos hijos Miguel y Juan continuaban en el destierro.

Meses más tarde de la derrota del Roncal y como consecuencia del acercamiento entre Flandes y Francia, producido después de la muerte de Fernando el Católico, el 13 de agosto de 1516, los Reyes Francisco y Carlos firmaron el tratado de Noyon. En él iba incluída entre otras cláusulas que se referían al reino de Nápoles y al matrimonio de Carlos con Luisa, hija del Rey Francisco, cuando aquélla fuera de edad adecuada, un apartado especial relativo a la cuestión de Nabarra. En él prometía Carlos que tan pronto llegase a España —vivía entonces en los Países Bajos— recibiría embajadores de los Albrit, y después de haberse enterado de las pretensiones que podían legalmente presentar al reino del que su abuelo les había expulsado, les daría satisfacción "conforme a razón y de tal modo que deberían razonablemente quedar satisfechos".

Jamás pensó Carlos en cumplir lo prometido. Prueba de ello es la respuesta dada a las Cortes de Valladolid en 1518: "Nosotros —escribe— hemos siempre firmemente resuelto de conservar el dicho reino en vista de nuestros derechos a él y de su importancia para estos reinos de Castilla." Carlos era un buen discípulo de su Canciller Mercurino Gatinara. De él saca el principio de que "el imperio es título jurídico para el mundo todo"; así que "no sólo había de conservar los reinos y dominios hereditarios, sino adquirir más, aspirando a la monarquía del orbe".

Por eso los delegados nabarros, que contaban con el apoyo del embajador francés La Rochebeaucourt, "no hallaron medio de obtener ninguna satisfacción real a sus demandas para la ejecución del tratado de Noyon. Al fin, en agosto abandonaron la comitiva del Rey de Aragón disgustados y desalentados".

Un año más tarde los franceses iniciaron nuevas gestiones. "El resultado fué la iniciación de una nueva serie de conferencias sobre el asunto nabarro entre los delegados franceses y españoles, en Montpellier; pero dilaciones y retardos por ambas partes impidieron que los plenipotenciarios se reuniesen hasta el 3 de mayo de 1519, y el ambiente por ambas partes al comenzar las sesiones excluía cualquier esperanza fundada de convenio." Así, sin llegar a un acuerdo la conferencia quedó suspendida el 10 de mayo. Ya no cabía otro camino que el de las armas.

Meses más tarde, en febrero de 1520, el Rey Francisco "desafió abiertamente a su rival, conminándole a cumplir sus obligaciones derivadas del tratado de Noyon".

No recogió el guante Carlos. Con respuestas evasivas intentaba ganar tiempo para sofocar los chispazos de rebelión que surgían por aquel tiempo en el interior de su reino y prepararse mientras tanto militarmente. Conveníale, por otra parte, tener terminada la restauración de la fortaleza de San Juan de Pie de Puerto y las murallas de Pamplona, obras iniciadas con afán años antes.

La oportunidad no podía ser más favorable a Francisco. La revuelta de los comuneros iba alcanzando caracteres insospechados por su amplitud y profundidad y los nabarros ansiaban el regreso de sus Reyes legítimos.

El monarca francés, amante apasionado de la gloria, las artes y las mujeres, tardo e irresoluto en sus decisiones, no supo, sin embargo, aprovechar esas ventajas.

Cuando se dispuso al ataque ya el movimiento de los comuneros estaba herido de muerte. Para sofocar la rebelión habían acudido apresuradamente abundantes tropas incluso de Nabarra.

El ejército francés, al frente del cual iba André de Foix, señor de Asparros, no estuvo listo hasta el 10 de mayo de 1521, es decir, cuando incluso ya los jefes de los comuneros, Padilla, Bravo y Maldonado habían sido degollados por mano del verdugo tras la huída y la derrota de sus tropas en Villalar. Estaba integrado por 12.000 infantes, 800 lanzas y 29 piezas de artillería. El hijo del Rey don Juan fallecido en 1516, don Enrique Albrit, mientras tanto, desde Bearne, con sus numerosos partidarios nabarros hostigaba sin cesar y perturbaba desde hacía tiempo a las tropas de ocupación bien reducidas por entonces.

La invasión se llevó a cabo sin obstáculos serios. El avance fué una marcha triunfal por tierras de Nabarra; los soldados eran recibidos con entusiasmo y alegría. Ya en vísperas del ataque, el propio Virrey había registrado alarmado el "mucho solevantamiento" que observaba en el pueblo. En la obra del Padre Cros aparece a este respecto una carta fechada el 17 de mayo en Sangüesa que dice: "Por el valle del Roncal, por Maya y por San Juan avanza tal muchedumbre de gentes que no se puede contar. Sangüesa, Cáseda, Gallipienzo se declararon ayer por el Rey don Enrique, teniendo a su cabeza a Pedro de Nabarra, hijo del mariscal. El señor Duque de Nájera ha huído de Pamplona. Está, pues, la ciudad dueña de sí misma. Mañana llegará allá el ejército francés, y se dice que los franceses no tendrán necesidad de quitarse las espuelas para tomar la fortaleza, y la cosa parece cierta. Todo el reino, al igual que la montaña, se ha declarado por el Rey don Enrique y creo yo que el Duque

de Nájera tendrá que agradecer a Dios si llega a Castilla." Campión, por su parte, dice: "El hijo del mariscal prisionero, provocó el alzamiento en Olite; Antonio de Peralta, en la fidelísima ciudad de Tudela; Estella, acometió a la guarnición castellana; todo eran victorias para el Rey legítimo."

Era una visión exacta y certera de la situación. Todo se doblegaba y rendía; desalentados los españoles, con gozo de liberación los nabarros. Todo, menos la fortaleza de Pamplona.

Alma y nervio de la resistencia heroica y sangrienta, de esa fortaleza atacada con furia entre otros por Miguel y Juan, los hermanos de Francisco de Xabier, fué Ignacio de Loyola.



III

BAUTISMO DE SANGRE DE IGNACIO



Cuatro años antes, Ignacio, montado en un caballo, en posesión de otro y de quinientos escudos, que como última gracia le diera doña María de Velasco, viuda de su señor y protector el ex Contador Mayor don Juan Velázquez de Cuellar, caído en desgracia real por haberse resistido a entregar a doña Germana de Foix la villa de Arévalo, que era patrimonio de la Corona, y muerto en el abandono poco después en Madrid, había hecho su entrada en Nabarra tras un fatigante y largo caminar desde tierras de Ávila.

Rotas las ambiciones y los sueños que la vida brillante, fácil y disoluta de la Corte le brindaba desde la edad de catorce años, dejó que los impulsos de su alma juvenil y ardiente discurrieran por otros cauces, más acomodados quizá a su espíritu. Él mismo confiesa años después "que principalmente se deleitaba en el ejercicio de las armas con un grande y vano deseo de ganar honra". Más tarde veremos cuál es el secreto de tales afanes. Puesto que la carrera de las armas le atrae y le gusta "seguir la soldadesca", ninguna oportunidad como aquella que le ofrecía la situación privilegiada de su pariente el Duque de Nájera, Virrey de Nabarra.

Fué así cómo "desde fines de 1517 el nuevo capitán entró en la intimidad de la familia del Duque".

El ambiente de Nabarra no ofrecía grandes seguridades. Un espíritu de recelo, de odio y revuelta, vibrando a flor de piel, dominaba al país. Las heridas del invasor

eran recientes y profundas para que pudiera olvidarlas; las heridas y el vivir jactancioso, el comportamiento soberbio y engreído que tanto afecta a los corazones humildes. Tan delicada era la situación que ni el propio Cardenal tuvo reparo en enfrentarse con el Papa. Refiere Santa Marina que "León X quiso volver a su silla de Pamplona al Cardenal Albrit, hermano del antiguo Rey, expulsado durante la guerra. Cisneros consultó a Manrique: juzgólo éste gran peligro, y no se accedió a los deseos papales".

Ignacio, que en atención a la afinidad banderiza de su linaje había intimado rápida y ostensiblemente con los beaumonteses debió percatarse de ello desde los primeros momentos.

Así refiere Francisco Manrique de Lara, Obispo de Salamanca, que "subía Ignacio cierto día por una de sus calles empinadas, bien puesta la espada al cinto, cuando apareció en dirección contraria una "hila de hombres". Eran sin duda un grupo de patriotas nabarros a quienes les molestó quizá "el ademán altivo del nuevo gentilhombre" y quisieron imponerle una corrección. Lo cierto es que "confiados en su *hila*", "le arrimaron a la pared". Lo que entonces sobrevino —escribe el Padre Leturia— lo recordaba cuarenta años más tarde don Francisco que lo había presenciado: "echó mano a la espada, y dió tras ellos una calle abajo, que si no hubiera quien lo detuviera, o matara a algunos dellos o le mataran".

Hasta que el levantamiento de las Comunidades no hubo llegado a la propia ciudad del Duque, a Nájera, en Logroño, en septiembre de 1520, Ignacio no dió suelta a su vocación guerrera. Sin esperar el apoyo prometido por sus "parientes del Condado de Vizcaya y Provincias de Guipúzcoa y Alava", marchó el Duque al frente de algunas tropas reales y de otras del Conde de Lerin.

Todas sus instancias por evitar la lucha fueron inútiles, escribe el Padre Leturia. El 18 entró en su ciudad "por fuerza de armas", y "sin poderlo yo escusar (añade el Virrey) fué saqueada la mayor parte de ella según uso de guerra". Completando y confirmando esta relación el Padre Polanco, secretario años más tarde de Ignacio, testifica que éste fué uno de los primeros en el asalto y "que aunque él pudiera mucho tomar de la presa, le pareció caso de menos valer y nunca cosa alguna quiso de toda ella, teniéndola por cosa abyeta y poco digna".

No había transcurrido un año cuando Ignacio intervino en los grandes disturbios ocurridos en Guipúzkoa. Su intervención fué esta vez más política que militar. El insigne catalán Padre Casanovas, muerto trágicamente en los primeros meses de la guerra civil española, en su biografía de San Ignacio, resume así los hechos a que nos referimos:

"El año 1521, fué constituído Corregidor de Guipúzkoa un tal Acuña, habiendo sido este nombramiento mal recibido por muchas villas, que veían en ello violados sus fueros. Dividióse la provincia en dos bandos: unos, cuyo centro era San Sebastián, afectos al nuevo Corregidor; otros, congregados en Hernani, y entre ellos la villa de Azpeitia, le eran contrarios. Tomaron las armas uno y otro bando y había ya empezado a correr la sangre amenazando grandes discordias. Determinó el Duque de Nájera llevar el asunto por vías de concordia, y envió por primera y segunda vez personas de su confianza, para convencer a entrambas partes a que dejasen el negocio en sus manos. Una de estas personas fué Ignacio, el cual, además de la confianza del Duque, traía la representación del país, por ser tanta la influencia de que gozaban en él las casas de Loyola y de Oñaz. Las negocia-

ciones fueron conducidas con tanta habilidad y prudencia, que el 21 de enero el Duque podía ya escribir al Emperador que estaba la tierra pacificada, depuesto de su cargo Acuña y dejadas a su arbitrio todas las cosas. Sobre la intervención de Ignacio escribe Polanco estas palabras: "fué muy eximia su prudencia en este caso, porque con sus gestiones, restableció la concordia entre las partes con gran satisfacción de ellas".

El Corregidor rechazado por Tolosa, Azkoitia, Azpeitia y las más de las villas en atención a sus derechos soberanos, "diciendo que fué proveído contra la forma de las ordenanzas que tiene confirmadas de los Reyes pasados y de Vuestra Majestad", era el Licenciado Cristóbal Vázquez de Acuña. Fué designado para ocupar el cargo, Pedro Sarmiento "porque dicen —escribe el Duque— que tienen por ordenanzas confirmadas por los Reyes pasados y por Vuestra Majestad que el Corregidor que hubieren de tener, ha de ser pedido por ellos y con ciertas cualidades, les encargué que conforme a las dichas ordenanzas lo pidiesen". Ignacio en las gestiones realizadas no podía desconocer ni las leyes, ni las costumbres, ni la fidelidad y el amor a las mismas de sus hermanos de raza. Porque todo en él es vasco: la carne y el espíritu. Aun cuando esta fuerza, a veces, en su inconsciencia nacional —y es falta colectiva y no particular de Ignacio— estuviera mal gobernada y dirigida contra las exigencias vitales de su patria.

Un mes más tarde, cuando aún Ignacio ultimaba detalles de este conflicto en Guipúzkoa, sobrevino la invasión de Nabarra. Inmediatamente, de acuerdo con su hermano Martín, comenzó a reclutar tropas auxiliares engrosando a las propias de la región y disponiéndose a marchar a Pamplona. De acuerdo a las instrucciones de su señor el Duque de Nájera, Ignacio debía quedar en



CABEZA DE SAN IGNACIO
REPRODUCCIÓN HECHA SOBRE LA MASCARILLA



VISTA GENERAL DEL MONASTERIO DE LOYOLA

todo momento a las órdenes de don Francés de Beaumont, hermano del Conde de Lerin, quien disponía para la defensa de la ciudadela de Pamplona de 1.000 milicianos, "de 19 cañones grandes y muchos pequeños, con 500 coseletes y numerosas ballestas, más víveres y municiones abundantes".

Ya hemos dicho cómo el pueblo nabarro recibía al ejército invasor. Incluso en la ciudadela oíase vitorear al Rey Enrique y muchos eran los paisanos que se unían a sus fuerzas. El propio Duque en carta del 20, es decir, tres días después de su marcha en petición de socorro, acompañado de su asesor don Rodrigo Sánchez de Mercado y Zuazola, Obispo de Ávila, fundador de la Universidad de Oñate, en Guipúzkoa, hace referencia a "los recios vientos contrarios a su defensión".

Es en ese momento crítico, entre el 17 y el 19 de mayo, cuando llegan los hermanos Loyola con sus tropas, servidores posiblemente de los cuarenta caseríos dependientes de Loyola. Asegura el Padre Nadal, compañero de Ignacio pocos años después, que "don Martín y sus soldados se quedaron fuera de la muralla, y desde allí trataron de negociar con las autoridades la forma de entrada y el ajuste y subordinación de mandos".

Viendo que la situación era desesperada, dice el Padre Nadal, exigieron insistentemente de los que mandaban en la ciudad, que se les concediera el mando: ellos se comprometían a defenderla". La sugerencia fué rechazada por Beaumont y por el consejo vecinal. "Lo cual —añade el citado autor— lo llevó tan a mal el hermano de Ignacio, que inmediatamente, sin entrar siquiera en la ciudad, volvió grupas y se alejó con sus tropas."

Tan sólo quedó su hermano a quien le retenía su disciplina militar, las órdenes de su señor el Duque. Y con "un puñado de valientes que quisieron seguirle", entró

al galope en la ciudad. "A su paso hacia la fortaleza, emplazada junto a la antigua puerta de San Nicolás, derruída más tarde, pudieron percibir el alboroto del pueblo que saqueaba el palacio del Virrey."

El 19 de mayo, fiesta de Pentecostés, los diputados de la ciudad llegaban a Villalba y capitulaban jurando fidelidad al Rey Enrique "nuestro natural y soberano señor". Antes y en nombre de éste, André de Foix había jurado solemnemente los Fueros, el respeto a la integridad de las leyes, y a la soberanía nabarra. En el acta de entrega de la ciudad "estamparon palabras tan expresivas como éstas: "En este día en el cual Dios envió el Espíritu Santo a los Apóstoles, ha librado, por medio de los franceses, al reino oprimido. Lo ha arrancado de la tiranía y servidumbre, para reintegrarle la libertad y el gobierno legítimo." Las llaves de la ciudad fueron entregadas a Sire de Santa Coloma. Hasta la entrada de las tropas francesas y nabarras se hizo cargo del poder civil el señor de Orcoyen, Carlos de Artieda.

Un coronel francés intimó la rendición de la fortaleza. Francisco Herrera, a quien se encomendó la defensa de Pamplona al marchar don Francés en dirección a Logroño, se niega. Insiste en ello el propio André de Foix. Afirma Casanovas que "Herrera pidió parlamento, al cual bajó él mismo con tres capitanes, entre los cuales Ignacio, y aunque las condiciones que imponía el francés eran muy duras, todos se inclinaban a la capitulación, viendo perdida toda esperanza". Tan sólo Ignacio era partidario de la resistencia. Ya antes, cuando "optaban todos por la entrega —había aconsejado, según Polanco— que le defendiesen o muriesen". Ahora, viendo la flojedad de los demás, insistía con redoblada energía. Así puede revelarnos años más tarde que "siendo todos de parecer que se diesen, salvas las vidas, por ver clara-

mente que no se podían defender, el dió tantas razones al alcaide, que todavía lo persuadió a defenderse, aunque contra parecer de todos los caballeros, los cuales se confortaban con su ánimo y esfuerzo".

Rotas las negociaciones, mientras se encerraban en el castillo y preparaban su defensa, el pueblo recibía con entusiasmo y alborozo a las tropas de liberación. Pronto quedó emplazada la artillería frente a las murallas de aquél. Es entonces, el día 20, lunes de Pascua del Espíritu Santo cuando Ignacio, "se confesó con uno de aquellos sus compañeros de armas", según dejó dicho al iniciar el primer capítulo de su *Autobiografía.*

Seis horas duró el fuego de la artillería. Parece ser, a juzgar por las manifestaciones del alcaide Herrera, que los mismos defensores del castillo descerrajaron las puertas para escapar al grito de "Francia, Francia". Ignacio dice que "después de durar un buen rato la batería, le acertó a él una bombarda en una pierna —la derecha—, quebrándosela toda; y porque la pelota pasó por entrambas piernas, también la otra fué mal herida".

"Y así —añade— cayendo él, los de la fortaleza se rindieron luego a los franceses, los cuales, después de haberse apoderado de ella, trataron muy bien al herido, tratándolo cortés y amigablemente."

Polanco dice que "siendo en Pamplona curado de los médicos del campo francés y visitado de los contrarios, les daba con amor y liberalidad los dones que podía, hasta dar a uno su rodela, a otro su puñal, a otro sus corazas".

Doce o quince días después, entre el 1 y el 5 de junio "lo llevaron en una litera a su tierra, a hombros de los soldados franceses". El Padre Lizarralde describe el posible itinerario seguido. "Se le trajo —dice— seguramente por territorio no ocupado por el ejército francés, como

lo era el paso de Val de Ollo hacia Goñi, cruzando luego el alto de Lizarraga, y de aquí a Urbasa, Olazábal, Ozaeta, y salvando después el puerto de San Juan, en la sierra de Elguea, por Oñate a Azpeitia."

Ocho días hubo de descansar el herido en Ozaeta. Así, es posible que la llegada a su casa solariega "no se haría antes del 16 ó 18 de junio".

El Padre Leturia, ha penetrado en la intimidad de aquellas primeras horas de emoción, cuando "a la puerta ojival" esperaba la familia. Breves —dice— hubieron de ser y tristes los saludos, pues el enfermo llegaba agotado, y los últimos balanceos de la camilla por la estrecha puerta, por el oscuro zaguán y por la empinada y larga escalera hasta el último piso, por fuerza serían muy penosos para Ignacio. Según la tradición, los aposentos donde doña Magdalena colocó al herido se hallaban en lo más alto de la casa: una alcoba pequeña al poniente, de cara al río Urola y a las faldas del gigante Izarraitz, y una sala grande con dos luces al poniente y al norte, en el ángulo que domina la vega de Azpeitia, con vistas a la ermita de Olaz y a la parroquia de San Sebastián de Soreasu, un tanto ocultas para los de la casa por la gigantesca encina antes mencionada. Los cuartos conservan aun hoy día en sus techos bajos las enormes y severas vigas de castaño oscuro que presenciaron las agonías y luchas del enfermo y del convertido; y en sus muros de ladrillos mudéjares, las pequeñas ventanas que proyectaron sobre su cama la luz estival cernida de verde en los vecinos fresnales y en los aromáticos manzanos que rodeaban la casa.

IV

ENTRE SUPLICIOS Y ARROBAMIENTOS LA CONVERSIÓN



El mismo Ignacio cuenta en 1553 lo que sucedió en aquellas primeras semanas en su casa solariega:

"En la cual, dice, hallándose muy mal y llamando todos los médicos y cirujanos de muchas partes, juzgaron que la pierna se debía otra vez de concertar, y ponerse otra vez los huesos en sus lugares, diciendo que, por haber sido mal puestos la otra vez, o por haberse desconcertado en el camino, estaban fuera de sus lugares, y así no podía sanar. Y hízose de nuevo esta carnicería, en la cual, así como en las otras que antes había pasado, y después pasó, nunca habló palabra ni mostró otra señal de dolor que apretar mucho los puños. Y iba todavía empeorando, sin poder comer y con los demás accidentes que suelen ser señal de muerte. Y llegado el día de San Juan —24—, por tener los médicos muy poca confianza en su salud, fué aconsejado que se confesase, y así, recibiendo los sacramentos, la víspera de San Pedro y San Pablo, dijeron los médicos que si hasta media noche no sentía mejoría se podía contar por muerto. Solía ser el dicho enfermo devoto de San Pedro —patrono de la ermita de Loyola— y así quiso el Señor que aquella misma media noche se comenzase a hallar mejor; y fué tanto creciendo la mejoría, que de ahí a algunos días se juzgó que estaba fuera de peligro de muerte."

Coincidió sin duda esta sorprendente curación con la llegada de su hermano Martín, portador de las primeras noticias de la derrota de las fuerzas francesas y nabarras

en Noain. André de Foix no supo consolidar su triunfo. Fué un error militar salir de Nabarra para sitiar Logroño tras la derrota de las huestes de Bravo y Maldonado por las del rey español, mucho más después de haber licenciado a parte de sus tropas gasconas, consintiendo que con la mitad de sus soldados regresaran a su país, como error político fué el rehusar la petición de los nabarros de llevar a Pamplona al joven Rey Enrique. Derrotados los comuneros en Villalar, los españoles pudieron defenderse y acumular considerable fuerza ante la que Foix tuvo que levantar precipitadamente su campamento el 11 de junio e iniciar una retirada que diecinueve días más tarde se convirtió en catástrofe. Cerca de Pamplona, entre los pueblos de Noain y Eskiroz hubo de aceptar batalla; comenzada ésta a las dos de la tarde del domingo día 30. Le cegó el orgullo militar y así en lugar de esperar allí el refuerzo de las tropas nabarras, concentradas en Tafalla en número de 2.000 y de los varios miles de soldados franceses que al día siguiente habían de acudir a Pamplona, inició el ataque. Seis mil muertos dejaron en el campo además de la artillería y muchos prisioneros, entre ellos el propio André de Foix, ciego de una lanzada y rescatado poco después por 10.000 ducados. "De suerte —dice Sandoval— que fueron muy contados los que volvieron a Francia; que al fin, todos muerden al que huye; porque es triste la suerte del vencido." Campión al referirse a este combate alude a la participación de los guipuzkoanos y dice que "Juan Pérez de Anziondo, de Tolosa, Maestre de campo, a la cabeza de 3.000 paisanos suyos (entre los que descollaban 102 milicianos de Azpeitia, mandados por el capitán Juan López), decidió en favor de las armas castellanas la memorable batalla de Noain, que arruinó definitivamente las justas esperanzas de la casa de Albrit". Otro nabarro, el crítico Aleson, caracteriza esta

batalla como "la sentencia definitiva que borró a la Nabarra de la lista de las naciones". De las naciones libres, sí, porque una nación no desaparece por un hecho de armas por decisivo que éste sea. Más acertado estuvo el historiador Boissonnade al afirmar que "nada cambió en Nabarra, sino el advenimiento de una dinastía más".

Porque en realidad lo que sucedió fué que Nabarra supo imponerse incluso en su desgracia; imponerse y mantener incólume su independencia. Las cortes castellanas en la ciudad de Burgos el 11 de junio de 1515 anexaron el reino de Nabarra a la corona de Isabel y de sus sucesores. El acto fué ratificado por Fernando el 7 de julio. El rey era, pues, el único lazo que unía a Castilla y Nabarra. Más que completa pérdida de la independencia política fué cambio de dinastía, en opinión del Padre Estella: "lo que perdieron los nabarros de hecho fué la facultad de elegir sus Reyes, pues desde entonces en adelante serían sus monarcas los de Castilla". Así queda reconocido en toda suerte de documentos oficiales: en la *Novísima Recopilación de Nabarra,* ley 33, título 8º, libro 1º, se lee: "La incorporación del reino de Nabarra a la corona de Castilla fué por vía de unión eqüe-principal reteniendo cada uno su naturaleza antigua, así en leyes como en territorio y gobierno"; en la *Novísima Recopilación de Nabarra y Reales Juramentos,* ley 59, título 2º, libro 1º se dice: "Verificada la unión, Nabarra quedó reino de por sí, rigiéndose por sus fueros, leyes, ordenanzas, usos, costumbres, franquezas, exenciones, libertades, privilegios; es reino distinto en territorio, jurisdicción, jueces y gobierno de los demás reinos del Rey de España." Siglo y medio después de los hechos que relatamos, el Tribunal de la Rota romana, falló, en 1667, un pleito sobre el pago de los diezmos, en que eran parte las iglesias parroquiales de Castilla y León contra los

en Noain. André de Foix no supo consolidar su triunfo. Fué un error militar salir de Nabarra para sitiar Logroño tras la derrota de las huestes de Bravo y Maldonado por las del rey español, mucho más después de haber licenciado a parte de sus tropas gasconas, consintiendo que con la mitad de sus soldados regresaran a su país, como error político fué el rehusar la petición de los nabarros de llevar a Pamplona al joven Rey Enrique. Derrotados los comuneros en Villalar, los españoles pudieron defenderse y acumular considerable fuerza ante la que Foix tuvo que levantar precipitadamente su campamento el 11 de junio e iniciar una retirada que diecinueve días más tarde se convirtió en catástrofe. Cerca de Pamplona, entre los pueblos de Noain y Eskiroz hubo de aceptar batalla; comenzada ésta a las dos de la tarde del domingo día 30. Le cegó el orgullo militar y así en lugar de esperar allí el refuerzo de las tropas nabarras, concentradas en Tafalla en número de 2.000 y de los varios miles de soldados franceses que al día siguiente habían de acudir a Pamplona, inició el ataque. Seis mil muertos dejaron en el campo además de la artillería y muchos prisioneros, entre ellos el propio André de Foix, ciego de una lanzada y rescatado poco después por 10.000 ducados. "De suerte —dice Sandoval— que fueron muy contados los que volvieron a Francia; que al fin, todos muerden al que huye; porque es triste la suerte del vencido." Campión al referirse a este combate alude a la participación de los guipuzkoanos y dice que "Juan Pérez de Anziondo, de Tolosa, Maestre de campo, a la cabeza de 3.000 paisanos suyos (entre los que descollaban 102 milicianos de Azpeitia, mandados por el capitán Juan López), decidió en favor de las armas castellanas la memorable batalla de Noain, que arruinó definitivamente las justas esperanzas de la casa de Albrit". Otro nabarro, el crítico Aleson, caracteriza esta

batalla como "la sentencia definitiva que borró a la Nabarra de la lista de las naciones". De las naciones libres, sí, porque una nación no desaparece por un hecho de armas por decisivo que éste sea. Más acertado estuvo el historiador Boissonnade al afirmar que "nada cambió en Nabarra, sino el advenimiento de una dinastía más".

Porque en realidad lo que sucedió fué que Nabarra supo imponerse incluso en su desgracia; imponerse y mantener incólume su independencia. Las cortes castellanas en la ciudad de Burgos el 11 de junio de 1515 anexaron el reino de Nabarra a la corona de Isabel y de sus sucesores. El acto fué ratificado por Fernando el 7 de julio. El rey era, pues, el único lazo que unía a Castilla y Nabarra. Más que completa pérdida de la independencia política fué cambio de dinastía, en opinión del Padre Estella: "lo que perdieron los nabarros de hecho fué la facultad de elegir sus Reyes, pues desde entonces en adelante serían sus monarcas los de Castilla". Así queda reconocido en toda suerte de documentos oficiales: en la *Novísima Recopilación de Nabarra,* ley 33, título 8º, libro 1º, se lee: "La incorporación del reino de Nabarra a la corona de Castilla fué por vía de unión eqüe-principal reteniendo cada uno su naturaleza antigua, así en leyes como en territorio y gobierno"; en la *Novísima Recopilación de Nabarra y Reales Juramentos,* ley 59, título 2º, libro 1º se dice: "Verificada la unión, Nabarra quedó reino de por sí, rigiéndose por sus fueros, leyes, ordenanzas, usos, costumbres, franquezas, exenciones, libertades, privilegios; es reino distinto en territorio, jurisdicción, jueces y gobierno de los demás reinos del Rey de España." Siglo y medio después de los hechos que relatamos, el Tribunal de la Rota romana, falló, en 1667, un pleito sobre el pago de los diezmos, en que eran parte las iglesias parroquiales de Castilla y León contra los

Colegios de la Compañía de Jesús; "fallando a favor del alegato de los jesuítas que sostenían que Nabarra es reyno de por sí, distinto y separado de los demás, que la incorporación sólo fué concordia que no alteró la sustancia; que aunque está unido, no es accesoriamente, sino parte igualmente principal, de modo que cada uno se gobierna por sus leyes, como antes de hacerse la unión y se considera como si estuviera totalmente separado..."

El orgullo y la ambición debió despertar en el corazón de Ignacio al conocimiento de aquellos hechos que abrían perspectivas gloriosas para todo soñador y aventurero. Los pensamientos del convaleciente, sin embargo, en aquel ambiente íntimo y familiar, atendido con delicadeza y mimo por su cuñada y sus sobrinas, debieron volar a su niñez, a los catorce o quince años que transcurrieron en la paz y el sosiego de la casa solar, de las huertas, del paisaje verde y fresco de la campiña guipuzkoana antes de su marcha a la corte del Rey Fernando en calidad de paje del Contador Mayor, Juan Velázquez de Cuellar, amigo y pariente de sus padres.

Vagos son los detalles que poseemos de ese primer período infantil en el que las virtudes de la raza se grabaron definitivamente, para siempre, en su alma. La fe que prende en su corazón al contacto del beso materno será para la humanidad antorcha luminosa. La tenacidad, la voluntad indomable y firme de su obra, de su acción vivificadora y sorprendente, se modela y se templa entre aquellos muros recios que parecen retener el espíritu del pueblo vasco cuyo pasado remoto se pierde en la historia.

Ultimo de los trece hijos de Beltrán Yáñez de Oñaz y Loyola y de Marina Sainz o Sanz de Licona y Balda, de ascendencia bizkaina, muerta de sobreparto, sábese que su nodriza fué María de Garín, casada con el herrero

Errasti, "y durante la lactancia de Iñigo debió vivir en el caserío Eguibar, a un cuarto kilómetro de la Casa-torre en dirección a Azpeitia". Afirma Polanco que "ambas casas (de Oñaz y de Loyola) se hallan en el distrito de Azpeitia, porque es costumbre de aquella región que sus casas nobiliarias radiquen desde edad remotísima fuera de las poblaciones, al modo de casas de campo". El Padre Tablares en 1553 dice que la casa "está en el campo... en medio de entrambas (Azpeitia y Azkoitia), que había de una a otra una legua, de tanta frescura que dudo pueda haber otras de más recreación a la vista que ésta. En este medio está Loyola; toda cercada de una floresta y árboles de muchas maneras de frutas, tan espesos que casi no se ve la casa hasta que están a la puerta". "La infancia de Iñigo, escribe el Padre Leturia, hay que concebirla repartida entre la relativa elegancia del palacio familiar y el ambiente rural de los cercanos caseríos." "Mezcláronse en un solo cauce en su infancia los pichones y la blanca harina del palomar y los molinos de Loyola, con la abundancia de castañas asadas, tradicional en los caseríos cuyo recuerdo recreaba hasta en los últimos años el autor de las Constituciones de la Compañía; el castellano medianamente concertado de su padre y hermanos mayores, con el vascuence de los caseros y la nodriza, que tan profunda huella dejó en la sintaxis de los escritos directamente ignacianos; los despuntes de empaque señorial, propios de un hijo del patrono de la parroquia en las vísperas y Misas solemnes, con la piedad campesina, catolicísima e incontaminada, en las romerías populares a las ermitas de Olaz y de Elosiaga; las tonadas «cortesanas» y modernas del azpeitiano Juan de Anchieta, maestro de la capilla real, con los cantares y danzas vetustas de la tierra, que Ignacio supo reproducir aun de santo en sus días de la Universidad de París; las travesuras

a lo largo de las huertas del propio y del ajeno señorío, de las que dió satisfacción más tarde desde el púlpito, con las primeras pruebas levíticas en el coro y altar de la parroquia, y sobre todo con el duro aprendizaje de la cartilla, los palotes y tal cual rudimento de gramática, bajo la férula de algún beneficiado de Azpeitia venido con ese objeto a la Casa-torre".

No sintió afición por los estudios. Dice Nadal que "aunque educado con distinción de noble en su casa, no se dió sin embargo a los estudios". Y aun otro compañero de Ignacio, el Padre Ribadeneira, al referirse a esos años mozos manifiesta "no ser tirado al estudio de la afición, antes grandemente siéndole cuesta arriba".

Y aun cuando, de acuerdo con la referencia de Polanco, sabía Ignacio leer y escribir, al abandonar su país natal para ir a tierras extranjeras, lo cierto es que esa citada falta de afición hizo cambiar los proyectos que para él concibiera su padre. "Parece que fué más de Iglesia que de armas la atmósfera que hizo respirar a Iñigo su padre Don Beltrán, comenta el Padre Leturia. Porque en 1515 y con motivo de un incidente escandaloso acaecido en Azpeitia, y en el que él estuvo mezclado y procesado juntamente con su hermano Pero —sacerdote— hizo el joven valer eficazmente su carácter de tonsurado en la curia de Pamplona, y ciertamente la tonsura no la iba a recibir en la vida cortesana de Arévalo ni en los entreactos borrascosos de sus devaneos posteriores de Azpeitia. Durante su infancia, por el contrario, y en un hijo del patrono de la parroquia, resultaba la iniciación levítica una preparación natural para el goce de alguna de las prebendas de su clerecía. Don Beltrán había destinado a ella, no sólo al tercer hijo Pero López, sino también —según parece— al segundogénito don Martín. Cuando en 1496 murió en Nápoles

don Juan el heredero (luchando a las órdenes del Gran Capitán contra el ejército francés), hubo de sucederle en el mayorazgo Martín, y quedó así un hueco para Iñigo en la carrera eclesiástica. Así se explicaría mejor el cuidado que tuvo don Beltrán de darle un pedagogo en la misma Casa-torre, y que en las escasas fuentes con que contamos de la juventud de Iñigo, aparezca en compañía de su hermano sacerdote Pero López, y de los clérigos Miguel de Aguirre e Iñigo de Goyaz.

El aroma del fértil valle que serpentea nervioso el Urola, el chirriar agudo de la carreta, cuesta arriba entre hayas y encinas por la montaña escarpada, la voz del viento que llega impetuosa de las cumbres del Izarraitz y quién sabe si también el ladrido de los perros de caza que corretean por la huerta o por los patios amplios de la casa, han despertado en Ignacio, a no dudar, un torrente de emociones y recuerdos ahora que la pierna, al fin, parece recobrar fortaleza. La alegría, sin embargo, presto se convierte en desesperación.

Con sencillez sorprendente el mismo Ignacio nos dice que "viniendo ya los huesos a soldarse unos con otros, le quedó abajo de la rodilla un hueso encavalgado sobre otro, por lo cual la pierna quedaba corta; y quedaba allí el hueso tan levantado, que era cosa fea, lo cual él no pudiendo sufrir, porque determinaba seguir el mundo, y juzgaba que aquello le afearía, se informó de los cirujanos si se podía aquello cortar, y ellos dijeron que bien se podía cortar; mas que los dolores serían mayores que todos los que había pasado, por estar aquello ya sano, y ser menester espacio para cortarlo; y todavía él se determinó martirizarse por su propio gusto, aunque su hermano más viejo se espantaba y decía que tal dolor él no se atrevería a sufrir; lo cual el herido sufrió con la sólita paciencia".

"Y cortada la carne y el hueso que allí sobraba —añade—, se atendió a usar de remedios para que la pierna no quedase tan corta, dándole muchas unturas, y extendiéndola con instrumentos continuamente, que muchos días le tuvieron tendido de modo que no se podía menear, puesto en un cierto instrumento que le tiraba la pierna, lo martirizaron. Mas Nuestro Señor le fué dando salud; y se fué hallando tan bueno, que en todo lo demás estaba sano, sino que no podía tenerse bien sobre la pierna, y así le era forzado estar en el lecho."

Lúcido, pues, de espíritu, harto ya de vida tranquila y sosegada "y porque era muy dado a leer libros mundanos y falsos —continúa diciendo en su Autobiografía— que suelen llamarse de caballerías, sintiéndose bueno, pidió que le diesen algunos de ellos para pasar el tiempo; mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer, y así le dieron un *Vita Christi*, y un libro de la vida de los Santos en romance".

Poca o ninguna afición literaria tuvieron los Loyolas. El testamento del mayorazgo don Martín que detalla incluso la existencia de "tres tazones y dos tazas simples" nada dice de biblioteca. El único libro que menciona es uno de cuentas "en cuero colorado", escrito de su puño y letra y en el que registra "lo que a unos y otros debo, y lo que asimismo unos y otros me deben", además de "algunas cosillas que no hay por qué manifestarlas". Quién sabe si a través de esas "cosillas" su vida irregular —a la que puso freno Ignacio, como más tarde veremos— quedaba al descubierto.

Lo cierto es que en la casa no había otros libros que aquellos que le ofrecía su cuñada doña Magdalena de Aráoz, nacida en Bergara y que había servido en su juventud en la corte de la Reina Isabel.

Y así, en lugar del *Amadís de Gaula* —el mejor de

los libros de caballerías, según Cervantes— Ignacio tuvo en sus manos dos libros de piedad: un *Vita Christi Cartujano,* traducido por Fray Ambrosio Montesinos y una *Vida de los Santos* o *Flos Sanctorum,* del dominico Jacobo de Varazze, editados lujosamente a dos tintas con grabados y viñetas.

"Por los cuales leyendo muchas veces —cuenta Ignacio— algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito. Mas dejándolos de leer, algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían, una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba embebido en pensar en ella dos, tres y cuatro horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar, porque la señora no era de vulgar nobleza: ni condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno de éstas."

¿Quién era esta mujer de alcurnia tan elevada que despertaba tales arrobamientos en el corazón apasionado y ardiente de Ignacio? ¿La infanta Catalina o Germana de Foix? No otras señalan, en general, los historiadores.

La infanta Catalina, hija de Felipe el Hermoso, al cual el cronista Blancos califica de "vano, ligero, indolente, afeminado y mujeriego" y de Juana la Loca, la esposa burlada y maltratada, de "corazón duro y crudo, sin piedad", al decir de su confesor, nació el 14 de enero de 1507 y fué su vida hasta la muerte de su desdichada madre una peregrinación triste y miserable. No le per-

mitieron gozar ni aun de su más tierna infancia. En el castillo de Tordesillas, no lejos de Valladolid, que ya antes había servido de prisión a dos reinas, Leonor de Castilla y Leona de Aragón, en 1384 y 1430, permaneció recluída los años en que doña Juana se entregó a toda suerte de extravagancias. Tan sólo desde una ventana del palacio podía ver cómo en las afueras jugueteaban alegres otros niños que no tenían la desgracia de llevar sangre real en sus venas. Para presentarla a la Corte hubo de apelar su hermano, el Rey Carlos, a un rapto, por cuyo hecho doña Juana se abstuvo de comer y beber hasta tanto que le fué devuelta la princesa.

Fué con ese motivo, al parecer de algunos historiadores, que Ignacio tuvo ocasión de verla y admirarla. Dicen las crónicas que "apareció la tierna Princesa con vestidos más conformes a su rango", "que hacían resaltar a maravilla su cándida belleza y sus gracias naturales". "La infantita Catalina", escribe el Padre Risco, "aquella niña de cabellos rubios como el trigo granado, y de ojos azules como los cielos limpios de nubes, que pasó su niñez aguantando la locura de su madre, tan pobremente vestida, que entre sus falditas de lana y su basquiña raída, no hubiera habido mercader ropavejero que ofreciese dos ducados".

Afirman varios cronistas que, "estando en el lecho de muerte Isabel la Católica, había obtenido de su esposo Fernando la firme promesa de que no volvería a casarse". En su testamento consta la siguiente donación: "Suplico al Rey mi señor que se quiera servir de todas las joyas e cosas, o de las que a su Señoría más agraden; porque viéndolas pueda haber más continua memoria del singular amor que a su Señoría siempre tuve." Pero Fernando el Católico, que tenía ya cuatro hijos bastardos, cada uno de madre distinta —una de ellas bizkaina, que



LLEGADA DE IGNACIO HERIDO A LOYOLA. GRUPO EN BRONCE. A LA IZQUIERDA LA CASA DONDE NACIÓ EL SANTO EN 1491.



LA VILLA DE AZPEITIA. AL FONDO, A LA IZQUIERDA, EL MONASTERIO DE LOYOLA

más tarde fué monja, priora del convento de Agustinas de Santa Llave de Madrigal—, y que "pretendió, aun en vida de Isabel, que uno de esos bastardos ciñera la mitra toledana en lugar de Cisneros —no era hombre a quien le detuvieran las promesas. Así, semanas más tarde, "menospreciado de los grandes y olvidado y escarnecido del pueblo", pensó "en suscitar los derechos de Juana la Beltraneja—, por aquel entonces vieja y dedicada a la austeridad, tomándola por esposa, lo cual evitó el Rey de Portugal, en cuyos dominios vivía, trasladándola del monasterio en donde estaba recluída, a otro más oculto del reino". Frustrado este plan, meses después, Fernando el Católico, que contaba entonces cincuenta y tres años, contrajo esponsales con la joven sobrina del rey francés Luis XII, de diecinueve años de edad, casquivana y frívola. Se llamaba Germana de Foix.

Digamos como curiosidad de tipo sentimental, que los novios se encontraron por vez primera en Dueñas, donde años antes Fernando conoció a Isabel y que el matrimonio fué celebrado en Valladolid, allí donde también, y con idéntica solemnidad, tuvo lugar la unión de los Reyes Católicos.

Cuando Germana, "de ojos celestes y cabellos de color castaño, muy poco hermosa y algo coxa", arribó al puerto de Valencia, le acompañaba "un conjunto de treinta embarcaciones cargadas de calzado, vestidos, albanegas, ropa blanca, perfumes y cosméticos". Educada en una corte opulenta, sus costumbres y modales escandalizaron primero y luego contribuyeron a relajar la disciplina, la severidad y pobreza que impusiera Isabel en sus últimos años. "Germana, escribe el Padre Risco, le dió un hijo varón, en 1509, que vivió un día, lo que vive una flor, como dirían los poetas; pero luego cayó sobre su organismo la infecundidad. Esta desgracia amargaba la vida

de los dos esposos que querían echarla de sí a todo trance; por eso, en una ocasión, aconsejada doña Germana por sus damas doña María de Velasco v doña Isabel de Cabra, confeccionaron entre las tres cierto potaje, que las crónicas llaman «potaje crudo», el cual habilitaría infaliblemente a don Fernando para tener sucesión. Esto fué estando el Rey en Medina del Campo, allá por marzo de 1513. Lo que de aquella medicina resultó fué quedar el Rey muy debilitado y enfermo y aborrecer todo pasatiempo que no fuere andar por bosques, selvas y montes, y tener por gran tormento encerrarse en poblaciones. Por fin, la enfermedad degeneró en hidropesía y mal de corazón." Fué en ese tiempo cuando Fernando hizo "prender y llevar a encerrar a Simancas al vicecanciller de Aragón Micer Antonio Agustín, por haber requerido de amores a la Reina Germana, que, sin duda —cuenta García Mercadal —con su manera de proceder, autorizaba tales atrevimientos".

Doña María de Velasco, a quien se cita, es la esposa de Juan Velázquez de Cuellar a quien Ignacio sirve en calidad de paje, como hemos visto. La privanza que tuvo con Isabel no ha disminuído con la nueva Reina. De tal modo supo ganar la confianza de Germana que "no podía estar un día sin ella, y doña María no se ocupaba sino en servirla y banquetearla costosamente". Aun "más de lo que era honesto", añade el contemporáneo Carvajal, aludiendo probablemente a la fama de bebedora que tenía la robusta soberana, comenta el Padre Leturia.

Catalina o Germana, cualesquiera de las dos pudo ser "la señora de no vulgar nobleza" que "tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ellas dos, tres y cuatro horas sin sentirlo". La infanta Catalina, que había de casarse con Juan III, Rey de Portugal y benefactor providencial de la Compañía, por su

delicadeza, ingenuidad y por el ambiente de misterio, reclusión y miseria a que estaba sometida bajo la vigilancia de una loca, su madre, o Germana, que había de contraer matrimonio aun dos veces y convertirse en Virreina de Valencia, con sus atractivos, sus facilidades prometedoras y aun sus escándalos y licencias, pudieron despertar en Ignacio las pasiones abrasadoras y las ilusiones sin límite de sus años mozos.

El escritor Félix Llanos y Torriglia, en reciente estudio expuesto en *Razón y Fe,* estima que la tal dama era la Infanta Leonor de Austria, hija de Felipe II, el Hermoso, la cual "sin ser hermosa, tampoco podía llamársela fea". Casóse con el Rey Manuel de Portugal, el Afortunado. No era él a quien estaba en un principio destinada pero sucedió que cuando el embajador lusitano —Álvaro da Costa— fué a Zaragoza a pedir la mano de la Infanta para Juan el heredero, le gustó tanto que la pidió para el padre, viudo de su segunda esposa doña María, tía de Leonor. Esta Leonor se casó más tarde con Francisco I.

En el lecho a veces o sentado junto a la ventana, dominando el paisaje luminoso y florido del valle de Iraurgi, en aquel verano y otoño de 1521, Ignacio, convaleciente aún, leía con una mayor atención de día en día. Y esa lectura, que "como lluvia mansa que reblandece las capas internas de la tierra", iba enterneciendo y apoderándose de su espíritu, pasando de la curiosidad a la pasión en un proceso lento en el que entra en juego "la reflexión del entendimiento y firmeza de voluntad", la lucha prolongada de "pensamientos y afectos", trocó en pocos meses al "soldado desgarrado y vano" en soldado fiel de Jesucristo.

No faltó en ello "el concurso de la Gracia divina". Lo dice Ignacio en su Autobiografía: "todavía Nuestro Se-

ñor le socorría, haciendo que sucediera a estos pensamientos —mundanos— otros que nacían de las cosas que leía. Porque leyendo la vida de Nuestro Señor y de los Santos, se paraba a pensar, razonando consigo: ¿qué sería, si yo hiciere esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo? Y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra". La voluntad y un afán de superación señalan ya un rumbo definitivo en la vida de Ignacio. Por eso, mientras su espíritu combate con firmeza entre "las hazañas mundanas" y las "obras de Dios" y "comienza a distinguir la consolación que tiene alguna causa en las cosas criadas, de las que ninguna tiene", todo su discurso era decir consigo: "Santo Domingo y San Francisco, hicieron esto; pues yo lo tengo de hacer." A su espíritu se abren nuevos horizontes y el alma y la imaginación se desbordan en fantasías y pasiones mil. Es entonces cuando, empecinado como vasco, toma una resolución; decide modificar su vida. Será como "el maestro de los hombres, Domingo; como el conquistador de los hombres, Francisco". Imitándolos, "todo lo que deseaba hacer, nos cuenta, luego que sanase, era la ida a Jerusalén, con tantas disciplinas y tantas abstinencias, cuantas un ánimo generoso encendido de Dios, suele desear hacer".

Estos deseos agitan de tal modo su alma que aquellos otros mundanos, fascinadores y apasionados hasta entonces, aparecen lejanos, a cada instante más desvaídos... Ignacio cuenta que fueron confirmados con una sorprendente visitación, que debió tener lugar en los meses de agosto a septiembre: "Estando una noche despierto vió claramente una imagen de Nuestra Señora con el Santo Niño Jesús, con cuya vista por espacio notable recibió

consolación muy excesiva, y quedó con tanto asco de toda la vida pasada, y especialmente de cosas de carne, que le parecía habérsele quitado del ánima todas las especies que antes tenía en ella pintadas."

El hombre "metido hasta los ojos en las vanidades del mundo", el hidalgo ambicioso, el "joven pulido y lozano, amigo de galas y traerse bien", según Ribadeneira, cede terreno al santo. En sus paseos de convalecencia, por el camino de Azpeitia hasta la vista de la ermita de Olaz, en las huertas, en los patios y salones de la casa solariega, con familiares y amigos, "todo lo gastaba en cosas de Dios". Ningún otro hecho o sentimiento conmueve su alma pronta a la exaltación. "Su hermano, como todos los demás de la casa, fueron conociendo por lo exterior la mudanza que se había hecho en su ánima interiormente." Pero Ignacio, indiferente a la sorpresa y admiración, perseveraba con tenacidad. El frío y la nieve de aquellos meses de riguroso invierno debieron obligarle a un mayor reposo. Él mismo nos habla de sus ocupaciones durante esa época: "le vino al pensamiento de sacar algunas cosas en breve más esenciales de la vida de Cristo y de los Santos; y así se pone a escribir un libro con mucha diligencia; las palabras de Cristo en tinta colorada, las de Nuestra Señora en tinta azul; y el papel era bruñido y rayado, y de buena letra, porque era muy buen escribano. Parte del tiempo gastaba en escribir, parte en oración".

La verdadera ocupación de aquellos meses, escribe el Padre Leturia, fué un nuevo repliegue de vida espiritual. En esa investigación de los principios primeros, en el análisis de la variedad de espíritus y pensamientos, metodizando sus reflexiones y bosquejando las reglas de los mismos, Ignacio grababa en su alma los fundamentos de lo que más tarde había de escribir en sus *Ejercicios Espi-*

rituales, el libro que según el filósofo Benjamín Marcos, es "sólo comparable, después de la Biblia, con el Kempis y con el Quijote por su universalidad y difusión".

Mientras escribía y oraba "la mayor consolación que recibía era mirar el cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio".

Con la mirada en el firmamento, reflejo a veces de las tempestades del Cantábrico, debió pensar "qué es lo que haría después que viniese de Jerusalén para que siempre viviese en penitencia". Como solución prematura "ofrecíasele meterse en la Cartuja de Sevilla, sin decir quién era, para que en menos le tuviesen, y allí nunca comer sino hierbas". Un día "a un criado de casa, que iba a Burgos, mandó que se informase de las reglas de la Cartuja". Y dice que "la información que de ella tuvo le pareció bien".

Encerrando todos sus planes "en el más grande secreto y hallándose ya con algunas fuerzas", Ignacio juzgó llegado el momento de su partida. Oigámosle a él cómo lo cuenta: "Dijo a su hermano: Señor, el Duque de Nájera, como sabéis, ya sabe que estoy bueno. Será bueno que vaya a Navarrete (estaba entonces allí el Duque). Sospechaba el hermano y algunos de casa que él quería hacer alguna gran mutación. El hermano le llevó a una cámara y después a otra, y con muchas admiraciones le empieza a rogar que no se eche a perder; y que mire cuánta esperanza tiene de él la gente, y cuánto puede valer, y otras palabras semejantes, todas a intento de apartarle del buen deseo que tenía."

Se esfuerza en vano don Martín, hermano mayor y jefe de la casa. Él lo sabe. Presiente que algo sorprendente, grande y definitivo se ha despertado en el alma de Ignacio aniquilando la personalidad y el carácter que conocía y admiraba. ¿Cómo, si no, la indiferencia de

éste al escuchar la narración apasionada y vibrante de la lucha que ensangrienta las estribaciones de los Pirineos y la rendición de la plaza de Fuenterrabía, en poder ahora de las fuerzas francesas y nabarras, y en la que él, con los servidores de su casa, ha vivido horas de angustia y heroísmo? El fuego y la exaltación de Martín contrasta con la pasividad y la mirada triste y compasiva de Ignacio. De pronto los hermanos se desconocen; viven en dos mundos distintos, opuestos a veces.

Por eso se eluden. Lo confiesa ingenuamente Ignacio: "Mas la respuesta —dice— fué de manera que, sin apartarse de la verdad, porque de ello tenía ya grande escrúpulo, se descabulló del hermano."

Niega el filósofo católico Maritain "que el disimulo sea siempre mala fe o deslealtad. No sería moral, añade, sino necio, el abrir uno su propio corazón y sus íntimos pensamientos a cualquier prójimo obtuso o mal intencionado". En el caso de Ignacio es la incomprensión de los suyos y el temor de despertar hacia su persona un sentimiento de admiración y respeto lo que le lleva al disimulo. Pero lo hace "sin la más pequeña mezcla de falsedad o de impostura".

Porque Ignacio, exponente auténtico de la tierra que le viera nacer, que lleva en su alma "un innato fondo aldeano", aborrece la mentira. Cuenta el Padre Leturia "que cierto día se presentó un mensajero de la familia pariente de Iraeta, pidiendo en nombre de sus amos les prestasen los perros de la Casa-torre para ir de caza. Doña Magdalena (tal vez cargada de otras semejantes demandas) le dijo que los perros no estaban en casa, siendo lo contrario". Sabida la respuesta de su cuñada, "la riñó ásperamente, e dijo que no se ponía ella con él en una mesa, y aun algunos pocos días le quitó la habla por ello".

Ignacio guardaba la idea que bullía en su ánimo. No era otra sino acudir a Tierra Santa. Respondía así a una costumbre vasca. Era tradicional aquella devoción en Guipúzkoa; incluso "de las costumbres de peregrinar a Jerusalén hablan como de práctica corriente hasta los Fueros de algunas de sus ciudades, como por ejemplo San Sebastián".

Se descabulló del hermano, confiesa. A buen seguro, sin embargo, que don Martín, vasco y "aldeano" también, supo adivinar que si Ignacio iba a Navarrete no era este punto final sino etapa de un viaje para él desconocido.

V

DE LOYOLA A ARANTZAZU Y MONTSERRAT



En su mula de batalla, "vestimenta rica y gentil, daga y espada colgando de la cintura, rubio cabello y bien peinado, largo hasta los hombros", Ignacio abandonó Loyola poco antes de mediar el mes de marzo de 1522. Le acompañaban su hermano Pero López, Rector de la iglesia parroquial matriz de San Sebastián de Soreasu, de la villa de Azpeitia y dos escuderos azcoitianos: Andrés de Narvaiz y Juan de Landeta. Pero "quiso ir con él hasta Oñate" a fin de visitar a su hermana Magdalena. Hombre de vida airada, compañero de pecados y escándalos, que pocos meses antes "tuvo sacrílegamente una hija, Potenciana", al cual "persuadió en el camino que quisiesen tener una vigilia en Nuestra Señora de Arantzazu".

Parece ser que para aquella noche "se anunciaba alguna peregrinación popular con su vela nocturna" de arraigada tradición en tierra vasca y de modo especial en Guipúzkoa. El Padre Lizarralde dice que en ellas "a la luz palpebreante de los cirios, quiénes se postraban de hinojos en el suelo o tenían los brazos en alto; quiénes arrastraban cadenas de hierro o metían los pies y las manos en cepos; quiénes más comúnmente cargaban con la cruz y andaban, a imitación de Jesús, por el ámbito del templo, o aplicaban los brazos a los de la cruz, o se arrodillaban junto a ella para orar, o tenían en las manos la corona de espinas, la caña, la calavera como asunto de meditación. Los más de los penitentes, añade, flagelaban sus carnes con disciplina de sangre".

Fué en esa noche memorable cuando Ignacio, "temiendo más ser vencido del vicio de la carne (del cual antes había sido muy combatido y derribado) que de otros", hizo su voto de castidad y a partir de entonces "tomó por costumbre de disciplinarse ásperamente cada noche".

Pero Ignacio, dice el Padre Leturia, ofrendó a la Virgen en su ermita vasca algo más que las primicias de sus disciplinas. Cuando en 1554, dos años antes de su muerte, le pidieron desde Guipúzkoa que procurara en Roma una indulgencia para reedificar con sus limosnas la iglesia y casa de Arantzazu, destruídas por un incendio, vivía aún tierno en su mente de anciano y de santo el recuerdo de aquella noche: "de mí os puedo decir (escribía a San Francisco de Borja) que tengo particular causa para la desear; porque cuando Dios Nuestro Señor me hizo merced para que yo hiciese alguna mutación en mi vida, me acuerdo haber recibido algún provecho en mi ánima, velando en el cuerpo de aquella iglesia de noche".

Con esta visita al santuario de Arantzazu, manifiesta de modo perspicaz el mismo historiador, "una vez más el convertido del Urola se acomodó en sus propósitos al ambiente de la piedad de su patria y de su siglo".

Cumplido su designio "para cobrar nuevas fuerzas para su camino", a la mañana siguiente despidióse de su hermano, y prosiguió su marcha hacia Navarrete.

"Y viniéndole a memoria de unos pocos de ducados que le debían en casa del Duque —refiere en su Autobiografía—, le pareció que sería bien cobrarlos, para lo cual escribió una cédula al tesorero; y diciendo el tesorero que no tenía dineros, y sabiéndolo el Duque, dijo que para todo podía faltar, mas que para Loyola no faltasen, al cual deseaba dar una buena tenencia, si la quisiese aceptar, por el crédito que había ganado en lo pasado. Y cobró los dineros, mandándolos repartir en

ciertas personas a quienes se sentía obligado, y parte a una imagen de Nuestra Señora, que estaba mal concertada, para que se concertase y ordenase muy bien. Y así, despidiendo los dos criados que iban con él, se partió sólo en su mula de Navarrete para Montserrat." Más acertado fuera decir, "para Barcelona", puesto que era éste el lugar en el que había de embarcarse. Y así lo hubiera hecho de inmediato si la peste que azotaba la ciudad y la ausencia de naves no le obligaran a demorar por mucho tiempo el viaje.

Afirman algunos historiadores que el recorrido fué Logroño, Tudela, Zaragoza, Lérida, Igualada y Montserrat. En total posiblemente setenta y cuatro leguas y en recorrerlas debió emplear quizá ocho días. Su paso por Vitoria debió ser rápido, ligero como si de una huída se tratara. Tenía afán de pasar inadvertido. No era fácil lograrlo por el gentío inmenso que en ella se congregaba. Un mes antes, no más, el Regente Cardenal Adriano de Utrech, que antes fuera designado Inquisidor de Aragón y Nabarra, había aceptado la tiara pontificia. Todo el pueblo vasco vibró de curiosidad y entusiasmo, y Vitoria, en esas fechas, cuando el nuevo Papa Adriano VI se disponía a emprender viaje hacia Cataluña, acompañado de "lucido cortejo de nobles", hervía "con las fiestas dedicadas al nuevo Papa". Ignacio precedía a la comitiva ruidosa, marchando en el anonimato, sometido a rígida disciplina y con una diferencia de escasos días . . .

En su Autobiografía cuenta Ignacio el encuentro que tuvo con un moro marchando por tierras de Aragón. "Yendo por su camino le alcanzó un moro, caballero en un mulo." Decía el moro "que bien le parecía a él la Virgen haber concebido sin hombre; mas el parir quedando virgen no lo podía creer, dando para esto las cau-

sas naturales que a él le ofrecían. La cual opinión, por muchas razones que le dió el peregrino, no pudo deshacer".

Sufrió con esto grandes tribulaciones, "pareciéndole que había hecho mal en consentir que un moro dijese tales cosas de Nuestra Señora y que era obligado a volver por su honra". La duda prendió en su alma. "Y así, después de cansado de examinar lo que sería bueno hacer", determinó "dejar ir la mula con la rienda suelta hasta el lugar donde se dividían los caminos; y que si la mula fuese por el camino de la villa, él buscaría el moro y le daría de puñaladas; y si no fuese hacia la villa, sino por el camino real, dejarlo quedar". Y "aunque la vía estaba poco más de treinta o cuarenta pasos y el camino que a ella iba era muy ancho y muy bueno, la mula tomó el camino real, y dejó el de la villa".

Ya en tierras catalanas, al llegar a Igualada, prestigiosa villa de tejedores, en las estribaciones del Montserrat, Ignacio con el pensamiento del vestido que había de llevar a Jerusalén, "compró tela, de la que suelen hacer sacos, de una que no es muy tejida y tiene muchas púas, y mandó luego de aquélla hacer veste larga hasta los pies, comprando un bordón y una calabacita, y púsolo todo delante el arzón en la mula". Aun compró "unas esparteñas, de las cuales no llevó más de una". Con sencillez nos dice el motivo: "porque la una pierna llevaba toda ligada con una venda y algo maltratada; tanto que, aunque iba a caballo, cada noche la hallaba hinchada; este pie le pareció era necesario llevar calzado".

Subió Ignacio el Montserrat, el monte aserrado, "conjunto caprichoso de peñones cónicos y conglutinados", para llegar al Monasterio famoso en el que los benedictinos, discípulos del reformador Garcia de Cisneros y

del vasco Alfonso de Vizcaya, autor de un tratado titulado *Matrimonio espiritual,* enseñaban "la ciencia que hace los santos". Era este santuario tan visitado por los vascos que incluso las autoridades de Guipúzkoa al permitir la postulación en beneficio de aquella abadía, exigieron que se establecieran "dos sillas especiales de coro para que los peregrinos vascos tuviesen nacionales con quienes pudiesen desahogar sus conciencias en su propio idioma".

Debió llegar Ignacio el 21 de marzo. Posiblemente pasó esa noche en una de las celdas de la hospedería, orando y azotándose. Luego se puso en relación con el monje Jean de Chanones, natural de Mirepoix, Francia, el religioso "mejor preparado para guiar los primeros pasos de Ignacio en el camino de la santidad". Con él se confesó por escrito durante tres días, en la ermita de San Dimas. Este monje Chanones, "fué el primer hombre —dice la Autobiografía— a quien descubrió su determinación".

Preocupaban aún a Ignacio "las hazañas que había de hacer por amor de Dios". Y como tenía todo el entendimiento lleno de aquellas cosas, Amadís de Gaula y de semejantes libros, "se determinó de velar sus armas toda una noche sin sentarse ni acostarse, mas a ratos en pie y a ratos de rodillas, delante el altar de Nuestra Señora de Montserrat". Mandó recoger al Padre Chanones su mula y le hizo entrega de su espada y de su daga para ser "colgadas en el altar de Nuestra Señora". El genial Lope de Vega lo ha cantado en bellos e inmortales versos:

> La espada al altar ofrece,
> porque se quiere ceñir
> armas que conquistan almas
> que Dios se lo manda así.

Luego "se fué lo más secretamente que pudo a un pobre", despojóse de todos sus ricos vestidos, se los dió a aquél y se puso los harapos del mendigo...

El Padre Casanova dice: "de esta velada salió Ignacio con el alma repleta de espíritu, con física necesidad de huir de toda persona conocida, y buscar una soledad en donde recogerse y vaciar en su libro las grandes ideas que llenaban su alma".

Él se limita a decirnos que "en amaneciendo se partió para no ser conocido".

VI

LA DEFENSA DE AMAYUR Y LA FAMILIA DE XABIER



Abandonó Ignacio el camino principal que conducía a Barcelona y desvióse a Manresa. Había determinado "estar en un hospital algunos días, y también notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado y con el que iba muy consolado". Otros eran, sin embargo, los designios de la Providencia. El hambre y la peste de Barcelona, que cerraban las puertas de la navegación a Jerusalén, le obligaron a prolongar su estancia hasta principios de febrero de 1523.

Su manera de vivir durante esos diez meses, habitando en el hospital de Santa Lucía, destinado a los pobres enfermos, y en el convento de Santo Domingo, queda referido en su Autobiografía: "Demandaba en Manresa limosna cada día. No comía carne, ni bebía vino, aunque se lo diesen. Los domingos no ayunaba, y si le daban un poco de vino, lo bebía. Y porque había sido muy curioso de curar el cabello, que en aquel tiempo se acostumbraba, y él tenía bueno, se determinó dejarlo andar así, según su naturaleza, sin peinarlo ni cortarlo, ni cubrirlo con alguna cosa, de noche ni de día. Y por la misma causa dejaba crecer las uñas de los pies y de las manos, porque también en esto había sido curioso." Más tarde, viendo el fruto que hacía en las almas tratándolas, dejó aquellos extremos y se cortó las uñas y los cabellos.

El Padre Láinez escribe a este respecto: "Perseveró algunos meses en tanta austeridad de penitencia, que no dejaba casi en cosa alguna tomar alguna delectación su

cuerpo; y siendo al principio recio y de buena complexión, se mudó todo cuanto al cuerpo." El mismo Ignacio cuenta cómo se pasó toda una semana "sin meter en la boca ninguna cosa", ni pan ni agua, y ello "sin dejar de hacer los sólitos ejercicios, de ir a los oficios divinos y de hacer su oración de rodillas, aun a media noche, etc.".

Visitaba mientras tanto las ermitas y lugares de devoción; cuidaba los enfermos; enseñaba la doctrina a los niños y a los pobres. La penitencia a que se sometía era muy grande. Cuenta el Padre Casanovas que "una de las veces que estuvo en casa de Amigant, creyendo ya que iba a morir, la señora de la casa "abrió la caja en que el Santo guardaba su ropa, a fin de tomarla toda para reliquia, porque el pueblo las pedía, y encontró en ella diferentes instrumentos de penitencia; un cilicio que le ceñía todo el cuerpo, unas cadenas que daban miedo, unas puntas de clavos puestas en forma de cruz y una túnica tejida toda de puntas de hierro, no sólo en la parte que tocaba al pecho y espaldas, sino también en la parte de los brazos, y aun otros instrumentos de penitencia que daba espanto el verlos".

Es a este período de tiempo, de severa penitencia y de meditación continuada, de tentaciones y luchas espirituales, de revelaciones y éxtasis sorprendentes al que se refiere el Padre Tacchi Venturi, así como el Padre Cros y el Padre Beguiriztáin entre otros, al advertir lo poco esclarecido de los hechos y la cautela necesaria a todo historiador al examinarlos.

En su Autobiografía da cuenta Ignacio de los tres estados diferentes vividos en esa época. Los primeros meses en los que "había perseverado casi en un mismo estado interior con una igualdad grande de alegría, sin tener ningún conocimiento de cosas interiores espirituales". Luego cuando "vino a tener muchos trabajos de

escrúpulos, siendo pasados meses que le atormentaron" y le incitaron incluso "muchas veces para echarse de un agujero grande, situado en la camarilla que le habían dado los dominicanos", con ansias de suicidio. Y por último, "el tiempo en que le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole".

"Era opinión sustentada desde el siglo XVII —afirma el Padre Beguiriztáin en su opúsculo *Pío XI y los Ejercicios Espirituales*—, y revestida con todos los visos de una *tradición veneranda de familia,* la de que San Ignacio había hecho y escrito casi totalmente sus Ejercicios Espirituales bajo la inspiración del cielo y ayuda visible (si no dictado literal) de la Virgen Santísima, en la *Cueva de Manresa,* según aparece en el cuadro tan conocido y propagado por todas partes." La leyenda ha continuado hasta nuestros días. Quizá haya sido el Padre A. Codina, uno de los redactores principales de la autorizada publicación *Monumenta Historica Societatis Jesu,* el más calificado y reciente mantenedor de la misma.

A ello influyó sin duda la carta del Padre Diego Láinez, quien al ser consultado sobre la genealogía de los *Ejercicios Espirituales,* de ese libro "lleno de luz y de ciencia para las almas todas y para todos los corazones" en opinión de Menéndez y Pelayo, contestó: 1º, en los cuatro meses de la estancia de Ignacio en Manresa, "no entendía casi nada de las cosas de Dios"; 2º, al fin de los cuatro meses "a lo que me puedo acordar haberle entendido, cerca de un agua, o río, o árboles, estando asentado, fué señaladamente ayudado, informado y alumbrado de la majestad divina, de manera que comenzó a ver con otros ojos todas las cosas de Dios y a discernir y probar los espíritus buenos y malos, con gustar de las cosas de Dios y comunicarlas al prójimo con simplicidad

y caridad, como él los recibía", y 3º, "cerca de este tiempo vino cuanto a la sustancia a hacer las meditaciones que llaman Ejercicios viviendo muy ordenadamente y perseverando en continuar los sacramentos y las oraciones, en la cual estaba siete horas al día de rodillas; de manera que por espacio de un año que estuvo en Manresa alcanzó tanta luz del Señor que en casi todos los misterios de la fe, fué especialmente consolado".

Carta "apresuradamente dictada", dice de ella el Padre Beguiriztáin. Y en "la cual resaltan no pocos anacronismos e inexactitudes". Por otra parte los nuevos estudios críticos ignacianos han venido a eliminar o aclarar no pocas leyendas hagiográficas. Esta que comentamos nació el año 1600 y como consecuencia de la afirmación de una vidente, según escribía el Padre Cavallera en la reseña bibliográfica sobre la obra del Padre Codina. Hace destacar el mismo crítico, el silencio de Ignacio y de sus confidentes a este respecto, lo que es harto significativo. De la misma opinión son los Padres Watrigant y Astrain.

Los orígenes de gran parte de los Ejercicios Espirituales, de ese libro "vivido antes de ser escrito", hay que buscarlos en Loyola y no en Manresa. Son muchos los historiadores que así lo manifiestan; el Padre Eguía en su obra *Reliquias de San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier,* el Padre Aicardo en *San Ignacio de Loyola,* el Padre A. Brou en *Les Exercices Spirituels de Saint Ignace de Loyola,* y de modo concreto el autorizado crítico Padre Justo Beguiriztáin en el opúsculo ya citado y en el titulado *Los orígenes de los Ejercicios de San Ignacio según el Padre Codina,* S. J. Del primero son estas conclusiones: "Pudo muy bien San Ignacio *hacer* y aun *esbozar en gran parte* los Ejercicios (hablamos del cuerpo de meditaciones y contemplaciones, sobre todo de la pri-

mera y segunda semana, hasta la elección y reforma de vida inclusive) *en Loyola;* y luego *adicionarlos en Manresa,* v. gr. con las reglas para sentir y entender escrúpulos, con las reglas de mayor discreción de espíritus, y si se quiere, con casi todo el documento sobre confesión general con la comunión, y hasta con la contemplación para alcanzar amor (fruto, tal vez, de la eximia ilustración a orillas del Cardoner); *completarlos,* más tarde, *en París* con las reglas para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener (la Meditación de *Tres Binarios,* nos parece que refleja mucho más el estado de ánimo y la situación moral de San Ignacio de Loyola, cuando se hallaba aún en posesión de los *diez mil ducados,* es decir, de su brillante carrera militar, de la ansiada pretensión a la mano de una ilustre dama, quizás de sangre real, etc.); y *retocarlos y redactarlos definitivamente,* antes de 1548, *en Roma.* Este es nuestro humilde parecer, y estamos suficientemente informados para poder adelantar que a él se arrima de día en día más y más el bibliógrafo crítico ignaciano, Padre Pedro Leturia, S. J."

Y lo que da más valor y fuerza a esa posición es la propia confesión de Ignacio. Recuérdese que en su Autobiografía dice: "que no había hecho los Ejercicios todos de una vez, sino que algunas cosas que él observaba en su espíritu y las hallaba útiles, pensaba podrían ser igualmente útiles para los demás, y así los ponía en escrito, v. gr. del examinar la conciencia con aquel modo de las líneas, etc. Las elecciones, especialmente, me dijo que las había sacado de aquella variedad de espíritus y de pensamientos, que experimentaba estando en Loyola, cuando se hallaba herido de la pierna".

Y es lógico que así fuera. Antes que escribir, tuvo que hacer Ignacio sus Ejercicios Espirituales. Parece natural que los hiciera en retiro casi absoluto y por espacio

de un mes como él mismo recomienda se hagan íntegramente los Ejercicios. Deducimos de ahí la poca probabilidad de que fueran realizados en Manresa en medio de los meses de escrúpulos ni en los períodos de bonanza, en que no podía evitar que le buscasen y visitaran con empeño y frecuencia sus numerosas devotas a las cuales empezaron a llamar "iñigas". Pero aun admitiendo que los Ejercicios los hizo Ignacio después del primer período de calma y tras la lucha de muchos meses de escrúpulos, cabe advertir entonces que las obras de apostolado que allí ejerció desde los principios de su llegada a aquella ciudad, no fueron fruto de las luces extraordinarias recibidas a lo último de su estadía en Manresa. Deducimos de todo ello que donde hizo prácticamente Ignacio sus Ejercicios Espirituales, fué en Loyola, en la Casa-torre, durante su convalecencia, sobre todo durante la ausencia de su hermano don Martín, quien a su regreso echó de ver claramente el gran cambio que se había operado en el ánimo y espíritu de su hermano menor.

Mientras en Manresa, en la soledad de la cueva se impone y triunfa sobre sí mismo y aprende en alma propia a cuidar almas ajenas, en tierra nabarra, en el valle del Baztán, con la caída del castillo de Amayur, su patria pierde el baluarte símbolo de una independencia de largo tiempo resquebrajada. A buen seguro que Ignacio permaneció ajeno a éstos acontecimientos históricos y sin embargo no dejaremos de destacar una singular coincidencia. La devastación de Amayur, el ensañamiento en la persecución y en el odio de las fuerzas invasoras, la derrota final de su patria hundida en la esclavitud, en sangre y lágrimas, coincide con aquel período de tribulación aguda, de remordimiento y escrúpulos sin límites, de amargura y desesperación que llevan a un temperamento como el de Ignacio a pensar incluso en el suicidio.

En la época de la convalecencia de Ignacio de Loyola, después de la batalla de Noain, a la que anteriormente nos referimos, grupos de nabarros "vencidos, pero nunca domados, únense a otros leales caballeros que sitian y asaltan la fortaleza de Amayur: en su torre del homenaje ondea, de nuevo, la roja bandera de las cadenas". La defienden doscientos caballeros nabarros: Jaime Belaz de Medrano, gobernador del castillo, Luis Belaz, su hijo, Juan de Orbara, abad de Urdax y canónigo de Pamplona, Juan de Aguerre de Echalar, Víctor de Mauleón, etc.

Miguel y Juan, los hermanos mayores de Francisco de Xabier, forman también parte del grupo. Cuenta Campión que Juan era el preferido de Francisco. Moralmente, añade, se parecían mucho entre sí: hablar de Miguel es hablar de Juan, y viceversa. De Juan alaban la amabilidad del trato y la buena administración de su hacienda. Una frase suya nos descubre su temple militar: detestaba las justas de toros, "porque en ellas se aprende y acostumbra, en vez de atacar al enemigo, a escapar de él".

Las tropas castellanas al mando del virrey Conde de Miranda no se hacen esperar. "El 11 de julio —escribe Campión— pasan por las ventas de Arraiz nueve cañones pequeños y tres grandes, uno de éstos arrastrado por cinco parejas de bueyes, otro por siete y el tercero por doce. El 18 de octubre llegan a Berrueta seis cañones del más grueso calibre entonces conocido y trece pequeños. Miguel trabaja sin reposo, dentro y fuera del castillo, organizando tropas de socorro, carteándose con el mariscal de Saint-André, gobernador de la Guiena y con los patriotas refugiados en el Bearne. Don Sancho de Yessa, su corresponsal, le compara a Escipión por la entereza de ánimo. A pesar de ello, una mísera cuestión de entrega o canje de prisioneros da pábulo a maledicen-

cias. Miguel se queja a Saint-André con muy sentidas razones: «en recompensa de mis servicios por haberme acabado de destruir, sirviéndoles a mi costa, con esta pobre gente, y mientras me veo en los peligros y trabajos que sabe vuestra merced, ellos, prestado el oído a informes falsos, a denuncias de bellacos, por toda recompensa destruyen mi honor»."

Para los patriotas vascos tiene especial significado la defensa de Amayur. Lo dice en 1521, don Juan de Elizondo en carta que dirige al señor de Xabier: "en tanto que la fortaleza de Maya se sostenga en pie no nos reducirán". Pensando en ella rezarán las mujeres y los hijos de los patriotas —doña María de Azpilikueta y su hijo Francisco de Xabier, a no dudar— y podrá decir don Juan de Yesa al alcalde de su castillo "my muger y mi fija bessan la manos de vuestra merced, y crea, que con sus oraciones y lágrimas no cesarán de rogar a Nuestro Señor para la victoria de vosotros".

Vanas esperanzas las de estos patriotas. "En julio de 1522, el Virrey, capitaneando numerosas y lucidas tropas castellanas, rodeado de los más calificados traidores beaumonteses, ataca la fortaleza. El día 19, derruídas las murallas, consumidos los víveres, exhaustas las municiones, capitula la guarnición. El 21 de julio enviaba la noticia don Luis de Beaumont. Acerca del suceso, oigamos a Garibay, escritor españolista: «Puso cerco nuestro Virrey el Conde Miranda a la fortaleza de Maya, y aunque los caballeros que dijimos haber quedado en ella con don Jaime Belaz de Medrano hicieron tal resistencia que llenó de admiración al Virrey —dijo a este respecto el Condestable que no tenía por qué asombrarse siendo nabarros los defensores—, fuéles, sin embargo, preciso rendirse y entregarse, salvas las vidas, por prisioneros de guerra... fueron traídos los nobles prisioneros al castillo

de Pamplona, y entre ellos venía el padre del grande Francisco Javier (yerra aquí Garibay; no era el padre, sino el hermano), quien temiendo la última fatalidad se libró de ella saliendo disfrazado; y no fué, cierto, vano su recelo, pues a los catorce días de su prisión murieron en ella don Jaime Belaz de Medrano y don Luis, su hijo, y no sin sospecha de veneno.» Hasta aquí Garibay, comenta Campión. Tres meses después de la capitulación aun seguía el señor de Xabier preso en Pamplona cargado de grillos. Y cuando logró escapar no fué para ponerse en salvo, sino para correr nuevos peligros, junto a su hermano Juan y a su primo Valentín de Jatsu, en la ciudad de Fuenterrabía." J. R. de Oiaga dice que Miguel se detuvo, en su huída audaz, en el castillo de su nombre, para abrazar a su madre y hermano Francisco.

Desde la fuga de los dos hermanos, la indignación del nuevo Gobierno descargó doblemente sobre el castillo de Xabier, escribe el Padre Schurhammer. "Miguel y Juan fueron estigmatizados y denigrados como culpables de alta traición; se les confiscaron sus bienes y declararon sus personas dignas de muerte."

En realidad la persecución había comenzado varios años antes. Desde los primeros momentos de la ocupación castellana, la familia de Jatsu "cesa de percibir las pensiones reales, los réditos y los capitales de los préstamos hechos a los Reyes, las rentas de las haciendas y las pechas señoriales". El año 1520 "algunos vecinos de Sangüesa se apoderaron de tierras del palacio de Xabier, las roturaron y prohiben a los ronkaleses detenerse en ellas para apacentar sus ganados, mediante el pago de una corta pecha. El mismo año los pecheros de Idozin renuevan los pleitos: tumultuariamente afirman que el palacio no es palacio, sino casa ordinaria. Durante muchos años,

Miguel no se atreve a presentarse en la aldea, y un día, a su administrador Miguel de Azpilikueta le desafían en medio de la calle, diciéndole un vecino, después de tirar al suelo la caperuza y desenvainar el puñal: si tienes barbas ven acá. El año 1522, hombres armados entran en el robledal de Xabier y lo talan; otros roturan tierras".

Ya cinco años antes de estos acontecimientos "el hondo desconsuelo de la señora de Xabier" nos lo muestra un documento de índole tan fría e impersonal como es un recibo, comenta Campión. Domingo de Beraiz, Regente de la Tesorería, le entrega unos dineros, y ella al firmar el recibí, dejándose vencer de sus aflicciones, escribe: "La triste María de Azpilikueta." ¡Conmovedora confidencia que es imposible leer sin lágrimas! Imaginémosla durante aquellos mortales años que corren desde la conquista de Nabarra hasta la capitulación de Fuenterrabía. Sola en el semiderruído palacio de Xabier, sin otra compañía y amparo que su hijo más joven, Francisco; empobrecida por las confiscaciones y los desolamientos de las haciendas; destronados los Reyes amigos; prepotentes los beaumonteses traidores; condenados a muerte los hijos primogénitos; en perpetuo vaivén su espíritu, desde las esperanzas de las tentativas libertadoras, a sus consecutivos fracasos"...

Francisco de Xabier es ya un mozo de dieciséis años, pequeño de cuerpo, espigado, de bello talle "jovial y amable, a la vez que distinguido y modesto; su rostro juvenil y hermoso aparecía rodeado de negra cabellera y a través de sus ojos negros irradiaba imperturbable la inocencia de su alma".

Y mientras la infancia de éste discurre en ese ambiente de angustia y temor permanente, de privaciones y recelos, en Manresa, apenas salido de una grave enfermedad

el peregrino Ignacio "creyó llegado el tiempo que él tenía pensado para partirse para Jerusalén", es decir, la época señalada para la salida de las naves de peregrinos desde Venecia a Tierra Santa.

"Y así dice en su Autobiografía, al principio del año 23 se partió para Barcelona para embarcarse."



VII

TRAS LAS HUELLAS DE CRISTO EN TIERRA SANTA



Ignacio embarcó en Barcelona hacia el día de San José. Antes, hallándose con cinco o seis monedas "de las que le habían dado pidiendo por las puertas (porque de esta manera solía vivir), las dejó en un banco que halló junto a la playa". Nada precisa porque todos sus pensamientos son "tener a sólo Dios por refugio".

"Tuvieron viento tan recio en popa —dice él—, que llegaron hasta Gaeta en cinco días con sus noches, aun con harto temor de todos por la mucha tempestad, y por toda aquella tierra se temían de pestilencia, mas él, como desembarcó, comenzó a caminar para Roma."

Le acompañaban, porque mendigaban como él, "una madre y una hija que traía un hábito de muchacho". "Llegados a una ciudad que estaba cerca, la hallaron cerrada; y no pudiendo entrar, pasaron todos tres aquella noche en una iglesia que allí estaba, llovida. A la mañana no les quisieron abrir la ciudad, y por de fuera no hallaban limosna, aunque fueron a un castillo que parecía cerca de allí, en el cual el peregrino se halló flaco, así del trabajo de la mar, como de los demás, etc. Y no pudiendo más caminar, se quedó allí; y la madre y la hija se fueron hacia Roma. Aquel día salieron de la ciudad mucha gente; y sabiendo que venía allí la señora de la tierra, se le puso delante, diciéndole que de sola flaqueza estaba enfermo; que le pedía le dejase entrar en la ciudad para buscar algún remedio. Ella lo concedió fácilmente. Y empezando a mendigar por la ciudad, ha-

lló muchos cuatrines —moneda de escaso valor—, y rehaciéndose allí dos días, tornó a proseguir su camino, y llegó a Roma el domingo de Ramos." Era el 29 de marzo de 1523.

"Todos los que le hablaban, sabiendo que no llevaba dineros para Jerusalén, le empezaron a disuadir la ida a Tierra Santa, afirmándole con muchas razones que era imposible hallar pasaje sin dineros; mas el tenía una gran certidumbre en su alma, que no podía dudar, sino que había de hallar modo para ir a Jerusalén." La fe es el todo en este carácter de "fierro vizcaíno".

Ocho o nueve días después de Pascua de Resurrección emprende su marcha en dirección a Venecia. La Roma brillante, con resabios de agudo paganismo renacentista, la corte convertida en "torbellino de fieros goces, pasiones y entusiasmos, amores y odios, generosidades y esplendores y también feroces crueldades, sacrificios, santidades y maldades", pasa inadvertida para Ignacio. Nada nos dice en sus Memorias. Tan sólo, de su paso por la Ciudad Eterna nos cuenta "haber tomado la bendición del Papa Adriano VI". Cuando fué designado Papa, el último Papa no italiano, residía en el país vasco, a pocos kilómetros de su casa de Loyola.

Pastor, en su *Historia de los Papas,* refiere la acogida que tuvo su nombramiento. "La muchedumbre reunida delante de él —el Conclave— los recibió sólo con palabras injuriosas y burlonas, con gritos y silbidos; y los Cardenales pudieron darse por satisfechos, con que la sangre caliente de los romanos se limitaba a esto, y no se llegara a atacarlos de obra. Por algún tiempo los Cardenales no se atrevieron a salir de sus palacios." Al nuevo Papa "se le tachaba de extranjero y por tanto de bárbaro, de español y de judío".

Holandés, administrador y tutor de Carlos V, que

había sucedido a León X, el protector de Rafael y de las letras, era "un hombre de tal santidad y fuerza de carácter y con tan grande fijeza de propósito y eficacia en la acción, que cuando murió después de un reinado de dieciocho meses escasos, las enemistades que se había creado en la corte romana se abandonaron a los más alegres regocijos, y los Cardenales volvieron al asalto con nuevos bríos, mientras el populacho romano, sarcástico y *frondeur,* como de costumbre, colgaba a la puerta del médico del difunto Papa una corona que decía: "¡Al libertador!"

Dos días después de su salida de Roma distribuye entre los pobres, seis o siete ducados "que le habían dado para el pasaje de Venecia a Jerusalén", y continúa mendigando, durmiendo en los pórticos. Una vez "en levantándose a la mañana topa con un hombre, el cual, en viendo que le vió, con grande espanto se puso a huir, porque parece que le debió de ver muy descolorido".

"Caminando así llegó a Choza, y con algunos compañeros que se le habían ajuntado, supo que no les dejarían entrar en Venecia; y los compañeros determinaron ir a Padua para tomar allí cédula de sanidad, y así partió él con ellos; mas no pudo caminar tanto, porque caminaban muy recio, dejándole, casi noche, en un grande campo; en el cual estando, le apareció Cristo de la manera que le solía aparecer, y lo confortó mucho. Y con esta consolación el otro día a la mañana, sin contrahacer cédula, como habían hecho sus compañeros, llega a la puerta de Padua y entra, sin que las guardas le demandasen nada; y lo mismo le acaeció a la salida; de lo cual se espantaron mucho sus compañeros, que venían de tomar cédula para ir a Venecia, de la cual él no se curó. Y llegados a Venecia vinieron las guardas a la

barca para examinar a todos, uno por uno, que hartos había en ella; y a él solo dejaron."

Manteníase mendigando y de noche dormía en la plaza de San Marcos. Encontróse con un rico español "lo llevó a comer a su casa, y después lo tuvo algunos días hasta que se aparejó la partida". Nunca hablaba en la mesa "si no fuese responder brevemente, mas estaba escuchando lo que se decía, y cogiendo algunas cosas, de las cuales tomase ocasión para hablar de Dios; y, acabada la comida, lo hacía. Y ésta fué la causa por que el hombre de bien con toda su casa tanto se aficionaron a él, que le quisieron tener, y esforzaron a estar en ella, y el mismo huésped lo llevó al Duque de Venecia, Andréa Griti, para que le hablase, esto es, le hizo dar entrada y audiencia. El Duque, como oyó al peregrino, mandó que le diesen embarcación en la nave de los gobernadores que iban a Chipre".

No eran muchos los dispuestos a correr el riesgo del viaje. Desde la toma de Constantinopla en 1453 por las fuerzas turcas de Mohamed II, la cristiandad no había sufrido un golpe tan rudo como la caída de la isla de Rodas, acaecido el 21 de diciembre de 1522. Por eso Ignacio dice que "los más de los peregrinos eran vueltos a sus tierras". Ocho o nueve quedaban tan sólo en la que él se disponía a partir.

Fué en ese instante cuando sufrió grave enfermedad de calenturas. "Preguntaron los de casa al médico si podría embarcarse para Jerusalén, y el médico dijo que, para allá ser sepultado, bien se podría embarcar; mas él se embarcó y partió aquel día —14 de julio de 1523—; y vomitó tanto, que se halló muy ligero y fué del todo comenzando a sanar. En esta nave se hacían algunas suciedades y torpezas manifiestas, las cuales él reprendía con severidad." Con tal celo se opuso "a los grandes

pecados y maldades", que los marinos acordaron abandonarlo en una isla desierta y a punto estaba la nave de llegar a ella cuando un impetuoso viento la desvió haciendo que siguiera la ruta primera con una mayor velocidad.

Hizo escala en Chipre. Del puerto de Salinas salió la nave que había de conducirle a Tierra Santa. Como lo hizo antes, no llevaba otra provisión que "una gran esperanza en Dios".

Desembarcaron en Jaffa después de mes y medio de navegación, caminando luego "para Jerusalén en sus asnillos"; poco antes de llegar al lugar desde el cual se divisaba la santa ciudad "se apearon porque vieron los frailes con la cruz que los estaban esperando. Y viendo la ciudad tuvo el peregrino grande consolación; y según los otros decían, fué universal en todos, con una alegría que no parecía natural; y la misma devoción sintió siempre en las visitaciones de los lugares santos".

"Su firme propósito era quedarse en Jerusalén, visitando siempre aquellos lugares santos; y también tenía propósito, a más de esta devoción, de ayudar las ánimas." No era fácil lograrlo, ni aun en las condiciones por Ignacio ofrecidas: "no quería ninguna cosa, sino solamente que, cuando algunas veces él viniese a confesar, le oyesen de confesión".

Mes y medio llevaba "venerando aquellos lugares santificados por la vida, pasión y muerte" de Cristo, cuando el Provincial le manifiesta "con buenas palabras cómo había sabido su buena intención de quedar en aquellos lugares santos; y que había bien pensado en la cosa; y que, por la experiencia que tenía de otros, juzgaba que no convenía. Porque muchos habían tenido aquel deseo, y quién había sido preso, quién muerto; y que después la religión quedaba obligada a rescatar los presos: y por

tanto él se aparejase de ir el otro día con los peregrinos. El respondió esto: que él tenía este propósito muy firme, y que juzgaba por ninguna cosa dejarlo de poner en obra; dando honestamente a entender que, aunque al Provincial no le pareciese, si no fuese cosa que le obligase a pecado, que él no dejaría su propósito por ningún temor. A esto dijo el Provincial que ellos tenían autoridad de la Sede Apostólica para hacer ir de allí, o quedar allí, quien les pareciese, y para poder descomulgar a quien no les quisiese obedecer, y que en este caso ellos juzgaban que él no debía de quedar. Y queriéndole demostrar las bulas, por las cuales le podían descomulgar, él dijo que no era menester verlas; que él creía a sus Reverencias; y pues que así juzgaban con la autoridad que tenían, que él les obedecería".

Horas antes de su partida siente Ignacio un gran deseo de visitar una vez más el monte Olivete. Como Jesús, ama esos jardines solitarios, acogedores, tristes y austeros. Sabe que al pie de la colina, en Gethsemaní, el Maestro se retiraba a menudo, de tarde en tarde, con sus discípulos para orar. Es allí donde Jesús "dejó al descubierto su mayor dolor y su más acerada angustia". Y de donde salió para sufrir una muerte ignominiosa y atroz. En la cumbre "está una piedra —confiesa Ignacio— de la cual subió Nuestro Señor a los cielos, y se ven aún ahora las pisadas impresas; y esto es lo que él quería tornar a ver". Para ello "sin decir ninguna cosa ni tomar guía (porque los que van sin turco por guía corren grande peligro), se descabulló de los otros, y se fué solo. Y no lo querían dejar entrar los guardas. Les dió un cuchillo de las escribanías que llevaba; y después de haber hecho su oración con harta consolación, le vino deseo de ir a Betfage, y estando allá, se tornó a acordar que no había bien mirado en el monte Olivete a qué

parte estaba el pie derecho, o a qué parte el izquierdo; y tornando allá, creo que dió las tijeras a las guardas para que le dejasen entrar".

Cuando descendía del monte Olivete se encontró con uno de los servidores del monasterio que le buscaban con temor. Iba armado de un gran bastón que blandía con enojo y con ánimo de darle. "Trábole reciamente del brazo y él se dejó fácilmente llevar." Era ajeno al presente. Su alma debía estar embargada de emociones y recuerdos. Cada uno de los hechos que allí tuvieron lugar siglos antes, cada una de las palabras que para la eternidad fueron dichas estaban presentes en Ignacio. Y como Jesús, con la angustia y el desconcierto en el alma, desaparecida la ilusión mantenida hasta entonces, bajaba por la vertiente de la colina, en un adiós sentimental y enternecedor de Palestina, murmurando quedo: ¡Padre, que vuestra voluntad, y no la mía, sea hecha!

Tres naves salieron de un puerto de Chipre. Horas después la tempestad arrojaba contra las rocas de aquellas islas a dos de ellas, salvándose tan sólo, tras duro trabajo, la pequeña nave en la que viajaba Ignacio, que pudo llegar a la costa de Apulia. Era en pleno invierno, hacía gran frío y nevaba. El peregrino no llevaba más ropa "que unos zaragüelles de tela gruesa hasta la rodilla, y las piernas nudas, con zapatos, y un jubón de tela negra, abierto con muchas cuchilladas por la espalda, y una ropilla corta de poco pelo".

Desde la salida de Chipre hasta su llegada a Venecia, el 24 de enero de 1524, pasó en el mar los meses de noviembre, diciembre y parte de enero. Durante el largo y accidentado viaje, una preocupación honda se debatía en su alma. Convencido que "era voluntad de Dios que no estuviese en Jerusalén", pensaba cuáles pudieran ser los designios de la Providencia. "Al fin se inclinaba más

a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas y se determinaba ir a Barcelona."

Sabemos tan sólo que a su paso por Ferrara, la ciudad sombría y de severidad monótona, donde naciera el célebre reformador dominico Savonarola, y de cuyo importante Estado fué princesa Lucrecia Borgia, muerta allí cinco años antes, oró en la iglesia principal y repartió entre los pobres las monedas de plata que un conocido le entregara en Venecia. A partir de ese momento y hasta Génova el viaje fué harto accidentado.

Desde la derrota de las tropas nabarras y francesas en los campos de Noain, la guerra habíase desplazado a Italia. En 1522, perdido para los franceses Milán, médula de la lucha entre Francia y el imperio, sus tropas evacuaron el Milanesado y Génova, capturada esta última por Colonna y saqueada por los soldados españoles. A fines de 1523, cuando el cuerpo de invasión inglés que meses antes había llegado a siete leguas de París, se retiraba a Calais, "desalentado y resentido", un poderoso ejército francés al frente del cual iba el almirante Bonnivet, invadía Italia y se apoderaba nuevamente del Milanesado.

Y en los días en que Ignacio abandonaba Ferrara para dirigirse a pie a Génova, las fuerzas imperiales se preparaban para iniciar una gran ofensiva. Jefe de la misma había de ser el Condestable de Francia, Borbón, traidor a su patria al pasar en plena guerra, en septiembre de 1523, al servicio de Carlos V.

Así, caminando por aquel teatro de operaciones, atravesando a veces pueblos quemados y destruídos, fué detenido por sospechoso y espía por soldados españoles y franceses. Refiere Ribadeneira que "después, como no hallaron lo que querían comenzáronle a escudriñar y a tentar con mucha desenvoltura y poca vergüenza hasta

desnudarle y quitarle zapatos y ropilla". Tan sólo tenía una respuesta: nada sabía de nada. Cerrado en esa negativa, el capitán que le interrogaba "le tuvo por loco, y así lo dijo a los que lo trajeron: este hombre no tiene seso; dadle lo suyo y echadlo fuera". Lo echaron efectivamente pero no sin que los soldados cargaran sobre él "a puñadas y coces", entre insultos y ultrajes, la reprimenda de su capitán enojado. Detenido por los franceses fué conducido a presencia de un capitán, "quien le preguntó, entre otras cosas, de qué tierra era; y entendiendo que era de Guipúzkoa, le dijo: yo soy de allí cerca...; parece ser cerca de Bayona". A buen seguro que hablaron y se entendieron en su idioma nacional, en vasco. Terminado el interrogatorio dijo el capitán: "Llevadle, y dadle de cenar, y hacedle buen tratamiento."

Mientras corría estos riesgos por campos de desolación, en su patria acaecía un hecho militar de singular relieve. Fuenterrabía, la última trinchera de la independencia vasca, que había sido tomada y defendida por las fuerzas nabarras y francesas en el año 1521, capitulaba en febrero de 1524. Como en Amayur, se rendían cuando todo recurso habíase agotado. Las tropas españolas mandadas por el almirante de Castilla, Iñigo de Velasco, asediaban con paciencia y rigor la ciudad. Cierto que Bayona era el objetivo primero y principal, pero nadie pensó en el heroísmo de quienes defendían la plaza y hubo de contentarse con Fuenterrabía. Tan heroica fué su defensa que el 27 de febrero "salían con honores militares la guarnición francesa y nabarra, enarbolando ésta la bandera de la patria". Carlos V, en carta que dirige a su hermano Fernando, dice: "No dudo que te alegrarás al enterarte de la reconquista de esta plaza, ya que constituye para mí una gran ventaja tener bajo mi dominio a tan poderosa ciudad, tan necesaria para mis

reinos de Castilla y Nabarra y tan ventajosa para hacer daño a nuestros enemigos en Guienne."

Elementos significados en esta tenaz resistencia de Fuenterrabía, como antes se señalaron en Amayur, fueron Miguel y Juan, los hermanos de Francisco de Xabier. Dice el Padre Schurhammer que ambos se apresuraron a trasladarse a Nabarra y así su madre y hermano "pudieron estrechar de nuevo entre sus brazos, después de una separación de casi tres años, a los dos hermanos que volvían de la guerra". Otros familiares, como Remon y Juan, primos carnales de Francisco de Xabier, no quisieron regresar más a la patria sometida y prefirieron, como tantos otros nabarros, naturalizarse franceses y enrolarse en su ejército en el que Juan ascendió al grado de Maestre de Campo.

Influyeron en esta determinación las excepciones que estableció el "insolente perdón" de Carlos V, hecho público el 15 de diciembre de 1523: "eceptando las personas siguientes: Miguel de Xaverri cuya diç que es Xavierre, é Johan de Azpilicueta, hermano de Miguel de Savier, cuya diç que era Xavier, e Martín de Jaso e Juan de Jaso e Esteban de Jaso su hermano, Juan despilcueta e Juan, cuya diç que fue Ulloqui e Valentin de Jaso"... ¡Ocho condenados a muerte y la confiscación de bienes, en la familia de San Francisco, por el delito de fidelidad a Nabarra! comenta con tierna emoción el historiador Campión.

Ajeno a estas ansiedades y angustias patrióticas caminaba Ignacio por tierras de Italia, tierras de saqueo y lucha en aquellas horas, hasta su llegada a Génova. Fué allí reconocido por un compatriota, por un vasco llamado Rodrigo de Portuondo, general de las galeras de España, que había de morir en 1529 frente a la isla de Formentera, combatiendo con los infieles quienes en golpe

audaz habían apresado a varios centenares de cristianos en la costa valenciana. Fué él "quien lo hizo embarcar en una nave que iba a Barcelona". Dice Ignacio que en ella corrió gran peligro de ser tomado por el célebre almirante genovés Andrea Doria, al servicio de Francisco I en esa época, ya que su galera dió caza a la nave.

Refiere Pastor que Carlos V, aun antes de conocer pormenores de la actitud hostil del Papa, había indicado a su embajador en Roma, que "en caso de que el Papa no se mostrara condescendiente, procurase arrojarlo de Roma por medio de los Colonna, y poner en revolución el Estado de la Iglesia". Carlos V estuvo siempre dispuesto a utilizar cualquier medio. Es en esa misma época cuando, según Pastor, escribe: "Por ventura hoy o mañana podrá Martín Lutero sernos de provecho."

Posiblemente se encontraba ya Ignacio encadenado en la prisión de Alcalá con su compañero Calixto, cuando las tropas de Carlos V, en mayo de 1527, violando la tregua de ocho meses firmada con el Papa y por la cual había éste licenciado las suyas a excepción tan sólo de 2.000 soldados de infantería y 200 de a caballo, según Rohibacher en su *Histoire Universelle de l'Église Catholique,* comenzaban el asalto a Roma, la que con este motivo presenció "horrores mucho más espantosos que los de los días de los bárbaros. Las atrocidades de los vándalos, de los godos y de los turcos, quedaron sobrepujadas, dicen varios contemporáneos", comenta Pastor. El condestable Borbón, que mandaba las fuerzas imperiales integradas por 12.000 mercenarios alemanes, 4.000 españoles y 2.000 italianos, murió al escalar las murallas; el famoso orfebre Benvenuto Cellini confiesa en sus memorias que el tiro lo disparó él. A partir de ese momento fué el desenfreno. "Desparramaron por los suelos las Sagradas Formas —escribe Bigelow Merriman—, robaron los cá-

lices y pisotearon las reliquias de los santos. No se libró ni una iglesia ni un monasterio. Violaron monjas, entre los llantos de sus madres; quemaron los edificios más hermosos, transformaron las iglesias en establos, utilizaron los crucifijos y otras imágenes como blancos para sus arcabuces. Ya no es Roma por más tiempo, sino la tumba de Roma *(non Urbis, sed bustum Urbis)*. Vistieron al viejo crucifijo de madera, reverenciado por todas las naciones, que se levantaba en uno de los siete altares de San Pedro, con un uniforme de lansquenete; San Pedro y San Pablo, que llevaron tantos años enterrados bajo el altar de San Pedro, nunca sufrieron tamañas indignidades aun por aquellos que los convirtieron en mártires." Era, como escribe Francisco Gonzaga, una vista capaz de mover a compasión las piedras. Por todas partes resonaba el clamor: ¡Imperio! ¡España! ¡Victoria!... "Las calles —leemos en la *Historia de los Papas,* de Pastor— se hallaban en muchos parajes formalmente cubiertas de cadáveres; entre ellos, principalmente, muchos niños de menos de diez años, que los soldados habían arrojado por la ventana." El Papa, los Cardenales y Obispos fueron apresados y se les obligó a dar cuantiosos rescates. Hasta el 6 de diciembre, es decir hasta aquellos días en que el peregrino caminaba con su asnillo de Salamanca a Catalunya, Clemente VII continuó en la prisión del castillo de Sant'Angelo. Un poderoso ejército francés se disponía ahora a penetrar en Italia...

Otro hecho hemos de destacar, porque, de ser cierta la opinión de algunos críticos al localizar en la infanta Catalina la dama "que tenía tanto poseído su corazón", pudiera tener un cierto valor sentimental. En enero de 1525, cuando Ignacio estudiaba en Barcelona, la infanta Catalina de Austria, que tenía entonces dieciocho años, dejó la prisión de su niñez y juventud, aquel triste y

odioso Castillo de Tordesillas para casarse en Extremoz, con Juan III el Rey de Portugal. Dice la historia que su madre Juana, desde su aposento, con la mirada como fascinada, no se alejó de la ventana durante un día y una noche. Acompañando a la Infanta Catalina iba también doña María Velasco, viuda del protector de Ignacio, Juan Velázquez, que en calidad de Camarera Mayor había de servirla dieciséis años, hasta su muerte.

En el corazón de Ignacio no cabía ya, sin embargo, otro amor que aquel sublime que le abrasaba hasta la consumación. Era un corazón que había dejado de vibrar a impulsos terrenos.

Por eso, no debió tampoco afectar lo más mínimo, si el otro supuesto de los críticos que señalan a Germana de Foix como "señora de sus pensamientos" se cumpliera, cuando un año más tarde, en 1526, contraía matrimonio con su tercer marido Ferrante de Aragón, Duque de Calabria, que había sido hecho prisionero por Gonzalo de Córdoba en Tarento, en 1502.



VIII

HUYENDO DE LA INQUISICIÓN



Treinta y tres años tenía Ignacio cuando comenzó sus estudios en Barcelona. Con humildad y modestia, con una decisión "que revelaría por sí sola el temple de su voluntad" fué a ponerse en los bancos de la escuela, mezclado con niños y jóvenes de poca edad. Dice el Padre Astrain que "el maestro de latín —Mosén Ardabalo— se ofreció a enseñarle gratis la gramática, y la señora Isabel —Rosell— a socorrerle con sus limosnas mientras viviese en Barcelona". Hubiera preferido Ignacio hacerlo en Manresa con el fraile benedictino, amigo y compatriota, Alfonso de Agurreta, pero había ya fallecido cuando al cabo de un año volvió el peregrino a visitar aquella zona que con fervor llamaba su "iglesia primitiva".

Vivió en casa de Inés Pascual. Su hijo Juan, de corta edad, dormía en la misma pieza de Ignacio. Es él quien nos cuenta que, fingiéndose dormido muchas veces para vigilar, con asombro observaba cómo "dormía casi cada noche en tierra, sin acostarse en la cama, y pasaba la mayor parte de ella en oración arrodillado al pie de la misma, y muchas noches yo le miraba, y veía el aposento lleno de resplandor, y él levantado en el aire, de rodillas, llorando y suspirando y diciendo: "Dios mío, cuán infinitamente bueno sois, pues sufrís a quien es tan malo y perverso como yo."

En la iglesia de Santa María del Mar, en la que comulgaba ordinariamente, se colocaba sentado en una

grada de la primera capilla y "pedía limosna a los que tomaban agua bendita en la pila que a su lado tenía". Mendigaba para socorrer a los pobres ya que él continuaba sometiéndose a terrible penitencia, a continuos y durísimos ayunos. Incluso su confesor, Fray Diego de Alcántara, hubo de intervenir para que al menos "se sacase el durísimo cilicio" que llevaba a cuestas. En su Autobiografía se limita a decirnos: "estando en Barcelona estudiando, le vino deseo de tornar a las penitencias pasadas; y así empezó a hacer un agujero en las suelas de los zapatos. Ibalos ensanchando, poco a poco, de modo que, cuando llegó el frío del invierno, ya no traía sino la pieza de arriba".

El mismo Juan Pascual relata un singular episodio a consecuencia del cual Ignacio hubo de guardar cama durante casi dos meses. Llevando vida de escándalo algunas monjas del convento de Los Angeles por sus relaciones con ciertos seglares, decidió acudir diariamente al convento para "hacer algunas pláticas o exhortaciones espirituales". Dice que se iluminaron de tal manera las monjas que pronto despidieron a sus devotos. Disgustados éstos, decidieron matarlo. Un esclavo negro se encargó de apalear bárbaramente al peregrino cuando iba éste acompañado por el sacerdote Pujall, hasta dejarlo sin conocimiento. Cincuenta y tres días estuvo en cama sin poderse menear, sufriendo grandes dolores y a punto de morir. "Jamás pudieron lograr que dijese quién le había atropellado, y apenas dónde le había pasado esta desgracia."

Parece ser que Ignacio además de la obra espiritual *De imitatione Christi,* de Tomás de Kempis leyó en esa época un librito del oráculo de los humanistas, Erasmo, el religioso que abandonó el convento y las reglas de su orden, titulado *Manual del soldado de Cristo.* Advirtió,

escribe Creixell, un nuevo fenómeno en su espíritu: y fué que en la lectura se le enfriaba el fervor... Creada más tarde la Compañía de Jesús, y siendo Prepósito General, prohibió la lectura de Erasmo, porque "en todas las obras descubre su espíritu satírico y mordaz, muy a propósito por cierto para perder el espíritu de fervor y caridad cristiana".

En esa misma época Clemente VII, agradecía a Erasmo el envío de una de sus obras, en un muy benévolo Breve —el 3 de abril de 1524— al cual acompañaba un donativo de 200 ducados de oro. Erasmo y su obra fueron motivo de discordia y de lucha, sobre todo en España. En 1522 se distinguió por sus ataques el teólogo nabarro Sancho Carranza de Miranda, para convertirse luego en uno de sus más fervientes partidarios. En ese mismo año reuniéronse 29 teólogos en Valladolid para estudiar "el caso Erasmo"; presentáronse 22 capítulos de acusaciones con frases extractadas de sus libros y tan sólo pudieron examinar dos de ellos ya que las sesiones fueron suspendidas por el inquisidor a causa de una epidemia. De entre los teólogos destacamos la presencia de dos vascos ilustres, hermanos ambos: el Padre Francisco de Vitoria, fundador del Derecho Internacional y Diego de Vitoria, prior del convento de Burgos, notable predicador. Este fué decidido antierasmista, significándose a este respecto con una mayor fuerza que su hermano quien en un tiempo fué admirador del erudito holandés.

"Acabados dos años de estudiar —dice Ignacio—, en los cuales, según le decían que había harto aprovechado, le decía su maestro que ya podía oír artes, y que se fuese a Alcalá. Mas todavía él se hizo examinar de un doctor en Teología el cual le aconsejó lo mismo; y así se partió sólo para Alcalá."

Era mediado el mes de julio de 1526. "Llegado a

Alcalá empezó a mendigar y a vivir de limosnas." Diez o doce días después, para evitar la burla y las injurias de algún clérigo y otros, se trasladó al hospital de Antezana, "en el cual se le dió una cámara y todo lo necesario".

Durante un año estudió en la Universidad que un cuarto de siglo antes fundara Cisneros, Lógica de Domingo Soto, Física de Alberto Magno y Teología de Pedro Lombroso, Maestro de las Sentencias.

En cuanto llegó a Alcalá hizo conocimiento con su compatriota el vasco Diego de Eguía, el "cual estaba en casa de su hermano que hacía imprenta en Alcalá, y tenía bien el necesario; y así le ayudaban con limosnas para mantener pobres, y tenía los tres compañeros del peregrino en su casa". (Eran Calixto de Sa, Lope de Cáceres y el vasco Juan de Arteaga. Más tarde se les allegó un jovencito francés: Juan Remolde.) Una vez, viniéndole a pedir limosna para algunas necesidades, dijo don Diego "que no tenía dineros, mas abrióle una arca, en que tenía diversas cosas, y así le dió paramentos de lechos de diversos colores, y ciertos candeleros, y otras cosas semejantes, las cuales todas, envueltas en una sábana, el peregrino se puso sobre las espaldas, y fué a remediar los pobres".

Es curioso que en esa época, durante la permanencia de Ignacio con su compatriota, publicara éste una edición del Kempis. Como varios críticos, estimamos que en ella influyó la persuasión y la voluntad de Loyola.

Cuenta Potenciana de Loyola, sobrina de Ignacio, que éste fué "conocido en Alcalá por Martín Saez de Goyaz, hombre honrado, rico y principal de Azpeitia, pues solía acudir a las ferias de Alcalá, el cual parece que habló a Ignacio y le pidió cartas para sus hermanos, y a su importunidad le dió una carta para Martín, en la cual entre

otras cosas, le escribía que en el cielo se verían juntos".

Como alternaba sus estudios dando Ejercicios Espirituales y enseñando doctrina cristiana "pronto hubo grande rumor en aquella tierra", en donde eran conocidos por "los ensayalados y alumbrados", llegando a conocimiento de los inquisidores de Toledo. En ello influyó el haber renovado la frecuencia del Sacramento. Escribe el Padre Alcázar que "solían comulgar Ignacio y sus compañeros cada ocho días, y lo mismo aconsejaban a los demás: cosa tan extraordinaria para aquel siglo, que era motivo de la común murmuración; llamándola unos irreverente osadía, y otros hipócrita extravagancia: y se vieron necesitados, para excusar la nota, a ir mudando de iglesias, y a valerse de las aremitas del campo". Iniciadas las pesquisas con la fruición propia de la época, nada pecaminoso o rebelde hallaron, limitándose a prohibir que vistiesen todos de un mismo hábito. Persistieron no obstante las investigaciones y ocho meses después encarcelaron a Ignacio. Sin aceptar abogado ni procurador continuó dando Ejercicios Espirituales; le bastaba la fe: "Aquel por cuyo amor aquí entré, repetía, me sacará si fuere servido de ello." A los diecisiete días fué sometido a interrogatorio. Se le acusaba de haber influído en el ánimo de "una madre y una hija, entrambas viudas, y la hija muy moza y muy vistosa —María Vado y Luisa Velázquez— quienes por haber entrado mucho en espíritu y en tanto que siendo nobles, eran idos a la Verónica de Jaén a pie, y no sé si mendigando y solas".

De nada sirvieron las explicaciones de Ignacio. La Inquisición, puesta en movimiento, no se detenía hasta descargar su golpe. Así, hasta tanto que las devotas andariegas hubieron regresado a Alcalá, Ignacio permaneció en prisión. Cuando le pusieron en libertad habían transcurrido cuarenta y dos días. En la sentencia leída le

ordenaban "que se vistieren como los otros estudiantes, y que no hablasen de cosas de la fe dentro de cuatro años que hubiesen más estudiado, pues no sabían letras".

Cuando Ignacio era llevado a la cárcel se encontró en la calle con el joven Marqués de Lombay, Francisco de Borja, hijo del Duque III de Gandía, que iba a caballo acompañado de amigos y servidores. Más tarde fué nombrado Virrey de Catalunya e ingresó en la Compañía de Jesús en 1548.

Cerrada "la puerta para aprovechar a las ánimas", abandonó Alcalá y se fué a Salamanca después de haber consultado al Arzobispo de Toledo, Alfonso Fonseca y Acevedo.

En vano insiste Ignacio. Es la hora de los inquisidores, y aun a veces del abuso; mientras esté en España no le dejarán en paz. Así, el propio confesor, un fraile de Santo Domingo en el convento de San Esteban, le preparó una celada. Le invita a comer un domingo y cuando lo hubo hecho, acompañado de Calixto, se fueron a una capilla y allí el Superior inició un amplio y riguroso interrogatorio. No pareciéndole bien a Ignacio aquella forma de argumentar, negóse a decir más de cuanto había ya manifestado. "Pues quedaos aquí, exclamó el Superior mientras ordenaba cerrarlos en la misma capilla, que bien haremos con lo que digáis todo."

Al cabo de tres días —declara en su Autobiografía— vino un notario y llevóles a la cárcel. Y no los pusieron con los malhechores en bajo, mas en un aposento alto, adonde por ser casa vieja y deshabitada, había mucha suciedad. Y pusiéronlos entrambos en una misma cadena, cada uno por su pie; y la cadena estaba apegada a un poste que estaba en medio de la casa, y sería larga de diez a trece palmos; y cada vez que uno quería alguna cosa, era menester que el otro le acompañase.

A Cáceres y Arteaga, detenidos días después, los pusieron "adonde estaban los presos comunes".

Compareció al cabo de unos días ante tres doctores y el bachiller Vicente Frías. "Le preguntaron muchas cosas, no sólo de los Ejercicios —que habían examinado previamente— mas de Teología, verbigracia, de la Trinidad y del Sacramento", un caso de cánones, interpretación del primer mandamiento, etc. "Y al fin sin condenar nada se partieron."

A los veintidós días oyó la sentencia. Ningún error hallaron en su vida ni en su doctrina. "Así podrían hacer como antes hacían, enseñando la doctrina y hablando de cosas de Dios, con tanto que nunca definiesen: esto es pecado mortal, o esto es pecado venial, si no fuese pasados años, que hubiesen más estudiado." "El peregrino dijo que él haría todo lo que la sentencia mandaba mas que no la aceptaría; pues, sin condenarle en ninguna cosa, le cerraban la boca para que no ayudase a los prójimos en lo que pudiese."

"Y así se determinó de ir a París a estudiar." Quince o veinte días después abandonaba Salamanca, solo, a pie, llevando unos libros en un asnillo...

Llegó a Barcelona a principios del año 1528. "Todos los que le conocían, escribe, le disuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor."

Y continuó a pie su viaje. Desde que Ignacio recorriera los campos de batalla a su regreso de Venecia hasta este momento en que se disponía a penetrar también por tierras de guerra, muchos y decisivos acontecimientos habían tenido lugar. Nada dice en su Autobiografía y sin embargo varios de ellos debieron repercutir y conmover

su alma. Un año llevaba estudiando en Barcelona cuando tuvo lugar la batalla de Pavía, en febrero de 1525, con la resonante victoria del ejército imperial. En ella el propio Rey Francisco I cayó prisionero en manos de un vasco, del capitán Juan de Urbieta. También fué hecho prisionero el Rey de Nabarra, Enrique de Albrit. Un año después, firmado el tratado de Madrid, el Rey francés atravesaba el Bidasoa dispuesto a no cumplir lo estipulado. Meses más tarde, en mayo de 1526, en Angulema, firmaba un tratado, la Santa Liga, con el Papa Clemente VII —que había sustituído a Adriano VI, muerto en 1524—, y los estados italianos para liberar a Italia de la tutela de Carlos V. Era nuevamente la guerra.

IX

EL CONQUISTADOR DE ALMAS EN LA UNIVERSIDAD DE PARÍS



En el mes de septiembre del año 1525, es decir, un año después del regreso de los hermanos Miguel y Juan del sitio de Fuenterrabía al castillo de Xabier, Francisco, mozo a la sazón de diecinueve años, abrazaba por última vez a su madre y se disponía a iniciar su largo viaje montado en rica cabalgadura camino de París para iniciar sus estudios en la Universidad, la más célebre y afamada de aquellos tiempos.

Con la tristeza en el alma y lágrimas en los ojos debió Xabier abandonar cuanto era y había sido su vida. Dejaba detrás de sí —escribe Campión— a los muros de su casa solariega derruídos por la piqueta española; malbaratada la hacienda paterna; vencidos y humillados a sus hermanos en los campos de Noain, en los torreones de Amayur, en las almenas de Fuenterrabía; entristecida y empobrecida a su madre idolatrada; mártir de la conquista a su Patria; caídos en el destierro a los bienhechores Reyes legítimos...

No podía ser mucha la cultura adquirida por Francisco en aquellos años turbulentos, de luchas y persecuciones ininterrumpidas. Sabemos que cursó sus primeros estudios en Pamplona y en Sangüesa. En esta última plaza fuerte, cabeza de una de las merindades del Reino de Nabarra había pasado la niñez su madre, en casa de Pedro Ortiz.

Consta que en febrero de este mismo año, Francisco, en nombre de su madre, arrendó la mitad de los molinos

de Burguete, en diez cahíces anuales de trigo. Esto servirá para pagar sus estudios.

A falta de otros datos que a la niñez se refieran, los cronistas están de acuerdo en destacar el ambiente de religiosidad en que aquella discurrió. Bellesort llega a manifestar que "su familia era muy piadosa, de una piedad que se hacía admirar incluso en un tiempo y en un país en donde la irreligión era cosa casi desconocida".

A esa piedad adquirida desde su más tierna infancia, vivificada por el fervor y las lágrimas de su madre, del sacrificio heroico y patriota de su padre y hermanos, debe achacarse principalmente el conservar intacta su pureza en medio de la disolución que reinaba en París.

La Universidad, situada en la orilla izquierda del Sena, "por la ladera de la colina de Sainte Geneviève", con "sus calles y callejas, iglesias y capillas, colegios y monasterios, casas particulares, librerías y tabernas", era como una gran ciudad dentro del mismo París y en comunicación por dos puentes con sus torres de defensa. Había de siete a ocho mil estudiantes, a juicio del Padre Dudon, cuando llegó Francisco de Xabier, distribuídos para los fines administrativos en cuatro "naciones" puramente convencionales: Francia, Picardía, Normandía y Alemania. En la "nación" alemana ingresaban entonces los estudiantes ingleses y "en la francesa, los españoles, italianos, nabarros, saboyanos, egipcios y sirios". El conjunto de los numerosos colegios particulares, sometidos a ciertas leyes comunes, constituye la Universidad. "En la cima de la pirámide universitaria, refiere Marcuse, se disputan el poder el rector, el canciller, que es el representante del Obispo de París, y el juez de la universidad, nombrado por el Rey." No hay estatuto que ponga coto a esa rivalidad. Las personas a quienes el Rey Fran-

cisco I ha encargado inspeccionar la maquinaria de la sabiduría, que de tanto en tanto hace explosión, encuentran, al revisar las leyes universitarias, que "ni un solo artículo está en vigor". En cambio, les consta que son corrientes "grandes exacciones y banquetes superfluos". El antagonismo y la lucha entre los colegios es permanente. Y en definitiva la disciplina conventual que en otro tiempo era nervio de las instituciones integrantes de la ciudad universitaria, del *quartier latin,* se había relajado por completo.

Dos colegios, el "Montaigu" y el "Sainte-Barbe", situados uno en frente del otro, habían hecho memorables sus luchas. En el "Sainte-Barbe" ingresó Francisco de Xabier poco antes de iniciar el curso 1525-26. Comenzó sus estudios el 1º de octubre, en calidad de "camarista", repasando con un grupo de alumnos y bajo un preceptor, las letras humanas. Dice Schurhammer "que los estudios se le hacían fáciles y en los ejercicios deportivos de las praderas del Sena era de los más aventajados". "Por otra parte —añade— tampoco entre sus compañeros de estudio le faltaban amigos al jovial y agitadísimo nabarro." Entre ellos sin duda habían de contarse sus compatriotas. Si en todo momento el contingente de vascos era numeroso en la Universidad de París y en la de Toulouse, investigaciones posteriores realizadas por el citado historiador, demuestran que en esa época es notable por su número y calidad la presencia de estudiantes vascos en la ciudad universitaria. Entre otros, cita los nombres siguientes, que figuran en el *Acta Rectoria Universitatis Parisiensis:* Francisco de Nabarra, Amador y Domingo de Eldoain, Miguel de Erro, Martín de Ustarroz, Martín de Santacara, Juan de Subiza, Lies de Pamplona, Miguel de Baigorri, Carlos de Motilloa, Juan de Lunbier, Martín de Aritz, Martín de Errea, Martín de Erañarin,

Martín López de Ernani, Miguel de Landibar, Martín de Aldape, Martín de Vitoria, etc.

Ricardo G. Villoslada, dice a este respecto: "El Padre Schurhammer, ha contado en las *Actas Rectoria* treinta y seis estudiantes y maestros pertenecientes a la diócesis de Pamplona de entonces, durante los años 1526-1536. Y no eran los únicos paisanos de Xabier pues en el país vasconabarro entraban entonces parte de la diócesis de Bayona y de Calahorra de las cuales el Padre Schurhammer no ha tenido cuenta."

Poco después de comenzar su curso de Filosofía, terminado ya el año de preparación, tuvo Xabier ocasión de contrastar el temple de su alma. Un grave peligro moral se le ofreció desde luego a Francisco al empezar el curso de Filosofía, escribe Astrain. "Su maestro era hombre tan vicioso y desenfrenado, que no tenía reparo en llevar por sí mismo a sus discípulos a las casas de perdición. Los excesos de lujuria le habían producido feas manchas en el cuello y rostro. Varias veces intentó el desventurado arrastrar a Xabier al mismo precipicio; pero éste, fijando su vista en aquellas manchas, concibió tal asco y horror al vicio que nunca contaminó su pureza virginal con el más lejano desliz." Cuenta también Schurhammer que aquellos espíritus ligeros, más de una vez trepaban de noche por encima de los muros para asaltar las callejas, bodegones y burdeles del barrio latino, instando a Francisco para que se les asociara; "hasta el maestro —le decían— viene con nosotros".

Otro riesgo, no menos grave, amenazaba al estudiante vasco: aquel que pudiera herir la fe, patrimonio sagrado de sus mayores. El ambiente era propicio para ello. Dos lustros antes un fraile agustino, Martín Lutero lanzaba en Wittemberg un grito de rebeldía que había de conmover y luego dividir a la cristiandad. Fué el suyo, en

su iniciación, "como algo meramente negativo, como indignada revuelta contra la corrupción y la mundanalidad de la iglesia oficial". Ese clamor, que otros muchos, Savonarola últimamente, habían fomentado en ansias de una reforma necesaria, de una renovación y vuelta a los principios primitivos de la Iglesia, fué convertido bien pronto en Alemania en un fenómeno social y político, en un movimiento nacional, hondamente patriótico; y en los demás países recogido y agitado por los titulados humanistas. Así penetró en Francia. La Facultad de Teología, instalada en el Colegio de la Sorbona, para muchos último reducto de la escolástica, se enfrentó al movimiento renacentista y a la Reforma. En el Parlamento halló un decidido apoyo. No así en el Rey que tuvo siempre una actitud y conducta ambigua. Influído a veces por su hermana Margarita, Reina de Nabarra por su matrimonio con Enrique de Albrit, significada humanista y amparadora decidida de los reformistas, salvó a más de uno la vida; otras, en cambio, por fines políticos, cuando precisó el apoyo de la Iglesia, por ejemplo, Francisco I no vaciló en enfrentarse a ellos. Así, cuando el clero en 1527 exigió como condición para prestar al Rey auxilios pecuniarios, entre otras cosas "el aniquilamiento de la secta luterana", Francisco I prometió hacerlo sin demora. Y comenzaron las ejecuciones de los novadores. Por ese mismo tiempo la Sorbona declaró que sería peligroso y perjudicial dejar repartir entre el pueblo la Biblia que Jaime Lefèvre d'Etaples acababa de traducir del latín. Este último huyó a Estrasburgo por no comparecer ante el Parlamento y fué amparado por la Reina de Nabarra.

Eran los años en que Jean Cauvin (Calvino más tarde), que había de ser motor y centro vital de la Reforma, quien en verdad "constituyó una contraiglesia",

estudiaba en el colegio de Montaigu, con un preceptor español, al decir de Teodoro de Beza, español. Desde ese colegio, atravesaba a menudo la "Cour de Saint-Barbe", para charlar con Nicolás Kopp, de origen alemán que años más tarde iba a ser designado Rector de la Universidad. Un discurso pronunciado por éste y escrito por Calvino, motivó la huída de ambos de Francia y la ejecución de Felipe de la Forge. Lo cierto es que las nuevas ideas penetraban con audacia en los medios estudiantiles y en aquel medio de disolución hacían carne a veces.

Fué entonces cuando temiendo que Francisco fuera seducido por los novadores y ganado al menos por las ideas humanistas, la familia de Xabier decidió su regreso. Algunos historiadores estiman que esta decisión familiar obedeció a falta de recursos. Es posible que ambas pudieran conjugarse, aun cuando sorprende que siendo precaria la situación económica, Francisco mantuviera en esos mismos años un sirviente y aun poseyera un caballo y en opinión de Schurhammer "no reparaba en gastos".

Es natural que la madre de Francisco consultara con su hija, Abadesa de Gandía, de singular prestigio y venerada por muchos como santa, medida tan importante. Campión nos ha dejado de ella el siguiente retrato: "Magdalena de Jatsu es un alma de Dios, una de esas almas que viven en la tierra como desterradas del cielo. Es como el rosado alboreo misterioso de la santidad de su hermano Francisco. Corporalmente hermosa, dama de la Reina Católica, la Corte de Castilla le ofrece sus más fragantes flores. Magdalena, inflamada en el ansia santísima de las tribulaciones, se aparta del mundo y profesa en el convento de Clarisas Descalzas de Gandía, donde su recto juicio, la amabilidad de su genio, el fervor de sus virtudes, le granjean la dignidad de Abadesa. De

ella se sirvió Dios para retener a Francisco en París, teatro de su futura vocación." Porque Magdalena no es partidaria del regreso de su hermano y mucho menos de que interrumpa sus estudios. Así, "con la pluma de los profetas", escribe: "No hagáis tal. Estoy cierta de que mi hermano Francisco será servidor de Dios y una de las columnas de su Iglesia."

Xabier siguió en París y continuó normalmente sus estudios; iniciaba entonces su segundo año de Filosofía. En 1528 Diego de Govea, doctor portugués, compró el Colegio de Saint-Barbe, poniéndolo bajo el patronato del Rey de Portugal, Juan III. Tuvo entonces Francisco por profesor al español Juan de Peña, hombre de "vida pura y virtuosa". Su ejemplo y la amistad con un joven nacido en los Alpes saboyanos, Pedro Fabro, de "porte modesto, angelical y atrayente", compañero de estudios y aposento, ejercieron gran influencia en su carácter. Más había de influir, sin embargo, un estudiante ya entrado en años, de calvicie pronunciada, mal vestido, demacrado y cojeando que pasaba todos los días delante del colegio.

Era Ignacio de Loyola. En carta que escribe el 3 de marzo de 1528, a Inés Pascual, dice: "Con próspero tiempo y con entera salud de mi persona por gracia y bondad de Dios Nuestro Señor, llegué a esta ciudad de París a 2 días de febrero."

Todo su caudal consistía en un jumentillo cargado de libros y cartapacios y 25 escudos que un mercader le diera por la cédula que en Barcelona le entregó Isabel Rosell. Cobró la cantidad y se la dió a guardar a un español, quien en poco tiempo la gastó. De la posada, a fin de Cuaresma, pasó a vivir al hospital de Saint-Jacques, pidiendo limosna de puerta en puerta.

Cuando llegó estaba mediado el curso y comenzó repasando humanidades en el Colegio Montaigu. Meses

antes había terminado allí su preparatorio Juan Calvino, a los diecinueve años de edad, para iniciar sus estudios de Derecho en Orleáns. El Colegio Montaigu, abierto en 1314, se distinguía por el exceso de trabajo, rigor en la disciplina y aun "por la suciedad". Jamás bebían vino; medio arenque y un huevo constituía el menú invariable de sus comidas. Observaban siempre abstinencia y los ayunos prescritos por la Iglesia. Erasmo, de su paso por este Colegio dejó escrito que "las camas eran tan duras, la comida tan pobre y escasa, y los estudios tan largos y penosos que muchos jóvenes de gran esperanza, desde el primer año de su estancia en este colegio se volvían locos, ciegos o leprosos, cuando no morían..." El trabajo y los ejercicios religiosos, que duraban de cinco de la mañana a ocho horas de la tarde, eran cortados por dos horas de recreo y una hora y media para comer. Poco se diferenciaba la jornada de la que existía en las corporaciones y gremios; los obreros, a quienes se llamaba "gente mecánica" trabajaban, en general, de cinco de la mañana a siete de la tarde, con una interrupción sola de hora y media o dos horas para la comida. No faltaban gremios en los que se trabajaba dieciséis horas. En Montaigu, se sienta en los bancos entre jovenzuelos que aprenden gramática, a pesar de sus treinta y ocho años. Él mismo se llama "el peregrino".

"Pasando algún tiempo en esta vida del hospital y de mendigar, y viendo que aprovechaba poco en letras", decidióse a perder dos meses por año, trasladándose a Flandes y una vez incluso a Inglaterra, "para traer con qué pudiese estudiar todo el año". Añade en su Autobiografía que "venido de Flandes la primera vez, empezó más intensamente que solía a darse a conversaciones espirituales, y daba casi en un mismo tiempo ejercicios a tres, es a saber: a Peralta, y al bachiller Castro que estaba en

la Sorbona, y a un bizkaino que estaba en Saint-Barbe, por nombre Amador. Estos hicieron grandes mutaciones, y luego dieron todo lo que tenían a pobres, aun los libros y empezaron a pedir limosna por París, y fuéronse a posar en el hospital de Saint-Jacques, adonde antes estaba el peregrino".

El ambiente era propicio a estas exaltaciones religiosas. Pastor, en su *Historia de los Papas,* dice que los reformados "causaron extraordinario perjuicio a su propia causa, por haber destrozado en París, y arrojado al lodo, una imagen de la Virgen Santísima con el Niño Jesús, cierta noche de mayo del año 1528. Los sentimientos católicos se despertaron con tal fuerza, a la vista de semejante atentado, que hasta Francisco I consideró prudente tomar parte en la procesión de desagravio que se hizo". A ella, a buen seguro, asistiría Ignacio con sus tres compañeros, dos de los cuales eran personas señaladas y muy conocidas.

Su actitud, sin embargo, produjo gran alboroto en los medios universitarios y fueron los españoles quienes iniciaron la batalla. A falta de argumentos apelaron a las armas y así un día fueron sacados por la violencia del hospital y llevados a la Universidad. Convinieron allí, para evitar mayores males, en realizar sus propósitos una vez terminados sus estudios. Fueron tan grandes las murmuraciones en París que incluso el doctor Govea, alegando que al vasco Amador lo había convertido en loco, prometió azotar a Ignacio delante de todos los estudiantes cuando aquél llegara a Saint-Barbe.

Mientras tanto Ignacio, sabiendo que el estudiante español que le había gastado su dinero, se encontraba enfermo en Rouen, decidióse a visitarle y cuidarle. Y pensando que con su sacrificio tal vez consiguiera "se entregase del todo al servicio de Dios" hizo el viaje a pie,

descalzo y sin comer ni beber. Llegado a Rouen le consoló, "le ayudó a ponerlo en una nave" para ir a España y le dió unas cartas para sus compañeros que estaban en Salamanca.

A su regreso de Rouen, enterado de que "el inquisidor, Maestro Ori, fraile dominicano, lo había hecho llamar", presentóse a él encareciéndole despachase pronto porque tenía intención de entrar aquel San Remigio en el curso de las artes. No tuvo otra consecuencia el caso. Y como Ignacio anunciara, el primero de octubre de 1529 comenzaba su curso de Filosofía, ingresando en el Colegio de Saint-Barbe y conviviendo en la misma habitación con Xabier y Fabro. Con este saboyano, de gran prestigio entre los estudiantes, y para salvar "las dificultades que en los estudios hallaba", comenzó a repetir las lecciones. "No tardó éste en reconocer el mérito superior de aquel hombre" y en convertirse a su vez, después de muchas y luminosas pláticas, en entusiasta discípulo y compañero.

Ignacio no cejaba en su empresa. Si al principio obró con cautela no tardó en reanudar su apostolado. "En lugar de asistir los domingos por la mañana a las disputas ordinarias de las clases, les inducía a ir con él al convento de los Cartujos, situado ante la puerta de Saint-Jacques para recibir allí la sagrada Comunión, género de piedad jamás oído en la Universidad de París." Fué entonces cuando el doctor Govea, portugués, se dispuso a cumplir el castigo que en otra ocasión prometiera y ya todo estaba listo, esperando impacientes profesores y discípulos, cuando como consecuencia de la conversación que Ignacio tuviera con el doctor, suspendió éste el castigo "declarándole inocente y santo".

Francisco, que debió asombrarse de este singular hecho, como del cambio operado en su compañero Fabro y de la vida extraña de su compatriota, no era fácil, sin embar-

go, de doblegar. Era joven, gallardo y noble bizkaino, dice Polanco. Todo el pasado de su patria y la nobleza del apellido lo tenía muy presente y en estima. Y en verdad que podía sentirse orgulloso. Cuando en febrero de 1531, un año después de licenciarse en Filosofía, pide la ejecutoria de nobleza ante el Tribunal real de Nabarra, éste le declara por sentencia: "Hombre noble, hijodalgo y gentil hombre de su antiguo origen por recta y legítima línea, descendiente de padres y abuelos y de todos sus cuatro agolorios... y como tal puede usar y gozar de todos los honores y preeminencias que los nobles acostumbran usar y gozar en este reino de Nabarra... y llevar las insignias y armas de gentileza que sus padres y abuelos llevaron..."

A estos motivos de altivez, en contraste con la vida obscura y mendicante de quien con anterioridad a ellos renunciara, había de añadirse otro de capital importancia.

No podía olvidar Xabier los últimos acontecimientos vividos en su patria: el destierro de su padre, la condenación a muerte de sus hermanos, el corazón deshecho de su madre... Y sabía que Ignacio, y los suyos, habían llevado la ruina a sus dominios y la desolación a su propio hogar. Estimamos este hecho, que ha pasado inadvertido para no pocos biógrafos, como causa fundamental en el recelo y frialdad con que tratara en los primeros tiempos a su compatriota el "peregrino y pordiosero".

A ella han de añadirse otras varias, hijas del ambiente. La que apunta el Padre Abad, por ejemplo, cuando dice: "...Como había estudiado muy bien la Filosofía, hacía tan poca estima de Ignacio (que por entonces vivía merced a otros por no interrumpir el curso de su empresa, que era graduarse en Artes liberales y perseguir bien adelante el curso de la Teología), que apenas le encontraba una vez, que no se burlara de sus designios y no dijera alguna

palabra de risa a Láinez y a Salmerón, que le habían venido a buscar de Alcalá a París por devoción fundada en las noticias de sus virtudes y perfecciones excelentes.

Ignacio está habituado a la burla; no hace mella en su espíritu. Años atrás hizo donación voluntaria de su amor propio, de orgullos y vanidades que deslumbran y ciegan. Le queda tan sólo la voluntad, la tenacidad de sus ideas fijas. El Padre Estefanía, al hablar de lo que sobre Ignacio pesa el contenido racial, dice que "como vasco, nos trae de su raza en lo más hondo de su carácter, gran fuerza de concentración reflexiva, ordenada instintivamente a la acción, y por lo mismo utilitarista en el aprecio de las cosas, pero en el más noble sentido de la palabra, y proverbial firmeza de voluntad, una vez abrazados, llevándolos de frente con lógica de hierro hasta la última consecuencia".

La idea del momento es ganar a Xabier. Sabe que en él se oculta un espíritu generoso, un ánimo grande; el carácter vasco, tan tenaz como aventurero, en frase feliz de Bellesort. Nadie mejor que él, que ha trabajado su alma y domado sus instintos, para saber que "lo que cuesta de dificultad al labrar, lo recompensa después con la duración y firmeza". Así se lanza a la conquista.

El 15 de marzo de 1530 había recibido Xabier el grado de Maestro en Filosofía al mismo tiempo que Pedro Fabro. Aquél, desde octubre del mismo año "preleía como Regente a Aristóteles en el Colegio de Dormans-Beauvais", uno de los más importantes de la Universidad, "haciéndolo con gran acierto". Dice Gaspar Xuárez, que, "fué tan buena su conducta en el magisterio filosófico que se ganó gran crédito y estimación, no sólo de sus condiscípulos, sino también de todo aquel congreso de sabios". Desempeñando esta cátedra de Filosofía, comenzó el curso de Teología.

Mientras tanto Ignacio desplegaba singular estrategia. Cuando su compatriota se hallaba en apuros pecuniarios, fenómeno habitual en aquellos medios estudiantiles, lo ayudaba con los ahorros recogidos en Flandes e Inglaterra, imponiéndose para ello la más rigurosa abstinencia. Luego, una vez que Xabier hubo logrado la cátedra en el Colegio Beauvais, Ignacio se dedicó con entusiasmo a buscarle buenos discípulos y se esforzó en formarle una clase lucida y numerosa. Este obsequio, el más grato para un joven profesor que aspiraba a distinguirse en las cátedras universitarias, acabó por romper frialdades y recelos. Poco tiempo después el nabarro acompañaba a Ignacio a la Comunión semanal de la iglesia de los Cartujos. Y escuchaba, con la sonrisa en la boca a veces, consumido aún por ardores y arrebatos de grandeza, las pláticas sosegadas y luminosas de quien trataba de hacerle ver el peligro de las doctrinas humanistas que ocultaban en general los errores de Lutero.

El terreno está ya abonado; el tiempo se encargará del resto. El 20 de enero de 1533 moría su hermana Magdalena, Abadesa del convento de Clarisas Descalzas de Gandía, en Valencia, después de sufrir horrendos dolores con tal serenidad y resignación que tan sólo después de muerta vieron que se había despedazado la lengua por no gritar. Cuatro años antes, en julio de 1529, había fallecido su madre.

Ignacio, profundo conocedor del corazón humano y de las tempestades que en el mismo se agitan, juzgó llegado el momento. Se hizo más insinuante, redobló las pláticas; cuenta el Padre Francisco García, en una biografía escrita cien años después de la muerte de Xabier, que allá en su aposento por los tres compartido, debió hablar así el peregrino vasco: Francisco, si esta vida ha de durar para siempre, si no ha de acabarse con la muerte, ni ha

de seguirle después otra vida, no condeno vuestra determinación, antes alabo vuestro intento: buscad honras, riquezas y dignidades para vivir dichoso y bienaventurado. Pero si la más larga vida se acaba en la muerte, que nos despojará de todas las cosas, cuando nos desune aún del mismo cuerpo; ¿qué aprovechan las dignidades, qué las riquezas, qué las honras?

Xabier se debatía en vano; nadie escapa a su destino. Un día, finalmente, su compatriota, el humilde y tenaz cojo demacrado, con el evangelio abierto en la mano, le repitió una y muchas veces, con la energía de su espíritu, esta máxima evangélica: Xabier, ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma?

Esta verdad sublime quedó prendida para siempre, para la eternidad, en el corazón pletórico de ternura de Francisco. Y en aquella hora, los sueños se desvanecen y "todo el brillante fausto del mundo y de los hombres se hundió como en la nada".

X

PROFETA EN SU TIERRA...



Desde principio de siglo se sucedían sin interrupción las epidemias en París, encerrado y defendido por murallas desde hacía más de trescientos años. Pero esta del año 1533, era un azote terrible y alarmante. Tantas fueron las víctimas que la Villa se vió precisada a comprar terrenos en los llanos de Grenelle para dar sepultura a los muertos. Las ordenanzas promulgadas fueron severas; alcanzaban incluso a los familiares de los afectados, quienes al marchar por la calle debían llevar un bastón blanco para ser pronto reconocidos por todos. El terror era general y muchos apestados morían sin asistencia, en el abandono y la miseria.

Ignacio no sólo se dedicó a visitar y consolar a los enfermos, sino que incluso en una ocasión, acompañando al doctor Frago, tocó con la mano la llaga purulenta "y la mano le comenzó a doler, que le pareció tener la peste; y esta imaginación era tan vehemente, que no la podía vencer, hasta que con grande ímpetu se puso la mano en la boca, revolviéndola muchas veces, y diciendo: "Si tú tienes la peste en la mano, la tendrás también en la boca" y cuando hubo hecho esto "se le quitó la imaginación y el dolor de la mano".

Cuando volvió al Colegio de Sainte-Barbe, conocedores allí de su visita, "huían de él y no quisieron dejarle entrar", quedando varios días a la intemperie, en aquellas calles estrechas y retorcidas, a las que por las ventanas arrojaban los vecinos los restos y la basura.

Más de una visita de este género debió realizar con sus compañeros y discípulos en las cosas del espíritu. Ellos habían de ser los pilares de la grandiosa obra a llevar a cabo años más tarde: Fabro, de Saboya, que después de hacer los Ejercicios marchó a casa de sus padres por siete meses, antes de ordenarse sacerdote; Xabier, vasco, que por el momento continuaba con su curso de Filosofía en Beauvais, pero con el alma encendida y presta a renunciar al mundo; Diego Láinez y Alonso Salmerón, españoles, venidos de Alcalá, Simón Rodríguez de Acevedo, portugués, y Nicolás Alfonso Bobadilla, español, estudiantes todos atraídos por cuanto del "peregrino" se hablaba y se decía.

Refiere en su Autobiografía Ignacio que "cuando tuvo reunidos a estos seis jóvenes empezó a deliberar con ellos sobre el modo de poner en planta la vida que deseaba establecer". Todos estaban resueltos a peregrinar a Tierra Santa y a entregarse después a los ministerios apostólicos. Como esto segundo exigía el auxilio de los estudios sagrados, decidieron continuar en París tres años, sin hacer en el exterior ninguna mudanza de vida, hasta que todos hubieran terminado la Teología. Finalmente, para prevenirse contra las tentaciones del enemigo, y contra la inconstancia de la humana fragilidad, juzgaron conveniente asegurar estos buenos propósitos con el sagrado vínculo de un voto.

Pero ¿cuál sería el objeto de esta promesa? Examinando maduramente el negocio, convinieron todos en que el voto contendría tres cosas: "Primera, pobreza; segunda, castidad; tercera, peregrinar a Jerusalén, y emplearse después en procurar la salvación de las almas". "A la promesa de ir a Jerusalén añadieron una limitación, y fué que llegados a Venecia esperarían embarcación un año, y si en este tiempo no la hallaban, acudirían a Roma,

y puestos a los pies del Sumo Pontífice, se ofrecerían a su obediencia, para que los emplease donde fuere servido en provecho de las almas."

Antes del amanecer el día de la Asunción, 15 de agosto de 1534, Ignacio y sus seis compañeros, subían por el escarpado sendero de Fontanelle hacia la cumbre de Montmartre. Luego, "se dirigieron silenciosamente a la capilla de Mons. Martyrum, perteneciente a los religiosos benedictinos, sita en la colina. Estaban los seis enteramente solos. Fabro, que se había ordenado sacerdote un mes antes, dijo la Misa. Al llegar a la Comunión, volvióse a sus compañeros, teniendo en las manos el Santísimo Sacramento. Arrodillados los seis en torno del altar fueron pronunciando uno en pos de otro en voz alta su voto y recibiendo la sagrada Comunión. Por último, el celebrante, volviéndose al altar, emitió en voz alta su voto, como todos los demás. Terminada la Misa y dadas a Dios gracias, bajaron al pie de la colina y en torno de una fuentecilla tomaron una refección harto frugal, pues se redujo a pan y agua. Allí pasaron lo restante del día, en conversación animadísima, como dice el Padre Simón Rodríguez, desahogando cada cual los efectos encendidos que el Espíritu Santo le inspiraba".

Dos meses después, un hecho vino a agitar las pasiones de aquel París en eterna efervescencia. Desde un año antes en que Francisco I, olvidando las promesas hechas al Pontífice Clemente VII, a raíz del proyectado enlace entre su hijo, el Duque de Orleáns y la sobrina del Papa, Catalina de Médicis, entrara en relaciones con el landgrave de Hesse, jefe político de los reformistas en Alemania, los novadores redoblaron su campaña con audacia y decisión. Tan sólo así puede explicarse la estancia de Calvino en París mediado el año 1534, durante la cual celebró importantes reuniones e intentó entrevistarse con

el español Miguel Servet que con nombre supuesto estudiaba entonces medicina y a quien veinte años después condenaba a muerte, siendo quemado en Ginebra. Lo cierto es que en la noche del 17 al 18 de octubre se distribuyeron en París y Orleáns pasquines injuriosos atacando con violencia a la santa Misa, al Papa y a Roma. Los pasquines llegaron hasta las habitaciones reales. La Universidad, el Parlamento, el propio Rey se creyó ofendido. Y una vez más se derramó sangre y las hogueras iluminaron siniestramente el cielo. Entre otros, fué quemado La Forge, en cuyo domicilio había vivido últimamente Calvino. A este macabro espectáculo, al que asistió en más de una ocasión el propio Rey, es posible que acudieran Ignacio y sus compañeros, dada la exaltación de sus sentimientos y tenida en cuenta la costumbre de la multitud, del pueblo sin excepción, en presenciar en sus menores detalles estos sangrientos cuadros. Tal era el ambiente y la costumbre de la época. Recordemos que Francisco I se divertía presenciando la lucha a muerte entre toros y leones.

El voto realizado en ese día de la Asunción lo renovaron los dos años siguientes. A estas renovaciones, sin embargo, no pudo asistir Ignacio debido a su mala salud. Dice en su Autobiografía que "cada quince días tenía un dolor de estómago que le duraba una hora larga y le hacía venir fiebre; y una vez le duró el dolor de estómago dieciséis o diecisiete horas. Y habiendo ya en este tiempo pasado el curso de las artes, y estudiado algunos años Teología, y ganado los compañeros, la enfermedad iba siempre muy adelante, sin poder encontrar algún remedio, aunque se probaron muchos. Solamente, decían los médicos que no había otra cosa, fuera de los aires natales, que le pudiese aliviar. Los compañeros también le aconsejaron lo mismo, y le hicieron grande instancia".

Aceptó Ignacio conviniendo en esperarlos en Venecia, adonde iría una vez restablecido y terminados los asuntos que llevaba pendientes. Ellos, por su parte, saldrían de París el 25 de enero de 1537, tiempo necesario para que concluyeran algunos su carrera.

En los últimos días de marzo o primeros de abril, "montó en un pequeño caballo, que los compañeros le habían comprado, y se fué solo hacia su tierra". Un afán ardía en su alma: "dar alguna edificación allí mismo donde había sido para muchos causa de escándalo". Quien en todo momento tenía presente las faltas más mínimas, y por ellas sufría tortura, no podía olvidar aquellas que en su juventud, sirviendo ya de paje en la corte española, cometiera en su patria. A la sombra de los escándalos de su hermano Pero, Rector más tarde de la iglesia parroquial matriz de San Sebastián de Soreasu, "dióse a cortejar, pendenciar y soñar". Eran los años en que se hallaba "tentado y vencido por la carne". "Vestía traje acuchillado de dos vistosos colores, capa abierta, calzas y botas ajustadas, espada y daga al cinto, y sobre la erguida cabeza de rubia cabellera, cuyos bucles caían "hasta los hombros inclusive", la gorrita de escarlata (divisa del partido oñazino) tocada de pluma gallarda y ondulante. Dejábase ver algunas veces armado de punta en blanco; loriga y coraza relucientes y, además de la inseparable espada, ballesta con saetas y todos los demás géneros de armas".

"Profano en el traje y más profano en las costumbres", fué procesado el año 1515, junto con Pero. No se sabe concretamente el motivo. Hablan las acusaciones de "delitos calificados e muy enormes, por los haber cometido... de noche e de propósito e sobre habla e consejo habida sobre asechanza e alevosamente". Fué un martes de Carnaval. Los caseros bajan a la ciudad en fiesta y

retornan entrada la noche. Es posible que Ignacio, con Pero, anduviese a la caza de alguna garrida moza y que, buscándola o hallándose a la espera tropezara con algún inconveniente liquidado presto a estocadas; y aun que corriera la sangre... Los historiadores J. María Cros y Tacchi Venturi estiman que se trata de una asechanza, por antagonismos y ambiciones de familias, contra el Párroco y Rector Juan de Anchieta, azpeitiano e insigne músico de los Reyes Católicos. Nada hay de concreto a este respecto y las opiniones son dispares. Lo cierto es la existencia de una acción indigna y peligrosa. A Pero, en su calidad de sacerdote, aun cuando tuvo cuatro hijos, no pudieron detener, pero sí a su hermano Ignacio. Es de tradición en Azpeitia que un martes de Carnaval, el 20 de febrero de ese año, fué detenido y preso. Mas, "apelando a su carácter de tonsurado" y con la natural presión familiar pudo refugiarse en Pamplona huyendo así de la justicia secular.

Tan sólo teniendo en cuenta estos antecedentes se comprende el afán de ejemplaridad y de desquite virtuoso que animaba su espíritu así como la decisión y entereza de no admitir comodidades ni agasajos que lógicamente debió prever. No se hicieron éstos esperar. Su paso por Bayona repercutió en Loyola. Y así, al entrar por Irún, aun tomando un camino de monte solitario, tropezó ya con dos sirvientes de su hermano. Rechazó su compañía y siguió solo por Asteasu hasta llegar a la venta de Iturriotz, aun subsistente, con su vieja ermita al lado de cuyos cimientos brota la famosa *fuente fría (Iturri-otz)*. Descansaba en ella cuando fué reconocido por un hijo de María de Garín, su nodriza, quien se apresuró a ponerlo en conocimiento del señor de Loyola. Horas después llegaban a la venta varios sacerdotes enviados por su hermano Martín, con ánimo de acompa-

ñarle a Azpeitia (J. María Pérez Arregui dice que tan sólo un sacerdote, don Baltasar de Garagarza, salió a su encuentro). Nueva negativa de Ignacio, quien huye por la montaña hasta llegar el 30 de abril, viernes, a las cinco de la tarde, al hospital de la Magdalena. Al día siguiente mendigaba de puerta en puerta por las calles de su pueblo. "Y en este hospital, dice en su Autobiografía, comenzó a hablar con muchos que le fueron a visitar, de las cosas de Dios, por cuya gracia se hizo mucho fruto. Luego, al principio de llegar, se determinó a enseñar la doctrina cristiana todos los días a los niños; mas su hermano se opuso grandemente, alegando que nadie acudiría." Basta con que venga uno solo, repuso Ignacio.

Fué mucha la asistencia, sin embargo, y entre ella su propio hermano, herido en su orgullo, en la altivez de su estirpe. Según atestiguan los procesos, "había de predicar a campo raso, porque en la parroquia y en la ermita del hospital no cabía la gente, la cual se encaramaba por los árboles y las paredes". El fruto de su palabra fué evidente. En el proceso de 1595, María de Aizpurúa atestigua que "por reprensión del dicho Padre Ignacio fué público que se dejó en esta villa el juego de naipes, de tal manera que en mucho tiempo no se jugó a ellos. Y esta testigo se acuerda haber visto en el río de esta villa echadas muchas barajas de naipes que se decía las habían echado gentes que temían por la reprensión del dicho Padre Ignacio".

De modo especial combatió la deshonestidad. Refieren los biógrafos de Ignacio que "las muchachas en aquel país van siempre con la cabeza descubierta, y no la cubren sino cuando se casan. Pero las hay que se hacen concubinas de sacerdotes y de otros hombres, y les guardan la fe como si fuesen sus mujeres. Y esto es tan común, que las concubinas no tienen ninguna vergüenza de decir

que se han cubierto la cabeza por alguno, y por tales son conocidas. De cuya usanza nace mucho mal. El peregrino persuadió al gobernador que hiciese una ley, que todas aquellas que se cubriesen la cabeza por alguno, no siendo ellas sus mujeres, fuesen castigadas por justicia; y de este modo se comenzó a quitar este abuso".

Otra testigo, Ana de Anchieta, se refiere a un episodio ocurrido en la ermita de Elosiaga, a la que según tradicional costumbre acudieron en procesión de rogativa el día de San Marcos los vecinos de Azpeitia y pueblos comarcanos, y dice que Ignacio "por acomodar a todos, predicó de sobre un ciruelo que naturalmente estaba acomodado y tenía asiento muy a propósito; y con el sermón que hizo movió a todos a mucha devoción; porque reprendió de un vicio que traían las mujeres de los lugares de suso referidos, de tocas amarillas y cabellos rubios, y en el dicho sermón los cubrieron e lloraron con mucho sentimiento".

Del entusiasmo y el fervor que despertaba Ignacio en su patria afirma un testigo que "como a tal varón perfecto y santo, y como a cosa del cielo y si un apóstol viniera le respetaban y honraban y le seguían a oír su doctrina y predicación".

Persistieron los familiares en llevarlo a casa. Su cuñada Magdalena, esposa de don Martín, era quien mayor empeño en ello ponía. En vano Ignacio rehusaba respondiendo que "él no había venido a buscar la casa de Loyola, ni a vivir en palacios, sino a sembrar la palabra de Dios y enseñar a los hombres cuán terrible cosa es el pecado mortal". Los ruegos pronto trocáronse en lágrimas y suspiros de desconsuelo y "puesta de rodillas, rogóle por la memoria de sus padres y por la pasión de Jesucristo, que fuese a Loyola". El drama de aquel corazón, refle-

jado en una mirada de angustia, no pasó inadvertido para Ignacio.

Conmovido por la desgracia y más aún acuciado por aquella fiebre de ganar un alma que le dominaba por entero y le exponía a los mayores riesgos, decidió acudir por última vez a su casa. Conociendo la vida irregular de su hermano, cuyas salpicaduras de escándalo quedan de manifiesto en su testamento al reconocer la existencia de dos hijos naturales (Pedro y Marina) además de los tres legítimos, decidióse a corregir sin ofender, que en Ignacio la caridad es todo. No se enfrentó a su hermano; tan sólo el 22 de julio, de noche ya, con discreción, esperó que unos pasos femeninos se acercaran a la puerta entornada tras la que se hallaba apostado. No esperaba, a buen seguro, la amante de Martín tan extraña presencia... Dicen que se encerró con ella y que cuando salió de la Casa-torre, con la nueva luz de la aurora llevaba también una nueva luz en su alma que había de perdurar hasta la muerte.

"El 23 de mayo de 1535, refiere Pérez Arregui, el Concejo de Azpeitia estableció ciertas ordenanzas por las que, adoptando algunos medios para socorrer debidamente a los pobres, prohibía la pública mendicidad, salva la excepción hecha a favor de los demandaderos de Nuestra Señora de Roncesvalles y de Valbanera." Estas ordenanzas fueron leídas en la Misa mayor, "de verbo ad verbum en lengua vascongada a altas voces, para que viniese a noticia de todos, e ninguno pudiese pretender que non lo supo". A iniciativa de Ignacio se debe ello; lo refieren así algunos biógrafos y se confirma por el documento posterior a las ordenanzas y que dice así: "y prosiguiendo la materia, este Santo, visto el evangelio y sagrada escritura, según su profesión y hábito y continuo ejercicio, procuró cuanto pudo los medios para que

los verdaderos pobres de esta su patria, que padecían y sufrían hambre y otras necesidades, fuesen socorridos". Juan Eguibar, su hermano de leche, fué el primero en instituir una renta a ese fin.

"Aunque al principio se encontraba bien, dice Ignacio, vino después a enfermar gravemente." Quizá fuera ello debido a las rigurosas disciplinas de sangre que le produjeron terribles llagas en las espaldas como lo atestigua su sobrina en los Procesos de Gandía. "Y después que fué sano —añade— determinó partirse a hacer los negocios que le habían encomendado los compañeros, y partirse sin dineros; de lo cual se alteró mucho su hermano, avergonzándose de que quisiese ir a pie: y a la tarde quiso el peregrino condescender en esto, de andar hasta el fin de la provincia a caballo con su hermano y con sus parientes." En el límite de Alsasua, "bajó a pie, sin tomar nada, y se fué hacia Pamplona".

Era a fines del mes de julio o primeros de agosto. Cinco meses antes Xabier le había entregado una carta para su hermano, el capitán Juan de Azpilikueta. Aparece recogida en *Monumenta Xaveriana.* Nada tan expresivo como la misiva de la que era portador el propio Ignacio de quien después de lamentarse por las calumnias esparcidas, dice:

"Y porque Vuestra Merced a la clara conozca cuánta merced Nuestro Señor me ha hecho en haber conocido al señor Maestro Iñigo, por esta le prometo mi fe, que en mi vida podría satisfacer lo mucho que le debo, así por haberme favorecido muchas veces con dineros y amigos en mis necesidades, como en haber sido causa que yo me apartase de malas compañías, las cuales yo por mi poca experiencia no conocía. Y ahora que estas herejías han pasado por París, no quisiera haber tenido compañía con ellas por todas las cosas del mundo; y esto sólo no

sé yo cuándo podré yo pagar al Maestro Iñigo, que él fué causa que yo no tuviese conversación ni conocimiento con personas que de fuera mostraban ser buenas y de dentro llenas de herejías, como por la obra ha parecido... Y en esto sólo puede Vuestra Merced conocer muy a la clara ser falso todo cuanto a Vuestra Merced informaron del señor Maestro Iñigo. Y suplicóle muy encarecidamente no deje de comunicar y conversar al señor Iñigo, y creerle en lo que le dijere, porque con sus consejos y conversaciones crea que se hallará muy bien, por ser el tanto una persona de Dios... De París, 25 de marzo de 1535. De Vuestra Merced, muy cierto servidor y menor hermano, Francisco de Xabier."

Nada sabemos de la entrevista de estos dos hombres, enfrentados en otro tiempo en el campo de batalla, ni conocemos detalles de la acogida dispensada al singular peregrino. Lacónicamente dice éste que siguió viaje a Almazán, después a Sigüenza y Toledo y de allí a Valencia, en donde había de embarcar para Génova, camino de Venecia.



XI

ENTRE NIEVE, A PIE Y DESCALZOS POR TIERRA PROTESTANTE



En el mosaico de Estados y repúblicas que integran Italia, el ducado de Milán continúa siendo en esa época fuente principal de perturbaciones. Pese a los trabajos y a los hechos de armas, Francisco I no desiste en su empeño de dominarlo y poseerlo. No otra es la obsesión de Carlos V; en 1529 se ha visto precisado, contra su voluntad, a restaurar en su ducado de Milán a Francesco Sforza. A la muerte de éste, el 1º de noviembre de 1535, es ocupado el Estado por las fuerzas imperiales. Automáticamente surgen las pretensiones del monarca francés; y, cauto, prepara sus tropas. Mientras tanto, Carlos V, después de expulsar de Túnez al famoso Barbarroja, azote de la cristiandad y terror de las costas levantinas, y de disolver la gran escuadra turca, desembarca triunfal en tierras italianas. En pleno agasajo se hallaba cuando Francisco I, en inteligencia con turcos y luteranos, sin previa declaración de guerra, invade en febrero de 1536 el Piamonte y la Saboya. Carlos V, entonces en Roma, declara la guerra a Francia. Con un ejército de 50.000 hombres cruza los Alpes en mayo y "desciende sobre la Provenza, teniendo que replegarse los franceses hasta Avignon y Valence", devastando todo en su retirada; otras fuerzas no menos importantes debían irrumpir desde los Países Bajos, Champagne y Catalunya.

La impresión y el pánico en París fueron profundos. Comenzaron a abrir trincheras en las afueras y se tra-

bajó en la reparación de las murallas. El saqueo de Roma estaba fresco en la memoria. Es posible que el temor alcanzara incluso a los compañeros de Ignacio que tenían como Superior a Pedro Fabro. Lo cierto es que interrumpieron los estudios de Teología que realizaban en el convento de los Dominicos y de los Franciscanos, "hicieron levantar los documentos necesarios; vendieron todos sus haberes" y se equiparon para abandonar París primero y luego Francia, y dirigirse a Venecia adelantando así la fecha convenida.

Quizá influyera también en su ánimo el edicto del 30 de agosto de 1536, reprimiendo la mendicidad. "Todo individuo que pida limosna, en la calle, en la puerta de las casas o en las iglesias sea detenido, apaleado con «vergas» y en caso de reincidir, castigado con prisión perpetua", dicen las ordenanzas. Sin embargo, numerosos historiadores coinciden en afirmar que la salida se debió a la prohibición de quedar en Francia súbditos del Rey de España, como lo era la mayoría de los compañeros de Ignacio.

Ultimaban detalles cuando "le vino a Xabier un correo de su casa", una carta de su hermano en la que "le avisaba" que por acuerdo unánime del Cabildo Capitular de la Catedral "había sido elegido Canónigo de la iglesia de Pamplona". Llegaba tarde; hacía tiempo que en el corazón de Xabier, antaño tan amante de ensueños y glorias, no había lugar para prebendas ni vanidades. Otras eran, y bien diferentes, las ambiciones y ansiedades que le agitaban y conmovían.

El 15 de noviembre de 1536, "sin ruido y muy de madrugada", Xabier y sus compañeros abandonaban la ciudad de París apenas se abrieron las puertas exteriores. Tres jóvenes franceses, Claudio Jayo, Pascasio Broet y Juan Coduri, sacerdotes los dos primeros y amigos todos

de Fabro, el cual los había conquistado, aumentaban el grupo. Eran, pues, nueve los peregrinos.

Marchando a pie y mendigando, después de recorrer medio centenar de kilómetros llegaron a Meaux, a orillas del Marne. Suficientemente alejados de París, celebraron allí la última deliberación; cerrado el camino por el sur de Francia, decidieron atravesar la frontera, marchar a Metz, Nancy y bordeando el Rhin llegar a Suiza, para seguir hasta Trento y penetrar luego en el Estado de Venecia. "Los franceses en Francia y los españoles en Alemania debían, como súbditos de los respectivos dueños de aquellas tierras, servir de intermediarios."

Pocos días después de salir de París, Xabier, alegando que se había ufanado entre los estudiantes universitarios de sus fuerzas en andar y correr, para castigarse "tomó unos cordeles muy delgados, y llenándolos de nudos, se los apretó a los muslos". Momento hubo en que no pudo más caminar. Llevado en brazos a un cirujano no se atrevió a hacer nada, pues "para cortar o desatar los cordeles era necesario cortar la carne y en cortarla había mucho peligro de cortar los nervios". Quizás, como opina un ilustre historiador, el Padre Beguiriztáin, aquellos cordeles los llevaba siempre puestos desde que hizo el mes de Ejercicios, bajo la inmediata dirección de Ignacio, pues así consta que entró en ellos.

Grande debió ser el fervor de las oraciones de sus compañeros por cuanto los más acreditados biógrafos afirman que "milagrosamente se le soltaron y cayeron los cordeles nudosos", cuando menos podía esperarse. Repuesto rápidamente, prosiguieron la marcha. El Padre Schurhammer, refiere que salieron en medio de una lluvia torrencial y que "iban a pie y descalzos por las enlodadas estradas del país, cubiertos con sus remangados largos trajes talares de estudiantes parisinos, pro-

tegidos de ancho y puntiagudo sombrero, con el rosario al cuello, el bordón de peregrino en su diestra y la bolsa de cuero terciada a un lado con el Breviario, la Biblia y los apuntes particulares. La oración, la meditación, el canto de los salmos y las piadosas conversaciones hacían más corto el camino. Al llegar a las posadas, hincábanse valientemente de rodillas a los ojos de todos".

En Metz tropezaron con las tropas francesas que se retiraban a Flandes, "entre asesinatos, incendios y desmanes". Con grandes apuros pudieron huir uniéndose a los labradores fugitivos y llegar a Nancy. Luego, por las montañas, atravesando Alsacia llegaron a Suiza. "Interponíanseles de pronto torbellinos de nieve, dice Schurhammer. Desconocedores de la tierra y de la lengua, avanzaban los maestros de París en medio del más crudo frío por aquella región cubierta por espesas nevadas. Más de una vez perdieron la ruta y anduvieron errantes cuesta arriba y cuesta abajo con la nieve hasta las rodillas. Y cuando, muertos de cansancio, calados por la humedad y acosados por el hambre, entraban de noche en las posadas los protestantes convocaban inmediatamente a los letrados del lugar para que disputasen sobre la verdadera fe con los recién llegados."

Protestante era el nombre con el que desde la dieta de Espira de 1529 se designaba a los seguidores de la Reforma iniciada por Lutero. El movimiento reformista en Suiza, aun teniendo semejanza con aquél, no era el mismo. Zwingli, pensionista del Papa incluso años después de que aquélla comenzara, e iniciador de la rebeldía en este país, se había enfrentado con hostilidad al propio Lutero en célebre controversia a cuenta de la Eucaristía. Cierto que, iniciada la Reforma, surgen entre sus componentes inmediatas y múltiples disidencias doctrinales que les llevarán a combatirse a sangre y fuego. En Suiza,

al movimiento religioso fué enlazado un sentimiento patriótico y social que hizo popular la herejía y le impuso una mayor exaltación marcándolo con el sello de la intolerancia.

Cuando Xabier y sus compañeros llegaron a Basilea pudieron comprobar que el culto católico no existía y vieron "la Catedral ignominiosamente convertida en una cordelería". Cuentan que más adelante, perdidos entre nieve, llegaron de noche a una aldea donde entre fiestas, bailes y comilonas se celebraba la boda de un cura apóstata. Y más lejos que, estando en su posada, se presentó un "predicador calvinista para disputar con los maestros parisinos, y al sentirse acorralado por las razones de Láinez, abandonó el cuarto con una maldición, conminándoles a los extranjeros con echarlos a la cárcel".

Es permanente la polémica al paso de pueblos y ciudades; las conciencias están todas alteradas y no importa quién discute desenfadado los misterios más profundos de la religión. El rosario que exhiben los peregrinos sin temor atrae a los ciudadanos que inquieren y amenazan. En San Galo encuentran a una anciana católica que les muestra "un delantal lleno de brazos, piernas y cabezas de estatuas de santos" destrozados. Sobre la nieve, de rodillas, los peregrinos oran...

Poco después entraban nuevamente en tierra de católicos. Aun habían de caminar entre nieve y por enormes montañas y desfiladeros antes de llegar a Venecia. Al fin, el 8 de enero de 1537 pudieron reunirse en la ciudad ducal con Ignacio. En Valencia se embarcó éste para llegar a Génova después de terrible tempestad. Fué a Bolonia donde enfermó, lo que impidió que continuara sus estudios de Teología y por este motivo continuó su marcha a Venecia. Pudo estudiar en esta ciudad y aun conquistar, con los Ejercicios Espirituales, al bachiller

Hoces, español, que había de morir en Padua, siendo así el primer fallecido de la Compañía.

Distribuyéronse por diferentes hospitales "practicando en ellos el celo y la caridad". Xabier era el que se lanzaba a cosas más heroicas, comenta Schurhammer. Otro biógrafo, Francisco García, dice que ingresó en el hospital de los Incurables, "aplicábales las medicinas, dábales de comer, barría los aposentos, hacía las camas, limpiaba los vasos inmundos, consolaba sus tristezas, alentaba sus desmayos y a ninguno se le hacían muy pesados sus males, porque se los ayudaba a llevar con la compasión".

A fin de recibir la bendición del Papa, según costumbre de quienes peregrinaban a Tierra Santa, se trasladaron todos a Roma, excepto Ignacio. Temía éste la presencia en la Corte de Pedro Ortiz, privado del Emperador y del Cardenal Juan Pedro Caraffa. Aquél se le había mostrado enemigo en la Universidad de París y Caraffa en Venecia por diferencias a causa de la orden de Teatinos que integrada por sacerdotes, había fundado aquél en 1524.

Salieron de Venecia a mediados del mes de marzo, mendigando, a pie y descalzos. A Ravena llegaron al atardecer del domingo de Pasión. Ya en los dominios de la Iglesia siguieron a Ancona, se detuvieron en el Santuario de Loreto y atravesando ingentes cordilleras continuaron caminando a Roma. Hospedados en el hospital Nacional aun pudieron tomar parte en las solemnidades de Pascua. Ortiz habíase transformado en admirador de Ignacio y fué él quien los hizo llegar ante el Papa. Era éste Alejandro Farnesio, Paulo III, sucesor de Clemente VII en 1534, a la edad de sesenta y ocho años; fué él quien "hizo entrar la cuestión de la reforma católica en vías de una realización positiva". Quiso Paulo III que los

compañeros de Ignacio "diesen muestras de su saber disputando públicamente durante su comida sobre materias teológicas en presencia de muchos Cardenales, Obispos y Doctores". Entusiasmado de las respuestas, les concedió licencia para ordenarse sacerdotes, autorizó su peregrinación y aun les dió sesenta ducados de limosna.

Poco después de haber regresado el grupo a Venecia, se ve envuelta en la guerra con los turcos. Carlos V, aun apoderándose de Túnez, había fracasado en su objetivo principal: capturar a Kheireddin Barbarroja. Apenas habían transcurrido unos meses y ya el célebre pirata sembraba el terror en las costas de la cristiandad. En julio de 1537, de acuerdo con Francisco I, una flota turca de cien barcos, al mando de Barbarroja, saqueó las costas de Apulia en el reino de Nápoles, llevándose numerosos cautivos. El fracaso del Rey francés "para aparecer en Italia fué causa de que los turcos se retiraran". Se lanzaron entonces a realizar incursiones en las islas del mar Egeo contra las posesiones de Venecia, la que herida y airada se unió al Papa y al Emperador para luchar contra el infiel.

Venecia era el estado más fuerte y más rico de Italia. Desde muchísimos años servía de intermediario en el trueque internacional de bienes terrestres. Los descubrimientos que años antes iniciara el genovés Cristóbal Colón, y más aún al doblar los marinos portugueses el Cabo de Buena Esperanza, apoderándose del mercado de las Indias, iban a estropear y arruinar al fin tal florecimiento y dinamismo. En esa época, sin embargo, no se notaba aún "la paralización de su movimiento comercial ni el comienzo de su decadencia política". Entre los ciento sesenta mil habitantes brillaba el mordaz Pedro Aretino, atrevido y licencioso escritor que pintó el lujo,

el esplendor y la corrupción de la época entre difamaciones y calumnias.

Cerrados los puertos venecianos "hubo de suspenderse, por primera vez desde hacía muchos años, el embarque de peregrinos para Jerusalén". En aquel ambiente de fastuosidad y miseria sin límites, Ignacio y sus compañeros continúan visitando enfermos, pidiendo limosna y socorriendo a los pobres. El 24 de junio de 1537, en la fiesta de San Juan Bautista, fueron consagrados sacerdotes Ignacio, Xabier, Láinez, Rodríguez, Bobadilla y Coduri. A fines de julio se retiraron "a la soledad durante cuarenta días".

Xabier, acompañado del joven Salmerón fué a Padua, famoso centro universitario; en una choza medio derruída de Monselice, mendigando de puerta en puerta, vivieron hasta fines de septiembre. Trasladáronse entonces a Vicenza, donde se encontraba Ignacio con los demás compañeros. Con tres más había regresado de Bassano, en donde comenzaron la predicación; iban por las plazas, y sobre un banco, gritaban "primero recio y llamando la gente con el bonete agitándolo en la mano", hablándoles de Dios y de los vicios y errores de la época. Hasta octubre permanecieron todos en Vicenza, repartiéndose luego por las cinco grandes universidades de Ferrara, Bolonia, Roma, Siena y Padua. A quienes llegaron a esta última ciudad el Vicario del Obispo los metió en la cárcel por su acción evangélica. A no muchos kilómetros, y por el mismo motivo, treinta y nueve años antes, en Florencia, había sido muerto y quemado el fraile dominico Savonarola.

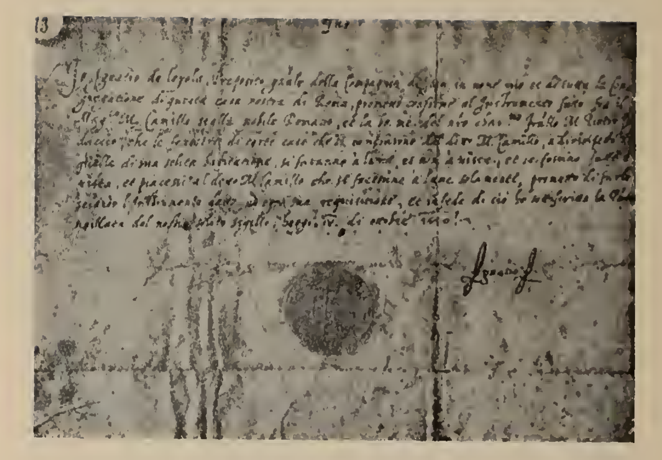
Xabier y Bobadilla fueron a Bolonia, importante centro cultural de los Estados pontificios; durante varios años había estudiado allí, hasta graduarse como doctor en Decretos, el padre de aquél, don Juan de Jatsu. Vi-

ihus IX.

exclnyendo amj mismo / doy mj voz /
en el señor nro para seer perlado a aquel
que tiene mas vozes para seerlo / he
dado in determinate bonu consulendo /
si tamen . ala compañia le pareciera otra
cosa / o jusgare que es mejor / y a mayor
gloria de dios nro señor / yo soy
aparejado para señalarlo . echa
en Roma . 5 . de abril, de 1541 /

Ignō

TEXTO AUTÓGRAFO DE SAN IGNACIO CON SU VOTO DE OFRECIMIENTO A LA MAYOR GLORIA DE DIOS



AUTÓGRAFO DE SAN IGNACIO

viendo de limosna visitan presos, hospitales, oyen confesiones, enseñan el catecismo... Cuando muere Hoces en Padua, Xabier queda solo en Bolonia y el trabajo se duplica, así como la penitencia es de día en día más rigurosa hasta que la fiebre le consume: "una cuartana le postró enfermo en el lecho y le puso a las puertas de la muerte".

Convaleciente aún, a mediados de Cuaresma de 1538, con los compañeros que venían de Ferrara marchó a Roma, a pie y descalzo.



XII

UNA NUEVA ORDEN SURGE Y SE IMPONE EN ROMA



En los últimos días de noviembre de 1537 llegaba Ignacio (que así firma desde su llegada a Italia y no Iñigo como era en él corriente) a Roma acompañado de Fabro y de Láinez. Este último, veintidós años más tarde, da a conocer algunos detalles del viaje: "Viniendo nosotros a Roma por el camino de Siena, escribe, siendo así que el Padre tenía muchos sentimientos espirituales, y principalmente en la Santísima Eucaristía. Maestro Pedro Fabro y yo, Láinez, cada día decíamos Misa; él, no, sino que comulgaba. Ahora bien; díjome él que parecía que Dios Padre le imprimía en el corazón estas palabras: «Yo os seré propicio en Roma»; y no sabiendo nuestro Padre qué quisiesen significar estas palabras, decía: «Yo no sé qué cosa será de nosotros; quizás seremos crucificados en Roma». Después otra vez dijo que le parecía ver a Cristo con la cruz sobre los hombros, y al Padre Eterno al lado, que le decía: «Quiero que tomes a éste por servidor tuyo» y así Jesús lo tomaba, y decía: «Quiero que tú nos sirvas». Y por esto, tomando grande devoción al nombre de Jesús, quiso que fuese llamada la congregación Compañía de Jesús."

Triste y desalentadora debió ser, sin embargo, la primera impresión del peregrino vasco. Lacónicamente manifiesta en su Autobiografía, "que veía las ventanas cerradas". Se explica que tal dijera. Roma estaba aún sometida al poderoso influjo del Renacimiento. Por lo que a la Iglesia se refiere, vivía "una época de transición".

"No solamente los Cardenales, escribe Pastor, sino también el Papa en el Vaticano continuó celebrando sibaritas fiestas, en las cuales intervenían músicos, y, juntamente, improvisadores, y hasta cantatrices, danzantes y bufones. Como antes, siguióse viendo al Jefe Supremo de la Iglesia dirigiéndose a clamorosas cacerías, invitar a su mesa a los señores de su parentela, y solemnizar espléndidamente la fiesta de familiares de sus nepotes."

Para quienes como Ignacio y sus compañeros llevaban en el alma esencia del primitivo cristianismo, el boato y la fastuosidad de la corte romana debió producir escándalo. Eran hombres, sin embargo, que sabían disciplinar sus rebeldías y orientarlas incluso. Así se presentaron humildemente ante el Papa, enjuto y achacoso. Cordial fué el recibimiento; a Láinez encarga que enseñe Teología escolástica y a Fabro, Sagrada Escritura. Ignacio tiene una misión singular que cumplir: la fundación de la Compañía.

Hasta la llegada a Roma de los demás compañeros, Ignacio se dedicó "a ayudar a las almas". Cuarenta días pasó en Monte Cassino dando Ejercicios Espirituales al doctor Ortiz. Fué allí donde conquistó a Francisco de Estrada. Mediado el año de 1538, vivieron todos en el interior de la ciudad, "ejerciendo sus apostólicos ministerios".

Para entonces, ya Ignacio había librado un serio combate. Aprovechando la ausencia de Paulo III, que había ido a Niza para restablecer la paz entre Carlos V y Francisco I, con el pensamiento de renovar luego la Cruzada contra el Islam, el fraile Agostino Piemontes, desde el púlpito de Santa María del Popolo, esparcía "con el fascinador ropaje de la elocuencia", la doctrina protestante. No tardaron Ignacio, Láinez y Fabro en refutar los errores predicados. Fué entonces cuando los partidarios

del fraile declararon que Ignacio y los suyos eran luteranos; y adujeron como testimonio a Miguel Llanivar, de Nabarra, que con ellos había convivido. Era éste un estudiante que había servido de criado a Xabier en París hasta la conversión de éste. Desde entonces había estado en relación con Ignacio a quien escribía. Fué una carta de él, justamente, la que sirvió para que el Gobernador, a quien se había presentado inmediatamente Ignacio exhibiendo la misiva en la que "alababa mucho al peregrino y suplicábale su admisión", le condenara después de examinar a Miguel, a destierro de Roma.

La calumnia y la acusación continúa. Ahora son Francisco Mudarra y Barrera, diciendo que el peregrino y sus compañeros eran fugitivos de España, de París y de Venecia. "Al fin, en presencia del Gobernador y del legado —Vicente Caraffa— que lo era entonces de Roma, los dos confesaron que nada malo tenían que decir de ellos, ni de sus costumbres ni de su doctrina. El Legado manda que se ponga silencio en toda esta causa; mas el peregrino no lo acepta, diciendo que quería sentencia final."

En ello estaba cuando llegaron los compañeros a la Ciudad Eterna. Como Ignacio escribía a España, "hallaron el terreno pobre en frutos buenos y colmado de los malos". Refiere Pastor que el Cardenal legado, Vicente Caraffa, dióles facultades para anunciar la palabra de Dios y administrar los Sacramentos. Y así comenzaron a predicar y enseñar el catecismo en varias iglesias y en las plazas públicas. Los romanos abrían los ojos tamaños, cuando vieron subir a los púlpitos a hombres que no vestían el hábito de ninguna orden religiosa; lo cual era tan inaudito que muchos decían: "Creíamos nosotros que solamente los frailes podían predicar." El público los llamaba los "sacerdotes reformados".

Llegado el Papa a Roma, Ignacio insiste en lograr sentencia firme a las acusaciones que le hicieran. "El peregrino le va a hablar a Frascati, y le presenta algunas razones, y el Papa se hace cargo de ellas, y manda se dé sentencia, la cual se da en favor, etc."

He aquí el texto de la sentencia del Gobernador de Roma: "*Bernardo Cursino,* electo Obispo Bitroveriense, Vicecamerario de la ciudad de Roma, y Gobernador general de su distrito:

"A todos y a cada uno de los que estas nuestras letras vieren, salud en el Señor. Como sea de mucha importancia para la república cristiana que sean conocidos los que con ejemplo de vida y sana doctrina trabajando en la viña del Señor aprovechan a muchos y edifican, y también los que al contrario tienen por oficio sembrar cizaña; y como se hayan esparcido algunos rumores y hecho algunas denunciaciones de la doctrina y vida, y señaladamente de los Ejercicios Espirituales que dan a otros los venerables señores Ignacio de Loyola, y sus compañeros que son Pedro Fabro, Claudio Jayo, Pascasio Broeth, Diego Láinez, Francisco de Xabier, Alonso Salmerón, Simón Rodríguez, Juan Coduri y Nicolás Bobadilla, maestros por París, y presbíteros seculares de las diócesis de Pamplona, de Génova, de Sigüenza, de Toledo, de Viseo, de Ebredum y de Palencia, los cuales Ejercicios y doctrina algunos decían ser erróneos y supersticiosos y apartados de la doctrina católica, nosotros, por lo que a nuestro oficio debemos y por lo que Su Santidad nos ha mandado, mirando esto con diligencia, hicimos información para más plenariamente conocer esta causa, y ver si por ventura era así lo que dellos se decía. Por lo cual examinados primero algunos que contra ellos murmuraban; y visto por otra parte los públicos instrumentos y sentencias de España, de París, de Venecia, de

Vincencia, de Boloña, de Ferrara y de Sena, que en favor de los dichos venerables señores Ignacio y sus compañeros contra sus acusadores fueron mostrados; y allende desto examinados en juicio algunos testigos, en vida, doctrina y dignidad *omni ex parte majores,* finalmente, toda la murmuración y acusaciones y rumores contra ellos esparcidos, hallamos falsos. Por lo cual juzgamos ser propio de nuestro oficio pronunciar y declarar, como pronunciamos y declaramos, el dicho Ignacio y sus compañeros, por las dichas acusaciones y rumores, no sólo no haber incurrido infamia alguna de hecho o de derecho; mas antes haber desto sacado mayor aprobación y testimonio de su buena vida y sana doctrina; viendo como hemos visto ser vanas y de toda verdad ajenas las cosas que sus contrarios les oponían, y al contrario ser hombres de mucha virtud y muy buenos los que por ellos testificaron. Y por esto hemos querido dar nuestra sentencia para que sea un público testimonio contra todos los adversarios de la verdad, y para serenar los ánimos de todos aquellos que por causa destos acusadores y detractores han concedido dellos alguna siniestra opinión o sospecha, pidiendo y encargando y rogando a todos los fieles en el Señor, que a dichos venerables señores Ignacio y sus compañeros los tengan y estimen por tales, cuales nosotros los hemos hallado y probado, y por católicos, sin ningún género de sospecha, mientras que perseveren en el mismo tenor de vida y doctrina, como con el ayuda de Dios esperamos que perseverarán. Dada en Roma en nuestra casa a diez y ocho días de noviembre de mil y quinientos y treinta y ocho años. B. Gobernador, el de arriba. Rutilio Furio, secretario."

El fraile acusador se hizo públicamente luterano. Ignacio y los suyos salieron robustecidos de esta dura prueba y continuaron su obra. Aun tenían esperanzas, sin em-

bargo, de realizar su peregrinación a Jerusalén. Pero la "Liga Santa" que habíase formado contra los turcos en febrero, apenas daba señales de vida. Al fin en agosto rompen las hostilidades y en septiembre la flota cristiana se dispone a enfrentarse con la turca. La acción tuvo lugar el 27 frente a Prevesa. Los críticos hablan de "una ignominiosa retirada por parte de los cristianos". El historiador inglés Roger Bigelow Merriman dice que si algún consuelo hubo en la derrota fué "la conducta de un tal Martín de Munguia y una compañía de 200 arcabuceros vizcaínos que mandaba. El barco en que iban llevó el peso de la lucha; había resultado casi destrozado; su tripulación huyó, y al final del día se le dió por perdido. Pero los vizcaínos eran hábiles marinos y mantuvieron el barco a flote. Rechazaron varios ataques salvajes, y se negaron terminantemente a arriar la bandera. Finalmente, cinco días después de la lucha, consiguieron alcanzar Corfú, molidos y lisiados, únicos héroes de la batalla, mucho después que sus compañeros les habían dado como perdidos". En medio de la catástrofe, Ignacio y Xabier debieron sentirse orgullosos del heroísmo de sus compatriotas.

Con la derrota se perdieron las esperanzas. Cuando por este tiempo, dice Schurhammer, se presentaron al Papa, según costumbre, algunos compañeros para disputar delante de él, éste les preguntó de pronto: "¿Por qué deseáis tanto ir a Jerusalén? Italia es una buena y verdadera Jerusalén, si queréis trabajar con fruto en la Iglesia de Dios."

Era ya, por otra parte, el tiempo convenido. Devolvieron el dinero que habían recibido para ayuda de su navegación y cumplieron la segunda parte de su voto presentándose al Papa y ofreciendo obediencia en cuanto él dispusiera. Aceptó éste complacido y pronto les

encomendó diversas misiones, entre otras, la enseñanza del catecismo en las escuelas de Roma.

En el invierno de 1538 reinaron grandes hambres y fríos, en intensidad tal que "las gentes yacían en las calles públicas, ateridas y medio muertas". Salían los Padres muy de mañana buscando pobres, los recogían y llevaban a una espaciosa casa al pie del Capitolio, al abandonado palacio de Frangipani que les había sido cedido, y allí, después de lavarles los pies y curarles las llagas les daban de comer, les acondicionaban en camas de paja y les instruían en la doctrina cristiana. Y eran tantos que a veces pasaban de los cuatrocientos pobres allí reunidos.

Contrastaba esa labor y esa miseria con el esplendor de las fiestas celebradas en esos días con motivo del matrimonio de la viuda Margarita de Austria —hija natural de Carlos V y de la señorita flamenca Vongest—, de dieciocho años de edad, con Octavio Farnesio "el cual no tenía más que trece años y había heredado de su padre el mal francés". "Banquetes, bailes, iluminaciones, en los cuales toda la ciudad, principalmente el Castillo de Sant'Angelo, parecía arder en vivo fuego, carreras de caballos, de toros y búfalos, se seguían en una serie capaz de aturdir los sentidos."

Eran muchos los príncipes que solicitaban el concurso de Ignacio y de sus compañeros; en particular el doctor Diego Govea, el mismo que siendo Rector del colegio de Santa Bárbara intentara azotarle, en nombre del Rey de Portugal Juan III, pedía su asistencia para las Indias orientales, en poder de los portugueses. En un principio el Papa fué reacio a estas solicitudes pero poco a poco fué cediendo. Así, al comenzar la Cuaresma de 1539 salían para Siena dos de los compañeros, a fin de reformar un monasterio de monjas.

Temiendo la separación, Ignacio decide constituir definitivamente la Compañía, "determinando para siempre su modo de ser y su manera de subsistir". Antes creen necesario entregarse durante unos días a la oración y mortificación. Recogiéronse en una casa y viña cerca del monasterio de la Santísima Trinidad. Mendigaban de día y meditaban de noche. Así comenzaron las deliberaciones, que habían de durar tres meses.

En parte quedan ellas recogidas en un documento redactado en esa fecha del año 1539. Es interesante, porque, entre otras cosas, queda bien clara la distinción que Ignacio y sus compañeros hacen de sus respectivas nacionalidades. Dice así: "Como se acercase el tiempo en el que debíamos dividirnos y separarnos unos de otros, resolvimos reunirnos antes de la separación muchos días y tratar de esta nuestra vocación y fórmula de vida. Muchas veces lo hicimos y como unos de entre nosotros eran franceses, *otros españoles,* otros saboyanos y *otros cántabros,* nos dividíamos en varias sentencias y opiniones respecto de este nuestro estado, aunque en todos nosotros había un solo propósito y una sola voluntad..." Los cántabros son Ignacio de Loyola y Francisco de Xabier; los españoles: Láinez, Salmerón y Bobadilla.

Mientras tanto, desconocedores de cuanto aquellas mortificaciones habían de significar para el mundo cristiano, Roma se disponía a celebrar como nunca las fiestas de los Carnavales. Este año habían de superar a los anteriores. El genio de Miguel Angel buscaba toda suerte de artificios para su mayor esplendor. Dice la crónica que "sobrepujó y mostró al propio tiempo varias innovaciones: la brutal fiesta del Testaccio tuvo lugar esta vez en la plaza de San Pedro; los carros triunfales para la Festa di Agone, el jueves de Carnaval, eran de tan extraordinaria grandeza, que cada uno de ellos hubo de

ser tirado por cuatro búfalos; y asimismo el adorno pareció más fastuoso que nunca. El Papa había contribuído a los gastos, y contempló la cabalgata desde el castillo de Sant'Angelo; atreviéronse, a la verdad, muy pocos a vituperarlo públicamente, como los Cardenales Caraffa y Contarini" quienes "observaron con disgusto el predominio del carácter gentilicio, hallando en semejante festividad muy poco de cristiano", comenta Ludovico Pastor en la *Historia de los Papas.*

Ajenos a este bullicio, Ignacio y sus compañeros continuaban sus deliberaciones. El Padre Coduri, que hizo de secretario, dice que propusieron la primera noche esta consulta: Ya que el Papa quiere enviarnos a diversas partes del mundo, y tendremos que esparcirnos por varias regiones, trabajando en la viña del Señor, ¿hemos de conservar la unión que ahora tenemos, formando un cuerpo religioso?" Todos contestaron que sí. La segunda consulta fué: "Ya que, primero en París y luego en Venecia, en manos del Legado apostólico, hicimos voto de pobreza y castidad, ¿será conveniente que añadamos a éstos el tercer voto de perpetua obediencia al que escojamos por Padre de toda la Compañía?" Muchos días discutieron este punto vital. Al fin "resolvimos por entera unanimidad, que nos era más conveniente y necesario vivir en obediencia". Los meses de abril, mayo y junio los emplearon en ulteriores deliberaciones. Fueron las principales "que todos los que hiciesen profesión en la Compañía de Jesús —que así quedó designada entonces— añadiesen un cuarto voto de obediencia al Papa para ir a cualquier misión a que fueren enviados; que los que pretendiesen entrar en la Compañía fuesen probados con los Ejercicios, peregrinaciones y hospitales; que el Prepósito General lo fuese para toda la vida; que en todas las consultas y deliberaciones se determinase según

mayoría de los votos". El 24 de junio de 1539 terminaron las consultas.

"Ignacio redactó un breve resumen del Instituto de la Compañía en cinco capítulos, para presentarlos al Papa. Mostrólo antes al Maestro del Sacro Palacio, Fray Tomás Badía, quien lo aprobó. El 3 de septiembre de 1539, el Cardenal Gaspar Contarini presentó aquel compendio al Papa Paulo III, el cual hizo de él grandes alabanzas, y lo aprobó de palabra, según comunicó el Cardenal a Ignacio aquel mismo día."

Dice a este respecto Ribadeneira que "el Papa le leyó y quedó tan admirado, que con espíritu de Pontífice sumo, dijo en leyéndolo: *Digitus Dei est hic,* que quiere decir, éste es el dedo de Dios. Y afirmó que de tan pequeños y flacos principios, no esperaba él pequeño fruto ni poco provecho para la Iglesia de Dios".

Era un triunfo bien señalado. Porque las autoridades de la Iglesia no creían que la solución de los males que aquejaban a la cristiandad pudieran tener fin con la fundación de nuevas congregaciones, sino con la reforma de las ya existentes. Tan grave y delicada era la situación que poco antes el Papa habíase negado a aceptar una radical propuesta de la Comisión de Reforma. Fernando Mourret, en su *Historia General de la Iglesia,* dice que esa comisión "nombrada por Paulo III y compuesta principalmente de Pedro Caraffa, Juan Morone, Sadoleto, Alejandro y Contarini, acababan de someter al Papa un proyecto desesperado: el de suprimir todos los conventos, o al menos el de prohibir provisionalmente la admisión de nuevos pretendientes, para reorganizar inmediatamente la vida religiosa sobre bases del todo nuevas".

No es de sorprender, pues, que una Comisión de tres Cardenales fuera designada para estudiar el proyecto de Ignacio. Mientras tanto, el Papa encomendó al grupo

delicadas e importantes misiones: Fabro y Láinez, acompañando al Cardenal Legado, fueron a Parma; Bobadilla, a Nápoles; Salmerón y Coduri a Irlanda y Escocia... Los príncipes insistían en ganarse el concurso de esos hombres en torno de los cuales corría ya la fama más allá de las fronteras. En agosto, el Embajador portugués en Roma recibió de su Rey un escrito para que procurara conseguirlos del Papa para sus posesiones de la India. Pretendía el Embajador llevarse a seis de ellos; es entonces cuando Ignacio replicó irónico: "Si de diez van seis a las Indias, ¿qué queda para el resto del mundo?"

Conformóse el embajador con dos. Y como "deseaba llevarse al único portugués, Simón Rodríguez y a Bobadilla, a quien conocía más de cerca, llamó Ignacio a los dos a Roma a comienzos de 1540". Llegó Rodríguez enfermo y salió el 5 de marzo camino de Civitavecchia para embarcarse rumbo a Lisboa. Bobadilla llegó el 14, víspera de la fecha designada por el embajador para su regreso a Portugal, pero venía tan débil y enfermo que el médico y los demás compañeros se opusieron a que emprendiera la marcha. Ignacio, que se hallaba postrado en cama, llamó a Xabier y le habló así: "Bien sabéis, Hermano maestro Francisco, que dos de nosotros han de pasar a la India, por orden de Su Santidad, y que Bobadilla, que para esta empresa estaba señalado, no puede partirse por su enfermedad, ni tampoco el embajador, por la priesa que a él le dan, le puede esperar. Dios se quiere servir en esto de vos; esta es vuestra empresa, a vos toca esta Misión." Alegre y decidido contestó Xabier: "Héme aquí, Padre; aparejado estoy..."

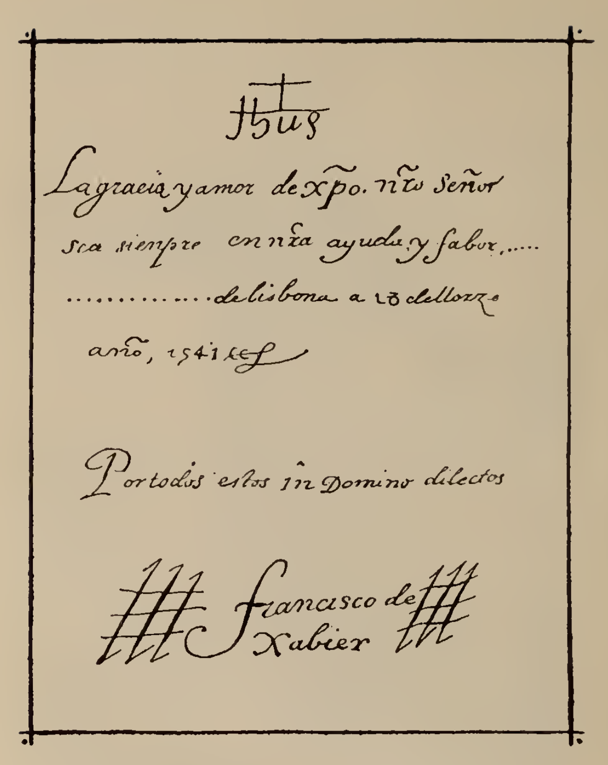
Acudió al Papa y de él recibió la bendición. Luego, en su aposento, "escribió de su pluma tres papeles". Prometía en el primero obediencia a las Constituciones que fuesen redactadas por sus compañeros, prometía en el

segundo, pobreza, castidad y obediencia al General a elegir; y estaba a favor de Ignacio, en el tercero, para desempeñar la autoridad máxima en la Compañía, señalando como sustituto a Fabro.

Y casi en primavera, cabalgando, se unía Xabier un día más tarde, 16 de marzo de 1540, a la comitiva del embajador portugués. El pobre vestido que llevaba puesto, cuyos calzones había cosido y remendado a prisa y corriendo y el breviario, era toda su fortuna. Sin contar las ilusiones y la esperanza de conquistar para Dios un nuevo mundo. . .



SAN FRANCISCO DE XABIER, CUADRO DE M. CORONAS, S. J.



Jhus

La gracia y amor de xpo. nro señor
sea siempre en nra ayuda y fabor, ...
.... de lisbona a 18 de marzo
año, 1541

Por todos estos in Domino dilectos

francisco de
Xabier

AUTÓGRAFO DE SAN FRANCISCO DE XABIER

XIII

EN BUSCA DE ALMAS, INMOLÁNDOSE



Cabalgando con lentitud por los Estados pontificios, la comitiva hizo escala en Loreto, Ancona y Bolonia. Luego, por la amplia llanura lombarda llegaban a Módena y Parma en los primeros días de abril. Xabier no perdía ocasión para confesar y predicar; en una de sus cartas habla de la devoción ejemplar del embajador y de cuantos le acompañan. Debieron seguir a Turín para atravesar la cordillera de los Alpes, de gigantescas montañas cubiertas de nieve, entrando en Francia por las proximidades de Chambery. La marcha se hizo más rápida; desde Lyón, por el sur de Francia, llegaron a tierra vasca y más tarde por Fuenterrabía penetraron en Guipúzkoa. Por entre montañas de suaves y verdes laderas cabalgaron hasta internarse en el valle de Iraurgui, a la sombra del inmenso Izarraitz, en Azpeitia.

Xabier era portador de una carta de Ignacio para su sobrino Beltrán Ibáñez de Oñaz y Loyola, hijo del fallecido Martín, hermano de aquél, y señor de la Casa-torre. Casado en 1538 con Juana de Rekalde, no tuvo descendencia masculina. Con él, pues, se extingue la varonía de Loyola. Xabier recorrió las dependencias y patios con honda emoción. Fué para él, dice un biógrafo, "como una peregrinación a Tierra Santa".

En esos mismos días, un pariente de Ignacio, Antonio de Aráoz, incorporado a la Compañía desde hacía diez meses y que había salido de Roma en septiembre de 1539 presentándose también en la Casa-torre de Loyola,

predicaba desde hacía meses por tierra vasca con gran eficacia y aplauso. En carta que dirige a Ignacio, escrita en Bergara el 4 de julio de 1540, refiere de qué manera, en la fiesta de la Invención de la Santa Cruz, en Elosiaga, cerca de Azpeitia, le hubieron de poner el púlpito al aire libre, por haber concurrido más de 4.000 personas, muchas de las cuales se subieron al tejado de la iglesia o trepaban a los árboles para oírle mejor. Aráoz era un joven de veintitrés años de edad. "Por supuesto, dice en la carta, que aunque a algunos predicaba en latín, a otros en castellano, predicaba mucho en vascuence." En Bergara, a fin del año 1539, predicó a las Juntas Generales de Guipúzkoa.

No sabemos si estos dos vascos llegaron a encontrarse en su patria, pero es bien posible que así fuera; y quizá supuso este hecho un ligero cambio de recorrido. Así admitido, sería más verosímil lo que algunos afirman y lo que la tradición nabarra recoge. Dícese que la comitiva pasó por las cercanías del pueblo de Xabier y quiso éste verlo. Desde la cima de un collado "sobre unas piedras cubiertas de musgo a las que la tradición ha dejado el nombre de «las peñas del adiós», dominando al pueblo, contempló la tranquila aldea en la que había pasado su infancia y el castillo, con sus altivos almenados torreones donde había nacido". Contuvo sus impulsos, dominó sus emociones y no quiso dejarse ganar por lazos terrenos, ni aun por aquellos de su misma sangre. Iturralde, dice que "contempló largo rato con los ojos preñados de lágrimas su casa y su aldea, oró y marchóse... para no volver jamás".

Más allá de la patria, la meseta castellana y luego a mediados de junio de 1540, su entrada en Lisboa. Un mes más tarde, el 13 de julio, en carta a Ignacio, dice: "Después que pasaron tres o cuatro días que llegamos a

esta ciudad, el Rey —Juan III— nos mandó llamar y nos recibió muy benignamente. Estaba él sólo con la Reina —aquella Catalina de cabellos rubios y ojos azules a la que muchos achacan los suspiros románticos del Ignacio galán— donde estuvimos más de una hora con ellos, y nos demandaron muchas particularidades acerca de nuestro modo de proceder y del modo cómo nos conocimos y juntamos y cuáles fueron nuestros primeros deseos y de nuestras persecuciones en Roma; y mucho se holgaron de saber cómo se manifestó la verdad, y de que llevamos tanto la cosa adelante, que vino a conocerse la verdad de lo que nos imponían." Hondamente debieron de impresionar a los Reyes, por cuanto continúa diciendo en su carta: "Díjome el embajador, que habló al Rey después que le hablamos, y que le dijo el Rey, su señor, que holgaría mucho de tenernos acá a todos los que somos de una Compañía, aunque le costase parte de su hacienda."

En esta buena impresión y en fortalecer su prestigio influyó sin duda el más insigne canonista del siglo XVI, conocido vulgarmente por el Doctor Nabarro, quien explicaba Derecho canónico en la Universidad de Coimbra. Llamábase Martín de Azpilikueta y Jaureguizar, y había nacido en Nabarra. Refiere Oloriz que "ávidos de escuchar a aquel oráculo de la sabiduría, acudían a oírle los sabios y magnates portugueses, ante los cuales, con palabra fácil y sencilla forma, explicaba los asuntos más abstrusos, las más difíciles cuestiones de Derecho, y analizaba la autoridad de cuantos autores habían escrito en la materia, resolviendo las dudas y dificultades con recto criterio y clara exposición". Fué consejero de los Reyes e "influyó de modo indudable en la política de Portugal". Este hombre, que más tarde fué en España perseguido con saña y sometido a prisión durante casi un año, y luego, ya en los últimos de su vida, recibido

triunfalmente en la corte pontificia, era primo segundo de doña María, madre de Francisco de Xabier. Era éste, pues, del sabio, sobrino tercero. En el cruce de cartas que tuvieron en Lisboa se aprecia en ambos un gran afecto. Azpilikueta se interesó mucho por la Compañía de Jesús y por último quiso ingresar en ella y acompañar a Xabier a las Indias. Fué él quien encaminó la vocación religiosa de su sobrino Juan de Azpilikueta, que ingresó en la Compañía y fué como misionero a Brasil. En la recopilación de *Cartas de San Ignacio* se dice de este vasco: "Ya sabe la lengua de manera que se entiende con los naturales —de Brasil—, y a todos nos hace ventaja, porque esta lengua parece mucho a la bizkaina..." "Era de extraordinaria santidad... y de su gloriosa vida y santa muerte hablan Nieremberg, Téllez y Vasconcellos."

No era ésa, la del doctor Nabarro, la única conquista lograda. "De acá os hacemos saber —escribe Xabier a París— cómo estamos con mucha salud y nos vamos acrecentando, porque somos ya seis, todos conocidos de París, menos don Pablo y Manuel de Santa Clara." La labor es ardua. Si conviven en el pueblo, y visitan hospitales y enfermos, su acción en la vida cortesana es sorprendente. "Os hago saber, escribe, cómo esta corte está muy reformada; y tanto, que participa más de religión que de corte."

En carta del 22 de octubre dice que "el infante don Enrique, Inquisidor mayor de este reino, hermano del Rey, nos ha encomendado por muchas veces que mirásemos por los presos de la Inquisición, y así los visitamos todos los días"... Les enseñan, les instruyen con pláticas diarias. Así va desarrollándose la labor evangélica de estos extraños hombres a quienes el pueblo llama "los Apóstoles".

Cinco meses más tarde da cuenta Xabier de las intenciones del Rey portugués. "Pareciéndole bien nuestro modo de proceder, así por la experiencia que tiene del fruto espiritual que se hace, como esperando mayor cuantos más fueren, está decidido a hacer un colegio y una casa de los nuestros, es a saber, de la Compañía de Jesús; y para edificarlas quedan acá tres, maestro Simón (Rodríguez), maestro Gonzalo y otro sacerdote docto en cánones, y otros muchos se van descubriendo para entrar en la Compañía; y ha tomado el Rey de hacer estas casas muy a pecho y de veras." El colegio, indica en la misma carta Xabier, iba a ser edificado durante el verano en la Universidad de Coimbra y la casa en la ciudad de Evora.

Está en vísperas de embarcar Francisco de Xabier. Le acompañan Pablo de Camers, sacerdote, Francisco de Mansillas y el novicio coadjutor Santiago Rodríguez. "Envíanos el Rey, escribe, muy favorecidos, y nos ha encomendado mucho al Virrey que este año va a las Indias." Era éste, don Martín Alonso de Sousa, "hombre muy de bien" y acabado de volver de aquellas tierras en 1539. Pronto están hechos los preparativos: una cantidad de libros por valor de cien cruzados y una sotana de paño recio para defenderse de los fríos del Cabo de Buena Esperanza.

Poco antes de la partida llegaron los Breves Pontificios. El Papa nombraba a Xabier su Legado en Oriente, enviándole al mismo tiempo un escrito de recomendación a "David, Rey de Etiopía" y otro a "todos los Príncipes y Señores en las islas de los Mares Rojo, Pérsico y Pacífico, en las provincias y lugares de ambos lados del Ganges y allende del cabo que se ha llamado de Buena Esperanza y tierras adyacentes".

Embarcó Xabier "a bordo de la nave capitana «Santiago», pesado barco de 700 toneladas"; le acompañaban,

dada la inseguridad de los mares y la audacia de los turcos, otras diez embarcaciones. El 7 de abril de 1541, fecha de nacimiento de Xabier hacía treinta y cinco años en tierra vasca, "la flota levantaba anclas junto al convento de Belén" delante de Lisboa, "a princesa do Tejo".

Un mundo nuevo se abría a su alma cálida y atormentada de amores. No iba en busca de aquello que dejaba en tierra a la disputa de ambiciones, orgullos y egoísmos: la plata del Japón, las porcelanas, sedas y brocados de China, el sándalo de Timor, el marfil de Guinea, perlas blancas de Ceylán, la canela, el opio, el alcanfor, la pimienta fina, todo cuanto de la noche a la mañana había convertido a Portugal, desde que en sus manos tuviera las llaves de Oriente, en el país que el resto del mundo observaba con asombro y envidia. Lisboa, como otra Venecia, con la fastuosidad y el brillo renacentista, con la suntuosidad y elegancia de sus edificios y el vivir cómodo y despreocupado, poco o nada significaba para Xabier. No va en busca de riquezas al lejano Oriente; va en busca de almas. Por naturaleza, como un rasgo instintivo, esencialmente vasco, rechaza todo imperialismo que en su iniciación o en su fin y procedimiento se aleje del espíritu. Es un "heraldo de la universalidad de la Iglesia Católica"; un fiel intérprete del Evangelio. Su ambición, su búsqueda, es inmolarse.

XIV

CON EL PENSAMIENTO EN SU PATRIA



En Roma, una comisión de tres Cardenales fué designada para estudiar el proyecto de Ignacio. Mientras tanto, el Papa encomendó al grupo delicadas e importantes misiones: Fabro y Láinez, acompañando al Cardenal Legado, fueron a Parma; Bobadilla, a Nápoles; Salmerón y Coduri, a Irlanda y Escocia... Meses después, Fabro pasó a Alemania y Bobadilla a Bosignano. Al fin, el 27 de septiembre de 1540, fué expedida la Bula *Regimini Militantis Ecclesiae,* firmada en el Palazzo Venecia, por la cual la Compañía quedaba canónicamente establecida. El Papa autorizaba "a sus muy amados hijos Ignacio de Loyola, Pedro Lefèvre (Fabro), Francisco de Xabier, etc., a formar una sociedad, llamada Compañía de Jesús y a admitir a ella a todo el que, deseando llevar las armas de Dios y servir únicamente a Jesucristo Nuestro Señor y al Pontífice romano, su vicario en la tierra, se halle dispuesto a hacer voto de castidad perpetua y a trabajar por el adelanto de las almas en la vida cristiana mediante la predicación, los Ejercicios Espirituales, la audición de las confesiones de los fieles y las obras de caridad".

Autorizada y establecida la Compañía había que darle ahora "vida real, organizándola según aquella ley". Seis compañeros quedaban tan sólo en Roma. A mediados de cuaresma del año 1541 reuniéronse para designar el nombre de quien había de ser General de la Compañía. Después de pasar tres días en oración y rigurosa peni-

tencia, depositó cada uno su cédula "firmada y sellada". Los ausentes habían ya entregado con anticipación el documento. Abiertas las cédulas, resultaron los votos ser favorables a Ignacio "fuera del suyo, que lo añadía al que votasen los demás pero excluyéndose a sí mismo". La cédula de Xabier, decía así: "Asimismo yo, Francisco, digo y afirmo que *nullo modo suasus ab homine,* juzgo que el que ha de ser elegido por Prelado en nuestra Compañía, al cual todos habemos de obedecer me parece, hablando conforme según mi conciencia, que sea el Padre nuestro antiguo y verdadero Padre don Ignacio, el cual, pues, nos juntó a todos no con pocos trabajos, no sin ellos nos sabrá mejor conservar, gobernar y aumentar de bien en mejor, por estar él al cabo de cada uno de nosotros; *et post mortem illius,* hablando según lo que mi ánima siente como si hubiese sobre esto de morir, digo que sea el Padre Micer Pedro Fabro".

El propio Ignacio dice años más tarde que "hizo una plática, según que su ánimo sentía, afirmando hallar en sí más querer y más voluntad para ser gobernado que para gobernar; que él no se hallaba con suficiencia para regir a sí mismo, cuánto menos para regir a otros; a lo cual atento, y a sus muchos y malos hábitos pasados y presentes, con muchos pecados, faltas y miserias, él se declaraba y se declaró de no aceptar tal asunto, ni tomaría jamás, si él no conociese más claridad en la cosa de lo que entonces conocía; mas que él los rogaba y pedía mucho in Domino, que con mayor diligencia mirasen por otros tres o cuatro días, encomendándose más a Dios Nuestro Señor, etc., para hallar quién mejor y a mayor utilidad de todos pudiese tomar tal asunto. Finalmente, aunque no con asaz voluntad de los compañeros, fué así concluído".

Cuatro días después la elección daba idéntico resulta-

do. La terquedad de Ignacio logra una nueva demora; esta vez queda el fallo en manos de su confesor, el Padre Teodosio, fraile de San Pedro de Montorio. A él hará una confesión general y descubrirá incluso "sus miserias corporales". Tres días dura la confesión. A petición de Ignacio, envía el confesor una cédula sellada a la Compañía. Abierta aquélla el tercer día de Pascua florida, ante todos los compañeros, se conoce la resolución del fraile confesor: el penitente debe tomar el "asunto y régimen de la Compañía". Acepta ahora Ignacio y resuelven que el "viernes primero siguiente a la Pascua de flores «recorriesen» las siete estaciones de las siete iglesias de Roma y en una de ellas, en San Pablo, hacer las promesas conforme a la Bula concedida por Su Santidad".

El 22 de abril de 1541, en la iglesia de San Pablo "se reconciliaron todos seis unos con otros". Ignacio "diciendo la misa, a la hora de consumir, teniendo con la una mano el cuerpo de Cristo Nuestro Señor sobre la patena, y con la otra mano un papel, en el cual estaba escrito el modo de hacer su voto, y vuelto el rostro a los compañeros, puestos de rodillas, dice en alta voz las palabras siguientes: "Yo, Ignacio de Loyola, prometo a Dios todopoderoso, y al Sumo Pontífice su Vicario en la tierra, delante de la Santísima Virgen y Madre María, y de toda la corte celestial, y en presencia de la Compañía, perpetua pobreza, castidad y obediencia, según la forma de vivir que se contiene en la Bula de la Compañía de Jesús Señor Nuestro, y en sus constituciones, así las ya declaradas, como las que adelante se declararen. Y también prometo especial obediencia al Sumo Pontífice, cuanto a las misiones en las mismas Bulas contenidas. Además prometo procurar que los niños sean enseñados en la doctrina cristiana conforme a la misma

Bula y constituciones." Después de comulgar, los demás compañeros hicieron igual promesa. Acabada la Misa, en el altar mayor cada uno de los cinco "vinieron a Ignacio y éste a cada uno de ellos, abrazando y dando ósculos de paz, no sin mucha devoción, sentidos y lágrimas".

Cuenta el Padre Ribadeneira, que siendo él muchacho de quince años, acompañó aquellos días a Ignacio y demás compañeros. Fué él quien preparó la comida, ya tarde, junto a San Juan de Letrán. Para todos fué día de gran consolación, dice, pero de modo especial para Juan Coduri. Iba por aquellos campos y "oíamosle henchir el cielo de suspiros y lágrimas; daba tales voces a Dios que nos parecía que desfallecía". Meses después, el 29 de agosto, moría Coduri, primero que hizo la profesión después de Ignacio.

A la mañana siguiente, a los dieciséis días de navegación de Xabier, Ignacio, nuevo Prepósito General de la Compañía va a la cocina a preparar la comida y a encargarse de todos los servicios domésticos. Las horas libres del día las distribuye entre hospitales, enfermos, pobres, depravados y niños a quienes instruye predicando en italiano.

Nada importa que, como advierte Ribadeneira, no dijera "palabra bien dicha en italiano". Ignacio no domina otra lengua que la suya propia, la vasca. No disminuye su acción por ello; lo esencial es "la eficacia divina del espíritu". Es el caso de su correspondencia, de los Ejercicios y Constituciones. Biógrafos y críticos, sin excepción, descubren la influencia y presencia de la lengua materna en su obra escrita. El Padre Isern habla de los "solecismos y reminiscencias vascuences". El Padre Leturia se refiere al castellano ignaciano "tan poco flúido y castizo, tan empedrado de giros y reminiscencias vascas"... "haciéndolo difícil de entender"; el Padre Fedeer,

traductor alemán del *Diario espiritual,* dice: "difícil nos ha sido la traducción pues Ignacio fué vasco... y nunca dominó el castellano". El Padre Mujica, en un concienzudo y magnífico estudio, después de afirmar que Ignacio escribió los sentimientos de su alma, libre de influjos extraños y sin que nadie le corrigiera el lenguaje, llega a la conclusión de que "conservó en su acento y en los escritos el eco dulce y armonioso de la lengua vasca". "A pesar del largo espacio de más de treinta años, que transcurrieron desde que Ignacio dejó su casa paterna de Loyola, delataba el santo Fundador en sus conversaciones y en sus escritos su procedencia vasca. Ni el espacio, ni el tiempo fueron capaces de borrar los rasgos atávicos de San Ignacio, el mayor de los vascos. Es que la lengua que se ha mamado con la leche materna, influye más o menos claramente a través de toda la vida."

Y como acertadamente dice el Padre Leturia "más todavía que en esos tecnicismos gramaticales nos parece que se revela el sello de su lengua y educación primeros en el alma misma de su estilo, tan ajeno a todo colorido y fulguración externa como concentrado, interior y psicológico".

No se conserva escrito alguno de Ignacio en vasco, pero su pariente y miembro de la Compañía, Antonio de Aráoz intercaló en la correspondencia con aquél algunas frases en el idioma nacional, suficiente detalle para evitar la comprensión de la idea manifestada en otro que no fuera Ignacio. Así, cuando desde Valencia, en carta del 11 de diciembre de 1545, escribe: "Padre, hasta estar la Compañía algo más conocida y fundada en Castilla, paresce muy conveniente mirar sobre rescibir *gente verriac,* porque para muchos sólo es (ya) veneno." Los editores lo han interpretado por "gente moza", y no es esa la traducción que corresponde en realidad, sino "gente nue-

va", aplicada en esos momentos a los cristianos nuevos, a los convertidos. Es de advertir que el secretario de Ignacio, que había de leer la carta, era el Padre Polanco, magnífica persona, pero cristiano nuevo como lo era también el Padre Láinez. Fué suficiente esa palabra euzkérica para desorientarlo sin herirlo. Tampoco es una traducción correcta la que hacen los editores al recoger la frase: "Aunque las causas principales *estitut scrivicen* por justos respetos", que ellos comentan así: *Id est, nequeunt scribi: hoc enim significant illa verba Cantabrorum lingua, Ignatio et Araozio vernacula.* (Esto es, no se pueden escribir: pues esto significan aquellas palabras en la lengua de los Cántabros, la vernácula o nativa de Ignacio y Aráoz.) El significado exacto de "*ez ditut eskribitzen* o *eztitut eskribitzen,* es: no las escribo".

Y si no dejó ningún escrito en la lengua de su país, es indudable el amor que al mismo tuvo. Precisamente en ese año decisivo, del nombramiento de General de la Orden, y de la salida de Xabier para las Indias, Ignacio escribe una carta a la villa de Azpeitia recordándoles su estancia en aquella tierra, exhortándolos a que confiesen y comulguen con frecuencia y enviándoles una bula referente a la Cofradía del Santísimo Sacramento. De ella destacamos un significativo párrafo: "Su Divina Majestad sabe bien cuánto y cuántas veces me ha puesto en voluntad intensa y deseos muy crecidos si en alguna cosa, aunque mínima, pudiese hacer todo placer y todo servicio espiritual en la su Divina Bondad a todos los naturales desa misma tierra, de donde Dios Nuestro Señor me dió, por la su acostumbrada misericordia, mi primer principio y ser natural, sin yo jamás lo merecer ni poderle gratificar."

Y es que Ignacio es un exponente auténticamente vasco. La nacionalidad está en su obra, brota de su acción.

Dice muy bien J. M. Estefanía, y es fundamental la observación para conocer a fondo a Ignacio, que éste "no aparece entre los demás hombres, aislado y excepcional, como caído de otro planeta, sin influencias de su raza, de su educación, y de la corriente espiritual y ascética de su tiempo. Como vasco, nos trae de su raza en lo más hondo de su carácter, gran fuerza de concentración reflexiva, ordenada instintivamente a la acción, y por lo mismo utilitarista en el aprecio de las cosas, pero en el más noble sentido de la palabra, y proverbial firmeza de su voluntad, constante y resuelta adhesión a los ideales y a los propósitos, una vez abrazados, llevándolos de frente con lógica de hierro hasta la última consecuencia".

Coincidiendo en lo fundamental con tales ideas, el escritor von Heinrich Böehmer, en el prólogo de su obra *Studien zur Geschichte der Gesellschaft Iesu. I. Loyola,* se enfrenta a quienes, como su compatriota Gothein, estiman que Ignacio es el resultado del "espíritu español", pareciéndole desatinado el echar mano del mismo como de un *Deux ex machina* para resolver el problema ignaciano.

Señala para ello las diferencias existentes. Refiriéndose incluso al aspecto geográfico, sus observaciones personales son altamente significativas:

"Al atravesar sus límites —los que separan Castilla del País Vasco— cambian tan radicalmente el cielo, la tierra y cuanto entre el cielo y la tierra abarca la vista, que al principio apenas si puede uno sustraerse a la halagadora ilusión de que durante la noche se le ha transportado, no ya a otro territorio, sino a otra parte del mundo."

"En vez de la llanura sin fin, despoblada de árboles, se encuentra uno de repente entre montañas de abruptas y bravías pendientes en las que el paisaje cambia por momentos, desplegándose en cuadros de atractiva belleza: no son ya las leguas y leguas de polvorientos rastrojos,

resecos eriales y muertas colinas de grisácea arcilla; son a derecha e izquierda las jugosas praderas, los campos exuberantes de maíz y de forraje, los poéticos y nutridos bosques de castaños, manzanos y nogales, las gigantes auténticas selvas verde oscuras de robles y de hayas. A las pobres viviendas de color de tierra, suceden de repente como villorrios encantados en un sueño oriental de hadas, los caseríos, que rodeados de lucidas huertas adornan las colinas o cuelgan de las verdes pendientes, las limpias aldeas de sabor antiguo, y abajo, en los profundos valles, esparcidos a trechos entre ellos casi en cada rincón de la hondonada, los vistosos molinos, las herrerías y fraguas, las fábricas de papel y de tejidos, los establecimientos industriales movidos por turbinas de agua."

"Porque no echaréis de menos el agua en este paradisíaco terruño: en todas las alturas la veréis manar, bullir murmurando, estallar, brincar y despeñarse hasta el valle en todas las formas imaginables. Alrededor de las copudas cimas de los montes se condensa continuamente en nieblas y nubes, que a la primera bocanada impetuosa de viento que envíen las costas atlánticas, se resuelven rápidamente en lluvias torrenciales, esparcidoras de fuerza y movimiento, y con ellas de vida y nueva prosperidad."

"De no tener plena certeza que faltaba aún bastante para llegar a la frontera de Francia y que los Pirineos distaban cincuenta veces menos que los picos de Maedelegabel y Wetterstein, creería uno contemplar, más que tierras cercanas a los Pirineos, una comarca de los altialpes alemanes, las partes altas de Allgau, o del Isartale, por ejemplo: tan poco española... parece a un extranjero esta provincia la más pequeña de España."

"Tan alemanes le parecen los verdes valles con sus bien cebadas reses y sus blanqueados, galanos caseríos; tan secretamente le conmueven, después de la extraña

mezcla de cultura e incultura del otro lado de los montes, el aspecto de las bien cuidadas carreteras, de las limpias campiñas, de las huertas de esmerado cultivo, y tan bien suenan al viajero fatigado con la aplastante soledad y africana sequía de la meseta de Castilla... el alegre estrépito de los espumosos arroyos y cascadas, la canción unísona al trabajo de las ruedas del molino que alterna con el alegre trinar de innumerables pajarillos..."

No se extrañará que el gran santo, añade, "sea de una silueta tan distinta de la de los grandes santos de Castilla: no fué, como San Pedro de Alcántara, Santa Teresa y otros clásicos representantes del llamado «espíritu español», un místico alejado del mundo, pensador, poeta y literario, sino un hombre de acción, un genio organizador, un conquistador espiritual que supo poner al servicio de la acción la contemplación misma. Ese es el varón a quien tantos se empeñan en pintar como el producto más perfecto y auténtico del «espíritu español», San Iñigo Oñaz y de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús".

Un brillante escritor, inspirado y joven poeta, Esteban de Urkiaga, hecho prisionero y fusilado luego por las tropas franquistas durante la guerra en tierra vasca, había estudiado a fondo este aspecto racial de Ignacio. Su juicio coincide con el del ilustre escritor alemán. En *Euzkadi* (31-7-32) dice: "El carácter espiritual español del siglo de oro era más bien místico, propenso a un ascetismo de coloquio y de efusión amorosa. En cambio, la santidad de Ignacio se forja en la actividad. Lleva en su vida el santo vasco la seriedad del paisaje patrio, mientras que cierta alegría de la vida preocupa a la santidad de los latinos. Las esencias raciales, afirma, tienen en Ignacio una fuerza profunda."

A través de este concepto racial y estudiando la re-

forma protestante, el inglés Houston Stewart Chamberlain, en 1889 escribía que, "en la lucha de lo antigermano y lo germano que implica la lucha de la Contrarreforma y la Reforma, no es pura casualidad que el campeón del antigermanismo sea un vasco". Añade: "la lucha contra lo germano tomó cuerpo en uno de los hombres más extraordinarios de la Historia, Iñigo de Loyola, vástago genuino de la misteriosa, aislada, enérgica y fantástica raza vasca", raza sin parentesco alguno con el grupo indoeuropeo, que expulsó a los primitivos pueblos de Europa. Agrega Stewart Chamberlain: "Casi se podría afirmar que la extraña raza vasca, cazada, expulsada, perseguida por los indoeuropeos en su avance, se ha querido vengar por medio de Ignacio de sus vencedores."

Don Ildefonso de Gurruchaga, erudito en la materia, comenta a este respecto: "Qué haya de verdad en lo anterior, no lo sabemos, pero recordemos que todos los vascos ofrecieron una gran resistencia a la Reforma, a pesar de la presión que se ejerció para que la abrazasen. En efecto; la Reina Juana de Nabarra, madre del famoso Enrique IV de Francia, vivía retirada en Pau, donde gobernaba su señorío independiente del Bearn y el trozo de la Nabarra nord-pirenaica que había quedado con los legítimos Reyes, después que el Rey de España usurpó la Nabarra peninsular el año 1512. Viendo que el Rey de España, heredero del usurpador, era campeón del catolicismo, y resentida con el Vaticano por la conducta que éste siguió en el asunto de la conquista de Nabarra, la Reina Juana se hizo protestante. Coaccionó e hizo grandes esfuerzos para que lo fuesen sus súbditos; mandó traducir e imprimir en euskera la Biblia, siendo el primer libro que se imprimió en nuestro idioma, aparte del breve trabajo de Etchepare. En el Bearn consiguió algún éxito,

pero en sus dominios de Baja Nabarra y en Zuberoa, nada logró a pesar de la persecución que desató; y como dice Campión, en la Nabarra unida a la corona española, donde tantos partidarios conservaba todavía la dinastía de los Reyes legítimos expulsados se enfriaron los entusiasmos con el proceder de doña Juana.

"Como se ve, la oposición de San Ignacio a la Reforma concuerda con la postura adoptada por el pueblo vasco, eso que éste parecía tener razones políticas para haberse inclinado al lado de la Reforma. ¿Fué causa de ello la explicación racista como quiere Chamberlain? Acaso obrara la misma causa que la aducida por Víctor Hugo, para explicar por qué el pueblo vasco se enroló en el campo carlista contra el liberal: «la enemiga de los pueblos viejos a las ideas nuevas». En el caso a que nos venimos refiriendo eran ideas nuevas las del protestantismo."

Debió de ser en los días de Roma cuando tuvo lugar la escena simpática y significativa que los biógrafos recogen. Uno de los compañeros (no se cita el nombre, aun cuando se habla de su nacionalidad flamenca) estaba enfermo sin que los médicos acertaran a curarlo. Exaltación, tensión nerviosa, neurastenia, afirman algunos... Tan afligido estaba que en la visita hecha por Ignacio, "con gran caridad le preguntó aparte, qué cosa que le pudiera dar contento y quitarle aquel afán y extremada tristeza que tenía, y como él respondiese que su pena no tenía remedio, volvióle Ignacio a rogar que lo mirase bien y pensase cualquier cosa que le pudiese dar gusto y alegría; y el enfermo después de haber pensado en ello, dijo un disparate", según refiere Ribadeneira. "Pues si estáis dispuesto a hacer lo que os pida, dijo, pidoos que cantéis y bailéis aquí en mi presencia como se canta y se baila en vuestra patria; de esto me parece que recibiría yo alivio." ¿De esto recibirías gran placer?, preguntó

Ignacio. Antes grandísimo, contestó el enfermo. Entonces Ignacio "aunque le pareció que la demanda era de hombre verdaderamente enfermo, por no acrecentarle la pena si se lo negara y con ello la enfermedad, venciendo la caridad a la autoridad y mesura de su persona" y a pesar de sus años, de su cojera y de sus males con presteza y habilidad bailó y cantó como tantas veces lo hiciera en las fiestas de su tierra natal. Y acabado que hubo el baile y canto dijo al enfermo: Ya veis que he hecho lo que me habéis pedido...; no me lo pidáis otra vez, porque no lo haré. Y dícese que bastó al enfermo escuchar y ver a Ignacio en aquella manifestación patriótica para curar al instante.

Ignacio en ese tiempo, va perfilando, depurando hasta la perfección, las *Constituciones,* la obra genial que será "el sistema orgánico que regule, combine y exteriorice" las funciones vitales de los órganos de la Compañía y establezca la unidad de acción y la dependencia mutua entre los miembros de la misma. Tiene ahora Ignacio cincuenta años y la experiencia —luchas y vida de un alma inquieta— va acumulando enseñanzas en forma ininterrumpida. No es obra de un día: hace ya un año en marzo, determinaron los compañeros colaborar en su confección. Luego, en el momento de la elección "lo pusieron en manos de Ignacio y Coduri", y desde la muerte de éste, tan sólo aquél va preparando la materia. Este "monumento de prudencia humana" tardará en adquirir forma seis años. Seis años seguidos de estudio, de examen, de oración y de consultas; de visiones y de lágrimas, como hemos de ver más adelante.

Al examinar esa obra Menéndez y Pelayo ha sentenciado:

"Ningún caudillo, ningún sabio influyó tan portentosamente en el mundo."

XV

EL SECRETO DEL ESPÍRITU APOSTÓLICO DE XABIER



La nave capitana "Santiago" proseguía su marcha a merced de los vientos, señalando la ruta a las embarcaciones restantes. Desde Lisboa había enderezado la proa a las islas de Madera deslizándose luego hacia el Cabo Verde para costear largo trecho por la Guinea. Cuarenta días permaneció la nave sin otro movimiento que el de las olas y bajo un sol abrasador. Interrumpida la calma penetró en la inmensidad del mar hasta la proximidad de la isla de la Trinidad, cerca del continente americano descubierto por el genovés Colón apenas hacía medio siglo, siguiendo luego rumbo a la isla de Tristán de Acuña y dirigiéndose ya directamente al cabo de Buena Esperanza, para, una vez de dar vuelta a éste y costeando la Cafrería, avanzar hacia el norte. Al fin, después de una larga y penosa navegación, llegaron a la isla de Mozambique, al Este del continente africano y frente a Madagascar, descubierta por los portugueses el año 1500. En la carta que el 1º de enero de 1542 envía Xabier desde esa isla a sus compañeros residentes en Roma, refiere algunos pormenores de la odisea y dice "que los trabajos eran de tal calidad, que yo no me atreviera a sufrirlos sólo un día por todo el mundo". Xabier trabajaba por un ideal superior; tan sólo así se conciben los sacrificios impuestos. Venciendo el mareo que le agobia durante dos meses, abrasado de fiebre, vivió mezclado entre la armada amontonada en la pestilente y asfixiante bodega del navío; allí atendió a los enfermos y asistió a los agonizantes. A estos centenares de aven-

tureros que habían abandonado sus hogares llevando "una camisa y dos panes en la mano, un queso y una caja de mermelada", por toda provisión, pero en quienes las maravillas que se contaban de los países recién descubiertos o conquistados, exaltaban su imaginación, despertando en ellos las ambiciones más desenfrenadas, predicaba los domingos quien a todo había renunciado.

La llegada a Mozambique, tierra firme al fin, fué una liberación. Seis meses permanecieron en esta isla rica en minerales y especias pero de clima cálido y húmedo, en la que los portugueses habían instalado una fortaleza militar. Existía la esclavitud y los negros se compraban en gran número para las Indias. Xabier y sus compañeros se instalaron en una choza junto al hospital; en él continuaron asistiendo a varios centenares de enfermos. Ochenta de entre ellos murieron en ese medio año. El mismo Francisco, con sencillez conmovedora confiesa en la citada carta que "mucho deseara poder escribir más largo; mas por cuanto la enfermedad no lo sufre; hoy me sangraron la séptima vez y hállome en mediana disposición, Dios loado".

No fué ello obstáculo para continuar el viaje acompañando al Gobernador, delicado de salud también, mientras Paulo y Mansillas quedaban en el hospital al cuidado de los enfermos. Iba Xabier en cubierta, "durmiendo sobre un montón de maroma arrollado, teniendo por almohada un ancla". "Novecientas leguas" separan Mozambique de la India; saliendo a bordo de la galeona "Coulam" a fines de febrero de 1542, llegaron al puerto de Goa el 6 de mayo. Antes hicieron escala en el puerto de Melinde y en la isla de Socotra. En esta última, situada en el golfo Aden, entre Etiopía y Arabia, pretendió Xabier comenzar su apostolado. La gente de la isla, de tierra desamparada, estéril y seca, era cristiana. Pero

de un cristianismo particular y extraño; "hónranse mucho en decir que son cristianos" y disponen de "iglesias, cruces y lámparas", careciendo de todo libro y escritura. Los "caices", especie de clérigos, que no saben leer ni escribir, van a la iglesia a medianoche, de mañana y tarde y recitan muchas oraciones cuya traducción y significado ignoran en absoluto. "Ni bautizan ni saben qué cosa es bautizar." Enemigos de los moros, que los esclavizan y arrastran sus hijas a los harenes, no consienten que se conviertan al cristianismo. Los "caices" son casados y ayunan durante meses con rigor extremo, ya que en ese período "no comen pescado, ni leche, ni carne". Por tratarse de una isla visitada por los turcos y temiendo que pudiera caer prisionero, no permitió el Gobernador que quedara en ella Xabier.

Goa, la "ciudad del oro", como la llaman los portugueses, había sido arrebatada a los mahometanos en 1510 por el Virrey Alfonso de Albuquerque, sucesor de Vasco de Gama, que saliendo de Lisboa en 1497 dió el primero la vuelta al cabo de Buena Esperanza, abriendo la ruta marítima de las Indias. Con el desembarco de Vasco de Gama en Calicut el año 1498, comienza una política de rapiña en Oriente, cubierta con los más diversos disfraces y con un retraso de muy pocos años a la que ya se asienta en el nuevo continente que descubriera Colón. El mismo suceso se repetirá en el curso de varios siglos, afirma Zweig: fúndase primero la factoría y procédese luego a la fortificación para su presunto amparo. Primero establécese un pacífico intercambio con los soberanos aborígenes; luego, una vez que se ha traído suficiente cantidad de soldados, se les quita sin más ni más su territorio y con éste toda su riqueza. No de otra forma se procede en Cananore, Cochin, Goa, Ormuz, Malaca, Comorin, etc.

A excepción de Goa y Cochin, el resto queda reducido a un fortín militar, de singular valor estratégico. Cuando Xabier llega a Goa, ofrece ésta un aspecto de ciudad cristiana; un año antes habíase abierto un seminario para sacerdotes indígenas; existía un convento de franciscanos con treinta religiosos, varias ermitas "ricas de edificios y ornamentos", clero secular abundante. Su acción no alcanza, sin embargo, al indígena, a los 40.000 paganos divididos en castas, sometidos a los brahmanes y temerosos de los ídolos de figuras grotescas y repugnantes. La misión del clero se limita al cuidado espiritual de los cristianos. Eran éstos aventureros y mercenarios, "desgarrados en moral e ingobernables en lo político", que "con frecuencia se diferencian muy poco de los infieles y mahometanos". Decían buscar "la pimienta y las almas"; Schurhammer comenta que "sólo rarísimas veces se estimaban las almas más que la pimienta". El mismo historiador dice que "el mal ejemplo de los portugueses, que en su codicia y desenfreno se permitían cada vez mayores desmanes contra los naturales y aun contra los recién bautizados, retraía a muchos de pasar al cristianismo y hasta hacía odioso y aborrecible entre los infieles el solo nombre de cristiano". No otro será el ambiente general en el que habrá de desenvolver sus actividades Xabier en estas tierras sometidas al despotismo y a la codicia de quienes con arrogancia se titulan cristianos.

Cinco meses permaneció en Goa. Hospedado en el hospital Real, dormía sobre una "estera tendida junto a los enfermos más graves". Por la mañana oía confesiones y por la tarde visitaba a los presos y luego recorría las calles llamando con una campana a los niños y esclavos a quienes explicaba el catecismo. Los domingos acudía al hospital de leprosos en los extramuros de la ciudad, confesando y predicando.

A fines de septiembre embarcó en dirección a Pesquería, "tierra muy estéril en extremo y paupérrima", en el extremo meridional de la India doblado el cabo de Comorin. Ocho años antes, estos pescadores de perlas habían solicitado la ayuda de los portugueses para defenderse de los mahometanos. De ahí su conversión al cristianismo; unos pocos clérigos bautizaron a 20.000 paravas. Xabier, en sus penosas y arriesgadas marchas por aquellas miserables aldeas, de erguidas y ostentosas pagodas en las que para aplacar la ira de los dioses se ofrecían a éstos abundantes gallinas y cabras, pudo comprobar que de cristianos no tenían otra cosa que "los nombres portugueses impuestos al ser bautizados".

Dos años más tarde, en 1544, escribe en una extensa carta desde Cochin, cuánto ha sufrido de no poder hacerse comprender, "por ser su lengua natural malabar y la mía bizkaina", dice. No tarda en aprender lo necesario, convocando a tal fin "a los más sabios de la región". Pronto "tradujo al tamul las partes más importantes de la doctrina cristiana". "Aprendióse luego de memoria los trozos traducidos y comenzó a enseñar." Dedicábase con preferencia a los niños, quienes enseñan en sus casas cuanto aprenden. Muchos pelean con los gentiles, delatando sus idolatrías. A veces "toman los niños los ídolos, escribe, y los hacen más menudos que la ceniza, y después escupen sobre ellos y los pisan con los pies; y otras cosas les hacen que aunque no parece bien nombrarlas por su nombre...". Su acción es sorprendente. "Es tanta la multitud de los que se convierten a la fe de Cristo en esta tierra donde ando, escribe, que muchas veces me acaece tener cansados los brazos de bautizar, y no poder hablar de tantas veces decir el credo y mandamientos en su lengua de ellos, y las otras oraciones, con

una amonestación en la cual les declaro qué quiere decir cristiano." "La dificultad mayor son los brahmanes. Hacen creer a los simples que comen los ídolos, dice, y hay muchos que antes que coman ni cenen ofrecen cierta moneda para el ídolo. Dos veces al día, con grandes fiestas de atabales, comen, dando a entender a los pobres que comen los ídolos. Antes que les falte lo necesario a los brahmanes, dicen a los pueblos que los ídolos están muy enojados contra ellos, porque no les mandan las cosas, que por ellos les mandan pedir, y que si no proveen, que se guarden, que los han de matar o de darles enfermedades, o han de mandar los demonios a sus casas: y los tristes simples, creyendo que será así, temiendo que los ídolos no les hagan mal, hacen lo que los brahmanes quieren." "A los brahmanes —añade el intrépido nabarro—, pésales mucho de que yo nunca otra cosa haga sino descubrir sus maldades: ellos me confiesan la verdad cuando estamos a solas, y cómo engañan al pueblo: confiésanme en secreto que no tienen otros patrimonios sino aquellos ídolos de piedra, de los cuales viven fingiendo mentiras."

Un año continuó su apostolado en esas tierras; en octubre de 1543 regresó a Goa. Meses más tarde, después de una visita a Cochin, volvió a la Pesquería. Regresaba ahora acompañado de un sacerdote del país, de Juan de Lizano y otros seglares, entre los que destaca el soldado bizkaino Juan de Arteaga.

Xabier comienza ahora su obra de gigante. Nada le detiene: recorriendo leguas, entre peligros y fatigas, por tierras estériles y mares tempestuosos, por zonas incluso ensangrentadas por la crueldad mahometana, rodeado siempre de fanáticos y paganos, va asentando con vigor y fortaleza los jalones primeros de su acción misionera, que perdura y florece al cabo de los siglos.

Hasta la llegada del animoso vasco a las Indias, no hay modo de convertir. La intolerancia y un nacionalismo absurdo y orgulloso impide que los indígenas vean con buenos ojos a quienes se llaman cristianos. Ven en ellos al invasor y al enemigo de cuanto son y tienen. La bandera de Cristo se utiliza, una vez más, como antifaz de la bandera imperialista. Monseñor Olichon, en su hermosa obra *Les Missions,* sintetiza bien expresivo: "tiranizar = portugalizar". Los misioneros exigen a los neófitos no solamente que abandonen la casta, sino que adopten sus costumbres, su lengua y aun sus nombres; llegan incluso a imponer, injuria suprema entonces, el uso de la carne; tras la esclavitud y el saqueo, la desnacionalización.

Por el contrario, Xabier, "dechado indiscutible de todo apostolado misional moderno" se rebela contra tan inhumano atropello que atenta al derecho natural y proclama sin temor al escándalo y a los fariseos que en torno suyo se rasgan las vestiduras: "no cambiéis lo que hay si no fuese pecado" (testimonio del Padre Gaspar sobre él). Allí donde se encuentra respeta la nacionalidad y las manifestaciones que de ella se derivan.

Es que Xabier conoce en carne propia el significado y el drama lacerante de la patria invadida y sabe de vejámenes, despotismos y atropellos del invasor. La patria inmolada, la congoja y las lágrimas del hogar han debido permanecer siempre en el corazón del nabarro. En medio de aquellas gentes torpes e incultas llegan a él por eso, sentimientos, emociones e impulsos que para otros pasan inadvertidos. De ahí también su reacción enérgica contra la tiranía ejercida. No calla, no oculta su protesta. Lo hace contra los portugueses, que cautivan indígenas recién convertidos; contra quienes imponen su propia justicia sin contar con reyes y príncipes

"prendiendo y deshonrando"; contra quienes raptan, violan y roban... Y eleva su voz hasta el propio monarca Juan III, en términos claros y audaces. "Para cumplir, pues, con mi deber y para descargo de mi propia conciencia, escribe en enero de 1545, digo y certifico a Vuestra Majestad, que si desea promover y dilatar nuestra santa fe en esta región de las Indias, si quiere que los nuevos convertidos no vuelvan atrás y tornen a sus antiguas supersticiones, perseguidos como andan y amedrantados con vejámenes e injurias de todo género por los ministros de Vuestra Majestad principalmente, es..." "Porque si no, dice más adelante, se expone Vuestra Majestad a oír de labios del Señor irritado cuando le llame a juicio (y esto sucederá cuando menos lo piense sin esperanza de poderlo eludir). ¿Por qué, dirá, no castigaste a aquellos de tus ministros que revestidos de tu autoridad me hacían a mí la guerra en la India? Ya sabrías castigarlos severamente si les hallases menos fieles y solícitos en la cobranza de los bienes del fisco." Concretando su pensamiento, escribe aún: "¡Ah! Paréceme que estoy oyendo las voces que desde estas regiones se elevan hasta el cielo; voces de la India querellándose que Vuestra Majestad es escaso y mezquino con ella; pues sacando de su seno tantas riquezas con que llenar su real erario, apenas si dedica la más insignificante parte para socorro de sus necesidades espirituales, que es lo que más importa e interesa."

Xabier atrae y conmueve; prestigia la doctrina con su ejemplo. Busca el sacrificio, la inmolación. Cuando el Príncipe Madure invadió con sus tropas "badagas" las tierras del cabo Comorin "matando, saqueando e incendiándolo todo", y los bautizados que pudieron salvar sus vidas se habían refugiado "en las rocas y escollos del mar", para morir en ellos de sed y de hambre, no

vaciló en lanzarse en su socorro primero por mar y más tarde por tierra entre el tumulto de la batalla. "El Gran Padre" le llamaban los indígenas. Reyes y príncipes acudían a él solicitando apoyo y ofreciendo conversiones colectivas. "En un mes bauticé más de 10.000 personas", escribe a Roma. Y aun confía este año hacer "más de cien mil cristianos según hay mucha disposición en estas partes".

Otro tanto sucederá sesenta años más tarde a su familiar el Padre Jerónimo de Xabier. Caliente aún en su corazón el recuerdo de su patria lejana, recorrerá aquellas inhóspitas tierras con la misma fe e idéntico entusiasmo convirtiendo y creando iglesias. Lahore, Kashmir, Dehli, Patna serán testigos de su obra grandiosa. Es él quien mayor influencia ha logrado en la Corte del Gran Mogol; él, quien educa a los príncipes, sobrinos del emperador, quien forma espiritualmente al gran Ministro Mirza Zulparnain, base de expansión misional. De Jerónimo de Xabier, otro vasco bien representativo de su pueblo y raza, dirá Withington, en carta dirigida al Rey de Inglaterra en 1613: "No hay noble que tenga tan fácil acceso como ellos . . . y el Gran Mogol no hará nada contra los portugueses mientras «el brujo» de Jerónimo Xabier viva: un viejo jesuíta que reside con el Rey, a quien éste quiere mucho."

No oculta sin embargo Xabier, las tribulaciones de su alma. "Estoy tan acostumbrado, dice, a ver las ofensas que a estos cristianos se hacen sin poder favorecerlos, que es una amargura que siempre tengo en el alma." En noviembre de 1544, escribe desde Manapar: "Confiésoos que a veces me enfada el vivir, y me parece mejor morir por favorecer nuestra fe y ley, que vivir viendo tantas ofensas de Dios como cada día se ven, sin poderlas remediar." Y aun: "Yo estoy tan cansado de vivir, que juzgo

ser mejor morir por favorecer a nuestra ley y fe, viendo tantas ofensas como veo hacer sin remediarlas."

Más de una vez ha suspirado deseando la muerte. Pero, como escribe Bellesort, se ha repuesto pronto. Sus abandonos eran muy raros y no iban jamás hasta el desfallecimiento.

XVI

IGNACIO Y LOS JUDÍOS



En su obra por la conversión de los judíos, dice el escritor alemán Böhmer, hablando de Ignacio, dió de nuevo pruebas de su gran talento de organizador. Era extraordinaria la simpatía que sentía el santo por ese desgraciado pueblo. Él hubiera tenido por merced grande de Dios haber nacido de judíos; y a alguien que se escandalizaba de ello (recuérdese qué estima se hacía entonces de los hijos de Israel y más entre españoles) dió una respuesta que desconcierta a los sabios y prudentes de este mundo, y ella por sí sola confunde las versiones que ciertas plumas modernas han hecho circular sobre este amor de San Ignacio a los judíos: "¡Cómo —dijo— poder ser pariente de Jesucristo, nuestro Redentor, según la carne, y de la gloriosa Virgen María nuestra Señora!"

No deja de ser interesante ciertamente que en un período de persecución y lucha contra los judíos, se mostrara cordial y favorable a los mismos. Destaquemos que nada le ligaba a aquella raza en desgracia. Preso en Alcalá, había contestado con orgullo y vanidad nacional, al inquisidor: "En mi patria no suele haber judíos. . ."

Relativo era el concepto de patria en Ignacio. De ahí su exclusión inconsciente de Nabarra. Son famosas, sin embargo, las juderías que existían en tierras nabarras y especialmente en Estella y Lerín. Nabarro era el judío convertido Pablo de Santa María, que fué Obispo de Burgos, y uno de los principales personajes de Castilla en el siglo XIV al decir del Padre Estella, O. F. M. En el

siglo XII nació en Tudela Rabbi Benjamín Ben Jonah, autor del célebre *Itinerario* en el que recoge impresiones de su visita a diversos continentes; en el siglo XIII nació en Tudela también Rabbi Chaün Bar Samuel; en el XIV en Estella nació Rabbi David Destilüah, autor de diversas obras religiosas. Igualmente en Estella nacieron Rabbi Abraham Aben-Serap y su hijo Mennaben Aben-Serap. Este último narró las matanzas de sus hermanos en raza en 1328, a manos de los "pastorelos", excomulgados por Clemente V, quienes reunidos en el sur de Francia habíanse dedicado a la matanza y saqueo en las juderías. Un nabarro religioso franciscano, Pedro de Ollogoyen, con sus sermones pronunciados en Estella exaltó las pasiones e hizo que la matanza alcanzara a varios miles de personas. Cierto que las autoridades persiguieron y procesaron al fraile y a los criminales, según refiere Mariano Arigita, en su obra *Influencia social, religiosa y política de los judíos en el País Vasco.*

Ignacio desconoce o permanece al margen de estos acontecimientos históricos de su patria. Por eso reacciona con viveza ante el inquisidor; pudiera incluso creerse que hay en su expresión un airecillo de desprecio, fenómeno de la época por otra parte.

En Roma, sin embargo, una de sus obras de apostolado social a ellos está dedicada. En número de varios millares, huyendo de la violencia y el saqueo, corolario de la orden de expulsión de varios países, los judíos han hallado seguro refugio en los Estados pontificios y muchos de ellos viven en el mayor desamparo. Ignacio funda entonces un asilo de catecúmenos para judíos; hasta el momento de su fundación los recibe en su propia casa. Logra luego del Papa un Breve por el cual "puedan hacerse cristianos conservando la hacienda". Así lo dice en carta escrita con fecha 1º de junio de 1542; está diri-

gida a los de la Compañía en Italia y añade en la misma: "Hanse cristianizado tres judías, una viuda y dos doncellas, y háseles dado dote para que se casen. Otro judío boloñés nos han mandado a casa los Cardenales Farnesio y Santa Cruz, con muchas recomendaciones para que se instruya y bautice. Hase publicado el Breve para los judíos en algunas ciudades de Italia, como Bolonia, Reggio, Módena, Parma (en la cual hay muchos), y fuera por las aldeas, y se espera mucho fruto." Por el mismo tiempo interviene en favor de los judíos nuevos convertidos que son atropellados en Portugal por la Inquisición establecida allí en 1536.

Años después, cuando el Arzobispo de Toledo pretende que se excluya de la Compañía a los miembros judíos, o descendientes de tales, Ignacio rechaza la sugestión y responde seco: "Bástale a él entender en lo que está a su cargo." Surgen en España nuevos impedimentos al ingresar en la Compañía los judíos Loarte y Guzmán, se indigna, pide se les envíen a Roma y escribe: "que acá no se mira tan al sotil de qué raza sea el que se ve ser buen sujeto... como tampoco basta, para que uno se acepte, la nobleza, si las otras partes no concurren".

Y aun cuando es un judío, Diego Láinez, quien ostenta el cargo supremo de la Compañía a la muerte de Ignacio, la oposición se mantiene viva. Aun más tarde, pretendieron algunos poner inconvenientes en el admitir a cristianos nuevos. Ribadeneira escribió una vigorosa impugnación de semejante sentencia y entre otras razones decía: "Es contra el espíritu de nuestro Padre, porque yo se lo oí decir delante de muchos y con lágrimas en los ojos..." "Y un caballero bizkaino, que se llamaba Pedro de Zárate —bermeano y amigo íntimo de Loyola— me dijo que nuestro Padre le había dicho eso mismo, y que le había dado tantas razones para ello, que

le habían persuadido a desearlo, con ser cosa tan contraria al natural de los bizkainos y que él antes tanto aborrecía."

No menos audaz fué otra de sus empresas que escandalizó a no pocas almas timoratas. Roma se consumía en la corrupción de costumbres. Millares de mujeres de vida airada recorrían la ciudad; en frase de un escritor presencial "abrasábase la ciudad en este fuego del infierno". "En casa padecíase gran necesidad, dice Casanovas, pero había unas reliquias de la antigua Roma que tenían algún valor. Ignacio mandó vender aquellas piedras, para comenzar una fundación en donde pudiesen recogerse aquellas desdichadas, y él mismo las acompañaba por las calles de Roma, cuando querían dejar su mala vida." Fué así como nació el Asilo de Santa Marta. A uno que le reprendía por emplearse "en tarea tan inútil", contestó: "Si yo pudiese con todos mis trabajos impedir un solo pecado mortal los daría por bien pagados, para que no fuese ofendida la majestad infinita de mi Criador y Señor."

"Funda también un establecimiento en donde pudiesen recogerse las doncellas honradas que corrían peligro de perderse, y dos casas de huérfanos, una para niños y otra para niñas, a fin de subvenir tanto a sus necesidades materiales como a su buena educación cristiana."

Ignacio lleva su obra con tenacidad asombrosa; y lo hace en profundidad y extensión. Su modo de actuar ha quedado concretado en una de sus máximas: "Hagamos primero de nuestra parte cuanto podamos, como si Dios nada hubiese de hacer; después pongamos en Dios toda nuestra confianza como si nosotros no hubiésemos hecho nada." Recoge Aicardo que Simón Rodríguez, el portugués que acompañó a Xabier a Lisboa, llegó a decir en cierta ocasión: "Vos habéis de saber que el Padre

Ignacio es buen hombre y muy virtuoso; mas es bizkaino, que como tome una cosa a pecho..."

Y así lo hacía todo Ignacio. Desde la casa vecina a la iglesia de Santa María persevera y se aferra con tesón a la obra. Desde allí orienta y gobierna a los miembros de la Compañía diseminados ya por el mundo. Doce volúmenes han quedado de su correspondencia en la que se recogen miles de cartas. Adviértase que siempre escribía en borrador pasando luego a limpio a fin de evitar precipitación en cuanto dijera. De ahí que no aparezca en el enorme epistolario "una frase imprudente, ni una frase descuidada".

Prudencia y constancia, he ahí su norma. Refiere Casanovas que Ignacio un día esperó catorce horas en la antesala de un Cardenal, sin comer ni beber nada, porque juzgaba conveniente hablarle de un negocio importante. "Es cosa averiguada, escribe Ribadeneira, que en más de treinta y cuatro años, por mal tiempo que sucediese, áspero y lluvioso, nunca dilató para otro día o para otra hora de lo que tenía puesto, o lo que una vez había determinado de hacer, para mayor gloria de Dios Nuestro Señor."

Mientras tanto, otros acontecimientos conmueven a la cristiandad. El Papa, recogiendo el clamor que de todas partes se elevaba desde hacía más de un cuarto de siglo, se decidió a convocar a un Concilio universal. La Bula fué hecha pública el 22 de mayo de 1542 y la reunión había de tener lugar en Trento, situado en el Tyrol italiano, el primero de noviembre del mismo año. El Papa solicitaba el concurso de todos para "asegurar la integridad de la religión católica, la reforma de costumbres, la unión de príncipes y pueblos cristianos y el medio de rechazar las acometidas infieles". En la fecha fijada tan sólo acudieron algunos Obispos italianos y alemanes; los

tres Legados del Papa esperaron en vano durante siete meses la llegada de otros miembros del episcopado y de los embajadores de los titulados príncipes católicos. En el mes de julio habíase reanudado la guerra entre Francia y España; siempre en juego la misma ambición, idéntica rivalidad y egoísmo. En esa ocasión aparecieron aliados el Rey cristiano Francisco I y el infiel Barbarroja. Mientras Solimán llegaba a Viena, las dos escuadras, arbolando bandera turca, sitiaban Niza, en poder del Duque de Saboya. La flota turca invernó en Tolón y zarpó en la primavera de 1543 llevando un gran cargamento de esclavos cristianos; el genovés Doria, al servicio del Emperador ahora, pudo apoderarse de tres naves liberando así a trescientos niños y trescientas niñas cautivas... Por su parte, el "paladín del catolicismo", Carlos V, establecía alianza con Enrique VIII, el excomulgado, el monstruo de las seis esposas, y "sobre quien, según el Cardenal Hergenröther, pesaba la muerte de dos reinas, doce duques y condes, ciento sesenta y cuatro gentileshombres, dos cardenales arzobispos, dieciocho obispos, trece sacerdotes, quinientos priores y frailes, treinta y ocho doctores en Teología".

Hasta la firma de la paz en 1544, no hubo, pues, posibilidad de pensar en el Concilio. Los intereses materiales pesaban más que los espirituales. Así, en esa paz de Crespy quedaron éstos relegados a segundo término; y entre otras cosas, Francisco I, Rey de Francia, se comprometía a no ayudar al Rey de Nabarra a recuperar su reino arrebatado por la violencia. Pero ni aun así pudo celebrarse aquél y fué retrasándose hasta el 13 de diciembre de 1545.

Comenzaba entonces el florecimiento de los colegios ignacianos. En Roma existía ya uno desde el año 1541; el de Coimbra, en Portugal, educaba en 1544 a sesenta

jóvenes de la Compañía; en Padua, vive otro grupo a las órdenes de Polanco; en Lovaina, al lado de la famosa Universidad se establece Ribadeneira con el grupo que huye de París a raíz de la guerra; Pedro Canisio fué el primer alemán de la Compañía; era entonces un joven de veintidós años y escribió sobre los Ejercicios desde Maguncia a un amigo: "sentí, por decirlo así, en mí, nuevas fuerzas, las cuales desde el alma redundaban en el cuerpo; me vi enteramente trocado en otro hombre".

Fué en Alemania precisamente donde comenzaron a ser llamados "jesuítas". Es éste un nombre más antiguo que la fundación de la Compañía. "Con él se designaba, a principios del siglo XV, a un cristiano verdaderamente piadoso, a un «beato». Parece que donde por vez primera se dió este nombre a los miembros ignacianos fué en la baja Alemania, hacia 1544, y por cierto, en sentido odioso. Ellos por largo tiempo lo oyeron de mala gana, pero poco a poco se avinieron a él, y después hasta ellos mismos lo usaron."

Las primeras noticias de Xabier causaron en todas partes indescriptible sensación. Las copias se multiplicaban y corrían de mano en mano por toda Roma y más tarde por el mundo entero... "Comenzando por el Papa y bajando hasta los bancos de las aulas universitarias, todo el mundo quedó maravillado." Dice Casanova que con esa primera carta Xabier "no había hecho menos fruto en España y Portugal que en las Indias con su doctrina".

A la lectura de esa carta, que se refiere a aquella en la que dice que "muchas veces me mueven pensamientos de ir a los Estudios de esas partes, dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la Universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad para disponerse a fructificar con ellas, cuántas ánimas dejan de ir a

la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos", se rindió el estudiante Jerónimo Nadal, pronto compañero de Ignacio.

Como viera éste el éxito y el bien producido por las cartas de su compatriota el nabarro, que incluso se leían en los púlpitos de las iglesias, ordenó a los miembros de la Compañía que se enviaran informaciones detalladas de costumbres, ambiente, etc., "de cuanto es digno de saberse".

XVII

LAS AUDACIAS DE UN ALMA GRANDE



Los biógrafos de Xabier no pueden, a veces, contener "como un gesto de inquietud ante sus audacias". Le atrae el peligro; y cuando éste ha sido, al fin, vencido, a costa de humillaciones, miserias y sacrificios extraordinarios, renuévanse en su alma, apasionada e insatisfecha, anhelos de aventura, ansias y afanes que le arrastran a nuevos derroteros. Son años de siembra y de organización. Inicia su apostolado en tierra virgen y cuando apenas comienza la germinación, selecciona con habilidad los compañeros que han de gozar en su florecimiento y, enemigo de la quietud, se aleja con premura a tierras desconocidas. Justifica su actitud manifestando que dada la presencia de otros Padres "donde ellos están no hago yo falta alguna". Así, a medida que atraviesa mares y recorre islas, va organizando núcleos misioneros con los que permanecerá en continua relación, interesándose por sus afanes y problemas, orientando y gobernando en definitiva. Porque Xabier es en Oriente lo que su compatriota Ignacio en la Ciudad Eterna: nervio y alma, fe y acción.

Mediado el mes de septiembre de 1545 llegaba a Malaca, después de una estancia de cuatro meses, "trabajando por las almas", en Santo Tomé, "adonde dicen los gentiles de la tierra que está el cuerpo del Apóstol", muerto de una lanzada en aquella zona. También en Malaca, durante los tres meses y medio que allí estuvo, asistiendo a los enfermos y predicando, "tradujo a la lengua ordi-

naria de todas las islas de aquellos mares", la malaya, las partes más importantes de la doctrina cristiana. La próxima escala será el lejano Oriente; es un viaje que le atrae, que le domina más bien, y que viene preparando con atención.

Mes y medio tardó el navío en llegar a las islas Molucas, islas de las especias. En su capital, Amboina, desembarcaba el 14 de febrero de 1546; un año aproximadamente puso en recorrer y visitar, en continuo apostolado, las islas del archipiélago. Habla en sus cartas de las islas Baranuta, habitada por "salvajes, cazadores de cabezas", Musalant, Maluco y Moro. En carta dirigida a Roma, dice de los tres meses pasados en Maluco: "por las plazas los niños y en las casas, de día y de noche, las niñas y las mujeres, y en los campos los labradores, y en la mar los pescadores, en lugar de otras canciones cantaban santos cantares, como el credo, Pater noster, Ave María, mandamientos, obras de misericordia y la confesión general, y otras muchas oraciones, todas en lenguaje de manera que todos las entendían, así los nuevamente convertidos a nuestra fe, como los que no lo eran. Quiso Dios Nuestro Señor que en los portugueses de esta ciudad y en la gente natural de la tierra, así cristianos como infieles, en poco tiempo me hiciese muy agradable a sus ojos".

En esa isla de Amboina murió el día Viernes Santo de 1546, Ruy López de Villalobos después de haber recibido los últimos sacramentos de manos de Francisco de Xabier. Era este Villalobos jefe de la expedición española que habíase hecho a la vela años antes en la costa occidental de México. Después de haber descubierto no pocas islas llegaron a Mindanao el 2 de febrero de 1543 y la bautizaron con el nombre de "Caesarea Karoli"; meses más tarde Villalobos daba el nombre de "Filipinas"

"en honor de nuestro más afortunado Príncipe" —dijo— al grupo al que pertenecía aquélla.

Tres meses pasó también en las islas del Moro. El Padre que últimamente los visitó fué asesinado. Es un aliciente más para su ánimo; con razón el escritor protestante Samuel Smiles, en su obra *El Deber* pone a Xabier como ejemplo de heroísmo y de fuerza de voluntad.

"Estas islas son muy peligrosas, escribe, por causa de las muchas guerras que hay entre ellos. Es gente bárbara; carecen de escrituras, no saben leer ni escribir; es gente que da ponzoña a los que mal quieren y de esta manera matan a muchos." "Hay en estas islas una gente que llaman tavaros: son gentiles, los cuales ponen toda su felicidad en matar los que pueden, y dicen que muchas veces matan a sus hijos y mujeres cuando no hallan qué matar. Estos matan muchos cristianos." En otra carta escrita desde Amboina, habla de estas islas "en las cuales se comen unos a otros; esto es cuando unos con otros tienen guerra y se matan en pelea, y no de otra manera. Cuando mueren por enfermedad, dan por gran banquete las manos y calcañares a comer. Es tan bárbara esta gente, que hay islas donde demanda un vecino a otro (cuando quiere hacer una fiesta grande) su padre si es muy viejo, emprestado para comerlo, prometiéndole que le dará el suyo cuando fuere viejo y quisieran hacer algún banquete".

Después de tres meses de predicación en esas tierras "fragosas, muy trabajosas de andar y careciendo de mantenimientos corporales", regresó Xabier a Maluco. Dice que se hizo aquí "mucho fruto, así en los portugueses y sus mujeres e hijos, como en los cristianos de la tierra. Acabada la cuaresma con mucho amor de todos, partí de Maluco para Malaca". Con sencillez añade: "por evitar lloros y gemidos de mis devotos, amigos

y amigas, en la despedida, me embarqué casi a media noche".

Cuatro misioneros le esperaban en Malaca; a ninguno de ellos conocía. Tres acababan de llegar de Portugal y uno había ingresado en la Compañía en la India. Faltaba Francisco Mansillas, el compañero portugués de Xabier en su viaje desde Lisboa, a quien había designado para ir a las islas Molucas. Mansillas, conocedor del estado de barbarie de aquellas inhóspitas tierras, no tuvo vocación de mártir y faltó a la obediencia. Xabier, que, como Ignacio, exige a sus colaboradores dos virtudes, obediencia y humildad, lo expulsó inmediatamente del seno de la Compañía.

Uno de esos misioneros, Núñez, en carta dirigida a Coimbra, pinta así a Xabier, "al cual por culpa de mis pecados, dice, nunca había visto hasta ahora". Y "es tanta su fama y ejemplo, que tiene gran resonancia en toda esta India y todos se disputan a porfía la amistad con él". "Es hombre ni muy bajo ni muy alto; su andar es muy mesurado que apenas se le siente; su rostro despejado, sus ojos habitualmente mirando al cielo y humedecidos, su boca sonriente, sus palabras pocas y tales, que mueven a lágrimas; de su boca no oiréis sino, «Cristo Jesús», «la Santísima Trinidad»..."

Fué en Malaca donde por vez primera tuvo conocimiento de la existencia del Japón. Así lo manifiesta en extensa carta escrita a Roma desde Cochin en enero de 1548, días después de su regreso a la India. Con los mercaderes portugueses, al frente de los cuales iba el capitán Jorge Álvarez, que le daban cuenta de "unas islas muy grandes, de poco tiempo a esta parte descubiertas", vino un japonés de treinta y tres años de edad llamado Angero. El Padre Domenzain, en su obra *El Japón,* dice que "a Xabier debió sonarle este nombre a Angel (en italiano

Angelo), ya que lo escribió siempre Angero, el cual evidentemente no es nombre japonés, y menos aún si lo leemos con pronunciación castellana. Varias son las versiones que dan los distintos biógrafos acerca del verdadero nombre japonés de este primer convertido: unos le dicen Yagiro, en francés, como Bellesort. Otros, como Schurhammer, Anchiro. Un biógrafo japonés protestante lo llama Kányiro. Otros, como el Padre Charles, Hashiro. Después de consultarlo con bastantes japoneses me parece que si leemos Angero con pronunciación italiana de la *g* suave y la *a* aspirada, el nombre japonés que más se le parece es el de Hángiro, es decir, Jányiro". Perseguido por un asesinato y atormentado por ciertos pecados cometidos en su juventud, Angero, a instancia de los portugueses, merced a los cuales pudo huir del Japón, buscó a Xabier con afán para abrirle su conciencia. "Holgó mucho conmigo, escribe el apóstol vasco, y me vino a buscar, con muchos deseos de saber cosas de nuestra ley." "Si así son todos los japoneses, añade, tan curiosos de saber como Angero, paréceme que es gente más curiosa de cuantas tierras son descubiertas."

Antes de lanzarse a esa aventura que quiere unir a la gran obsesión que pesa sobre su alma, la evangelización de China, el país inmenso y misterioso, que tiene cerradas sus puertas con hermetismo desesperante, se entrega a sus funciones de Superior, de gobernante. Son muchísimas las cartas de esa época; dondequiera que se encuentre, en Cochin, de visita en Pesquería o en Goa, escribe aconsejando y ordenando, para que las misiones "pudieran continuar bien en la larga ausencia que meditaba". No cesa su correspondencia con Ignacio, con el Rey de Portugal a quien pide que provea a la India de "fundamentos espirituales", a Simón Rodríguez, de Portugal, a quien confiesa: "El Rey muestra buenos deseos

por carta para que se acreciente mi honra en la India, y nunca castiga a los que sus cartas y mandatos no cumplen, y prende y castiga a los que encomienda sus provechos temporales, si por cualquier vía que sea no acrecientan sus rentas y haciendas."

En la primavera de 1549 debía zarpar del puerto de Goa la nave que había de hacer escala en Malaca. El domingo de Ramos embarcó en ella Xabier con tres compañeros que se dirigían a Moluco y con Cosme Torres, Juan Fernández y Angero, a quien habían bautizado con el nombre de Pablo de Santa Fe y dos compañeros de éste, japoneses también, juntamente con dos criados: el chino Manuel y el malabar Amador. El 25 de abril salieron de Cochin y llegaron a Malaca el último día del mes de mayo. Escribe Xabier que el capitán de la fortaleza "a todos los de la Compañía muestra tanto amor que hubiera querido tripular un navío con algunos portugueses que nos llevasen al Japón, mas no se encontró embarcación que pudiese ir allá. Mandó armar un junco de un chino por nombre «el Ladrón», gentil, casado aquí, el cual se comprometió a llevarnos al Japón, y el capitán le obligó a dejar una fianza diciéndole que si no traía recado mío de Japón que contase por perdida su hacienda y hasta su mujer; además nos proveyó el capitán de todo lo necesario muy abundantemente. Envía al Rey del Japón presentes por valor de doscientos cruzados en piezas que han de ser llevadas con celeridad sin detenerse en China".

Con "mares grandes y de mucha tormenta", escribe Xabier, "estando juntos con una tierra que se llama Conchinchina, nos acontecieron dos desastres en un día, víspera de la Magdalena". En uno de los terribles balanceos de la nave cayó a la bomba uno de los compañeros, Manuel China, y sólo con grandes dificultades y mal-

herido logró salvarse; poco después, la hija del capitán caía en el mar ahogándose en presencia de su padre. Eran éstas, peripecias normales en esta clase de viajes. Para percatarse del peligro que tal navegación ofrecía, bastará tener presente que en esa época, de acuerdo con las estadísticas del Padre Brou, de cinco expediciones que se hicieron a China, integradas de cincuenta y cinco misioneros, perecieron en el viaje cuarenta y uno; y de las cuatro que se llevaron a cabo a la India, de ciento tres misioneros murieron treinta.

En calma el mar, días después llegaban al puerto de Cantón, en la China. Pretendieron invernar allí y tan sólo con ruegos y amenazas de los misioneros lograron continuar el viaje y costeando, dando vuelta a Hong-Kong, entrar en Tschin-Tscheou, a la altura de la isla de Formosa. Hubieran invernado si el temor de verse abordados por "los muchos ladrones de aquel puerto", no les incitara a proseguir la marcha. Y así, "contra la voluntad del capitán del navío y de los marinos" llegaron a Japón.

Siete años antes, involuntariamente también, empujado por las corrientes y azotado por la tormenta, llegaba a aquellas desconocidas islas el navegante portugués Fernando Méndez Pinto. Así se descubrió el imperio insular Nihon.

"Llegué el día de Nuestra Señora, el 15 de agosto de 1549, escribe Xabier tres meses después, y sin poder tomar otro puerto del Japón, venimos a Cangoxima (Kagoshima, al sur de las islas), que es la tierra de Paulo de Santa Fe, donde todos nos recibieron con mucho amor, así sus parientes como los que no lo eran." Hubieran preferido llegar a Meaco, la ciudad principal en la que reside el Rey y los grandes señores; la Universidad allí establecida cuenta con cinco grandes colegios y más de dos-

cientas casas de bonzos, gixu y amacala, es decir, a manera de frailes y monjas. Los vientos reinantes han sido contrarios a ellos y así han llegado a la costa de tierra volcánica y montañosa a más de trescientas leguas de aquella capital.

El Japón de entonces es para todos un misterio. Xabier no escatima sacrificio ni rehuye peligros para penetrar y conocer su conciencia y costumbres. El carácter y la mentalidad de los indígenas ha quedado reflejado vivamente en las numerosas y extensas cartas escritas principalmente a su regreso desde Cochin, en 1552. Recogemos algunas de sus impresiones. "Son los japoneses, escribe, gente muy persuadida de que en armas y caballerías no hay otros como ellos; es gente que tiene en poco a todas las otras gentes extranjeras. Aprecian mucho las armas; teniéndolas en muy grande estima y de ninguna cosa tanto se precian como tener buenas armas, muy bien guarnecidas de oro y plata. Continuamente traen espadas y puñales en casa y fuera de casa, y cuando duermen las tienen a la cabecera." "Es gente, añade, de grande cortesía entre ellos, aunque con extranjeros no las usan, porque los tienen en poco. En vestidos, armas y criados gastan todo cuanto tienen sin guardar tesoros. Son muy belicosos y viven siempre en guerras, y el que más puede es mayor señor. Es gente que tiene un solo Rey, bien que ha más de ciento y cincuenta años que no le obedecen, y por esta causa continúan las guerras entre ellos."

Son fanáticos en religión; a la idolatría secular "se sobrepuso el budismo importado de la China siglos antes"; su religión les induce al sacrificio de la vida suicidándose en obsequio de los dioses. Existen muchas sectas: entre ellas hay unas, escribe Xabier, "que ponen trescientos mandamientos y quinientos y así las demás;

convienen todas en decir que cinco mandamientos son necesarios. El primero es no matar ni comer cosa sujeta a muerte. El segundo no hurtar; el tercero es no fornicar; el cuarto no mentir; el quinto no beber vino. Todas las sectas tienen estos mandamientos. Los bonzos y las bonzas, declarando estas sectas al pueblo, les persuadieron que ellos no podían guardar estos cinco mandamientos, porque eran hombres que conversaban con el mundo. Y para esto los bonzos querían tomar sobre sí el mal que les viniese de no guardar estos cinco mandamientos con esta condición: que el pueblo les diese casas y monasterios y rentas y dinero para sus necesidades y, sobre todo, que los acatasen y honrasen mucho; y que si esto hicieren, que ellos guardarían los mandamientos por los demás. Y así los grandes y el pueblo, por usar de libertad para pecar, concedieron a los bonzos y a las bonzas lo que pidieron; y así en Japón son muy acatados estos sus bonzos y los bonzas". "...predican que los pobres no tienen ningún remedio para salir del infierno por cuanto no tienen limosnas que dar a los bonzos"... "...Mas predican, que las personas que a los bonzos en esta vida dieren mucho dinero, allá en el otro mundo por uno les darán diez, y en la misma moneda de dinero, para las necesidades que allá tuvieren en el otro mundo."

Son gente de costumbres disolutas. Refiriéndose a los bonzos dice Xabier que "fornican públicamente sin tener ninguna vergüenza; todos tienen mancebas con quienes pecan, y así lo confiesan diciendo que no es pecado. El pueblo así lo hace tomando de ellos ejemplo, diciendo que si los bonzos lo hacen, también lo harán ellos, que son hombres del mundo". En otra ocasión dice de ellos que son "inclinados a pecados que aborrece la naturaleza y es tan público y manifiesto a todos, así hombres como mujeres y pequeños y grandes que por estar en

mucha costumbre no lo extrañan ni lo tienen en aborrecimiento".

Apenas iniciado su apostolado escribe: "Ahora somos entre ellos como unas estatuas, que hablan y platican de nosotros muchas cosas, y nosotros por no entender la lengua nos callamos." No durará mucho tiempo ese silencio. No han transcurrido aún tres meses cuando dice: "placerá a Dios Nuestro Señor que la aprendamos en breve tiempo, porque ya comenzamos a gustar de ella, y declaramos los diez mandamientos en cuarenta días que nos dimos a aprenderla". Paulo mientras tanto trasladó fielmente en su lengua "todo lo que es necesario para la salvación de sus ánimas", así como "una declaración sobre los artículos de la fe, algún tanto copiosa" para hacerla imprimir y distribuirla entre "la gente principal que sabe leer y escribir".

Un año permaneció en Kagoshima Xabier. Los bonzos lograron al fin del "Duque de la tierra", especie de señor feudal, la expulsión de los misioneros. Dice Valignani que "fué tanto lo que allí fueron perseguidos" que se trasladaron a la isla de Firado (o Jirado), en el reino de Figen.

De allí, en el mes de octubre se dirigieron a Amanguchi. Dice Domenzain que el nombre de la ciudad es Yamaguchi: *Yama,* monte, y *guchi,* puerta: *Puerta de la Montaña.* Observa que Xabier "no escribe en sus cartas la *n* intermedia, sino que con un guión sobre la *a* indica su nasalidad. Es probable que, siendo como fué su lengua materna el vascuence, se quedase tan sólo con los dos sonidos más familiares a su oído: *Ama* (madre) y *guchi* (poco) en vascuence". Era ésta una ciudad de más de diez mil vecinos; las casas eran todas de madera. "Tiene más territorios y vasallos que el Rey de Castilla (Felipe II)", escribía C. Torres en 1551. Predicando por las

calles; acudiendo sin temor a casas y palacios, manteniendo controversias, entre burlas y escarnios de todo género, atropellados y perseguidos constantemente por niños y mayores permanecieron algún tiempo hasta que "visto el poco fruto que se hacía" decidieron continuar la marcha a la capital japonesa. Dos meses pusieron en llegar a Meaco (los japoneses pronuncian Miyako); era grandísima y estaba destruída y quemada a causa de las guerras continuas que asolaban aquellas tierras. Teniendo en cuenta el ambiente y no habiendo podido entrevistarse con el Rey, emprendieron el regreso a Amanguchi.

El Padre Cosme de Torres, valenciano, otro gran apóstol que había sido capellán en la expedición de Villalobos, escribió en esa época una relación de aquellos primeros viajes a través de tierras inhóspitas. Se refiere tan sólo a cuatro meses de apostolado del nabarro; "padecieron tantos trabajos, escribe, que mal se pueden entender porque muchas veces pasaron por debajo de las cubiertas de los barcos para no ser conocidos y otras muchas fueron por mozos de espuelas con algunos caballeros corriendo al galope por no errar el camino, llegando muchas noches a las posadas muertos de hambre y de frío, mojados, sin hallar en ellas ninguna consolación; y muchas veces por las grandes nieves y fríos se les hinchaban las piernas y resbalando por las asperezas del camino y llevando su hatillo a cuestas caían con él; y en los lugares y ciudades donde llegaban eran apedreados muchas veces por los muchachos por las calles y plazas; y, finalmente, en cuanto iban por tierra siempre caminaban a pie cargados con su hatillo y muchas veces descalzos pasando por muchos y grandes ríos con tamaños fríos. De manera que haber de contar menudamente los vituperios y afrentas, las hambres y los fríos que pa-

saron en aquel tiempo sería nunca acabar. Estos fueron los principios que el Padre puso en esta tierra y el modo que han de tener los que en ella lo hubieren de imitar a los cuales más anima él con obras que con palabras: de manera que siempre quedarán los súbditos avergonzados, pareciéndoles por mucho que hagan todo es poco en comparación de lo que hizo el Padre Maestro Francisco".

Conocedor ya del ambiente indígena cambia de táctica a su regreso a Amanguchi. Con solemnidad, "vestido mejor" y llevando consigo dos o tres mozos, el enemigo del boato, presentóse al Rey, al poderoso señor *Ouchi Yoshitaka,* haciéndole entrega de las cartas que llevaba del Visorrey de la India, García de Sa, y del Obispo, don Juan de Albuquerque, así como las "trece piezas entre las cuales llevaban un clavicordio, un reloj, algunos paños de Portugal, vino y otras cosas nunca vistas en aquella tierra". Agradecido el Rey les ofreció mucho oro y plata; rechazado por Xabier solicitó en cambio licencia para predicar la ley de Cristo. Al hacerlo, el Rey les hizo donación de un "monasterio a manera de colegio". Dos veces al día se predicaba en el monasterio. Dice el apóstol vasco que "al fin de la explicación siempre había disputas que duraban mucho". "Continuamente, añade, estábamos ocupados en responder a las preguntas y en predicar: venían a estas explicaciones muchos bonzos y bonzas, e hidalgos y otra mucha gente: casi estaba siempre la casa llena; y muchas veces no cabían en ella."

En las Memorias del Padre Amado Villión, de las Misiones Extranjeras de París, muerto en Tokio el año 1929, se da cuenta del hallazgo, al cabo de los siglos, de la escritura o acta de donación del citado "monasterio" llamado Daydóoyi. Dice así la traducción del documento hallado por el archivo de Amanguchi, Kondo Kiyoshi, y entregada al Padre Villión:

"Asunto del Daidóoyi, en la Provincia de Suwo, distrito de Yóshiki, ciudad de Yamaguchi:
Se autoriza a los bonzos venidos de Occidente con el fin de predicar la ley de Buda, para que puedan reconstruir los dichos templo y casa. Y en fe de ello, se les ha extendido la presente acta de autorización conforme a su petición y deseo.
Era de Tembún, año 21, mes 8º, día 28 (17 de septiembre de 1552).
Suwo no Suke (hay un sello)."

Advierte el Padre Villión que este documento, firmado por Ouchi Yoshinaga, es el remitido al Padre Cosme Torres un año después de la partida del Santo; la primera acta otorgada por Ouchi Yoshitaka sin duda pereció en las turbulencias e incendios de 1551, en las que el mismo Yoshitaka fué asesinado, y su sucesor Yoshinaga hubo de renovarla al sucesor de Xabier con este documento.

Años más tarde por el hallazgo de un mapa de esa misma época, pudo conocerse el emplazamiento que ocupaba el templo Daydóoyi.

Trabajando sin descanso por espacio de dos meses lograron bautizar a quinientas personas. No obstante Xabier estaba persuadido que para lograr la conversión del Japón "era muy conveniente que precediera el ejemplo de los chinos", dado el gran influjo de éstos sobre los japoneses. La audaz idea se ha hecho carne en su alma. China es para él una nueva tierra de promisión. Véase cómo la presenta en una de las cartas enviadas a Roma: "Es la China tierra muy grande, pacífica, sin tener guerras ningunas; tierra de mucha justicia, según lo que escriben los portugueses que en ella están, es de más justicia que ninguna de toda la cristiandad. La gente de China que hasta ahora tengo vista, así en Japón como en otras partes, es muy aguda de grandes ingenios, mucho

más que los japoneses y hombres de mucho estudio. La tierra está muy abastada en grandísima manera de todas las cosas y muy poblada de grandes ciudades, casas de piedra muy labradas y lo que todos dicen, tierra muy rica de mucha seda."

Con esas sedas venidas de China adornaban los suntuosos trajes de las damas de la corte y las fiestas de los palacios. En la corte principesca de Amanguchi todo era lujo y fiesta. Los vestidos eran fantásticos, escribe el Padre Domenzain; los peinados de los dos sexos tomaban las formas más originales. Si los hombres se enorgullecían de su bigote y barba, las mujeres ostentaban tan largos vestidos y colas que un sirviente tenía que seguir a su señora con un cofre en el que iba plegado el extremo de su larga cola; y las jóvenes usaban anchos sombreros rodeados de larguísimos velos que les llegaban hasta los pies".

El desarrollo intelectual de China a que se refiere Xabier se debe quizá a que la tipografía llevaba en ella muchos años de existencia antes del siglo XV; créese que precedió por lo menos en cinco siglos al invento de Guttenberg, así como se estima que la invención del papel se remonta en ellos al siglo II o III de la era cristiana.

A fin de preparar el viaje a China decidió Xabier regresar a la India. Influyó en su salida la preocupación que tenía por conocer la situación de las misiones fundadas en la costa sur de la India, Malaca, Molucas, etc., así como también las noticias que le habían llegado sobre la conducta del nuevo Rector del Colegio de San Pablo de Goa (Antonio Gómez) a quien poco tiempo después y a pesar de los valimientos del Virrey y del Arzobispo de Goa, expulsaba de la Compañía de Jesús devolviéndolo "en el primer barco a Portugal a pesar de sus tres borlas de doctor".

En la *Historia da Greja do Yapao,* del Padre Joao

Rodríguez se recoge una relación de la despedida hecha a Xabier. Fué escrita por un cristiano japonés. Dice así:

"El santo Padre Francisco Javier, teniendo que dejar Yamaguchi, llamó y reunió a todos los cristianos sus discípulos, alentándolos y exhortándolos a perseverar en la Fe que les había enseñado: diciéndoles que en la vida presente hay siempre penas, persecuciones y peligros, pero que éste es el camino más seguro para entrar en el reino de los cielos; que les dejaba en su lugar al Padre Cosme Torres y al Hermano Juan Fernández para ayudarlos, consolarlos e instruirlos; y que pusiesen toda su esperanza en Dios, a quien los confiaba. Estas y otras cosas les dijo llorando al mismo tiempo con ellos; y todos se pusieron de rodillas en la iglesia y rezaron entre suspiros y lágrimas.

"Cuando acabaron de rezar el Padre se despidió del Padre Cosme de Torres y del Hermano, dándoles una afectuosa bendición, quedando un momento con los brazos extendidos sobre cada uno de ellos mientras decía, con los ojos llenos de lágrimas y elevados al cielo: Ahora más especialmente os confío y encomiendo a Dios y a su divina palabra del Evangelio, que tiene poder de edificar y de otorgar la eterna herencia de la bienaventuranza a todos los que la oyen y padecen por ella. Este mismo Señor os dará las fuerzas necesarias y os alentará en adelante."

"Y dijo todo esto con tal energía desde el fondo de su corazón como quien supiera que no iba a verlos más en esta vida, y así se partió."

"Todos querían acompañarlo, pero él no lo consintió. Aceptando solamente que en nombre de todos le acompañasen hasta Bungo dos "samurais" (caballeros) que habían sido bautizados dos meses antes teniendo que perder más de tres mil cruzados de renta que les confiscó el dáimyo por haberse hecho cristianos. Llevaba, además,

por compañeros a Bernardo y a Mateo, a quien quería enviar a Europa desde Goa. Pero a pesar de tener las piernas hinchadas no consintió que le llevara nadie el hatillo de los ornamentos de celebrar, diciéndoles que eran cosas santas y que él mismo las tenía que llevar."

Salió para Bungo, después de haber permanecido en Japón dos años y tres meses. Trabajaban ya allí grupos organizados, fermentos misioneros que habían de florecer pocos años después.

Japón quedaba bajo la protección de San Miguel Arcángel. Fué ésta una de las primeras preocupaciones de Xabier. Este hecho tiene un hondo significado patriótico vasco. En una de las más bellas montañas nabarras, en las sierras de Aralar, límite de Guipúzkoa con Nabarra, levántase un santuario en el que se venera desde tiempos remotos a San Miguel Arcángel. Los orígenes se fundan en una trágica leyenda recogida bellamente en la novela titulada *Amaya, o los Vascos en el siglo VIII* de Navarro Villoslada. Su devoción parece confundirse al sentimiento de soberanía de aquel Estado vasco. Ya en tiempos de Sancho el Mayor, en un Decreto del año 1027 se habla de la iglesia de San Miguel; cien años más tarde se cuenta que el Rey Pedro I Sánchez, cumpliendo una promesa escaló la montaña llevando a cuestas sobre los hombros pesada alforja. Otros muchos reyes vascos cumplieron también en el Santuario de aquella sierra votos y promesas. En la época en que Xabier abandonó la tierra de su patria, la devoción al Santo era popular y entusiasta; debió ser profunda en su hogar, en su madre, dado el carácter religioso que allí se respiraba. Conociendo estos antecedentes no sorprenderá que en diversas cartas y escritos de Xabier hable y cite muy a menudo a San Miguel en relación a diversos hechos y que por último sea éste el santo que designe como patrono del Japón.

XVIII

LA SOLIDEZ Y EXTENSIÓN DE LA OBRA IGNACIANA



"Fué de estatura mediana, o por mejor decir, algo pequeño, dice el Padre Ribadeneira al describirnos a Ignacio; bajo de cuerpo, habiendo sido sus otros hermanos altos y bien dispuestos; tenía el rostro autorizado; la frente ancha y desarrugada; los ojos, hundidos; encogidos los párpados y arrugados, por las muchas lágrimas que continuamente derramaba; las orejas, medianas; la nariz, alta y combada; el color vivo y templado y con la calva de muy venerable aspecto. El semblante del rostro era alegremente grave y gravemente alegre, de manera que, en su serenidad, alegraba a los que le miraban, y con su gravedad, los componía. Cojeaba un poco de la una pierna, pero sin fealdad, y de manera que, con la moderación que él guardaba en el andar, no se echaba de ver. Tenía los pies llenos de callos y muy ásperos, de haberlos traído tanto tiempo descalzos y hecho tantos caminos."

Es un reflejo del aspecto físico en sus últimos años de vida, de intensidad de trabajo y actividad sorprendente. Desde aquellos lejanos y duros días de Manresa, Ignacio ha sido siempre un enfermo. En 1550 agravóse de tal forma que "se vió inundado de gozo pensando en la hora de su muerte"; dos años más tarde "estaba con mediana salud"; tuvo una seria recaída en agosto de 1553 y fué entonces cuando comenzó a contar su vida a González de Cámara; un año después, en carta dirigida a Francisco de Borja dice que "por mis enfermedades, de veinticuatro

horas del día, apenas las cuatro estoy fuera de la cama, Dios loado"; "aun el firmar le es trabajo", advierte Polanco en 1555. Un año después fué el triste desenlace, del que hablaremos con mayor detalle. Achacoso, molestado por constantes y agudos dolores de estómago, su ánimo no decae un solo instante, como no afloja los rigores en sus penitencias ni sacrificios; cuenta González de Cámara que "la fiesta que a veces le hacíamos, era darle cuatro castañas asadas, que por ser fruta de su tierra y con que él se criara, parecía que holgaba con ellas".

Escribe Ribadeneira en febrero de 1552 que "nuestro Padre Maestro Ignacio, por la gracia de Dios está con mediana salud, y espero se la conservará hasta que las Constituciones y ordenaciones de la Compañía acaben de asentarse". Así fué, en efecto; como abstraído y ajeno a la serie de acontecimientos que se suceden veloces, indiferente a los males que le aquejan, persiste, en la soledad y el silencio, durante seis años, en recoger y escribir aquella "ley viva de caridad y amor que él mismo y sus compañeros traía escrita y grabada en sus corazones": las Constituciones.

El Padre Coudret que asistió durante siete meses íntimamente a Ignacio, años antes de 1548, cuenta que cuando escribía las Constituciones "para hacerlo con más paz, se retiraba los días serenos al jardín de cierto romano amigo suyo, y allí, puesta la mesa y el recado de escribir en medio del huerto, escribía lo que convenía".

En 1550 estaba ya lista la primera redacción de esa obra que al decir del Padre La Palma "no parece salida de un hombre vestido de un cuerpo mortal, sino de un alma o inteligencia separada, que recibe de lleno la plenitud de la luz divina". Dos años más tarde, una vez de haber sido revisadas por los compañeros en Roma, las hizo publicar en todas las casas de la Compañía "no como

ley obligatoria, lo cual reservó para la futura Congregación General sino como a prueba por experiencia". Una tercera redacción, depurada y perfecta, ultimó poco antes de su muerte.

Por su originalidad recogemos en síntesis el esqueleto fundamental de la forma y sistema del gobierno establecido por Ignacio. Utilizamos para ello parte del resumen escrito por Ribadeneira: Un General, con poder supremo, gobierna la Sociedad. Es elegido por el sufragio de los Provinciales y por dos electores que envía cada Provincia a la Congregación General y su nombramiento es a vida. Es él quien designa los rectores, visitadores y comisarios. Tiene plenos poderes para admitir en la Compañía, expulsar, convocar, etc. Es decir, todo en la Compañía proviene de su juicio y de su decisión. Para evitar que abuse de ese poder, quienes eligen designan al mismo tiempo a cuatro Padres, llamados Asistentes (hoy en día, dada la expansión de la Compañía son ocho, por lo menos, los Asistentes); ellos forman su Consejo, y permanecen a su lado. La Asamblea General que representa la Sociedad entera y que está por encima del General, puede ser convocada por los Asistentes. Puede ella desposeerle del cargo e imponer los castigos correspondientes. "De la monarquía ha tomado la unidad y de la aristocracia la existencia de un consejo." Así, lo que parece una dictadura es sabia democracia, porque "el General manda a todos y al mismo tiempo a todos está subordinado".

En ese dar el poder al cuerpo de la Compañía, incluso para deponer a quien ostente la máxima autoridad, así como en los asesores, es evidente que ha influído notablemente el modo y ser de su patria lejana y siempre presente; los sistemas legislativos vascos, continuación y cuerpo material de una tradición milenaria, cuya eficacia

y consistencia ha tenido ocasión de apreciar tan de cerca, en la intimidad de su propio hogar, han debido pesar en las meditaciones mantenidas durante tan largos años. Un insigne historiador, vasco y paisano al mismo tiempo de Ignacio, afirma que al analizar las Constituciones, el cuerpo jerárquico, su carácter de férrea disciplina y rigurosa obediencia, surge de inmediato el organismo rector de los Parientes Mayores en el cual sabido es que estuvieron entroncados durante generaciones los familiares de Ignacio. Diríamos que el sello racial, los rasgos y manifestaciones vascas surgen claras y destacadas a lo largo de la vida de Ignacio.

Otro escritor vasco, "Orixe" (Nicolás de Ormaechea) al estudiar a Ignacio como legislador, analiza el móvil que le impulsa a plasmar su obra, el principio bajo el cual redactará las Constituciones. "Su teoría de la gloria de Dios, llevada al Código, dice, le hizo ver una reducción de todos los seres, de los inferiores a los superiores y de los superiores por su orden hasta un supremo movimiento." Esa suprema sabiduría es, como dice él mismo, la que ha de regir y gobernar y llevar adelante "con su movimiento interior espiritual la orden religiosa que funda, más que ninguna exterior constitución". Casi se disculpa por tener que redactar leyes y lo hace forzado por la necesidad, con lo que empieza a ganar la voluntad del súbdito. Aunque la ley principal, y al mismo tiempo el móvil, ha de ser la interior ley de la caridad que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones "todavía, porque la suave disposición de la divina Providencia pide cooperación de sus criaturas, y porque así lo ordenó el Vicario de Cristo Nuestro Señor, y los ejemplos de los santos y la razón así nos lo enseñan en el Señor nuestro, tenemos por necesario se escriban constituciones que nos ayuden para mejor proceder en la vía del divino servicio".

"Ignacio, añade, tuvo discutidores y aun acres impugnadores en los teólogos más eminentes de su tiempo. Ignacio traía innovaciones que parecían muy audaces, y si su código era aceptable en lo que tenía de común con otros muy autorizados y controlados por la experiencia de siglos, era peligroso en lo que tenía de original. Y precisamente en lo original ha triunfado Ignacio y se ha impuesto en la Iglesia universal."

Comenta aún el citado escritor vasco que la legislación de Ignacio sigue siendo moderna y acomodable a todos los tiempos. "Un sustituto de Ignacio en el generalato, agrega, el inteligentísimo Acquaviva, legisló unas tres veces más que su fundador; pero sus leyes envejecieron pronto, como lo advierte el historiador Domingo Soto."

Ignacio es un perfecto conocedor del hombre. Selecciona a quienes le rodean; su afán es formarlos porque, como dice Casanovas, no quiere que el gobierno sea una máquina, sino una organización viva de personas. De ahí su afán de justicia y de caridad en el trato con sus compañeros. Quien tan íntimamente conoció a Ignacio, González de Cámara, nos ha dejado a este respecto páginas aleccionadoras.

"Era nuestro Padre, dice, en extremo amigo de que se diese a cada uno lo que se le debía... En cosas de mayor importancia usaba aún más particularmente de esta suavidad en el gobierno, que consiste en dar a cada uno lo que se le debe por razón a su persona u oficio. Me acuerdo que acostumbraba llamar a un Padre, cuando le mandaba tratar negocios de mucha importancia con personas grandes de Roma, y que le decía: «Venid acá: yo quiero que vayáis a hacer tal negocio con el Cardenal fulano, y quiéroos hacer capaz de él. Yo pretendo esto y esto, y para ello se me ofrecían estos y estos medios.»

Y después de darle entera noticia y las instrucciones necesarias, añadía: «pero yo quiero que vos allá uséis de los medios que el Señor os enseñare que sean más convenientes, y os dejo en toda libertad para que hagáis lo que mejor os pareciere». Algunas veces se hubo conmigo de esta manera: ¿Venís contento de vos?, presuponiendo que había tratado el asunto con entera libertad y que todo cuanto había hecho había salido de mí. Mas aunque esta confianza que tenía en los súbditos era muy general, sin embargo, con los superiores subordinados era mucho mayor. El año 1553 mandó nuestro Padre a esta provincia (de Portugal) por Visitador al Padre Miguel de Torres, que había poco más de un año que entró en la Compañía, y para hacer esta venida le mandó hacer la profesión, y aunque había entonces negocios muy dificultosos e importantes, todavía para la resolución y determinación de ninguno de ellos le dió leyes ni reglas con que le limitase el poder y libertad, de la cual quería que usase en todas las cosas. Instrucciones amplias para todo y avisos que se le ofrecían para usarlos en tales o tales ocurrencias, eso sí; pero obligaciones de hacerlo de esta o de la otra manera, no las impuso nuestro Padre; antes le dió un gran número de papeles en blanco, firmados por sí mismo, para que, conforme a lo que juzgase convenir, escribiese en ellos patentes o cartas suyas para los que quisiese y como quisiese."

"De la misma manera quería nuestro Padre que los Provinciales en sus provincias tuviesen toda la libertad posible en el gobierno de ellas, y que a su vez no se la quitasen a los Rectores y demás Prepósitos locales para con sus súbditos particulares, lo cual se puede ver bien por un capítulo de una carta que escribió al Padre Mirón cuando era Provincial en esta provincia de Portugal, y es el siguiente: "Ni es oficio del Prepósito Provincial ni

General tener cuenta tan particular con los negocios; antes, cuando tuviese para ellos toda la habilidad posible, es mejor poner a otros en ellos, los cuales después podrán referir lo que han hecho al Provincial, y él se resolverá entendiendo sus pareceres, en lo que a él toca resolverse; y si es cosa que se pueda remitir a otros, así el tratar, como el resolver, será muy mejor remitirse, máxime en negocios temporales y aun en muchos espirituales: y yo para este modo tengo, y experimento en él no solamente ayuda y alivio, pero aun más quietud y seguridad en mi ánima. Así que, como vuestro oficio requiere, tened amor y ocupad vuestra consideración con el bien universal de vuestra provincia; y para la orden que se ha de dar en unas cosas y otras, oíd a los que mejor pueden sentir de ellas a vuestro parecer."

La redacción de las Constituciones ha ido acompañada de no pocos trabajos y gestiones arduas y delicadas. En marzo de 1544, logró del Papa Paulo III la publicación de una nueva Bula, *Iniunctum nobis,* anulando la limitación de los profesos (en sesenta habíase fijado), abriendo así la puerta a cuantos fueran aptos. Dos años después, faculta el mismo Papa, para admitir coadjutores espirituales y temporales. Ignacio prepara, por último, la Bula que el Papa había de hacer pública en julio de 1550, en la que en forma explícita "todas las cosas que a la Compañía se refieren, quedan enteramente claras y ordenadas".

En ese período de trabajo intensivo fueron también aprobados los "Ejercicios Espirituales" que tuvieron tan feliz iniciación en el corazón de Ignacio en la casa-torre de Loyola. Dice Pastor que "Paulo III entregó el libro a tres teólogos para su examen, dándoles entera libertad para borrar y enmendar lo que les pareciera; pero ellos lo aprobaron sin variar ni una sola palabra. Y a ruegos

del Duque de Gandía, Francisco de Borja, expidió Paulo III, el 31 de julio de 1548, un breve donde se declara que aquellos Ejercicios están llenos de piedad y santidad; que habían contribuído mucho a los grandes resultados conseguidos por Ignacio y la Compañía por él fundada; por lo cual los aprobaba y alababa en todas sus partes y exhorta instantemente a todos los fieles a que procuren sacar provecho de ellos".

Francisco de Borja, o Borgia, con cuyo nombre se conoce en la historia a sus célebres ascendientes (bisnieto del Papa Alejandro VI, padre de Lucrecia y César Borgia), cuarto Duque de Gandía y Marqués de Lombay, había ingresado en la Compañía en 1546. Siete años antes, el 2 de mayo de 1539, murió de sobreparto en Toledo la Emperatriz Isabel de Portugal; como caballerizo mayor suyo tuvo que hacer la entrega del cadáver en la catedral de Granada, y al ver allí la espantosa transformación que en el bello rostro había operado la muerte, Francisco de Borja "resolvió irrevocablemente no servir más a un señor que se pudiese morir", obligándose a abrazar el estado religioso si sobreviviera a su esposa. Quiso pedir licencia a Carlos V, retirado entonces en el convento de la Sisla, para encerrarse en su marquesado de Lombay; no le fué otorgado el permiso, antes le confió el virreynato de Cataluña. El nombramiento lleva fecha de 26 de junio de 1539 y está firmado en Toledo. Borja tenía a la sazón veintiocho años. Llegó a Tortosa el 14 de agosto para "jurar allí, según los fueros catalanes, su cargo y repetir el juramento en Barcelona el día 23".

Borja va a Cataluña justamente en momentos de honda agitación, cuando el Condado del Rosellón, de modo especial en su capital Perpiñán, se ha sublevado contra la tiranía y el despotismo del gobernador español, Frances Beaumonte. Borja apacigua los ánimos y se opone a la

ola de terror que el gobernador y el propio Carlos V pretende imponer. Tres años fué Virrey en Cataluña. Allí, en 1542 conoció al insigne Pedro Fabro y al vasco Araoz y así amó y favoreció a la Compañía. Cuatro años más tarde, en marzo, murió su esposa, la marquesa (Leonor de Castro); meses después se trasladaba a Roma, en donde a los ocho días de su llegada, el 1º de agosto moría Fabro. Ese mismo año, en conmovedora carta, Ignacio le daba entrada en la Compañía aun recomendándole guardar silencio "porque el mundo —dice— no tiene orejas para oír tal estampido". Tenía entonces Borja treinta y seis años de edad.

En Italia estaba en el año 1551 cuando fué destinado al pueblo vasco. Sucedió que "un piadoso alabés, Bernal Díaz de Luco, Obispo de Calahorra, famoso en la historia del Concilio de Trento, en su calidad de Prelado de una gran parte de las Vascongadas, recordó al fundador de la Compañía lo que por esta razón debía a su patria y linaje, pidiéndole remediase con predicadores en vasco la falta de instrucción y doctrina que existía en los de esta lengua y así le escribe: Vuestra Merced en ley de caridad debe más a aquella tierra que a otra alguna... y no hay en el mundo provincia a que sea tan obligado".

En la contestación de Ignacio al Obispo dice: "hace bien V. S. en ser ángel de los vascongados a quienes no se puede negar que tenemos particular obligación de compadecer y ayudar...". Y accediendo a su petición sacó de Italia, donde estaban predicando con grandísimo fruto y envió a Oñate, al frente de una expedición, a Miguel de Ochoa, del Roncal, Nabarra. Añade en la carta "que juntamente con algunos vascos enviaba también a Oñate a otro, que, aunque no fuese de la misma lengua, haría mucho bien en las almas". Era éste el Santo Duque, como llamaban a Francisco de Borja, quien efectivamente

hizo mucho bien en el pueblo con sólo su presencia. Iba acompañado siempre de un intérprete que traducía al vasco lo que él decía en español, aun cuando, según afirman algunos autores, aprendió en euzkera lo suficiente para enseñar el catecismo a la gente sencilla.

Fué en Loyola, en el aposento donde había nacido Ignacio, convertido ya entonces en capilla, donde celebró su primera Misa. Para su segunda Misa se trasladó a Bergara; acudió tanto público que hubo de hacerlo en un espacioso campo. Allí predicó y dió la Comunión; la fiesta comenzada a las nueve de la mañana dió fin a las dos de la tarde.

Miguel de Ochoa predicó en muchos pueblos del país vasco: Lequeitio, Marquina, Ermua, Eibar, Arraste (Mondragón), Roncal, Pamplona y sobre todo en Oñate, de cuyo colegio fué rector. Estando enfermo en Tívoli (Italia) quiso ir a visitarlo Ignacio y le envió dos cartas en las que punto por punto le señala cuanto a la comida y al descanso se refiere por la penitencia y los sacrificios que el navarro se imponía. Era "un hombre de bien", a juicio de Polanco. Cuenta este mismo Padre, secretario de Ignacio, que desde que Ochoa comenzó sus correrías apostólicas por tierra vasca, "por aquellas montañas apenas se oía otra cosa que el canto del Padre Nuestro y otras oraciones".

Juan de Ubilla, natural de Motrico, siendo aún estudiante, acompañó a Ochoa en sus misiones. Fué maestro de novicios del Padre Francisco Suárez, el sabio y gran teólogo. El vicario de Zumaya, Padre Ernani y el párroco de Bergara, Solís, acompañaron a Borja como intérpretes.

Con anterioridad a esta campaña apostólica en Euzkadi, en 1545, llegaba a Azpeitia, Emiliano de Loyola y Araoz, sobrino de Ignacio. Este había escrito a su otro sobrino, el mayorazgo Beltrán, una carta en septiembre

de 1539; en ella decía: "aquí he sabido del buen ingenio de vuestro hermano Emiliano y deseoso de estudiar; holgaría que mucho mirásedes y pensásedes en ello, y si mi juicio tiene algún valor, yo no lo enviaría a otra parte que a París, porque más le haréis aprovechar en pocos años, que en muchos otros en otra Universidad: y después, es tierra donde más honestidad y virtud guardan los estudiantes". Enviado por Ignacio a la casa nativa de ambos para reponer su débil salud, llegó acompañado de Eguzquiza (Berasategui, según otros) a fines de 1545. Mejoró mucho al principio y porque predicaba muy bien, trabajó con exceso, enfermó nuevamente y murió en la Casa-torre a fines de marzo de 1547, «como un santo, como un ángel». Es éste el primer jesuíta muerto en tierra vasca. El mayorazgo Beltrán a quien se alude, era un hombre ejemplar. Araoz, en carta escrita desde Bergara el 4 de junio de 1540 a Ignacio dice de él: "El señor de Loyola está bueno, y tan pío cristiano que edifica toda la provincia. Confiésase y comúlgase todas las fiestas y domingos." Ignacio le escribe en octubre: "De Araoz, dice, he entendido la mucha gracia que su Divina Majestad os comunica para servirle y del buen ejemplo que dais en esa provincia, de lo cual incesables gracias hago a Dios Nuestro Señor esperando siempre iréis continuo creciendo de bien en mejor, hasta que de vuestra persona se cumpla lo que después que os conocí siempre creí."

El acontecimiento más importante de estos últimos años de la vida de Ignacio fué el Concilio de Trento. Hemos visto anteriormente las dilaciones lamentables que se sucedieron con indudable perjuicio para la cristiandad. Tenía por objeto este Concilio ecuménico, conseguir la vuelta de los protestantes al seno de la Iglesia, reformar ésta en su disciplina y fijar los dogmas de la fe; necesidad que estaba en la conciencia de todos. Meses

antes de su solemne apertura, en diciembre de 1545, y al mismo tiempo que en Roma se festejaba el Carnaval con gran pompa y esplendor, marchando las fantásticas cabalgatas que eran contempladas por el Papa rodeado de su familia desde el Palacio Farnese, del Capitolio a la Piazza Navona, mientras el pueblo enervado se divertía con bailes, corridas de caballos y de toros, en Wittemberg, Martín Lutero, publicaba un libelo injurioso y grosero, titulado *Contra el papado fundado en Roma por el diablo*. Iba a ser su última obra; meses después, en febrero de 1546, moría en Mansfeld, agotado física y moralmente.

Sus seguidores, los protestantes, reunidos en Francfort, se niegan a acudir al Concilio y "a aceptar sus decisiones". Un objetivo principal del Concilio queda así frustrado. Como los protestantes se disponen a resistir por las armas, después de larga controversia por escrito, Carlos V destierra de Alemania a los dos jefes de aquel movimiento. Es la iniciación de la guerra. Las armas se han impuesto mediado el año 1547. Por ese tiempo se declara una intensa epidemia en Trento y el Concilio se traslada a Bolonia. Es en esa época cuando Ignacio escribe la bellísima carta que recogemos en su integridad. Está dirigida "a los Hermanos estudiantes del Colegio de Coimbra". Fué este Colegio el primero que tuvo la Compañía de Jesús. En 1542 fué fundado por el Rey de Portugal Juan III y era Rector del mismo el Padre Martín Santa Cruz. En la carta destaca el vigor de su estilo, la claridad y profundidad de concepto. Es como una lección magnífica, anticipo de lo que más tarde serán las Constituciones.

JHS La gracia y amor eterno de Jesucristo Nuestro Señor sea siempre en favor y ayuda nuestra. Amén.

Por carta del Maestro Simón (Provincial de Portugal) y también de Santa Cruz tengo a la

continua nuevas de vosotros todos; y sabe Dios Nuestro Señor, de quien todo lo bueno desciende, cuánto consuelo y alegría yo recibo en saber lo que Su Divina Majestad os ayuda, así en el estudio de las letras como en el de las virtudes, cuyo buen olor, aun en estas partes, muy lejos desa tierra, anima y edifica a muchos. Y desto todo cristiano debería alegrarse y gozarse por la común obligación que tenemos todos de amar la gloria, honra y alabanza de Dios Nuestro Señor y Criador, y el bien de la imagen suya redimida con la sangre y vida del Unigénito Hijo suyo, mucha razón hay que yo dello en especial me goce en el Señor Nuestro, siendo, como soy, tan obligado a teneros con tan especial afección dentro de mi ánima. De todo sea siempre bendito y alabado el Criador y Redentor Nuestro, de cuya liberalidad infinita mana todo bien y gracia. Y a Él plega cada día abrir más la fuente de sus misericordias, en este efecto de aumentar y llevar muy adelante lo que en vuestras ánimas ha empezado; y no dudo de aquella suma bondad suya, sumamente comunicativa de sus bienes, y de aquel eterno amor con que quiere darnos nuestra perfección mucho más que nosotros recibirla, que lo hará. Que si no fuese, no nos animaría su coeterno Hijo a lo que de sola su mano podemos haber, diciendo Él: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto." (1) Así que de su parte Él está presto, según es cierto, con que de la nuestra haya vaso de humildad y deseo para recibir sus gracias, y con que su Divina Majestad nos vea bien usar de sus bienes y

(1) Mat., v. 48.

dones ya recibidos, y cooperar industriosa y diligentemente a su gracia.

Y en esta parte no dejaré de dar espuelas aun a los que corren de vosotros. Porque cierto os puedo decir, que mucho habéis de extremaros en letras y virtudes, si habéis de responder a la expectación en que tenéis puestas tantas personas, no sólo en ese reino, pero aun en otros muchos lugares que vistos los socorros y aparejos interiores y exteriores de todas suertes que Dios Nuestro Señor os da, con razón esperan un muy extraordinario fruto; y es así, que a tan grande obligación de bien hacer como tenéis, no satisfaría cosa ordinaria. Mirad vuestra vocación cuál sea, y veréis que lo que en otros no sería poco, lo sería en vosotros. Porque no solamente os llamó Nuestro Criador y Señor "de las tinieblas a su admirable luz, y os pasó al reino del Hijo de su amor", (1) como a todos los otros fieles; pero, porque mejor conservásedes la puridad, y tuviésedes el amor más unido en las cosas espirituales de su servicio, tuvo por bien de sacaros del golfo peligroso deste mundo, porque no peligrase vuestra conciencia entre las tempestades que en él suele mover el viento del deseo, ahora de hacienda, ahora de honras, ahora de deleites, o al contrario, el temor de perder todo esto; y ultra de lo dicho, porque no tuviesen estas cosas bajas ocupado vuestro entendimiento y amor, ni lo esparciesen en varias partes, para que pudieseis todos unidos convertiros y emplearos en aquello para que fuisteis criados, que es la gloria y honra de Dios, y salvación vuestra y ayuda de los prójimos. Y aun-

(1) 1ª Petr., II, 9; Colos., I, 13.

que a estos fines vayan enderezados todos los institutos de la vida cristiana, Dios Nuestro Señor os ha llamado a éste, donde no con una general dirección, pero poniendo en ella toda la vida y ejercicios della, habéis de hacer de vosotros un continuo sacrificio, a gloria y honra de Dios Nuestro Señor y salud del prójimo, cooperando a ella, no sólo con ejemplo y deseosas oraciones, pero con los otros medios exteriores, con que la Divina Providencia ordenó que ayudásemos unos a otros. Donde podéis entender cuánto sea noble y Real el modo de vivir que habéis elegido, que no sólo entre hombres, pero aun entre ángeles, no se hallan más nobles ejercicios que el glorificar al Criador suyo en sí, y reducir a Él sus criaturas, cuanto son capaces.

Así que mirad vuestra vocación, para, de una parte, consolaros y dar a Dios Nuestro Señor muchas gracias por tanto beneficio, y de otra, para pedirle siempre especial favor para poder responder a ella, y ayudaros con mucho ánimo y diligencia, que cierto os es harto necesaria para salir con tales fines. Y por amor de Jesucristo Nuestro Señor, olvidados de lo de atrás, extendeos con San Pablo a lo mucho que os queda de andar en la vía de la virtud; y a la flojedad, tibieza y fastidio del estudio y de las otras virtudes y santos ejercicios, reconocedlos como enemigos formados de vuestros fines y póngase delante cada uno, no los que a su parecer son para poco, sino los más estrenuos y diligentes. No consintáis que os hagan ventaja los hijos de este siglo, en buscar con más industria y solicitud las cosas temporales, que vosotros las eternas. Avergonzaos que ellos corran con más pron-

titud a la muerte, que vosotros a la vida. Teneos por hombres para poco, si un cortesano sirve con más vigilancia por haber la gracia de un Príncipe terreno, que vosotros por la del celestial; y si un soldado por un humo de honra del vencimiento y algún despojo, se apercibe y pelea más animosamente que vosotros por la victoria del demonio y del mundo y de vosotros mismos, junto con el reino y gloria eterna.

Así que, no seáis por amor de Nuestro Señor y Redentor, remisos ni tibios; "porque el aflojamiento quiebra el ánimo, como la tirantez el arco"; y al contrario: "El ánima de los que trabajan se llenará de vigor y lozanía",(1) según la Escritura. Procurad de entretener el fervor santo para trabajar en el estudio, así de letras como de virtudes; que en el uno y en el otro vale más un acto intenso que mil remisos, y lo que no alcanza un flojo en muchos años, un diligente suele alcanzar en breve tiempo. Y vese muy clara esta diferencia en las letras, entre el diligente y el negligente; pero adviértase que hay la misma en el vencer las pasiones y flaquezas, a que nuestra naturaleza está sujeta, y en el adquirir de las virtudes. Porque es cierto que los remisos por no pelear contra sí, tarde o nunca llegan a la paz del ánima, ni a poseer virtud alguna enteramente, donde los estrenuos y diligentes en breve tiempo pasan adelante en lo uno y en lo otro. Pues el contentamiento que en este mundo puede haberse, la experiencia muestra que se halla, no en los flojos, sino en los que son fervientes en el servicio de Dios. Y con razón, por-

(1) Prov., XIIII, 4.

que esforzándose de su parte en vencer a sí mismos y deshacer el amor propio, quitan con él las raíces de todas las pasiones y molestias; y también, con alcanzar los hábitos virtuosos, vienen como naturalmente a obrar conforme a ellos fácil y alegremente. Pues de la parte de Dios, consolador piadosísimo, dispónense con lo mismo a recibir sus santas consolaciones, porque "al que venciere, le daré del maná escondido"; (1) por el contrario, la tibieza es causa de siempre vivir con molestias, no dejando quitar la causa dellas, que es amor propio, ni mereciendo el favor divino. Así que deberíais mucho trabajar en vuestros loables ejercicios, pues aun en esta vida sentiríais el provecho del fervor santo, no sólo en la perfección de vuestras ánimas, pero aun en el contentamiento desta presente vida.

Pues si miráis al premio de la eterna (como deberíamos mirar muchas veces todos), fácilmente os persuadirá San Pablo, "que no son de comparar los trabajos de esta vida temporal con la gloria venidera que ha de manifestarse en nosotros"; (2) porque "la tribulación nuestra de ahora momentánea y ligera nos acarrea sin ninguna comparación y sobre todo encarecimiento, un peso eterno de gloria". (3) Y si esto es en todo cristiano que a Dios honra y sirve, ya podéis entender cuánta será vuestra corona si respondéis a vuestro instituto, que es, no solamente servir a Dios por vosotros mismos, pero trayendo otros muchos a la honra y servicio suyo. Porque de los tales dice la Escritura: "Los que en-

(1) Ap., II, 17.
(2) Rom., VIII, 18.
(3) Cor., IV, 17.

señan a muchos la justicia brillarán como los astros por eternidad de eternidades." (1) Lo cual entiendan para sí los que procuraren hacer diligentemente su oficio, ansí para después en ejercitar las armas, como antes en aparejarlas. Porque de otra manera es cierto que no basta entender en obras de suyo buenas, porque nos dirá Jeremías: "Maldito el que hace la obra de Dios perezosamente"; (2) y San Pablo: "Que en el estadio de todos corren, pero uno solo lleva el premio; y que no será coronado sino el que combatiere legítimamente", (3) y éste es el que bien trabajare.

Pero sobre todo querría os ejercitareis en el amor puro de Jesucristo Nuestro Redentor, y en el deseo de su honra y de la salud de las ánimas, que Él reparó tan a su costa, pues sois soldados suyos, con especial título y sueldo en esta Compañía nuestra. Digo especial, porque hay otros muchos generales, que cierto nos obligan mucho a procurar su honra y su servicio. Sueldo suyo es todo lo natural que sois y tenéis, pues os dió y conserva el ser y vida y todas las partes y perfecciones del ánima y del cuerpo y bienes externos; sueldo son los mismos dones espirituales de su gracia, con que tan liberal y benignamente nos previno y nos lo continúa, siéndole aun contrarios y rebeldes; sueldo son los inestimables bienes de su gloria, la cual, sin poderse Él de nada aprovechar, os tiene aparejada y prometida, comunicándoos todos los tesoros de su felicidad para que seáis, por par-

(1) Dan., 12, 3.
(2) Jer., XLVIII, 10.
(3) 1ª Cor., IX, 24; 2ª Tim., II, 5.

ticipación eminente de su divina perfección, lo que Él es por naturaleza y esencia; sueldo es finalmente, todo el universo y lo que en Él es contenido, corporal y espiritual, pues no solamente ha puesto en nuestro ministerio cuanto debajo del cielo se contiene, pero toda aquella altísima corte suya, sin perdonar a ninguna de las celestes jerarquías, "porque todos son espíritus servidores, destinados a servir en bien de aquellos que han de recibir la herencia de la salvación". (1) Y por si todos estos sueldos no bastasen, sueldo se hizo a sí mismo, dándosenos por hermano en nuestra carne, y por precio de nuestra salud en la cruz, y por mantenimiento y compañía en nuestra peregrinación, en la Santísima Eucaristía. ¡Oh, cuánto es mal soldado, a quien no bastan tantos sueldos para hacerle trabajar por la honra de su Príncipe! Pues cierto es que, por obligarnos a procurarla con más prontitud y diligencia, y a desearla con mayor afecto, quiso Su Majestad prevenirnos con estos tan inestimables y costosos beneficios, deshaciéndose en un cierto modo de su perfectísima felicidad, de sus bienes, por hacernos participantes de ellos, y tomando nuestras miserias, por hacernos exentos de ellas, queriendo ser vendido por rescatarnos, infamado por glorificarnos, pobre por enriquecernos, tomando muerte de tanta ignominia y tormento, para darnos vida inmortal y bienaventurada. ¡Oh, cuán demasiadamente es ingrato y duro quien con todo esto no se reconoce muy obligado de servir muy diligentemente y procurar la honra y alabanza de Jesucristo Nuestro Redentor!

(1) Hebr., 1, 14.

Pues si la obligación conocéis, y deseáis adelantaros y emplearos en aumentar esta su honra y servicio, en tiempo estáis en que es bien menester mostrar por obra vuestro deseo. Mirad dónde sea hoy honrada la Divina Majestad, dónde acatada su grandeza inmensa, dónde conocida su sapiencia y bondad infinita, dónde obedecida su santísima voluntad; antes ved con mucho dolor cómo es ignorado, deshonrado, despreciado, blasfemado su santo nombre en todos lugares; la doctrina de Cristo, eterna Sapiencia, desechada; su ejemplo olvidado; el precio de su sangre en cierto modo perdido de nuestra parte, por haber tan pocos que dél se aprovechen. Mirad también vuestros prójimos como una imagen de la Santísima Trinidad, y capaz de su gloria, a quien sirve el universo, templos vivos del Espíritu Santo, miembros de Jesucristo Señor Nuestro, redimidos con tantos dolores, infamias y sangre suya; mirad, digo, en cuánta miseria se hallan, en tan profundas tinieblas de ignorancia, en tanta tempestad de deseos y temores vanos y de otras pasiones; combatidos de tantos enemigos visibles e invisibles, con riesgo de perder, no la vida o hacienda temporal (que es viento muy estimado), sino el reino y felicidad eterna, y caer en tan intolerable miseria del fuego eterno. Digo, por resumirme en pocas palabras, que si bien mirásedes cuánta sea la obligación de tornar por la honra de Jesucristo, Reparador nuestro y por la salud de los prójimos, veríades cuán debida cosa es que os dispongáis a todo trabajo y diligencia para haceros idóneos instrumentos de la divina gracia para tal efecto, mayormente habiendo hoy tan pocos "que no busquen su interés sino el de Jesucris-

to". (1) Por donde debéis esforzaros a suplir lo que otros faltan, pues Dios os hace particular gracia en tal vocación y propósitos.

Y lo que hasta aquí he dicho para despertar a quien durmiese y hacer correr más a quien poco corriese, no ha de ser para que se tome ocasión de dar en el otro extremo contrario, del indiscreto fervor; porque no solamente vienen las enfermedades espirituales de causas frías, como es la tibieza, pero aun de causas calientes, como es el demasiado fervor.

"Sea vuestro culto racional", (2) dice San Pablo, conformándose con lo del Salmista: "La majestad del Rey ama el juicio, esto es, la discreción"; (3) y lo que se prefiguraba en el Levítico "En todo sacrificio tuyo ofrecerás sal." (4) Y es así que no tiene el enemigo de nuestra naturaleza malicia alguna tan eficaz para quitar la caridad verdadera del corazón, como hacer que incautamente y no según razón espiritual, en ella se proceda. El *ne quid nimis,* nada en demasía, dicho del Filósofo, débese en todo guardar, aun en la misma justicia, como leemos en el Eclesiástico: «No seas justo en demasía»; (5) porque no tener esta moderación, muchas veces es causa de que el bien se convierta en mal y la virtud en vicio; y síguense muchos errores e inconvenientes, contrarios a la intención del que así camina. Lo primero, que no puede servir a Dios a la larga, como suele acontecer al caballo que hace largas jornadas, que siendo mu-

(1) Phil., II, 21.
(2) Rom., XII, 1.
(3) Ps., XCVIII, 4.
(4) Lev., II, 13.
(5) Eccl., VII, 17.

chas no las puede acabar; y así es menester que otros se ocupen en servir a los tales. Lo segundo, que no suele conservarse lo que así se adquiere con demasiado fervor y apresuramiento, que como dice la Sagrada Escritura: "Hacienda que muy aprisa se allega, se disminuirá"; (1) y no sólo se disminuye, pero aun es causa de caída: "quien el paso acelerado lleva, tropezará"; (2) y tanto se cae con más peligro, cuanto de más alto, no parando hasta lo más bajo de la escala. Lo tercero es, que no se cura de evitar el peligro de cargar mucho la barca; y es así que, aunque es cosa peligrosa llevarla vacía, porque andará fluctuando con tentaciones, más lo es cargarla tanto que se hunda. Lo cuarto, que acaece que por crucificar el hombre viejo se crucifija el nuevo, no pudiendo con la flaqueza ejercitar las virtudes; y según San Bernardo, cuatro cosas se quitan injustamente por este exceso: "quita al cuerpo el efecto de la buena obra, al alma el afecto; al prójimo el ejemplo, a Dios el honor"; (3) de donde se infiere que es en cargo de todo lo dicho, como un sacrilegio, por así maltratar el templo de Dios vivo. Digo que quita el ejemplo al prójimo, porque la caída de uno espanta y entibia a muchos en la vía espiritual, y aun suele dar escándalo; y a esta causa los llama divisores de la unidad y enemigos de la paz; fuera de que dañan a sí mismos con soberbia y vanagloria, prefiriendo su juicio al de todos, o a lo menos usurpando lo que no es suyo, que es hacerse jueces en sus cosas, siéndolo por razón el superior; y sin és-

(1) Prov., XIII, 11.
(2) Prov., XIX, 2.
(3) Bern: *De vita solit, ad FF. de Monte Dei.*

tos hay aún otros inconvenientes, como es cargarse tanto de armas que no pueda ayudarse dellas, como David de las de Saúl; y proveer de espuelas y no de freno a caballo de suyo impetuoso y desbocado. De manera que en esta parte es muy necesaria la discreción, que modere los ejercicios piadosos entre los dos extremos, y como bien avisa San Bernardo, "no es bien se crea siempre a la buena voluntad; mas se ha de enfrenar, se ha de regir y mayormente en el que comienza", (1) porque no sea malo a sí el que quiere ser bueno a otros; "porque el que para sí es malo, ¿para quién será bueno?" (2) Y si os pareciese ser ardua cosa la discreción y difícil de haber, a lo menos suplidla con la de obediencia, cuyo consejo será seguro. Y si alguno quisiera más seguir su parecer, oiga lo que dice San Bernardo: "Cuanto sin el consentimiento y voluntad del padre espiritual se hace, pondráse a cuenta de la vana gloria, no para recibir galardón"; (3) y acuérdese que "como pecado de agorar es rebelarse; y cual delito de idolatría, no querer obedecer". (4) Así que para tener el medio entre la tibieza y fervor indiscreto, ateneos a la obediencia, y si tenéis mucho deseo de mortificación durante el tiempo del estudio, empleadle más en quebrar vuestra voluntad y sojuzgar el propio juicio debajo del yugo de la obediencia, que en debilitar los cuerpos y afligirlos sin moderación.

No querría con todo esto que por lo escrito pensásedes que me desplace o que no apruebo lo que

(1) Bern: *De vita solit. ad FF. de Monte Dei.*
(2) Eccl., XIV, 5.
(3) Bern, It.
(4) Reg., XV, 23.

se nos ha escrito aquí de algunas vuestras mortificaciones; que éstas y otras locuras santas sé que las usaron los Santos, y a su provecho, y son útiles, para vencerse y adquirir más gracia, mayormente en los principios; pero en tiempo de estudios, y en quien tiene ya más señorío sobre el amo propio por la divina gracia, lo que tengo escrito de reducirse a la mediocridad de la discreción, tengo por mejor, no se apartando de la obediencia, la cual os encomiendo muy encarecidamente, junto con aquella virtud y compendio de todas las otras, que Jesucristo Nuestro Señor tanto encarece, llamando suyo el precepto della: "Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado"; (1) y no solamente que entre vosotros mantengáis la unión y amor continuo, pero aun lo extendáis a todos, y procuréis encender en vuestras ánimas vivos deseos de la salud del prójimo, estimando lo que cada uno vale del precio que costó de la sangre y vida del Unigénito verdadero Hijo de Dios, Jesucristo, Dios y Señor Nuestro. Porque de una parte aparejando las letras, y de la otra, aumentando el amor de la caridad fraterna, os hagáis enteros instrumentos de la divina gracia y cooperadores en esta altísima obra de reducir a Dios, supremo fin, sus criaturas. Y en este comedio que el estudio dura, no os parezca que sois inútiles al prójimo; que ultra de aprovechar a vosotros, como lo requiere la caridad ordenada, le servís en muchas maneras, a honra y gloria divina. La primera, con el trabajo presente, y la intención con que lo tomáis y ordenáis todo a su edificación; que los

(1) Joan, XV, 12.

soldados que atienden a proveerse de armas y municiones para la empresa que se espera, no se puede decir que su trabajo no sea en servicio de su Príncipe; y aunque la muerte atajase a alguno antes que comenzase a comunicarse al prójimo exteriormente, no por eso deja de haberle servido en el trabajo del prepararse; el cual, además de la intención de adelante, debería cada día de ofrecerse a Dios por los prójimos: que siendo Dios servido de aceptarlo, no menos podría ser instrumento para ayudar al prójimo que las predicaciones y confesiones. La segunda manera de ayudar al prójimo es haciéndoos vosotros muy virtuosos y enteros, porque así seréis idóneos para hacer tales los prójimos cuales vosotros sois. Porque el modo que Dios Omnipotente quiere que se guarde en las generaciones naturales, ese mismo proporcionadamente quiere en las espirituales. Muéstraoslo la filosofía y experiencia: que en la generación de un hombre u otro animal, ultra de las causas generales o universales, como son los cielos, se requiere otra causa o agente inmediato de la misma especie, porque así tenga la forma que ha de transfundir en otro sujeto; de la misma manera, para poner en otro la forma de la humildad, paciencia o caridad, quiere su Divina Sapiencia que la causa inmediata de que Él usa como de instrumento, como es el que predicador o confesor, sea humilde, paciente y caritativo. En manera que, como os decía, aprovechando a vosotros mismos en toda la virtud, grandemente servís al prójimo; porque no menos, antes más apto instrumento para conferirles gracia aparejáis en la vida buena que en la doctrina, bien que en lo uno y en lo otro requiere

el perfecto instrumento. La tercera manera de ayudarles es buen ejemplo de la vida, que en esta parte, como os decía, por la gracia divina, el olor de todos vosotros de ahí se difunde y edifica en otras partes fuera de ese reino, y espero en el Autor de todo bien que se continuarán y aumentarán sus dones en vosotros, para que, pasando adelante cada día en toda perfección, crezca, sin buscarlo, el olor santo y la edificación que dél se sigue. La cuarta manera de ayudar a los prójimos y que mucho se extiende, consiste en los buenos deseos y santos y en oraciones; y aunque el estudio no os dé lugar para usarlas muy largas, puede en deseos recompensarse el tiempo, a quien continúa la oración con todos los ejercicios, que para el aprovechamiento del prójimo ayudarán, tomándolos por solo servicio de Dios Nuestro Señor. Pero en esto y en las otras cosas, más de cerca tendréis con quien conferirlas en particular; y a esta causa parece se pudiera escusar parte de lo escrito; mas haciéndose esto tan pocas veces, y siéndome dicho que deseábades letra mía, he querido esta vez consolarme con vosotros escribiendo largo.

No otro por ahora, sino que ruego a Dios Criador y Redentor Nuestro, que como le plugo de haceros tanta gracia en llamaros y daros voluntad eficaz de querer emplearos en su servicio, así le plega continuar en todos y aumentar sus dones, para que continuamente crezcáis y perseveréis en su santo servicio para mucha honra y gloria suya y ayuda de su Iglesia santa.

De Roma, 7 de mayo de 1547 años.

Vuestro en el Señor,

Ignacio.

En ese año de 1547 desaparecen dos señaladas figuras: Enrique VIII, Rey de Inglaterra y Francisco I, Rey de Francia. A aquél le sustituye Eduardo VI y a éste Enrique II.

Dos años más tarde, en 1549 muere el Papa Paulo III. Le sustituye el Cardenal del Monte, Julio III. Nuevamente trasládase el Concilio a Trento e inicia éste las sesiones el 1º de mayo de 1551. Si éstas son fecundas y rápidas lo son, dice Mourret, "gracias a los largos y pacientes trabajos de los teólogos Cano, Láinez y Salmerón durante las cinco sesiones de Bolonia". Sagaces, profundas y prudentes son las instrucciones que por escrito han recibido aquéllos de Ignacio. "En el Concilio habéis de buscar —dice— solamente la gloria de Dios y bien de la Iglesia; fuera del Concilio habéis de procurar aprovechar a todos según el Instituto que profesáis..." "Ninguno se fíe de su propio juicio, ni se pague de manera de su sentir, que desprecia el de los demás; antes tenga su juicio por sospechoso, y examínele muy bien, pesándole con la razón y prudencia..." "De una cosa habéis de estar persuadidos, que en las doctrinas, o sean adquiridas con estudio y diligencia humana, o señaladas de Dios, importa mucho tratarlas despacio, como quien está sentado, descansando, no de prisa, como quien corre y va de camino, con deseo de llegar al término; y así en el disputar no miréis vuestra comodidad y conveniencia, sino la de aquel con quien habéis de disputar..." "Así como en las cuestiones y argumentos es bueno hablar poco, así para excitar a los hombres a seguir la virtud y huir los vicios ha de ser la oración larga, llena de caridad y afecto."

El 28 de abril de 1552 una Bula del Papa suspendía la Asamblea, que no había de reunirse hasta transcurridos diez años. En el mes de enero un cierto número de

diputados protestantes acudieron al Concilio bajo la presión del Emperador. En plena discusión se hallaban cuando Mauricio de Sajonia, leal hasta entonces a Carlos V, avanzó inopinadamente con sus tropas hacia Innsbruck, en donde se hallaba el Emperador y su hermano Fernando, quienes debieron huir a medianoche sin tiempo siquiera de recoger la ropa. Ante el avance sobre el Tirol, algunos Obispos huyeron horrorizados y de hecho quedó suspendido el Concilio hasta que fué confirmado por la Bula pontificia.

La actuación de los compañeros de Ignacio ha sido tan brillante y decisiva, tan fundamental, que a partir de ese Concilio, no podrán separarse ya los jesuítas de la Iglesia. Han sido, en frase de Gabriel Monod, escritor protestante, la expresión más completa, más intensa y más concentrada del espíritu del catolicismo.

En ese mismo año, en el que la irrupción armada de los protestantes hacía suspender precipitadamente el Concilio ecuménico, Ignacio abría en Roma el Colegio Germánico "para formar en virtud y ciencia católica a jóvenes alemanes". "Porque, dice en carta de julio de 1552, a los que la salvación de Alemania anhelan, éste, entre los remedios humanos, ha parecido ser el más eficaz, y aun casi el único para sostener y restaurar la religión que en ella se desmorona, y aun plegue a Dios en muchos lugares no esté del todo caída, que haya modo de mandar a ella, en el número mayor que quepa, varones de la misma nación y lengua, fieles y alentados, que descollando en ejemplo de vida virtuosa y en sana doctrina, con la predicación de la palabra de Dios, con lecciones, o cuando menos con pláticas privadas, sean poderosos a disponer los ojos de sus naturales, a que, rasgado el velo de la ignorancia y de los vicios, vean la lumbre de la doctrina católica y ortodoxa."

Bien conocía Ignacio la situación de la Iglesia en Alemania, convertida "en feudo de su relajada nobleza". Difícilmente podría hallarse un mayor "desmoronamiento de la disciplina y vida eclesiástica". Gabriel Tetzel, de Nuremberg, en la descripción del viaje de su señor León von Rosmithal en el año 1465, refiere: "En el convento de monjas nobles de Neuss, la abadesa ofreció a mi señor hospedaje, y le dió un precioso baile en el monasterio. Y las monjas estaban lindamente ataviadas y ejecutaban todos los bailes más primorosos, y cada una de ellas tenía su sirviente que la servía y la precedía." "El Arzobispo de Colonia, Hermann von Wied era tan ignorante que en 1519 no entendía las credenciales latinas del Embajador inglés Roberto Parce, sino que las hubo de hacer traducir al alemán." Del Primado mismo de la Iglesia alemana, refiere Nicolás von Slegen, que "aquel poco instruído príncipe de la Iglesia sólo celebró la Misa una vez, a saber: el día de su coronación en que había de hacerlo".

Meses antes, en la carta contestación al Duque de Baviera, Alberto V, expone Ignacio con pensamiento luminoso el plan a seguir para restablecer "sobre bases sólidas el estudio de la Teología en Alemania, con la fundación del Colegio de Ingolstadt". "Porque en lo tocante a las letras —escribe— bien que el blanco sea la Teología, todavía entendemos que para volverla a Alemania, de donde parece haber sido casi de todo punto desterrada, es corto remedio preparar maestros, si los discípulos también no se aparejan; digo discípulos que por parte de la voluntad sean propensos a tomar con ansia y devoción esta sagrada doctrina, y por la del entendimiento, por tenerle cultivado con las ciencias inferiores, capaces de adelantar en ella." La lucha de los compañeros del tenaz vasco fué esencialmente cultural en tierras protestantes. Y Colonia, Ingolstadt, Viena y

Praga fueron los "núcleos estratégicos, tanto por haber grandes masas escolares como por las altas autoridades que allí residían".

En 1554, en un escrito de Ignacio que ha de servir de guión de cuanto ha de decirse al Emperador en solicitud de ayuda para el mantenimiento del Colegio Germánico, después de hablar de cuanto ha hecho en aquellas tierras "por las armas y por el consejo", le pide que "agregue también por este camino que será acaso no menos eficaz que otro alguno; porque no bastará haber subyugado con armas la Alemania; ni aunque se recibiesen en general las definiciones del Concilio, si no hubiese Obispos, Curas, Predicadores y Lectores que, extirpando la raíz de la mala doctrina, plantasen la buena con palabras y ejemplos en los corazones de los hombres a cuyo fin está ordenado este Colegio". Tal consejo, que es lógica consecuencia de un procedimiento, de una doctrina en acción, no cabe que surja de un corazón intolerante y fanático, sino de quien rezuma bondad y comprensión.

Cuando Ignacio funda el Colegio Germánico, "no se hallaba ni vestigio ni se conservaba memoria alguna de los ilustres seminarios de la Edad Media". El clero se formaba exclusivamente en las Universidades con el consiguiente peligro. Ignacio en este aspecto es un innovador. Las Constituciones escritas por él y destinadas a este Colegio servirán más tarde para los "Seminarios Diocesanos" que años después aprobará el mismo Concilio de Trento. El Cardenal Steinhuber, lo reconoce así: "el prototipo ideal que presidió al Decreto del Concilio de Trento sobre los Seminarios lo formó la fundación puesta por obra de Ignacio con tenaz energía, a saber: el Colegio Germánico de Roma". Pastor afirma también que los Seminarios se deben al influjo de Ignacio.

El 25 de julio de 1554 contraían matrimonio Felipe II

y María Tudor, Reina católica de Inglaterra. El Rey protestante Eduardo VI había muerto un año antes. Tres meses más tarde proponían al Príncipe español, viudo a los dieciocho años, la boda con Tudor; aquél indicó a su padre, Carlos V, "que se casara con ella", a lo que respondió el Emperador declinando este proyecto por su edad y achaques; entonces accedió don Felipe, "a pesar de estar ya comprometido con su prima María de Portugal". Así Inglaterra volvió a ser oficialmente católica, hasta poco después de subir al trono Isabel, "pagana por temperamento y por gusto", hija de la cortesana y Reina degollada Ana de Bolena.

Con aquel motivo Ignacio expresaba su contento en carta dirigida al Cardenal Reginaldo Polo, confesor y consejero de la Reina. En ella le pide que "vengan jóvenes ingleses e irlandeses a educarse a Roma". "Así en la Casa como en el Colegio nuestro de Roma y también en el Germánico, escribe, las cosas del divino servicio van en aumento. Y fuera de cerca de sesenta personas que estamos en la Casa, tenemos en el Colegio más de sesenta de los nuestros, y se leen todas las ciencias, excepto las Leyes y la Medicina, con mucho fruto de ellos y de los oyentes de fuera, que son muchos, y pasan de cincuenta." En la misma carta dice: "En el Consistorio tenido esta semana, se trató de trece Sacerdotes de nuestra Compañía, que, como noticié a V. S. Rma., han de mandarse a los reinos del Preste Juan (en Etiopía); y uno de ellos, a instancia del Rey de Portugal, fué elegido para Patriarca."

Ignacio continúa ampliando su ya extenso campo de acción, dirigiendo su obra consolidada, organizando sus huestes audaces, bien preparadas y mejor dispuestas. Desde su casa de Roma, de la Roma que se enriquece en esa época del genio portentoso de Miguel Ángel, el vasco indomable y tenaz no pone freno a sus santas am-

biciones: todo lo controla, orienta, dirige y gobierna. Por algo Harnack, profesor protestante especializado en la historia de la Iglesia, lo ha calificado como "el genio organizador más asombroso que han conocido los tiempos modernos". Y Heinrich Böhmer confiesa que ya entonces en los tiempos de Ignacio, "las relaciones por escrito en el seno de la Orden estaban mejor organizadas que en ninguno de los Estados europeos".

Ignacio era el corazón y era la cabeza; de cómo las efusiones ardientes y bondadosas y el razonamiento frío y la inteligencia despejada y profunda podían magistralmente fusionarse se desprende de las cartas enviadas a su compatriota Francisco de Xabier.

En carta de éste fechada en Cochin, el 29 de enero de 1552, dice así:

> "Verdadero Padre mío. Una carta de vuestra santa caridad recibí en Malaca ahora, cuando venía del Japón; y en saber nuevas de tan deseada salud y vida, Dios Nuestro Señor sabe cuán consolada fué mi ánima; y entre otras muchas santas palabras y consolaciones de su carta, leí las últimas que decían: «todo vuestro, sin poder olvidar en tiempo alguno, Ignacio», las cuales, así como con lágrimas leí, con lágrimas las escribo, acordándome del tiempo pasado, del mucho amor que siempre me tuvo y tiene, y también considerando cómo de los muchos trabajos y peligros del Japón me libró Dios Nuestro Señor por la intercesión de las santas oraciones de vuestra Caridad.
>
> "Jamás podría escribir lo mucho que debo a los del Japón, pues Dios Nuestro Señor por respeto de ellos me dió mucho conocimiento de mis infinitas maldades, porque, estando fuera de mí, no conocí muchos males había en mí, hasta que me vi



MAPA DEL VIAJE A CHINA Y JAPÓN



MAPA DE LOS VIAJES DE SAN FRANCISCO DE XABIER EN EL JAPÓN

en los trabajos y peligros del Japón. Claramente me dió Dios Nuestro Señor a sentir tener extrema necesidad de quien tuviese gran cuidado de mí. Ahora vea vuestra santa Caridad el cargo que me da de tantas santas ánimas de la Compañía, que están aquí, conociendo evidentemente en mí por sola la misericordia de Dios, una gran insuficiencia. A los de la Compañía esperaba que me había de encomendar, y no ellos a mí.

"Escríbeme vuestra santa Caridad cuántos deseos tiene de verme antes de acabar esta vida. Dios Nuestro Señor sabe cuánta impresión hicieron estas palabras de tan gran amor en mi ánima, y cuántas lágrimas me cuestan las veces que de ellas me acuerdo; y en parecerme que puede serme consuelo, pues a la santa obediencia no hay cosa imposible.

"Por amor y servicio de Dios nuestro le pido una caridad si presente me hallase, de rodillas echado a sus santos pies le pediría, y es ésta: que mandase a estas partes alguna persona, conocida de vuestra santa Caridad, para ser Rector del Colegio de Goa, porque de cosa de su mano tiene grandísima necesidad el Colegio de Goa."

Mucho tardó en recibir Ignacio esta carta, a la que responde en otra fechada el 28 de junio de 1553. He aquí el texto íntegro:

JHS

"La suma gracia y amor eterno de Cristo Nuestro Señor sea siempre en nuestro favor y ayuda.

"Carísimo Hermano en el Señor Nuestro: Hemos habido acá vuestras letras de 29 de enero del 52, más tarde que era razón por la dificultad de los pasos de Portugal a Roma y a esta causa no habréis habido respuesta cuan presto yo quisiera.

"Hemos entendido la puerta que Dios Nuestro Señor ha abierto a la predicación de su Evangelio y conversión de las gentes en Japón y China por vuestro ministerio, y nos consolamos mucho en la su Divina Majestad, esperando que el conocimiento y gloria suya cada día se haya más de extender, y entre gentes que puedan perpetuar y llevar adelante lo ganado con el dicho favor.

"Hame parecido también cosa acertada, que hayáis enviado allá y a la China a Maestro Gaspar, y otros, y aunque, si vos mismo habréis ido a la China (donde decís tenéis ánimo de ir, si no os estorban las cosas de la India) lo tendré por bueno persuadiéndome que es la Eterna Sapientia la que juzgo yo que será más servido Dios Nuestro Señor de vuestra persona, si habréis quedado en la India, inviando otros y enderezándolos para que hagan lo que vos habíades de hacer; porque desta manera haréis en muchas partes lo que por vuestra persona haríades en una. Y más digo, que mirando el mayor servicio de Dios Nuestro Señor y ayuda de las ánimas en esas regiones, y cuanto depende de Portugal el bien de ellas, me he determinado a mandaros en virtud de santa obediencia, que entre tantos caminos toméis este de Portugal con la primera oportunidad de buen pasaje; y así os lo mando en nombre de Cristo Nuestro Señor, aunque sea para tornar presto a la India. Y porque allá podáis hacer capaces a los que os quisieran detener por el bien de las Indias, diréis las razones que a esto mueven por acá, mirando asimesmo el bien dellas.

"Primeramente ya sabéis lo que importa para la conservación y aumento de la cristiandad en esas

partes, y en la Guinea y Brasil, la buena orden que el Rey de Portugal puede dar desde su reino, y un príncipe de tan cristianos deseos y sanctas intenciones como el Rey de Portugal, siendo informado de quien sabe por experiencia las cosas de allá tan bien como vos, podéis pensar que se movería a hacer muchas cosas en servicio de Dios Nuestro Señor y ayuda de esas regiones, de las que le representásedes.

"Después, importando tanto que la Sede Apostólica tenga información cierta y entera de las cosas de las Indias, y de persona que tenga crédito para con ella, por la provisión de cosas espirituales que es necesaria o muy importante para el bien de esa nueva cristiandad, y los cristianos viejos que en ella viven, también vos para esto seríades más a propósito que otro de los que allá están, por la noticia que tenéis, y la que se tiene de vuestra persona.

"También sabéis que importa para el bien de las Indias, que las personas que se invían allá sean idóneas para el fin que se pretende en unas partes y otras. Para esto servirá mucho vuestra venida a Portugal y por acá, porque no solamente se moverían muchos más a desear de ir allá, pero aun de los que hay movidos, variades quienes son al propósito para ir o no, quienes para una parte quienes para otra; pues en acertar en esto vos mesmo juzgad lo que importa, y no basta todo lo que escribís de allá, para que acá se entienda bien, si vos mesmo no tratáis y conocéis los que se han de inviar, o quien como vos lo sepa.

"Sin estas razones, que son todas para el bien de la India, pienso daríades calor al Rey para lo de Etiopía, que de tantos años a esta parte esta para

lo hacer, y no se ve nunca efecto. Asimesmo en lo de Congo y Brasil podríades no poco desde Portugal ayudar, lo cual no podéis hacer de la India, pues no hay aquel comercio. Y si allá parece que vuestra presencia sea importante para el gobierno, no menos desde Portugal que desde el Japón o China podréis gobernar, antes muy mejor. Así que de cuantas ausencias habéis hecho mayores, haced ésta, y dejad allá los Rectores que os parecerá y uno que tenga cargo de todo lo de allá universalmente, con los consejeros que os parecerá convienen, y Dios Nuestro Señor será con ellos.

"En otras cosas remítome a Maestro Polanco, y me encomiendo mucho de corazón en vuestras oraciones; y ruego a la Suma y Divina Bondad a todos quiera dar su gracia cumplida para que su santísima voluntad siempre sintamos, y aquélla perfectamente cumplamos.

"De Roma 28 de junio de 1553.

"Venido a Portugal estaréis a obediencia del Rey para hacer lo que dispondrá de vuestra persona a gloria de Dios Nuestro Señor.

"Todo vuestro en el Señor Nuestro

Ignacio."

No pudo obedecer estas órdenes Francisco de Xabier. Porque medio año antes de que salieran de la pluma de Ignacio, había emprendido aquél un inesperado viaje: el de la Eternidad.

No le faltó, sin embargo, voluntad para complacer a su compatriota y Superior. Queda así reflejado en la última carta a él enviada, y que en parte recogemos. Es ella —dice el Padre Domenzain al examinar el original que se encuentra en el Seminario de San Francisco Javier, de las Misiones Extranjeras de la Arquidiócesis de Par-

ma— "una buena muestra de la clara escritura del Santo y de su estilo precioso y vigoroso, a pesar de su ortografía tan variable, en la que el castellano hállase mezclado con portugués, latín y con dejos de vascuence":

> "...Os ruego y suplico por Jesús que nombréis Rector de este Colegio a quien vos mismo eligiereis; pues dado caso que no fuera ni muy docto ni muy sabio, como vos, le elijáis, será tal cual esta casa lo necesita. Que los Padres y Hermanos de por aquí, sobremanera desean un superior de ahí de Roma de los que han vivido con vos mucho tiempo. Si además trajere consigo indulgencias anuales de ocho días, con que podamos atraer la gente a los Sacramentos de Confesión y Comunión hará una cosa gratísima al pueblo y al culto divino convenientísima.
>
> "Imposible decir a cuántos fué provechoso el jubileo que acá enviaste. Más querría que estas indulgencias nos las remitiéseis con el diploma pontificio, confirmadas con su autoridad y con los sellos de plomo. Porque no faltan por aquí quienes desconfían de semejantes gracias pontificias, si no vienen con todos esos requisitos: así lo hicieron con el anterior jubileo que nos mandásteis, propalando ser falso, apócrifo y sin la confirmación del Papa, como de la falta de sellos se esforzaban en deducir. Mas al cabo con el favor de Dios logramos reconocieran su autenticidad y valor.
>
> "Es también muy de la gloria divina, probar bien de antemano a los sacerdotes que acá enviéis: que para estas tierras se requiere mucha virtud. Avisé por cartas al Padre Maestro Simón (Simón Rodríguez, Provincial de Portugal, íntimo de Xabier) y en su defecto al Rector del Colegio de

Coimbra, que no nos envíe los Padres que no sirven en Portugal, pues no nos servirán para más en la India. Por eso creo de sumo interés el que ordenéis que absolutamente ningún Sacerdote de la Compañía se embarque para la India sin haber antes ido en peregrinación a Roma y haber sido aprobado por el Prepósito General.

"Me sería muy grato que mandarais a alguno de casa me enterase de los Padres que desde París fueron con nosotros a Roma y de todos los demás. Lo mismo digo del aumento de la Compañía, del número de Colegios, Casas y Padres profesos, de las personas más distinguidas que hayan entrado en la Compañía y de cuantos se señalan en doctrina y erudición: de todo esto que me escriba mucho y con diligencia. Esta carta me sería de mucho consuelo y suavizaría los trabajos que sufro por mar y tierra tanto en Japón como en China.

"Dios nos junte en el cielo, y si ha de ser de su mayor gloria, también aquí en vida. En cuanto a mí toca, me basta que me lo manden, que nada me costaría hacerlo por obediencia. Me aseguran todos que se puede pasar a Jerusalén desde la China. Si hallase ser esto verdad, haré sepáis las leguas que dista y los meses de camino que hay.

"De Goa a 9 de abril de 1552.

"Su menor hijo y en destierro mayor.

✠✠✠ Francysco." ✠✠✠

"Las tres cruces que precedían y seguían a la firma de Xabier, eran —dice el Padre Laborde en su obra *L'esprit de Saint F. Xabier*—, prueba de la devoción a la Santísima Trinidad que tenían los señores del Castillo de Xabier."

XIX

VIVIR PARA LA ETERNIDAD...



En los primeros días de febrero de 1552 llegaba Francisco de Xabier a Goa. Los esfuerzos gigantescos y sacrificios sin límite hechos en las tierras bárbaras del Japón habían quebrantado sus fuerzas corporales. El espíritu, aquella pasión apostólica que le dominaba devorándole, era más fuerte que la carne. Nos lo dice un contemporáneo en carta de honda fuerza emotiva: "...nos edifica tanto más, cuanto que por sus grandes y continuos trabajos ha llegado a tener gran dificultad en tomar alimento y lo poco que come no lo digiere por su debilidad de estómago; eso aparte de una afección al pecho y otros achaques que le aquejan. Se duele y lamenta mucho de los gastos que con él se hacen, siendo así que tan sólo se le dan algunos huevos y un poco de azúcar. Así, enfermo y todo, predica cinco y seis veces cada día, aunque no con la vehemencia de antes. Añádase el oír confesiones, los negocios domésticos, la atención continua al aprovechamiento de los prójimos. Figuraos lo que hará si llega a recobrar las fuerzas..."

Desde Goa —escribe Domenzain— envió a Portugal a Bernardo de Sátsuma, que llegó a Lisboa en 1553, siendo el primer japonés que pisaba Europa; al año siguiente entró en la Compañía de Jesús, visitó Coimbra y algunas casas de España, y en marzo de 1555 llegó a Roma. El Padre Ribadeneira, su confesor, declaró por escrito lo mucho que admiraba el ejemplo de sus virtudes, que le hacían ver en él un retrato de los primeros cristianos. En

1556 volvió a Coimbra para reponer su quebrantada salud, pero murió en olor de santidad poco tiempo después".

El 17 de abril, aprovechando los vientos favorables, abandonaba, por última vez, la India portuguesa. Hizo escala el barco en Cochin y continuó luego viaje doblando el cabo de Ceilán a Malaca. Llegó a este puerto, centro mercantil el más importante de Asia, a fines del mes de mayo cuando la ciudad se hallaba dominada por aguda peste. Eran tantas las víctimas que pronto hubieron de utilizarse los barcos como hospitales. Xabier no descansó día ni noche, visitando, atendiendo y curando enfermos contagiosos.

Si fué meritoria su labor, no supo apreciarla adecuadamente el gobernador de la plaza don Álvaro de Taide. La envidia y la ambición habían ganado su alma. Don Diego Pereira, amigo de Xabier, que comerciaba entonces en Singapur, había sido designado por el Virrey como embajador de Portugal ante el Rey de la China en la expedición a realizar. Poco tiempo después del nombramiento llegaba a Malaca a bordo del "Santa Cruz", con un riquísimo cargamento de especias y con variados regalos a aquel monarca destinados por un valor de 5.000 ducados. Alegando la posibilidad de un ataque de la flota javanesa, el gobernador prohibió la expedición, se incautó del barco y "mandó retirar el timón, guardándolo en su propia casa". Inútiles fueron los ruegos y las amenazas; ni aun la excomunión de que hizo uso Xabier en su calidad de Legado pontificio, venció su obstinación.

En carta escrita el 21 de julio, pide al Vicario de Malaca que notifique públicamente el castigo y expresa así su amargura: "Yo voy a las islas de Cantón, desamparado de todo favor humano, con esperanza de que algún moro gentil me llevará a tierra firme de China."

Dice Schurhammer que la vida en Malaca fué un tormento constante para Xabier; que el rencor del gobernador se comunicó a sus criados y que no se vió libre de insultos y groseras calumnias. De ahí su marcha al vecino puerto de Singapur. Dícese también que al salir de la ciudad de Malaca "se quitó los zapatos y sacudió el polvo de sus pies conforme a lo que Cristo Nuestro Señor dijo a sus Apóstoles".

Al fin el "Santa Cruz" pudo continuar su viaje; Pereira quedaba en Malaca y la expedición no llevaba ya "carácter de embajada". Le acompañaban a Xabier, Alvaro Ferreira, el chino Antonio de Santa Fe y el criado indio Cristóbal.

A fines del mes de agosto llegaron a las islas de Chang-Tchouan y Hai-Tchouan que en la correspondencia de Xabier aparecen con el nombre de "islas de Sanchon". Por su proximidad a Cantón era lugar que aprovechaban los portugueses para intercambio de mercaderías con los chinos; pero ni aun allí les permitían construir viviendas, instalándose en chozas que quemaban una vez terminada la época del comercio. En una de las chozas, en la que vivía Jorge Álvarez, se instaló Xabier. Fué su primera ocupación levantar una capilla de ramas y paja y así el 4 de septiembre celebró allí la santa Misa.

Quince días estuvo Xabier enfermo. En carta del 22 de octubre, con sencillez pinta así su situación: "Plugo a Dios Nuestro Señor que se ofreció un hombre honrado, vecino de Cantón, a llevarme por doscientos cruzados en una embarcación pequeña donde no hubiese otros marineros sino sus hijos y mozos, porque no viniese a conocimiento del gobernador de Cantón por los marineros cuál era el mercader que me llevaba; y más, se ofreció a meterme en su casa y esconderme por tres o cuatro días, y luego ponerme un día antes de amanecer en la puerta

de la ciudad con mis libros y otro hatillo para ir donde está el Rey de China, mostrándole la carta que del señor Obispo tenemos para el Rey de China, declarándole cómo somos enviados por su Alteza para declarar la ley de Dios. Los peligros que corremos son dos, según dice la gente de la tierra; el primero es que el hombre que nos lleva, después que le sean entregados los doscientos cruzados, nos deje en alguna isla desierta o nos lance al mar para no ser perseguido del gobernador de Cantón; el segundo es que si nos lleva a Cantón y vamos delante del gobernador nos mande dar tormentos o cautivar por ser una cosa tan nueva como ésta y haber tantas prohibiciones en la China de que ninguno vaya sin chapa del Rey, que tanto prohibe el Rey que los extranjeros entren en su tierra sin su chapa."

China aparecía impenetrable. En 1542 lograron los portugueses establecerse en Ning-Pon; cuatro años después una masa enfurecida de chinos los acometía arrasando la fortaleza. Más tarde, la Colonia de Chin-Chen fué igualmente devastada; quienes lograron huir refugiáronse en las islas Sanchon. El Rey había dictado pena de muerte para quien desembarcara en su costa y el castigo era extensivo a todo chino que participara de alguna forma en tal empresa. En las cárceles chinas de Cantón, por otra parte, gemían no pocos marinos portugueses.

Los peligros de cautiverio eran tan grandes que pronto influyeron en el ánimo apocado de Ferreira, a quien Xabier hubo de expulsar de la Compañía; el antiguo esclavo Pedro López, que hacía las veces de intérprete, huyó también aterrado y así quedó tan sólo Xabier, acompañado del chino Antonio y del indio Cristóbal.

El 13 de noviembre, los comerciantes portugueses, a quienes acompañaba Ferreira, prendieron fuego a sus chozas y embarcaron hacia el Sur. En la ensenada, tan

sólo quedaba la nave de Diego Pereira, "Santa Cruz", que un mes más tarde había de emprender el regreso a la India.

El chino que debía venir a buscar a Xabier el 19 de noviembre, según convenio, no dió señales de vida. Y así, en la impaciencia y quizá en la desilusión, transcurrieron los días... Fué entonces cuando la enfermedad dominó su débil y agotado organismo.

Indispuesto, careciendo de albergue, sin tener qué comer, pues se alimentaba de los escasos mendrugos que el chino Antonio mendigaba de choza en choza, fué trasladado a la nave "Santa Cruz".

De su estancia en la misma tenemos el testimonio del piloto Francisco Aguiar. "Estaba, dice, dentro del barco surto en el puerto de Sanchón, metióse dentro de su camarote a la noche: cuando fué por la mañana esperaban que saliese como solía, mas él estaba ocupado en la oración, ni oían de fuera más que muchas veces dar unos suspiros del ánima, que él muchas veces acostumbraba, diciendo: Jesu, fili David, miserere mei. Todo aquel día estuvo sin comer ni responder a los que llamaban a la puerta, y sin que le oyesen más que algunos suspiros de amor de Dios y algunas palabras que salían de las entrañas de caridad."

El oleaje intenso y el balanceo constante agravaron al enfermo. Antonio de Santa Fe, su compañero, ha dejado un fiel relato de aquellos días memorables: "... pasó grandes trabajos, así del balanceo, por ser fuerte el oleaje, como de la calentura que arreció mucho; y luego por la mañana vino conmigo a tierra con unos calzones de paño debajo del brazo que allá le dieron porque el frío era grande y unas pocas almendras en la manga, que también le dieron allá para comer; y venía con tan gran fiebre y tan encendido que parecía una brasa".

"Viéndole, pues, así un portugués, amigo suyo, que se llamaba Jorge Álvarez, lo llevó consigo y lo hospedó en una su barraca de paja y le dice que su reverencia se sangrase luego, porque venía muy mal; él le dijo que no estaba acostumbrado a sangrarse, pero que su merced hiciese lo que le pareciese; y luego fué sangrado aquel día que era miércoles. Durante la sangría se desmayó, pero echándole agua fría en el rostro, volvió en sí."

"Dióle luego un grande hastío que no podía comer nada y al otro día, que era jueves, viendo que iba la fiebre en aumento, le tornaron a sangrar y se desmayó de nuevo. Y no pudiendo comer nada y estando muy fatigado, con la fiebre, era tan sufrido y paciente que nunca le oyeron una palabra."

"Su mente —dice el Padre Schurhammer— divagaba entre el delirio de la fiebre, pero su rostro aparecía alegre; y con los resplandecientes ojos levantados hacia el cielo, hablaba en voz alta con fervoroso celo como si quisiese predicar en las diversas lenguas que le eran conocidas, llegando a estar así durante este día y el siguiente, hasta cinco y más horas sin parar. El idioma en que se expresaba ¿era tamul?, ¿era malayo?, ¿era japonés? . . . O ¿era más bien el vascuence, la lengua de su patria vasca?"

El compañero que le asiste en esas horas se limita a decirnos:

". . . con voz alta, a manera de sermón, hacía coloquios de cosas que yo no entendía por no ser en nuestra lengua, por más que algunas veces le oía repetir con frecuencia estas palabras: *Tu autem meorum peccatorum et delictorum miserere;* y esto con otras palabras que yo no entendía, estuvo hablando con grandísimo fervor por espacio de cinco o seis horas y el nombre de Jesús siempre lo tenía en la boca. . ."

El Padre Alejandro Valignani, visitador de la India, que habló con Antonio en Macao cuando era éste ya un anciano, afirma que "conforme a lo que de él colegí, parece que hablaba con Dios Nuestro Señor, hablando en su lengua natural, que el mozo no entendía"... Su lengua natural, la que aprendió en el regazo de su madre, en la intimidad del castillo de Xabier, fué el euzkera, el vasco.

Refiere el mismo Antonio cómo estando velando la última noche, "al romper el alba vile hacer un movimiento, y poniéndole una candela en la mano, estando yo sólo con él, durmió en el Señor y partió su bendita alma de esta miserable vida casi sin ningún trabajo, sin contorsiones ni movimientos del cuerpo. Después de muerto quedó su rostro tan alegre y bien parecido y tan sonrosado que no parecía sino que estaba vivo".

Era dos horas después de medianoche, el sábado a la madrugada, 3 de diciembre de 1552.

Continúa la relación del citado testigo:

"Viendo, pues, que Dios Nuestro Señor tuvo a bien llevarnos aquel santo hombre de este mundo miserable, que no merecía poseerle, determiné ir a la nave a dar cuenta al capitán y traer las vestiduras y ornamentos que allá estaban para amortajarlo; y juntándose alguna gente, enterada del tránsito del bendito Padre, los dejé con el difunto con gran tristeza de ellos y mía por vernos privados de tan santo compañero y me fuí al barco, donde supieron la muerte del bendito Padre. Quedaron muy tristes y desconsolados de verse privados de tan suave y amorosa conversación como era la suya.

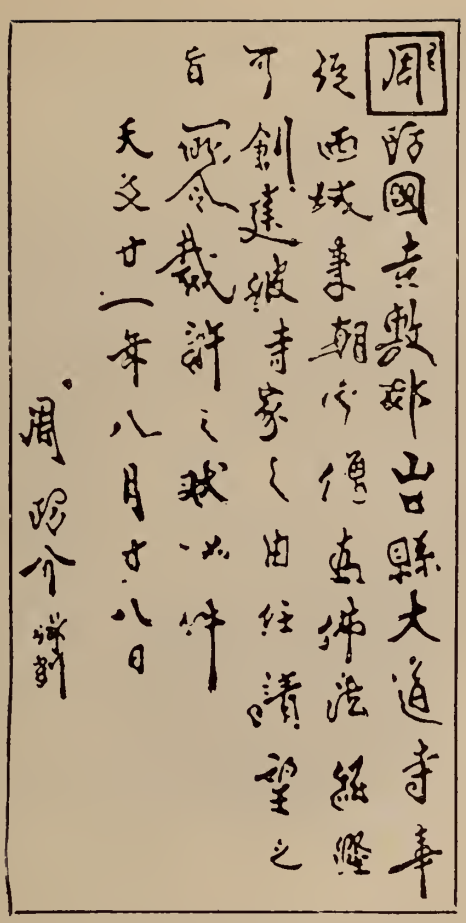
"Tomando, pues, las vestiduras, me volví luego al cuerpo del Padre y lo encontré tan hermoso y alegre como lo dejé, que cierto no parecía muerto, y amortajándole con mucho dolor de todos los que allí estábamos, me

acordé cómo los chinos suelen enterrar sus difuntos dentro de una caja cerrada; y pareciéndome que así sería bien enterrado y consultando con Jorge Álvarez, parecióle también bien, y mandó luego hacer la caja, y hecha, metimos en ella el cuerpo del bendito Padre, ayudándome dos hombres mulatos; ellos solos conmigo nos embarcamos en una embarcación y llevamos el cuerpo del Padre a la otra banda de la isla, frente a la nave de Diego Pereira, en la que se alojaban los de ella; habiendo allí mejor terreno para sepultar, y haciendo una hoya profunda, metimos en ella la caja con el cuerpo del Padre.

"Y estando ya para cubrir, estando los tres solos, parece que Dios Nuestro Señor, determinó de manifestar las obras que vos sabéis y habéis visto, ocurriósele a uno de los mulatos, que conmigo estaban, al cual llaman Jorge Méndez, que sería bien meter dentro de la caja, debajo y encima del cuerpo, algunos sacos de cal para que le comiesen la carne y quedasen los huesos desnudos, por si acaso en algún tiempo desease alguien ver los huesos del Padre Maestro Francisco y llevarlos a la India; y pareciéndonos a todos muy bien, fuimos luego a buscar cuatro sacos de cal grandes y volvimos a desclavar la caja (y volviéndola a cerrar) la metimos en la hoya y cubrimos de tierra, que calcamos muy bien, y yo puse algunas piedras encima para señal, para que los de allí en adelante pasasen, supiesen estaba allí el cuerpo del bendito Padre Maestro Francisco.

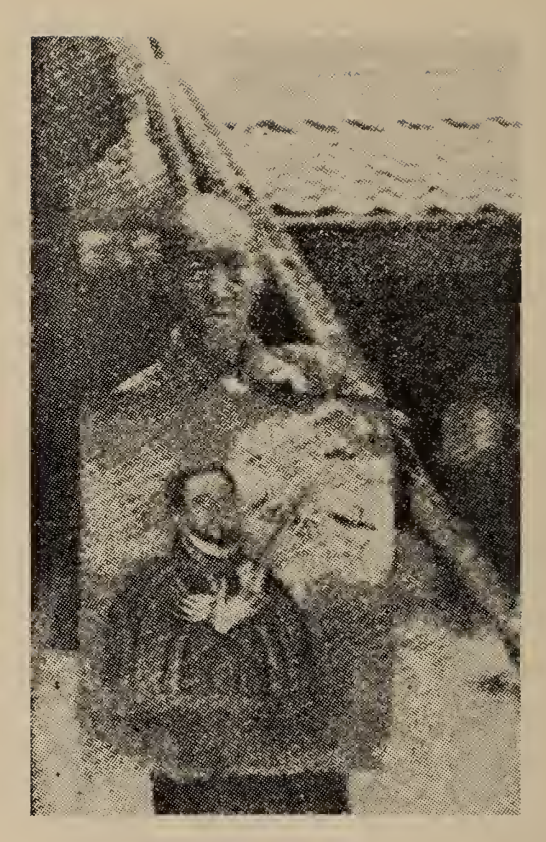
"Y allí fué sepultado aquel gran siervo de Dios con sólo cuatro hombres, a saber: dos mulatos, un chino y un portugués que allí se acercó, que todos los demás no se atrevían a salir de sus casas porque el frío era muy grande..."

Era el cuatro de diciembre, domingo, dos días después de su muerte.



周防國吉敷郡山口縣大道寺事
從西域來朝之僧爲佛法紹隆
可創建彼寺家之由任請望之
旨所令裁許之状如件
天文廿一年八月廿八日
周防介 御判

TEXTO ORIGINAL DEL ACTA DE DONACIÓN DEL TEMPLO DAYDÓOYI
A FRANCISCO DE XABIER POR YOSHINAGA



ANTIGUA IMAGEN DE FRANCISCO DE XABIER, SIGLO XVI, HALLADA POR EL P. VILLION EN TAKATSUKI

El 17 de febrero debía levar anclas la nave. "Y estando ya la nao para partir —continúa diciendo Antonio— me fuí al capitán que lo llevase y le dije: pero, señor ¿así ha de quedar aquí el cuerpo del Padre Maestro Francisco, que era un hombre santo? El me respondió: Cierto, Antonio, que así creo que lo era y que Nuestro Señor tiene hechas por él muchas maravillas. Mas ¿qué queréis que hagamos, que no sé si estará para poderlo llevar? Pero yo mandaré verlo, y si estuviese para eso, nos lo llevaremos, que en razón está que ya que nos lo trajimos, no nos tornemos sin él. Y luego mandó allá un hombre portugués, de quien se fiaba, que lo fuese a desenterrar; y que si los huesos estuviesen para poderse llevar, que los trajese, pero que si aun hedían, que los volviese a enterrar y los dejase.

"Yendo, pues, el hombre y desenterrando la caja y abriéndola, halló el cuerpo del Padre todo entero como cuando lo enterramos, sin ningún mal olor ni fetidez, más que el vaho de la cal que con el cuerpo había; y viéndolo de esta manera, dió muchas gracias a Nuestro Señor, que así guardaba a su siervo, y trajo un pedacito de la carne que creo lo cortó de un muslo, para que el capitán viese cómo estaba todo el cuerpo; viéndola el capitán y oliéndola, sin hallar mal olor, alabó también a Nuestro Señor y dispuso que fuese traído todo el cuerpo; y que fuese llevado con la cal para que así fuese por el camino; y le embreasen muy bien la caja para que por ventura por la mar no despidiese mal olor. Y hecho esto trajeron el cuerpo a la nave y metido en ella nos partimos para Malaca.

"Llegamos a Malaca a veinte y tantos (fué el día 22) de marzo ya a mediodía; y por ser tarde para el recibimiento del cuerpo del Padre, aquel día no se hizo más que desembarcarlo y pusiéronlo en una casa cerca del

puerto, adonde luego corrió grande multitud de gente para ver el cuerpo del Padre, porque ya tenían noticia de cómo venía allí. Vino también el Vicario de Malaca para ver si venía el cuerpo como decían y mandó destapar la caja de manera que no quedó más que la tabla del fondo; y viendo el cuerpo, como venía entero y fresco, daba gracias a Dios. Y entre otra gente vino un hombre que padecía del pecho y notóse y se dice de público que después que besó el cuerpo del Padre Maestro Francisco y se encomendó a él, que luego se halló bien."

En un estudio de Enrique Heras hallamos la siguiente relación:

"Celebráronse solemnes exequias al otro día en la iglesia de Nuestra Señora de Onteiro, y terminadas, sacaron del ataúd aquellos venerandos despojos, y los enterraron junto a la puerta de la sacristía, en una tierra muy húmeda. Y como la fosa no era muy grande, tuvieron que hacer fuerza para meterle en ella, y doblándose con esto mucho el cuello, reventóse la piel por detrás saliendo de la herida sangre fresca «tan odorífera, según dice el autor de *Oriente conquistado,* como la brisa del jardín del Esposo, cuando soplaba el viento sur». Echaron luego encima tierra y piedras, apisonando muy fuertemente el lugar.

"Noches más tarde —continúa diciendo— Diego Pereira, el ermitaño Bernardo Carmelo de Souza y el Hermano Manuel de Tavora lo desenterraron. Una piedra puntiaguda había aplastado la parte superior de la nariz. Fué entonces cuando decidieron hacer un ataúd forrado de damasco y cubierto de un paño de brocado."

Así, transcurrido un año, el 15 de marzo, Viernes de Pasión, era desembarcado en Goa, a seiscientas millas de Malaca. En carta que el Provincial de la India, Padre Melchor Núñez, dirige a Ignacio, refiere:

"...Yo le vine a buscar algunas leguas a la mar, por así parecer bien al señor Visorrey de la India, don Alonso, para que supiese cómo se había de recibir si como a vivo o como a muerto. Yo le vi y miré con mis ojos y toqué con mis manos, y estaba incrédulo antes que lo viese, y después admirado, dije: *Memoriam fecit mirabilium suorum misericors et miserator dominus.*

"Fué tanta la devoción del pueblo de Goa y tanta la admiración que allende del día que llegamos con él al puerto de Goa le recibieron con el mayor concurso de gente y devoción que yo podía escribir, siendo acompañado del Visorrey y de todos los hidalgos, caballeros, clerecía y de todo el más pueblo. Toda la gente se puso en esto, de no salir de la iglesia hasta que les mostrásemos el cuerpo, y hízome fuerza, aunque yo tenía determinado no se lo mostrare hasta que el Vicario general, cabildo, religiosos y el Visorrey lo mirasen en secreto. No pude otra cosa hacer, sino mostrárselo, aunque solamente las manos y piernas, y quedaron tan atónitos que unos con lloros, otros con batir los pechos y otros con voz alta loando a Dios, otros con tocar en él cuentas y besarle los pies, tres o cuatro días no hacían sino ir y venir sin que le dejasen meter en un depósito que para esto tenía aparejado en la capilla de la iglesia donde queda."

Allí en Goa, la que fuera designada por el portugués Camoens, el gran poeta de la época, *A Senhora de todo Oriente* continúan descansando aun hoy día, al cabo de los siglos, los restos mortales del insigne vasco, del Apóstol de la India y del Japón.

Cuatro años sobrevivió Ignacio a Francisco.

También él estaba agotado físicamente; su entereza y

dominio no flaqueó, sin embargo. No teme la muerte; piensa como San Pablo, que "el morir es para él ganancia". Miraba a la muerte, en frase del Padre Laburu, como el término de la peregrinación del hombre en la tierra y la puerta de entrada a la Casa del Padre. Tan sólo así puede comprenderse lo que a este respecto escribe González Cámara: "que se derretía todo en lágrimas; y esto vino a ser tan continuo, que muchas veces dejaba de pensar en la muerte, por no tener tanto aquella consolación".

Estas ideas sublimes quedan registradas en el Epistolario escrito por Ignacio para consolar a personas que perdieron algún ser querido. Recogemos tan sólo tres fragmentos de otras tantas cartas.

El 18 de mayo de 1547 escribe al Padre Araoz con ocasión de la muerte de una tía suya:

> "Si a mi tía quitó la vida quien se la dió, sea por todo ello bendito, pues no menos santo y bueno es, ni a nosotros menos propicio ni por consiguiente menos digno de íntimo agradecimiento y loa en los azotes que en los regalos, ni en la salud y vida que en la enfermedad y muerte, cuánto más que ni lo uno ni lo otro se ha de amar no más de cuanto place y agrada a su sapientísima y rectísima voluntad."

El 4 de abril de 1555 escribe a Juan Pérez de Calatayud, en la muerte de su esposa:

> "Que haya Dios Nuestro Señor privado a vuestra merced de tan buena compañía, no puede sino tenerse por una de las visitaciones que usa la Divina Providencia suya con sus escogidos, para tanto más desplegarlos de las cosas de la tierra, cuanto ven no haber ninguno firme ni durable en ella, y levantar tanto más sus corazones con sus es-

peranzas y deseos al cielo, cuanto tienen en él más prendas, donde cada uno gozará de los que ama en el divino acatamiento perpetuamente.

"Si tuviésemos nuestra patria y habitación y quietud verdadera en este mundo, gran pérdida sería la de personas y cosas que tanto contentamiento suelen dar en él; pero siendo, como somos, peregrinos en la tierra, y teniendo nuestra permanente ciudad en el celestial reino, no debemos tener por grande pérdida que vayan un poco delante los que amamos en el Señor Nuestro, pues presto los demás seguiremos, donde para siempre nos tiene aparejada Cristo Nuestro Señor y Redentor la estancia felicísima de su bienaventuranza."

El 12 de abril de 1550 a Isabel de Vega, hija del Virrey de Sicilia, a la muerte de su madre:

"Mirando, como debemos, la remuneración, que tiene aparejada Dios Nuestro Señor en su santo reino a los que en su servicio viven y mueren, y que para los tales el acabarse esta vida breve y trabajosa es comenzarse la otra perpetua y bienaventurada, antes se ve ocasión de alabar y bendecir a Nuestro Criador y Señor Jesucristo, vida y todo bien nuestro, y gozarse de la gloria y felicidad que comunica a los que lleva para sí, que de dolernos por la falta que sentimos de ayuda o consuelo con la tal muerte. Porque, aunque la carne se resienta como carne, el espiritual conocimiento de lo que es mejor debe hacer que no nos lastime tanto la pérdida propia, que nos pese de la ganancia de persona a quien tanto debemos, y de lo que a Dios Nuestro Señor más agrada, para cuyo servicio o alabanza y gloria, la vida y todas las cosas deben ordenarse."

El agotamiento y las enfermedades no impiden que se ocupe de la marcha general de la Compañía. Cada uno de los suspiros de sus compañeros parecen interesarle. No en vano afirma González Cámara que "todo parece él amor". Sabido es que se hacía leer las cartas dos y tres veces y lloraba de contento. Una vez me llamó —cuenta el mismo biógrafo— estando en la casa de campo el año 1555 y hablándome con sumo gusto de esta materia, me dijo que echase la cuenta de cuántos estarían entonces en la Compañía, y me acuerdo que hallamos novecientos. Cuando yo fuí de aquí, me hablaba muchas veces nuestro Padre de los Hermanos de Portugal, y de la India, alegrándose en extremo hasta de oír cómo comían, cómo dormían, cómo vestían y otras muchas particularidades y menudencias; tanto que, estando un día preguntándome muchas de los de la India, dijo: "Cierto yo me holgaría de saber, si posible fuera, cuántas pulgas les muerden cada noche."

No teme Ignacio las penas corporales y sabe sufrirlas ahora, como antaño en la casa solariega de Loyola, con entereza ejemplar. Cuenta Ribadeneira que "siendo, como era, muy enfermo y de graves dolores atormentado, nunca se le oyó un gemido ni se vió en él señal de ánimo decaecido, mas con alegre rostro y con palabras blandas decía que se le aplicasen los remedios necesarios. Tres días sufrió una vez un gravísimo dolor de muelas sin dar muestra de dolor. Otra vez, estando malo de la garganta, cosiendo un Hermano una venda que le ponía para envolver el cuello, sin mirar lo que hacía, le pasó la oreja con la aguja de parte a parte; al cual dijo el Padre con gran paz y sosiego estas palabras: "Mirad, Hermano, lo que hacéis."

También su fortaleza moral había de ser puesta a prueba al final de su existencia. Julio III, desde algún

tiempo retirado en su villa de Puerta del Pueblo, abatido y amargado, falleció en 1555. Ignacio, escribe González de Cámara, "hace cada día oración por el Papa; y agora que está enfermo, dos veces, y siempre con lágrimas". Fué designado nuevo Papa en abril de ese mismo año, el virtuoso y austero Marcelo Cervini, bajo el nombre de Marcelo II. Veintinueve días tan sólo duró el pontificado de este hombre a quien en tan corto plazo ya designaron como "el alma de la reforma de la Iglesia". Fué su sucesor un anciano de setenta y nueve años de edad, Juan Pedro Caraffa, el fundador de la Orden de los Teatinos, junto con el que más tarde había de ser San Cayetano de Fiume. El nuevo Papa se llamó Paulo IV.

"Todos saben, escribe González de Cámara, cuán poco afecto fué el Papa Paulo IV, antes y después de ser Cardenal, a la Compañía y al Padre Ignacio. Estando, pues, un día de la Ascensión, que fué el 23 de mayo de 1555, en un aposento con el Padre, él sentado en el poyo de una ventana y yo en una silla, oímos tocar la campana, que anunciaba la elección del nuevo Papa, y de ahí a pocos momentos vino luego recado que el electo era el mismo Cardenal teatino, que se llamó Paulo IV, y al recibir esta nueva hizo el Padre una notable mudanza en el rostro, y, según después supe (no me acuerdo si por él mismo o por los Padres antiguos, a quien él lo había contado), se le estremecieron todos los huesos del cuerpo. Se levantó sin decir palabra y entró a hacer oración en la capilla, y de ahí a poco salió tan alegre y contento como si la elección hubiese sido muy a su gusto."

Paulo IV retiró al Colegio Germánico la pequeña pensión que le había asignado Julio III y el ejemplo fué seguido bien pronto por los Cardenales. Sucede esto cuando el hambre azota a la población de Roma; Polanco pinta así la situación: "Acá parece en lo humano que tene-

mos el agua a la garganta, y que no es posible hacer que quede en pie la obra, ni la del Colegio Germánico... no tenemos qué comer para nosotros ni para ellos (los estudiantes a quienes Ignacio llamaba «sus segundos hijos») sino la que buscamos de acá y de allá." Piden limosna de puerta en puerta y cuando los Cardenales despiden su servidumbre por no poder sostenerla e incluso el Cardenal Augusto Otón de Truchsess desalentado quiere abandonar la empresa, Ignacio, más tenaz en los momentos difíciles advierte "que tomará sólo sobre sus hombros el Colegio tudesco" ya que "antes se dejaría vender como esclavo que desampararía a sus alemanes". Pasados dos años de crisis el Padre Láinez anexionó un internado para jóvenes de familias pudientes con cuyas pensiones pudo salvar el Colegio Germánico al que años más tarde Gregorio XIII "dotó con regia magnificencia".

El Papa, perteneciente a aristocrática familia napolitana, que había conocido una Italia libre, no podía soportar el yugo de la dominación española; conociendo su pensamiento y contra su posible elección, cuando tan sólo era Cardenal, por tres veces había fulminado Carlos V su veto. Animado ahora por su sobrino Carlos Caraffa, al servicio de Francia y enemigo de Felipe II, se erige en defensor de la independencia italiana y declara la guerra a España, contando con el apoyo de Francia que desde un principio envía a Italia un ejército al mando del Duque de Guisa. Meses después, el Duque de Alba invadirá los territorios pontificios derrotando a sus defensores.

Ignacio no verá el desenlace de esta nueva guerra. Tan mal se encuentra en los últimos meses del año 1555 y primeros del 56 que "no puede celebrar la santa Misa", ni con él se pueden "tratar los asuntos de la Compañía".

En carta que escribe el 28 de junio al Cardenal de la Cueva, cuenta "haber caído enfermo de calenturas, así como el doctor Olave". Llamábase este compatriota suyo, Martín, había nacido en Vitoria y fué teólogo en el Concilio de Trento. Conoció a Ignacio en Alcalá y aun le hizo alguna limosna. Ingresó en la Compañía el año 1552; un año más tarde se inauguraba el Colegio Romano y al ser confiado a los jesuítas, Olave "expuso en él la primera parte de la *Summa* de Santo Tomás, lo que significó una novedad en Italia donde hasta entonces sólo se había comentado el libro de las Sentencias de Lombardo". Fué Prefecto del Colegio y murió el mismo año que Ignacio. Ribadeneira le llama: "varón señalado e insigne teólogo de nuestra Compañía".

El once de junio, según Polanco, empezó a ponerse peor de lo ordinario. A los dolores de estómago, se añadía ahora la fiebre. El mismo cronista dice que "tomando agua fría y *thorace simplicissimo,* se hallaba algo mejor, siendo así que por treinta años le habían tratado los médicos, procurando calentar interior y exteriormente su estómago".

Es posible que fuera en esta época cuando Ignacio "se hacía venir algunas veces a su cuarto al Padre Frusio para que tocase el clavicordio y así también a un Hermano coadjutor que cantaba tonadas devotas", según revela González de Cámara. La música le emocionaba profundamente, transportaba su espíritu. No olvidemos la confesión íntima que hizo a Ribadeneira después de haber gozado de las armonías del órgano en San José de Roma, en 1554: "Si yo siguiese mi gusto y mi inclinación yo pondría coro y canto en la Compañía? H."

A primeros de julio se le llevó a Ignacio a una casa de campo, situada en el Aventino, cerca del Tíber. Estaba Roma llena de soldados "y no se oía otra cosa en la

santa ciudad —escribe Ribadeneira— sino atambores y pífanos, y ruidos de arcabuces y artillería; y toda la gente estaba llena de pavor y sobresalto. Por no ver esto de tan cerca y por llorar más a sus solas tan grande calamidad, salióse por unos pocos días a una casa del campo, un poco apartada de lo poblado de Roma". Quizá fué desde aquella colina donde por última vez su espíritu se deleitó mirando el cielo estrellado; porque este hombre que no acusa ninguna vibración ante las maravillas que surgen de las manos de Miguel Angel o del pincel de Rafael y Leonardo, como en sus tiempos juveniles se extasía contemplando el firmamento.

No le prueba la brisa del Tíber, "los aires malsanos y los calores recios del estío", y como cada día se halla más débil vuelve a la casa de Roma. El desenlace final se aproxima; la muerte avanza cautelosa.

En carta que el secretario de Ignacio, Padre Polanco, dirige a Ribadeneira (a la sazón en los Países Bajos a fin de presentar un memorial de la Compañía a Felipe II) el 6 de agosto, cuenta minuciosamente lo que sucedió en aquellos últimos días:

> "Y porque querrá V. R. entender algo de lo particular en el tránsito de Nuestro Padre, sepa que fué con grande facilidad, y que no duró una hora después que caímos en la cuenta que se nos iba. Teníamos en casa muchos enfermos, y, entre ellos, al Padre Maestro Láinez, y a don Juan de Mendoza, y algunos otros graves; y nuestro Padre tenía también alguna indisposición, que cuatro días o cinco había tenido un poco de fiebre; pero dudábase si ya la tenía o no; aunque se sentía muy flaco, como otras veces: y así el miércoles me llamó y me dijo que dijese al doctor Torres que tuviese también cargo dél; y así lo hizo. Y otro grande

médico amigo nuestro (Alejandro Petronio), también le visitaba cada día.

"El jueves siguiente me hace llamar, después de las cuatro de la tarde, y haciendo salir de la cámara el enfermero, me dice que sería bien que yo fuese a San Pedro y procurase hacer saber a Su Santidad, cómo él estaba muy al cabo, y sin esperanza o cuasi sin esperanza de vida temporal; y que humildemente suplicaba a Su Santidad le diese su bendición a él, y al Maestro Láinez, que también estaba en peligro. Y que si Dios Nuestro Señor les hiciese gracia de llevarles al cielo, que allá rogarían por Su Santidad, como lo hacían en la tierra cada día. Yo repliqué: Padre, los médicos no entienden que haya peligro en esta enfermedad de V. R.; y yo para mí espero que Dios nos ha de conservar a V. R. algunos años, para su servicio. ¿Tanto mal se siente V. R. como esto? Díceme: «Yo estoy que no me falta sino expirar», o una cosa de este sentido. Todavía yo mostraba tener esperanza de su más larga vida (como la tenía), pero que haría el oficio; y demandé si bastaría ir el viernes siguiente, porque escribía aquella tarde para España, por vía Génova; que se parte el correo el jueves. Díjome: «Yo holgaría más hoy que mañana; o cuanto más presto, holgaría más; pero haced como os pareciere; yo me remito libremente a vos.» Yo, para poder decir que, según los médicos, estaba en peligro, si ellos lo sintiesen, demando al principal dellos aquella mesma tarde, que me dijese libremente si estaba en peligro Nuestro Padre, porque me había dado tal comisión para el Papa. Díjome: «hoy no os puedo dexir su peligro; mañana os lo diré». Con esto, y porque se

había remitido a mí el Padre, parecióme (procediendo en esto humanamente), de esperar al viernes siguiente, por oír lo que decían los médicos. Y aquella mesma noche del jueves nos hallamos a una hora de noche el Padre doctor Madrid y yo a la cena de Nuestro Padre y cenó bien para su usanza, y platicó con nosotros; en manera que yo fuí a dormir, sin sospecha ninguna de peligro de ésta su enfermedad. La mañana, al salir del sol, hallamos a el Padre *in extremis;* y así yo fuí con priesa a San Pedro, y el Papa, mostrando dolerse mucho, dió su bendición y todo cuanto podía dar, amorosamente. Y así, antes de dos horas de sol, estando presentes el Padre Madrid y el Maestro Andrea de Frusio, dió el ánima a su Criador y Señor, sin dificultad ninguna."

El Hermano enfermero Cannicari añade algunos detalles de las últimas horas de Ignacio.

"Decían los médicos —escribe— que murió de una fiebre maligna; y cuidándole yo hasta la media noche de ese día le oí proceder y hablar, como solía durante gran parte de su enfermedad. Después de medianoche, me parecía que descansaba, no llamándome tan frecuentemente como solía; aunque invocaba a menudo al Señor en su auxilio: ¡Ay, Dios!"

Agonizaba cuando quisieron darle algún auxilio. "Ya no es hora de esto", exclamó y levantando sus ojos al cielo pronunció su última palabra: "Jesús."

Era el 31 de julio de 1556. Murió e inmediatamente, comenta el Arzobispo Goodier, toda Roma se sintió conmovida; no tanto, al parecer, como en el caso de otros santos, porque los hombres hubieran quedado impresionados por su santidad; sino por su mansedumbre y clemencia, por el afecto y el amor que le habían tenido, por

el ideal y el ejemplo que su vida tranquila había sido para todos ellos, prelados y seglares por igual.

El mismo Padre Polanco ha dejado escrito que "pasado deste mundo el Padre nuestro, por conservar el cuerpo, pareció conveniente sacar lo interior dél, y embalsamarle en alguna manera. Y aun en esto hubo gran edificación y admiración; que le hallaron el estómago y todas las tripas sin cosa ninguna dentro, y estrechas: de donde los peritos desta arte seglares inferían las grandes abstinencias del tiempo pasado, y la grande constancia y fortaleza suya; que en tanta flaqueza tanto trabajaba y con tan alegre e igual bulto. Vióse también el hígado que tenía tres piedras; que refieren a la misma abstinencia: por la cual el hígado se endureció. Y viene a parecer verdadero lo que el buen viejo don Diego de Eguía (que es en gloria) decía, que Nuestro Padre vivía por milagro mucho tiempo había; que con tal hígado naturalmente no sé como se podía vivir, sino que Dios Nuestro Señor, por ser entonces necesario para la Compañía, supliendo la falta de los órganos temporales, le conservó la vida. Tuvimos su bendito cuerpo hasta el sábado, primero de agosto, después de vísperas..."

El doctor Canezza, médico y bibliotecario del "Santo Spirito", establece que "la enfermedad de Ignacio consistía en una calculosis biliar con síntomas particulares referentes al estómago: los accesos dolorosos presentaban el carácter singular de irradiarse al estómago, simulando por esto, una enfermedad del estómago, como precisamente sucede en aquella forma de cólicos biliares denominada por eso gastrálgica por su sintomatología. Los datos de la autopsia sí nos permiten valorar la atrocidad de los dolores y la fortaleza del hombre que los soportó con santa serenidad. Realdo Colombo (el doctor que embalsamó el cadáver) encontró los cálcu-

los en la vena porta adonde trasmigraron de la vesícula biliar por un proceso inflamatorio que siempre se manifestaba con un síndrome doloroso imponente y con unos disturbios funcionales, de particular gravedad".

Y, en conclusión —añade— "también la historia de la enfermedad de Loyola proyecta viva luz sobre la psicología del hombre fuerte, y en extremo tenaz frente a los padecimientos físicos, como ante las persecuciones y la adversidad".

Refiere Ribadeneira que el día en que murió Ignacio, los compañeros intentaron ocultar la desgracia al Padre Láinez, enfermo de gravedad y casi desahuciado, y viendo el rostro el reflejo del dolor que embargaba el alma, preguntó angustiado:

—¿Es muerto el santo, es muerto?

Al comprobarlo, levantó las manos y los ojos al cielo y se encomendó a él, suplicando "a Nuestro Señor que por las oraciones de aquella alma pura de su siervo Ignacio, que él había recogido aquel día para sí, favoreciese a la suya, y la desatase de las ataduras de su frágil y miserable cuerpo".

El Padre Láinez iba a ser, sin embargo, quien sustituyera a Ignacio en la dirección suprema de la Compañía de Jesús.

El cadáver de Ignacio fué depositado "en un bajo y humilde túmulo", a la mano derecha del altar mayor de la iglesia de la propia Compañía en Roma. Sus restos fueron trasladados el año 1587 al "suntuoso templo que el Cardenal Alejandro Farnesio mandó labrar en la casa profesa de Roma". Pusiéronle en una caja de plomo en una bóveda, a la derecha del altar mayor, con una piedra llana que cubre el sepulcro; y en la pared un mármol negro resplandeciente en que está esculpida esta letra:

D. O. M.

"Ignatio Societatis Jesu fundatori obdormiuit in Domino aetatis suae anno 65, confirmatu a Sede Apostolica Ordinis, 16, salutis humanae 1556. Kal. Augusti Elius in Christo filii Parenti optimo poss."

"A Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, como a su amantísimo Padre pusieron esta memoria sus hijos en Cristo, el primer día de agosto. Durmió en el Señor a los 65 años de edad y a los 16 después que la Sede Apostólica confirmó su Religión, y el año 1556 de Nuestra Redención."

Ignacio de Loyola y Francisco de Xabier: un mismo espíritu y una misma carne.

Una patria común les dió el ser y otra, más grande y absoluta, los recogió amorosa en su seno. Ambas, la temporal y la eterna, se glorifican por sus hijos.

Vivieron anhelando la muerte; y la muerte les dió vida eterna. Porque era soplo divino lo que animaba sus acciones.

La obra gigantesca, el genio esplendente, la audacia y el sacrificio heroico así como el corazón pletórico de ternuras y bondades de estos dos hombres, fieles y singulares caracteres representativos de un pueblo, parecen extenderse y penetrar e infundir su espíritu aun hoy, al cabo de los siglos, en la corriente vivificadora del movimiento nacional vasco, como una de esas neblinas que envuelven, acariciando, las montañas y los valles del viejo y siempre lozano pueblo que los viera nacer.

Que jamás se aparte del corazón de la patria dolorida esa fuerza sublime que hizo de dos de sus hijos, dos héroes, dos santos.

Buenos Aires, 31 de julio de 1945.



APÉNDICE



Desde su fundación la Iglesia ha declarado Santos a 24 miembros de la Compañía de Jesús y ha puesto a 141 en el Catálogo de los Beatos.

A la muerte de San Ignacio alcanzaban un millar los Jesuítas.

En el momento de su disolución, el año 1773, eran 22.589.

En 1814 queda restablecida. 40 años más tarde el número se eleva a 5.209. A fines del siglo XIX se acercan a los 14.000.

Al comenzar el año 1942 eran ya 26.752, de los cuales 12.665 sacerdotes, 8.876 escolares y 5.211 hermanos y coadjutores.

Francisco de Xabier fué el primer misionero en 1541. Hoy pasan de 3.785, distribuídos en 46 misiones.

Los Jesuítas dirigen 21 Universidades Eclesiásticas con 5.340 alumnos y 28 civiles con 26.230. Los Colegios son 257 con más de 90.000 alumnos. En misiones dirigen 9 Universidades con 7.600 alumnos.

Tienen a su cargo 29 Observatorios astronómicos; 11 leproserías con 8.000 enfermos; 357 Dispensarios en misiones; 110 orfelinatos con 11.500 asilados; 50 hospitales y 1.400 escuelas profesionales.

La Compañía fué expulsada de Rusia en 1815.

De Holanda en 1816.
De España en 1820, 1854, 1868 y 1932.
De Francia en 1830, 1880 y 1901.
De Suiza en 1847.
De los Estados de Saboya, Piamonte, Módena, Piacenza y de Hungría en 1848.
De Colombia en 1842 y 1861.
De Portugal en 1759, 1834 y 1910.
De Argentina en 1843.
De Austria en 1843.
De Venezuela en 1866.
De Guatemala en 1870.
De México en 1857 y 1914.
De Italia en 1873.
De Alemania en 1893.

Han empezado los trabajos preliminares para que sean elevados al honor de los altares, los Jesuítas vascos, contemporáneos nuestros, muertos con fama de santidad:
Tomás Ipiña, de Castillo Elejabeitia (Bizkaya).
Saturnino Ibarguren, de Villarreal de Urrechu (Guipúzkoa).
Francisco Garate, de Azpeitia (Guipúzkoa).
Francisco Muru, de Irurita (Nabarra).
Ignacio María Aramburu, de Segura (Guipúzkoa).
Tomás Esteban, de Sesma (Nabarra).
Con anterioridad:
Julián Lizardi, mártir en la actual Bolivia, natural de Asteasu (Guipúzkoa) y Agustín Cardaveraz, de Ernani (Guipúzkoa).

Hasta 1534 Ignacio llamábase Iñigo; el cambio lo hizo, al parecer, por devoción al Obispo mártir de Antioquía, muerto el año 106.

De acuerdo con el historiador J. M. Daurignac, fué aquél bautizado con el nombre de Eneco.

A este respecto el insigne filólogo y escritor vasco Luis de Eleizalde escribió en la revista *Euzkadi* (año 1912, Bilbao):

Este nombre de Eneco o Eneko (quizá deba escribirse así por lo que veremos luego) aparece ya, con el semi-legendario Eneko Semenona, entre los vascones de la Edad Media. De él procede, a no dudar, la forma romanizada Iñigo.

¿Es Eneko nombre euzkérico? Lo que podemos contestar es que ese nombre tiene satisfactoria significación en euzkera. Compónese a mi juicio del vocativo prenominal ene, mío, y del sufijo diminutivo ko. El vocativo ene es, aun hoy, usadísimo en todos los dialectos de nuestra lengua; así ene semea, hijo mío; ene Jainkoa, Dios mío; enetxo, miito, expresión esta última que es sinónima de eneko.

Porque en efecto, existe el sufijo diminutivo ko, según nos lo dice el señor Azkue en su Diccionario Vasco-Español-Francés.

"...40 (c) sufijo diminutivo... aoako (An), cuna; etxako (R), choza; ...amako (Be), madrecita... (T. I, pág. 493, col. I)".

Así, pues, mientras no se pruebe lo contrario, puede admitirse que eneko es una forma arcaica equivalente al actual enetxo, que significa, en el lenguaje cariñoso y familiar, miito: de aquí se elevó a ser una voz onomástica, propia y exclusiva del euzkera.

Arturo Campión en un estudio que hace en la *Revista Internacional de Estudios Vascos* (1925), afirma que en documento del año 880 aparece: "Yo García Rey hijo del Rey Eneko, declara hace la donación *pro remissione parentis mei Eneconis et avi mei Eximini Regis,* por la

remisión de mi padre Eneko y de Ximeno Rey mi abuelo."

Otro investigador vasco, Ildefonso Gurruchaga, estudiando el origen euzkérico de los apellidos García, Garzón y Gastón, dice:

"El significado de García, lleva implícita una idea de relación, contrapuesta a mayor, viejo. En el seno de la familia la contraposición podía establecerse de los hijos, con referencia a los padres y ascendientes, o también de los hijos entre sí, como la que se ha conocido desde antiguo entre los segundones y el hijo mayor o mayorazgo, entre los «cadets» y el «ainé». Nos inclinamos a creer que el sentido de García, Garçon, Gastón, encerraba en su origen esta segunda contraposición, es decir, se aplicaba al joven o segundón, distinto del mayor o mayorazgo. Ello encajaba perfectamente en la antigua organización familiar vasca.

"Entre los vascos el nombre, sin duda, que se daba al hijo mayor era «Eneko» (luego Iñigo, Iñíguez). La sílaba final «ko», es el sufijo del tratamiento familiar o amistoso euskérico. La raíz «ene» provendría de «ona», bueno, mayor, grande (el significado primitivo de «ona», mayor, grande, se comprueba en «aitona», padre grande, mayor, abuelo; tiene estructuración análoga al «grand-père» del francés).

"La evolución fónetica condujo a Onako — Oneko — Eneko. No existe ningún vestigio de esta evolución para el nombre de varón, pero se asegura su realización por haberse conocido en el nombre femenino la forma intermedia de Oneka, luego Eneka, según documentos de los siglos IX y X.

"Un ejemplo histórico confirma esta tesis, de contraposición de Eneko y García. Son los nombres de los dos hermanos que aparecen en la fundación del reino

de Pamplona, el año 824: «Eneko Xemen», y «Garsea Xemen». El primero es el Iñigo Aritza, primer Rey, y el segundo es su hermano más joven que le sucedió en el reino hacia el año 850.

"Pero ya para fines del siglo IX, los nombres propios de Eneko y Garsea, aunque todavía fuesen de significado inteligible para los vascos se vaciaron de sentido, se esterilizaron; y se aplicaban a los hijos indistintamente, no haciendo caso de su originario sentido. La costumbre que daba a los hijos los nombres de los abuelos triunfó y se hizo regla general." *(Euzko Deya,* 30-5-1942. Buenos Aires.)

El eminente escritor vasco y virtuoso sacerdote don José de Ariztimuño, fusilado en Ernani (Guipúzkoa) por las fuerzas franquistas, en un bello estudio sobre las "Fiestas populares del siglo XVII" *(Euzkadi,* diario, 31-7-1934, Bilbao) recoge la Declaración de las Juntas Generales de Guipúzkoa reunidas en Tolosa en abril del año 1622, año de la canonización de Ignacio.

"Dichosa nueva —léese en la misma— que tanto ha deseado esta provincia de la Canonización de nuestro Santo Padre y Patrón San Ignacio de Loyola; por tanto, deseando esta provincia en esta ocasión, que es la más gloriosa, que jamás ha tenido, mostrar su piedad y devoción como con el primer Santo Canonizado y Fundador tan ilustre y Santo tan señalado y tan benefactor de toda la Iglesia, hijo suyo natural; decretamos lo siguiente." Y decretaron ...

... Un altar en cada iglesia, una "imagen de pincel" en cada Ayuntamiento, había de recordar al hijo excelso de Guipúzkoa por mandato de nuestras Cortes legisladoras soberanas.

Por ley emanada de estas mismas asambleas populares,

"a todos los Religiosos de la Religión de San Ignacio, Guipúzkoa los reconocía como suyos". Quienes sepan con cuánta tenacidad nuestras Juntas Generales se negaban a reconocer como guipuzkoano, para gozar de los derechos de naturaleza, a quien no lo fuera, podrán medir la grandeza del privilegio que Guipúzkoa otorgaba a los jesuítas."

Bajo el título de "El Patrón de Bizkaya", el insigne Sabino de Arana y Goiri, encarnación del movimiento renacentista cultural y Maestro del patriotismo vasco, escribió en *Bizkaitarra,* el año 1894:

"Reunida en la iglesia de la Antigua de Gernika (anteiglesia de Luno) la Junta General de Bizkaya, el día 5 de noviembre de 1680, y hecho el llamamiento de los Apoderados o diputados de los pueblos y aprobados sus poderes so el Árbol Santo, el síndico Elguezabal participó a la Junta que el Padre Landaida'tar Andoni, natural del Señorío, hijo de la Compañía de Jesús y Rector, a la sazón, del colegio que la misma tenía en la villa de Bilbao, pedía autorización para proponer verbalmente a la Junta alguna cosa referente al gran santo guipuzkoano San Ignacio de Loyola.

"La Junta otorgó el permiso, y en consecuencia comisionó a los bizkaínos Mentzeta'tar Iban Andoni y Larrea'tar Pantzeska que salieran a recibir y acompañar a la Junta al Padre Jesuíta.

"Éste expuso, concedida que le fué la palabra, cómo San Ignacio de Loyola era de raza bizkaína por parte de su madre, pues descendía por dicha línea de la casa de Likona, sita en la villa de Ondárroa; y suplicó a la Junta, *con el rendimiento debido a tan alto y supremo tribunal,* se sirviese elegir al glorioso santo por Patrón de Bizkaya.

"El Corregidor o representante del Señor Carlos II, que, como de costumbre, presidía la Junta, contestó en nombre de ésta al Padre Landaida que se deliberaría y se acordaría lo que más redundase en honor del Santo Patriarca y en bien del Señorío.

"Salido que hubo el Padre Jesuíta, acompañado, como al entrar, de los dos bizkaínos citados, el Corregidor expuso a la Junta la oportunidad de aceptar la proposición de dicho religioso, y aquélla acordó nombrar por unanimidad y nombró Patrón de Bizkaya a San Ignacio de Loyola, natural de Azpeitia, y guipuzkoano por la línea paterna y bizkaíno por la materna; y ordenó que en el colegio de la Compañía de Jesús (de Bilbao) se celebrase con fausto el nombramiento, dando a Dios gracias por haber merecido Bizkaya tan gran protector.

"Al día siguiente, 6, se acordó hacer las diligencias oportunas para obtener del Sumo Pontífice declarase día festivo en toda Bizkaya el de su Patrón, San Ignacio de Loyola.

"El día 9 de noviembre de 1690, decidió la Junta General que en adelante el Gobierno del Señorío tomase posesión y jurase el día del Patrón de Bizkaya. Este decreto, sin embargo, no empezó a regir hasta el año 1698, desde el cual se cumplió rigurosamente, celebrándose la jura y posesión de los cargos en dicho día y en la iglesia de la Compañía de Jesús en Bilbao, que es hoy la parroquia de los Santos Juanes."

En 1551 surge en Euzkadi la primera institución de los Jesuítas. Es el colegio de Oñate.

En 1580 se funda en Pamplona otro colegio.

En 1593 en Bergara. En 1599 en Azkoitia. El de Bilbao en 1604. En 1613 el de Tudela. El de Donostia (San Sebastián) se abrió el año 1637. El de Orduña en 1676.

En 1682 tiene lugar la fundación de la Santa Casa y colegio de Loyola. En ella habitaron Ignacio, Francisco de Borja, el insigne Padre Jerónimo de Córdova, el benemérito Padre Francisco Jabier Idiáquez, hijo de los duques de Granada de Ega (en quienes se refundieron las casas solariegas y linajes de Loyola y Xabier), los célebres euzkerólogos Padres Mendiburu, Larramendi y Cardaveraz, el eruditísimo bibliófilo y anotador de las obras de San Isidoro, Padre Faustino Arévalo y tantos otros.

En el año 1700 el colegio de Lekeitio.

Hubo intentos de fundación que no se lograron en Gasteiz (Vitoria), Olite, Lizarra (Estella) y Bermeo. Sostuvieron además los jesuítas escuelas de primeras letras en Bakio, Lekeitio, Gordejuela, Zaldua, Arzentales y Balmaseda.

En su obra *El apostolado Eucarístico de San Ignacio de Loyola,* el Padre Beguiriztain, dice: "Don Martín, hermano mayor de San Ignacio, describe minuciosamente los escudos de armas de las casas paterna y materna, y da a entender la estimación que hacía de ellas en el instrumento jurídico de la institución del mayorazgo de Loyola; he aquí sus palabras:

"Cualquiera que este mi mayorazgo heredase, sea tenido de se llamar al mi apellido y abolengo de Oñaz y al de Loyola, é traer y traya mis armas é insignias en campo é donde quiera que anduviere. Las cuales dichas armas de la dicha mi casa é abolengo de Oñaz son siete bandas coloradas en campo dorado, y las de la casa de Loyola, unos llares negros y dos lobos pardos con una cadena colgada de los dichos llares: los cuales dichos lobos, tienen la caldera en medio y están asidos con cada sendas manos á la asa de la dicha caldera de cada parte:

y hánse de traer y poner en campo blanco: y las unas y las otras se han de poner por sí: y las de la dicha casa de Oñaz mi abolengo se han de poner á la mano derecha, según al principio de esta escritura."

El año 1922, con motivo de la colocación de la piedra fundamental del colegio "Saint François Xabier" de Ustaritz, fueron llevadas a tierra vasca parte de las veneradas reliquias de Francisco de Xabier. Un insigne poeta, André Marou, cantó en bella poesía tan extraordinario acontecimiento. De su inspirada oda recogemos tan sólo las últimas estrofas:

"Cette main qu'on voit sous le verre
Avec ses os entr'aperçus
Fut le quotidien Calvaire
Où se crucifia Jésus.

Cette main qui laissa la plume
pour faire des signes de croix
Fait songer à la sainte enclume
De la Main du Christ sur le Bois.

Cette main qui fut la bourrasque
D'un commandement qu'il fallait
Fut une petite main basque
Près d'un sein d'où coule le lait.

C'est la main d'un fils de la femme,
La Main morte qui nous émeut,
Mais la main qui mouvait une âme
Où, tout entier, put entrer Dieu.

Ce n'est rien que la main d'un homme
Par le pays guipuzcoan,
Cette Main qui nous vient de Rome
Sur la foule pour océan.

C'est la Main, car le chef des Douze
Le fit son treizième ouvrier,

La Main, —dit sa Mère jalouse—,
De l'Apôtre François Xabier.

Et cette Mère-là qui crie
Et connait son fils à ses os,
C'est l'indéfectible patrie
Qui se survit par ses héros.

Cette terre n'est plus l'Espagne,
Elle n'est plus la France, quand
Pour un instant elle accompagne
Cette main au geste éloquent.

Elle se nomme dans sa langue
Que le ciel même lui donna,
En tendant cette Main exsangue
Et dit: "Je suis Eskualduna."

Elle n'est plus une patrie
Avec des rois et des drapeaux;
Elle est la grande âme attendrie
Qui veut pour elle ses héros.

Tout ce qui dans l'univers vibre
De jeune à travers l'air glacé
Saluera la volonté libre
Qui se conserva son passé.

Tout ce qui, malgré l'Or lugubre,
Connait l'héritage du sang,
Aimera le pays salubre
Qui n'abdique pas son présent.

Tout ce qui veut que rien ne passe
De ce qui ne doit pas finir,
Veut être un peu de cette race
Qui sauvera son avenir."

ÍNDICE DE FECHAS



1491. Nace Ignacio de Loyola (25 de diciembre). Y Enrique VIII futuro Rey de Inglaterra.

1492. Colón desembarca en tierras de América. Conquista de Granada y fin de la dominación árabe en España. Nace Martín de Azpilikueta, el Doctor Navarro. Muere el Papa Inocencio VIII; le sustituye Rodrigo Borgia, Alejandro VI. Erasmo es ordenado sacerdote.

1494. Coronación de los Reyes de Nabarra. Irrupción en Italia de Carlos VIII.

1495. Nace Francisco Rabelais y Juan de Dios, fundador de la Orden de la Caridad.

1496. Muere en Nápoles, Juan, hermano mayor de Ignacio. Miguel Angel llega a Roma.

1498. Muerte de Carlos VIII, rey de Francia; es designado Luis XII. En Florencia muere en la hoguera Savonarola. Vasco de Gama llega a la India. Nace en Villafranca de Ordizia (Guipúzkoa) Andrés de Urdaneta. Muere el inquisidor Padre Tomás de Torquemada.

1499. César Borgia se casa con Charlotte de Albrit, hermana del Rey de Nabarra.

1500. Nace en Flandes el futuro Emperador, Carlos V. Alvarez Cabral descubre el Brasil. Nace Benvenuto Cellini.

1502. Llega a Santo Domingo Bartolomé de las Casas; allí abrazará el estado eclesiástico.

1503. Muere el Papa Alejandro VI; es nombrado Pío III y poco después le sustituye Julio II.

1504. Muere la Reina Isabel la Católica.

1506. Nace Francisco de Xabier (7 de abril). Muere Felipe el Hermoso y enloquece su esposa la reina Juana. Muere Colón. Nace Francisco Fabro.

1507. César Borgia muere en Viana combatiendo por el Rey nabarro, su cuñado. Se casa Fernando el Católico con Germana de Foix. Muere Beltrán Yáñez de Oñaz, padre de Ignacio. Nace Catalina de Austria.

1509. Nacimiento de Juan Calvino.

1510. Nace Francisco de Borja. Muere en Tierra Firme Hernando, hermano de Ignacio.

1512. Invasión y conquista del reino de Nabarra por las tropas del rey Fernando. España en guerra con Francia. Miguel Angel termina de pintar la Capilla Sixtina. Nace Diego Láinez. Otro hermano de Ignacio muere en Hungría luchando contra los turcos. Muere Américo Vespucio en Sevilla.

1513. Muere el Papa Julio II sustituyéndole León X.

1515. Las Cortes de Castilla, reunidas en Burgos, incorporan a su Corona, por la fuerza, el reino de Nabarra. Nace Alonso Salmerón. Muere Juan de Jatsu, padre de Xabier. Muere Gonzalo de Córdoba. Nace Teresa de Jesús.

1516. Muere en Madrigal Fernando el Católico y en el castillo de Esgoarrabaque el Rey de Nabarra, Juan de Albrit.

1517. Muere la reina de Nabarra Catalina, en Mont-de-Marsan. Y el Cardenal Cisneros. Lutero fija en la puerta de la iglesia de Wittenberg sus 95 tesis: surge la Reforma. Ignacio en Pamplona. Los portugueses se instalan en Cantón.

1519. Hernán Cortés desembarca en México. Muere Leonardo de Vinci; y Lucrecia Borgia. Nace Catalina de Médicis.

1520. Magallanes cruza el estrecho que lleva su nombre. Levantamiento de los comuneros. Muere el pintor Rafael. Lutero quema la Bula de excomunión; comienza la lucha.

1521. Efímera reconquista de Nabarra por los patriotas y los franceses. Ignacio heroico, derrotado y herido en Pamplona. Conversión en su Casa-torre. Lutero huye de Worms. En la isla de Matan muere combatiendo Magallanes. En Villalar se ejecuta a Padilla, Bravo y

Maldonado. Son coronados Carlos V en Aquisgrán y Solimán en Constantinopla.

1522. Ignacio en Monserrat; luego en Manresa. El castillo de Amayur se rinde a los españoles. Muere el Papa León X y es designado Adriano VI. El Padre Vitoria, profesor de la Universidad de París, se traslada a Salamanca. Elkano llega a San Lúcar de Barrameda; ha sido el primero en dar la vuelta al mundo. Asesinan al Mariscal de Nabarra en la fortaleza de Simancas.

1523. Ignacio en Roma y Venecia. Peregrinación a Tierra Santa. Muere el Papa Adriano VI y es reemplazado por Clemente VII.

1524. Fuenterrabía, último bastión de la independencia vasca, se rinde; honores militares a sus defensores. Ignacio regresa a Italia; estudia luego en Barcelona. Muere Bayard "el caballero sin miedo y sin reproche".

1525. Xabier abandona su patria; estudia en la Universidad de París. Los imperiales derrotan en Pavía a los franceses y hacen prisionero a su Rey Francisco I.

1526. Ignacio estudia en Alcalá de Henares; es perseguido y encarcelado por la Inquisición. Matrimonio de Carlos V e Isabel de Portugal. Francisco I atraviesa el Bidasoa y se reanuda la guerra.

1527. Persecución y prisión en Salamanca. Ignacio se traslada a París. Saqueo de Roma por los imperiales. Nace Felipe II; y muere Nicolás Maquiavelo.

1528. Muere Alberto Durero. Nace el Veronés. Ignacio en la Universidad.

1529. Muere María de Azpilikueta, madre de Xabier. Los turcos llegan a los muros de Viena.

1530. Xabier se gradúa de licenciado de Artes. Muerte de Juana la Beltraneja. Caída de Florencia.

1531. Muere en el campo de batalla Zwinglio. Cisma en Inglaterra.

1533. Ignacio se gradúa de Maestro en Filosofía.

1534. Ignacio, Xabier y cinco estudiantes más hacen voto en Montmartre. De ahí surgirá la Compañía de Jesús.

1535. Ignacio vuelve a su patria. Embarca en Valencia y va a Génova; luego a Venecia. Son decapitados Tomás More y el Cardenal Fisher.

1536. Xabier y sus compañeros por tierra alemana camino de Venecia. Decapitan a la Reina Ana Bolena. Muere Garcilaso de la Vega. Y también Erasmo de Rotterdam.

1537. Encuentro de Ignacio y los compañeros en Venecia; van a Roma. Nueva guerra entre España y Francia.

1538. Muerte de Martín García de Oñaz y Loyola, hermano de Ignacio. Nace Carlos Borromeo; y muere Germana de Foix.

1539. Muere la Reina Isabel. Conversión del Duque de Gandía.

1540. Xabier abandona Italia, y llega a Lisboa. Muere Luis Vives. La Compañía queda canónicamente constituída (27 de setiembre). Es decapitado Tomás Cronwell.

1541. Embarca Xabier para la India. Ignacio es designado General de la Compañía. En Perú es asesinado Francisco Pizarro. Es muerta en Inglaterra la madre del Cardenal Polo.

1545. Labor de Xabier en Malaca. Comienza el Concilio de Trento. Muere el pirata Barbarroja.

1546. Muere el Padre Vitoria; y Pedro Fabro. Ingresa en la Compañía Francisco de Borja. Muere Martín Lutero.

1547. Mueren los Reyes de Inglaterra y Francia, Enrique VIII y Francisco I. Se suspende el Concilio. Muere Hernán Cortés. Xabier regresa a la India. Desembarca en el Congo la primera misión para el Africa. Bartolomé Las Casas, Obispo de Chiapa, vuelve por última vez a España.

1548. Muere Fray Juan de Zumárraga, Arzobispo de México. Paulo III aprueba el libro de los Ejercicios.

1549. Xabier llega al Japón. Muere el Papa Paulo III. Le sucede Julio III. Margarita de Nabarra abjura de la Reforma antes de morir. Misión en Brasil.

1550. Ignacio enfermo de gravedad. Prepara las Constituciones. Muere Juan de Dios.

1551. Reanúdase el Concilio.

1552. Nueva suspensión del Concilio; así transcurrirán diez años. Xabier intenta trasladarse a la China; llega a las islas Sanchón en donde muere el 3 de diciembre. Se promulgan las Constituciones. Se abre el Colegio Germánico.

1553. Llega el cadáver de Xabier a Goa. Muere Francisco Rabelais. Y Eduardo VI de Inglaterra; le sucede Juana Grey y poco después María Tudor.

1554. Se casa Felipe II con María Tudor. Retorna Inglaterra al seno de la Iglesia Católica.

1555. Muere el Papa Julio III; se designa a Marcelo II quien fallece veintinueve días después. Paulo IV ocupa su lugar. Abdica Carlos V. Mueren Juana la Loca y Enrique II Rey de Nabarra.

1556. Nueva guerra de España contra Francia y contra el Pontífice. Muere Ignacio el 31 de julio. Y el Padre Olave.

1609. Ignacio es Beatificado por Paulo V el 27 de julio.

1619. Xabier es Beatificado por Paulo V.

1620. La Junta General de Guipúzkoa, reunida en Zumaya, acuerda designar Patrono a Ignacio de Loyola.

1622. El 12 de marzo, se realiza en Roma la Canonización de Ignacio de Loyola y de Francisco de Xabier siendo Papa Gregorio XV.

1682. La Compañía de Jesús toma posesión de la Casa-torre de Loyola el 19 de febrero cedida por doña Ana de Austria.

1748. Benedicto XIV declara Patrono de Oriente, desde el Cabo de Buena Esperanza hasta la China y el Japón, a San Francisco de Xabier.

1773. El Papa Clemente XIV firma, el día 21 de julio, el Breve *Dominus ac Redemptor* suprimiendo la Orden de los jesuítas en toda la Cristiandad.

1814. Pío VII, el 31 de julio, firma el Breve *Sollicitudo Omnium Ecclesiam,* restituyendo en el mismo estado antiguo y en todo el Orbe católico a la Compañía de Jesús.

1904. El Castillo de Xabier, restaurado por la Duquesa de Villahermosa se convierte en "Escuela Apostólica de San Francisco de Xabier".

"La Duquesa de Villahermosa es descendiente de la familia de Xabier. Es a su vez descendiente de don Alonso de Aragón, hermano del Rey Fernando llamado el Católico, e hijos ambos de don Juan II, rey de Nabarra y Aragón. El V Duque de Villahermosa, por sobrenombre el *Filósofo Aragonés,* desposó con una hermana de San Francisco de Borja llamada la *Santa Duquesa;* más adelante entroncaron con las familias de San Luis Gonzaga y el Beato Pignatelli; y finalmente se unieron a las de los Santos Ignacio de Loyola y Francisco de Xabier, por enlace de dos varones de la Casa de Villahermosa con dos damas de la de Granada de Ega, linaje éste en que se habían refundido los de Loyola y Xabier." (De la revista *Loyola,* número 12, junio de 1944.)

ÍNDICE DE PERSONAS CITADAS



BIBLIOGRAFÍA



ABAD CAMILO MARÍA: San Francisco Javier. *Razón y Fe*. Madrid, 1922.

AGUIRRE JORGE: San Ignacio de Loyola y el idioma vasco. *Yakintza*. San Sebastián, julio-agosto de 1935.

ALESON P.: Anales del reino de Nabarra. Volumen V, Pamplona, 1776.

ALZOG JUAN: Historia Universal de la Iglesia.

AMONDRU BERNARD: Ignace de Loyola. París, 1939.

APALATEGUI FRANCISCO: I. Loyola Iñigo Deunaren Bizitza. Bilbao, 1928.

— II. Empresas y viajes apostólicos de San Francisco Xabier. Madrid, 1920.

ARANZADI ENGRACIO: La Nación Vasca. Bilbao, 1931.

ARIGITA Y LASA MARIANO: El Doctor Navarro don Martín Azpilicueta. Pamplona, 1895.

ARTECHE JOSÉ: I. San Ignacio de Loyola. Barcelona, 1941.

— II. Cómo eran los Loyolas. *Yakintza*. San Sebastián, julio-agosto de 1935.

ASTRAIN ANTONIO: Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España. Madrid, 1925.

BAYLE C.: Un siglo de cristiandad en Japón. Madrid, 1923.

BEGUIRIZTAIN JUSTO: I. El Apostolado Eucarístico de San Ignacio de Loyola. Buenos Aires, 1945.

— II. Los orígenes de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola. Buenos Aires, 1927.

— III. Pío XI y los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Buenos Aires, 1930.

BELLESORT ANDRE: La vie et les oeuvres de quelques grands saints. Tomo II. Saint François Xabier. París.

BERNÁLDEZ ANDRÉ: Historia de los Reyes Católicos Fernando e Isabel. *Biblioteca Autores Españoles.* Tomo LXX.

Bibliotheco Hispano Missionum. VI. Burgos, 1931.

BIGELOW MERRIMAN ROGER: Carlos V el Emperador. Buenos Aires, 1940.

BÖHMER HEINRICH: Studien zur Geschichte der Gesellschaft Iesu I. Loyola. Bonn, 1914.

BOISSONADE: Histoire de la réunion de la Navarre a la Castille. París, 1893.

Boletín de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Navarra. Años 1921 y 1922, Pamplona.

Boletín Real Academia de la Historia. Años 1880, 1890, 1891, 1892, 1899 y 1902, Madrid.

BOSSERT A.: Calvin. París, 1906.

BROU A.: I. Les Exercices Spirituels de Saint Ignace de Loyola. París, 1922.
— II. Saint François de Xabier. París, 1922.

CADELL C. M. Historia de las misiones en el Japón y Paraguay. Madrid, 1857.

CAMPIÓN ARTURO: I. Nabarra en su vida histórica, Pamplona, 1925.
— II. La historia, el derecho y la libertad. Conferencia pronunciada en el Centro Vasco. Bilbao.
— III. Gacetilla de la Historia de Nabarra. *Euskariana.* Séptima serie. Pamplona.
— IV. La Constitución de la Primitiva Monarquía y el Origen y Desenvolvimiento de las Cortes de Nabarra.
— V. El genio de Nabarra. *Ekin.* Buenos Aires, 1942.
— VI. Incorporación del reino de Nabarra a la Corona de Castilla. Conferencia en el Centro Vasco de Pamplona, 1914.
— VII. *Napartarra.* Pamplona, junio-agosto de 1913.
— VIII. *Euskariana* (quinta serie).
— IX. La familia de San Francisco Xabier. Pamplona, 1934.

CASANOVAS IGNACIO: San Ignacio de Loyola. Buenos Aires, 1943.

CONSTANT: Saint Ignace de Loyola et les Dominicains. *Revue des Etudes Historiques,* julio-septiembre, 1931.

COLOMA LUIS: Fray Francisco. México, 1943.

COSTER ADOLPHE: Juan de Anchieta et la famille de Loyola. París, 1930.

CREIXELL JUAN: San Ignacio de Loyola. Barcelona, 1922.

CROS J. MARÍA: I. Saint François de Xavier. Son pays, sa famille, sa vie. París, 1903.
— II. Saint François de Xavier. Sa vie et ses lettres. París, 1900.

DÍAZ NATALIO D.: San Ignacio y los Seminarios. Montevideo, 1939.

DOMENZAIN MOISÉS P.: El Japón. Su evolución, cultura, religiones. Madrid, 1942.

DUDON PAUL: Saint Ignace de Loyola. París, 1934.

ECHEGARAY CARMELO: I. Las Provincias Vascongadas a fines de la Edad Media. San Sebastián, 1895.
— II. Geografía General del País Vasco-navarro. Barcelona.
— III. Monumentos civiles de Guipúzcoa. Barcelona, 1921.

ELEIZALDE LUIS DE: Revista *Euzkadi.* Bilbao, 1912.

ENRÍQUEZ DEL CASTILLO DIEGO: Crónica del Rey Enrique IV. *Biblioteca Autores Españoles,* tomo 70.

ESCALADA FRANCISCO: San Francisco Javier y su castillo. Pamplona, 1915.

ESTEFANIA JOSÉ MARÍA: San Ignacio y los Ejercicios. *Revista Internacional de Estudios Vascos,* abril-junio, 1931.

ESTELLA BERNARDINO DE, O. M. C.: Historia Vasca, Bilbao, 1931.

Exercitia Spiritualia Sancti Patris Ignatii de Loyola. Roma, 1928.

FISHER JORGE: Historia de la Reformación. Nueva York, 1891.

FITA FIDEL: I. Alonso Montalvo y San Ignacio de Loyola. *Boletín Real Academia de la Historia.* 1891.
— II. San Ignacio en la corte de los Reyes Católicos. *Boletín Real Academia de la Historia.* 1890.

Galíndez de Carvajal Lorenzo: Anales breves del reinado de los Reyes Católicos Fernando e Isabel. *Biblioteca Autores Españoles,* tomo 70.

García Francisco: Vida y milagros de San Francisco Xavier. Madrid, 1672.

García Mercadal: Cisneros. Zaragoza, 1939.

Giménez Soler Andrés: La Edad Media en la Corona de Aragón. Barcelona, 1930.

Gómez Rodríguez Telesforo: I. Levantamiento de Arévalo. *Boletín Real Academia de la Historia,* 1892.
— II. Levantamiento de la Villa de Arévalo, justificado ante la Historia. *Boletín Real Academia de la Historia,* 1891.

González Cámara Luis: Autobiografía de San Ignacio de Loyola. Buenos Aires, 1943.

Goodier, Arzobispo: Grandes católicos: San Ignacio de Loyola. Buenos Aires, 1940.

Granero José M.: La acción misionera y los métodos misionales de San Ignacio. *Bibliotheco Hispana Missionum,* 1931.

Gregorovius Fernando: Lucrecia Borgia. Buenos Aires, 1944.

Gurruchaga Ildefonso: I. Treguas y composiciones de la Casa de Loyola. *Revista Internacional de Estudios Vascos,* julio-septiembre, 1935.
— II. Ignacio de Loyola. Una biografía difícil. *Euzko-Deya,* Buenos Aires, 30 de julio de 1943.
— III. Origen euzkérico de los apellidos García, Garzón y Gastón. *Euzko-Deya,* Buenos Aires, 30 de mayo de 1942.

Haristoy P.: Recherches historiques sur le Pays Basque. Bayona, 1884.

Ibarra Rodríguez Eduardo: España bajo los Austrias. Barcelona, 1927.

Irujo Manuel de: Inglaterra y los Vascos. Buenos Aires, 1945.

Labayru: Historia de Bizkaya.

LABURU JOSÉ ANTONIO: La salud corporal y San Ignacio de Loyola. Buenos Aires, 1938.

LAFUENTE MODESTO: Historia de España.

LEFRANC ABEL: La vie quotidienne au temps de la Renaissance. París.

Les Missions Historiques de l'expansion du Catholicisme dans le monde. París, 1936.

LETURIA PEDRO: I. Apuntes Ignacianos. Madrid, 1930.
— II. El gentilhombre Iñigo López de Loyola. Barcelona, 1941.
— III. El gentilhombre Iñigo López de Loyola en su patria y en su siglo. Buenos Aires, 1938.
— IV. Nuevos datos sobre San Ignacio. Bilbao, 1925.
— V. Pedagogía de San Ignacio, la España de su época. *Razón y Fe*, nº 122, año 1941.

LIZARRALDE JOSÉ ADRIANO: I. Historia del Convento de la Purísima Concepción de Azpeitia. Santiago, 1921.
— II. San Ignacio de Loyola penitente en Aranzazu. Revista *Aranzazu*, 1928 y 1929.

LLANOS Y TORRIGLIA FÉLIX: El capitán Iñigo de Loyola y la dama de sus pensamientos. *Razón y Fe*, nº 124, año 1941.

MARAÑÓN GREGORIO: Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y de su tiempo. Buenos Aires, 1941.

MAÑÉ Y FLAQUER JUAN: El Oasis. Viaje al País de los Fueros. Barcelona, 1878.

MARCOS BENJAMÍN: San Ignacio de Loyola. Madrid, 1923.

MARCUSE LUDWIG: San Ignacio de Loyola, un soldado de la Cruz. Buenos Aires, 1943.

MARIANA JUAN: Historia de España.

MENÉNDEZ PIDAL RAMÓN: Ideal Imperial de Carlos V. Buenos Aires, 1941.

MOURRET FERNAND: Histoire Générale de l'Église. Tomos IV y V.

MUJICA PLÁCIDO: Reminiscencias de la lengua vasca en el Diario de San Ignacio. *Revista Internacional de Estudios Vascos*. 27-1936.

NAVARRO VILLOSLADA FRANCISCO: Amaya o los vascos en el siglo VIII. Madrid.

OLMEDO FÉLIX G.: Introducción a la vida de San Ignacio de Loyola. Madrid, 1944.

OLÓRIZ HERMILIO: Don Martín de Azpilicueta. Pamplona, 1918.

ORSI PIETRO: Historia de Italia. Barcelona, 1935.

ORREAGA MIGUEL: Amayur. Pamplona.

PASTOR LUDOVICO: Historia de los Papas. Tomo V.

PÉREZ ARREGUI JUAN MARÍA: I. San Ignacio de Azpeitia. Madrid, 1921.

— II. El Iñigo de Loyola visto por Adolfo Coster. *Razón y Fe,* revistas números 95, 96, 97 y 98.

PFANDL LUDWIG: Juana la Loca. Buenos Aires, 1943.

PULGAR FERNANDO DEL: Crónica de los Reyes Católicos Fernando e Isabel. *Biblioteca de Autores Españoles.* Tomo 70.

PORTILLO ENRIQUE: El original manuscrito de la primera edición castellana de la vida de San Ignacio, por Ribadeneira. Revista *Razón y Fe,* número 142. 1915.

QUINTANA JOSÉ MARÍA: Vidas de los españoles célebres. Madrid, 1922.

RADA Y DELGADO: Mujeres célebres de España y Portugal. Buenos Aires, 1942.

Razón y Fe. Números 20, 32, 63, 65, 77, 81, 98, 107, 122 y 124. Madrid.

Revista Internacional de los Estudios Vascos. Abril-junio, 1931; octubre-diciembre, 1927; julio-septiembre, 1930; enero-mayo, 1936. San Sebastián.

Loyola. Revista nº 12, junio, 1944.

Revue des Questions Historiques. Tomo XVII. París.

RIBADENEIRA PEDRO: Vida de San Ignacio de Loyola. Madrid.

ROHIBACHER: Histoire universelle de l'Église Catholique. Tomo XII. París, 1872.

RISCO ALBERTO: Fray Francisco, segunda parte de la obra del Padre Coloma. México, 1943.

SANDOVAL JUSTO, Obispo: Historia de Carlos V. Madrid, 1846.

SANTA MARINA LUYS: Cisneros. Buenos Aires, 1940.

SILIO CORTÉS CÉSAR: Isabel la Católica. Valladolid, 1938.

SOLANES FELIPE: San Ignacio de Loyola. Barcelona, 1940.

SCHURHAMMER JORGE: I. Francisco Xavier. 4 volúmenes.
— II. Baskische Studenten zur Zeit des hl. Franz Xaver in Paris. *Revista Internacional de los Estudios Vascos.* Octubre-diciembre, 1927.

WATRIGANT P.: Revista *Études.* Mayo, 1897.

WYNDHAM LEWIS: Carlos de Europa emperador de Occidente. Buenos Aires, 1942.

WITTLIN A., St.: Isabel la Católica. Buenos Aires, 1938.

XUAREZ GASPAR: Vida iconológica del Apóstol de las Indias San Francisco Xavier. Roma, 1798.

BIBLIOTECA DE CULTURA VASCA

1. *El genio de Nabarra,* por Arturo Campión, $ 2,25. (Primera y segunda edición agotadas.)
2. *Primitivos Navegantes Vascos,* por Enrique de Gandía, $ 2,25. (Agotada.)
3. *Viajeros Extranjeros en Vasconia,* por Eneko Mitxelena, $ 2,25.
4. *Pinceladas Vascas,* por Loti, Campión e Iturralde, $ 2,25.
5. *La Aportación Vasca al Derecho Internacional,* por J. de Galíndez, $ 2,25.
6. *El Conde de Peñaflorida y los Caballeritos de Azkoitia,* por J. de Aralar, $ 2,25.

7/8. *La Democracia en Euzkadi,* por José de Ariztimuño, $ 4,50.

9. *De Música Vasca,* por los Padres Donosti y Madina, $ 2,25.
10. *Orígenes pre-arios del pueblo vasco,* por Enrique de Gandía, $ 2,25.

11/12. *La lengua Vasca: Gramática, conversación, diccionarios,* por I. López Mendizabal, $ 4,50.

13. *Los Vascos en el Uruguay,* por Tomás Otaegui, $ 2,25.
14. *En el Pirineo Vasco: Paisajes, costumbres, curiosidades,* por Martín de Anguiozar, $ 2,25.

15/16. *Los Adversarios de la libertad vasca, 1794-1829,* por J. de Aralar, $ 4,50.

17. *Estampas vascas,* por Constantino del Esla, ilustraciones de M. F. Kaperotxipi, $ 2,25.
18. *Riqueza y economía del País Vasco,* por A. de Soraluze, $ 2,25.
19. *Corsarios y colonizadores vascos,* por Michel Iriart, dibujos de Félix Muñoa, $ 2,50.
20. *Instituciones jurídicas vascas,* por Manuel de Irujo, $ 2,50.
21. *Breve historia del País Vasco,* por Isaac Lopez Mendizabal, $ 2,50.
22. *Ignacio de Loyola y Francisco de Xabier,* por Pedro de Basaldua, $ 5.
23. *El País Vasco,* por Isaac Lopez Mendizabal, $ 5.

EL 3 DE JUNIO DE 1946
SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE SEBASTIÁN DE AMORRORTU E HIJOS
CALLE CÓRDOBA 2028
BUENOS AIRES





